CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA DEL PRINCIPADO
INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS
(C. S. I. C.)

BOLETIN DEL INSTITUTO

DE

ESTUDIOS ASTURIANOS

Nº 136

AÑO XLIV OVIEDO Octubre Diciembre 1990

SUMARIO

Págs.

Alfonso Camín, un poeta modernista, por *José María Martínez Cachero.* 671

Alfonso Camín en sus «Memorias» y en su poesía, por *María Elvira Muñiz Martín* 683

Algunas consideraciones sobre la poesía de Bances Candamo, por *Santiago García-Castañón* 707

El mundo anglosajón en el último Pérez de Ayala (1840-1962), por *Agustín Coletes Blanco* 717

El lenguaje toponímico de origen animal (*zootoponimia*), por *Julio Concepción Suárez* 751

Panorama de la antropología en Asturias, por *Eloy Gómez Pellón* ... 769

Dos prólogos de Ramón Pérez de Ayala. (Aportación a su bibliografía), por *María Martínez Cachero-Rojo* 819

Semiología de la temporalidad dramática en *La dama del alba, por Jesús G. Maestro* 827

Estación común ferroviaria de Gijón: Los diversos proyectos, por *Pedro Fernández Viar, Mariano Fourneau Menéndez, Alfredo Hevia Mendiguren y Alfredo Vega Fernández* 851

IN MEMORIAM

Recuerdo de Alfonso Camín, Paulino Vicente, Jesús Evaristo Casariego y Luis Sela Sampil 879

Alfonso Camín Meana 879

Paulino Vicente 881

Jesús Evaristo Casariego 885

Luis Sela Sampil 889

CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA DEL PRINCIPADO
INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS
(C. S. I. C.)

BOLETIN DEL INSTITUTO

DE

ESTUDIOS ASTURIANOS

Nº 136

AÑO XLIV OVIEDO Octubre Diciembre 1990

Depósito Legal: O. 43-1958
I. S. S. N. 0020-384X

Imprenta «LA CRUZ»
Hijos de Rogelio Labrador Pedregal
Granda-Siero (Oviedo), 1990

BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

AÑO XLIV OCTUBRE-DICIEMBRE Núm. 136

ALFONSO CAMIN, UN POETA MODERNISTA

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

PREVIA

¿Quién ha dicho que el centenario de un escritor (o cualquier otra conmemoración por el estilo) debe ser oportunidad sólo para la alabanza, incluso exaltada y desprovista de rigor? ¿Por qué, distintamente, no aprovechar la ocasión para poner en claro las cosas oscuras (si las hubiere), reivindicar lo necesario, colocar los puntos sobre algunas íes y, en cualquier caso, contribuir a que el recordado ocupe en la república de las letras el puesto que le corresponde? Ningún homenaje mejor, a lo que pienso, si bien acaso no lo estimarán así sus incondicionales, a quienes —lo mismo que al sujeto de tal veneración— nadie pretende molestar. Esta es mi postura en el caso presente, cuando voy a ocuparme de la obra en verso de Alfonso Camín (1890-1982).

SITUACION CRONOLOGICO-POETICA DE ALFONSO CAMIN

Nacido en 1890, Alfonso Camín se corresponde cronológicamente con un tiempo literario que ya no era el de plena vigencia del Modernismo, sino posterior a ella y bastante distinto; atrás quedaban los años de nacimiento de (pongamos como ejemplo) Rubén Darío —1867— o (entre nosotros) Manuel Machado —1874—, Francisco Villaespesa —1877— y Juan Ramón Jiménez —1881—, adalides cada cual a su modo y momento de la innovadora corriente. Si atendemos, por tanto, a fechas de nacimiento, Camín —veintitrés años más joven que Darío, dieciséis que M. Machado, trece que Villaes-

pesa y nueve que el autor de *Platero y yo*— cae dentro de la década de los noventa, espacio propio de la generación de 1927 —Pedro Salinas, 1891, y Jorge Guillén, 1893, son los mayores—, con la que poco o nada tuvo que ver nuestro poeta.

Algo muy parecido cabría decir respecto de títulos capitales en la marcha del movimiento modernista, los de Rubén a la cabeza: *Azul* salió en 1888, *Prosas profanas* en 1896 y en 1905, *Cantos de vida y esperanza*, el libro que testimonia la madurez del poeta nicaragüense; a estas alturas, M. Machado, Villaespesa y Juan Ramón cuentan en su haber con unos cuantos libros, ya que empezaron a publicarlos muy pronto —*Alma* (1900), *Intimidades* (1898), *Ninfeas* y *Almas de violeta* (1900), respectivamente—, mientras que Camín no saca *Adelfas*, su primer libro, hasta 1913.

1916 es el año de la muerte de Rubén Darío y para algunos estudiosos el final del Modernismo, cuando, además, algunos de sus fieles de la primera hora —digamos, en España, un Antonio Machado y un Juan Ramón— hace tiempo que comenzaron a despegarse de ese punto de partida; quedan, inconmovibles o supervivientes, otros nombres también de la primera hora, esforzada y combativa —Villaespesa, Emilio Carrere, por ejemplo—, cuyos versos posteriores no significan variación y progreso respecto de lo consabido. Están, por último, otros más jóvenes, llegados cuando la batalla contra los hostiles al Modernismo había sido ganada —Camín figura entre ellos—. Todo es Modernismo —claro que no de análoga excelencia—, dado que este movimiento literario —y más que literario—, vanguardia o ruptura a su aparición, permite, sincrónicamente, tamaña variedad y acoge, diacrónicamente, tanto a los militantes de la primera hora como a los supervivientes de ella y rezagados en adelante, más quienes, en virtud de su edad, son las postreras incorporaciones al mismo.

En 1916 el periodista y poeta Juan González Olmedilla recopiló en volumen, con el título de *La ofrenda a Rubén Darío* (1), buena parte de las necrologías y homenajes aparecidos en la prensa española con motivo de la muerte de Rubén; entre sus colaboradores figura Camín, autor de tres sonetos bajo el título común de *La vuelta del cóndor*.

Llamo la atención sobre este tríptico porque se trata (a lo que se me alcanza) de la primera aparición del autor en una publicación española colectiva (revista o libro), lo que no había sido po-

(1) GONZÁLEZ OLMEDILLA, Juan, *La ofrenda de España a Rubén Darío*, liminar de R. Blanco-Fombona, editorial América, Madrid, 1916.

sible hasta entonces, impedido, unas veces, por la edad de Alfonso Camín —¿cómo iba a estar en la revista *Helios* (1903-1904), incluso en la revista *Renacimiento* (1907); e, igualmente, en *La Corte de los Poetas* (1906), antología del modernismo hispánico preparada por Emilio Carrere, o en la complementaria de Eduardo de Ory, *La Musa Nueva* (1907)?— y, en otras ocasiones, por su lejanía geográfica —emigrado en Cuba desde 1905 y residente en la isla hasta el regreso a España en 1914 (2).

Destaco de ese tríptico —poesía de circunstancias, originada por un acontecimiento luctuoso muy sentido (3), y bien resuelto estéticamente semejante compromiso— el segundo soneto, que dice así:

LA VUELTA DEL CONDOR

Pan te presta la flauta en la espesura,
y es cada verso que tu amor burila,
un diamante que tiembla y que fulgura,
como gota de llanto en la pupila.

Tu Musa fuerte y, como fuerte, pura,
gana el heleno Parthenón tranquila,
en rojo cáliz el champaña apura,
copos de lumbre con los astros hila.

Con el Dios-hombre su dolor hermana,
con Diónysos su canto desenfrena,
con el laurel de Apolo se engalana,

con el viejo tritón lucha en la arena...
¡Así tu Musa, para orar cristiana,
y para el goce y para el canto helena!

Echa mano el poeta de algunos procedimientos característicos de la poesía modernista, como las alusiones culturalistas de vario tipo —mitológicas: Pan, Diónysos, Apolo, tres divinidades invocadas en razón de la ayuda que prestan al poeta y a su musa, y cuya presencia otorga cierta majestad al conjunto, completada por

(2) Quizás por esta razón no figura Camín en *Parnaso Español contemporáneo*. «Antología completa de los mejores poetas, esmeradamente seleccionada» por José Brissa, Maucci, Barcelona, 1914.

(3) La devoción rubeniana de Camín queda patente con cierta frecuencia a lo largo de su obra y se muestra, inclusive, en el tomo III de sus memorias, *Entre madroños*, inédito, del que anticipó algunas páginas —como la crónica *La muerte de Rubén Darío*— José Luis García Martín (*La Nueva España*, Oviedo, suplemento «Cultura», 12-X-1990, págs. 42-43).

otros elementos como el filohelenismo, «el heleno Parthenón», mero espacio de referencia—. Alusión, asimismo, de signo cristiano ese Dios-hombre citado junto a sus compañeros paganos, ayudador también de la musa del poeta; uno y otros, compareciendo en un plano de igualdad (a verso por mención). Mayusculización de la palabra Musa, procedimiento más que tipográfico muy grato a los modernistas (4) y que en este ejemplo se repite en un intento de destacar su excepcionalidad, acreditada por la obra del poeta homenajeado. Añádase el claro aristocraticismo de esta pieza, traído por la invocación a objetos de bella o rica factura tales como «diamante», «champaña» y «laurel» (que, por ser de Apolo, queda divinizado y resulta, por ende, enriquecido), cada uno con su respectiva aureola que se difunde desde los versos en que están situados (tercero, séptimo, undécimo) al resto de la composición, inmersa en una singular atmósfera a la que contribuyen, por su parte, otros elementos del conjunto, así: la lumbre, los astros o el ornamental tritón.

EL MODERNISMO «EXOTISTA»

Semejante denominación se debe a Juan Ramón Jiménez y procede de su artículo necrológico dedicado a Villaespesa, *Recuerdo al primer Villaespesa*, cuando recuerda la actividad desarrollada por su compañero literario en los primeros años del siglo: «Villaespesa seguía atravesando puertas y techos, como si fueran aire, en el mismo estado de inconsciencia disparatada, entreabierta siempre la boca, molde palpitante de la palabra de su rito, fija la vista, tras los lentes de su miopía, en su fin. Menos Villaespesa, todo había cambiado en aquellos años. Ahora regían los simbolistas franceses y Góngora (...)», para continuar refiriéndose a su gran facilidad y brillantez, no bien administradas: «Cierto; bien administrado, Villaespesa habría sido tanto o más que cualquiera de los que entonces y ahora nos administramos tan bien; habría sido todo lo que era, lo que iba a ser en su juventud. El modernismo *exotista* (subrayo) parecía hecho para él; Villaespesa era él solo todo el modernismo exotista español, hispanoamericano y portugués. Los demás no fuimos sino accidente momentáneo» (5).

(4) Lo he estudiado en los dos primeros libros que publicó Juan Ramón Jiménez, véase MARTÍNEZ CACHERO, José María, «El juego de las dedicatorias y el empleo de las mayúsculas en *Ninfeas* y *Almas de violeta*», *Actas del Congreso Internacional Juan Ramón Jiménez*, Huelva, 1983, págs. 413-422.

(5) JIMÉNEZ, Juan Ramón, *La corriente infinita*, Aguilar, Madrid, 1961, p. 69. (Esta necrología fue publicada en *El Sol*, Madrid, 1936).

El modernismo que Juan Ramón llama exotista y que diríase exclusivo y excluyente en la época de lucha e implantación primera, tenía mucho de extraño y deslumbrante, tal como señalara Monguió respecto del peruano José Santos Chocano —una de las mayores admiraciones literarias de nuestro paisano quien, por otra parte, tanto se le parecía—, al escribir que éste «deslumbró a sus compatriotas (con) la irreprimible facilidad de elocución, la torrencialidad y plasticidad de sus imágenes, la amalgama que sus versos presentan de su visión de la naturaleza americana llena de exotismo (...) con los adornos de un incanismo o indianismo fastuoso y con un engolado hispanismo histórico, todo lo cual —que para nada afectaba las realidades del día— halagaba los variados atavismos de sus variados lectores o auditores» (6). Algunos de los rasgos característicos de semejante modalidad coinciden, curiosamente, con los aspectos de la poesía modernista más censurados por sus detractores, a saber: *Galicismo* (léxico, sintáctico y mental), que llega a convertirse en galomanía; *Escapismo* o *Evasionismo* —con otras palabras: reclusión en la tan invocada torre de marfil, haciendo oídos sordos a la realidad externa al poeta; creación o repetición de un mundo aparte con sus criaturas y rasgos peculiares—; *Verbalismo* —que es atención a la palabra sólo por sus constitutivos fónicos, eligiendo así las de mayor sonoridad y brillantez—. Rebuscamiento, oscuridad, una especie de *nuevo gongorismo* parece aflorar en esta poesía. *Amoralismo* o inmoralidad (según los casos), irreverencia incluso cuando se recurre por los modernistas a un empleo a lo profano (sensual y erótico) de elementos sacros, en lo que repararían algunos eclesiásticos metidos a críticos literarios (7). *Exotismo* —que incluye ingredientes tan diversos como orientalismo (las chinerías y japonerías), helenismo (la mitología clásica, en lugar destacado), refinado ambiente versallesco-dieciochesco (abates galantes, por ejemplo), el cisne, transformado en vistoso y elegante emblema—. Sucede que el modernista *enragé* que sería en todo momento Alfonso Camín cumple con semejantes rasgos.

(6) MONGUIÓ, Luis, «La modalidad peruana del Modernismo», *Revista Iberoamericana*, XVII, Iowa, 1952, págs. 225-242.

(7) MARTÍNEZ CACHERO, José María, «Todos contra el Modernismo...», *Modernismo hispánico. Primeras jornadas*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1988, págs. 391-398.

LA POESIA MODERNISTA DE ALFONSO CAMIN

Desde *Adelfas* hasta *Poemas para niños de catorce años* (cuya segunda edición vio la luz en 1970) transcurre la obra de Camín, formada por unos sesenta volúmenes, no todos ellos de verso, reeditados algunos con apreciables añadidos (8), muestra fehaciente de un mantenido empeño pese a circunstancias biográficas nada favorables —emigración, cárcel, dificultades económicas—. Obra poética abundantísima, más extensa que variada tanto en temas como en técnica, fruto de una gran facilidad versificadora para la que cualquier motivo y momento constituían posibilidad beneficiable (9). Pero la facilidad es mala musa cuando el poeta que la posee no acierta —porque no quiere, o porque no sabe— a vigilarla merced a una conciencia autocrítica exigentemente seleccionadora, que a Camín, desde luego, le falla; se trata de la «incontenible fuerza cósmica, superior y por encima de la voluntad del poeta», que dijo J. Díaz Fernández, causa de poemas extensos con demasía, donde se amontonan unas tras otras tiradas de versos insignificativas porque sólo repiten machaconamente. Quien lea con atención *Elogio de la negra*, uno de los poemas caminianos más conocidos y celebrados, advertirá más de una vez lo vacuo y palabrero de tan lujoso despliegue, colorista y exótico, imposible de mantenerse en un nivel de importancia poética más allá de la simple mención enumerativo-narrativa —«negra de airosa falda guacamaya, «negra de fino pelo oscuro» o «negra que me bailaste un zapateo», «negra por quien de noche fui a un guateque», y así sucesivamente— y a lo largo de sus 258 versos, el primero de los cuales —el alejandrino trimembre «Negra, carbón celeste, carne de tamarindo»— supone (a mi parecer) un estimable hallazgo, por sí mismo y por el lugar que ocupa, a quien muy escasa-

(8) La bibliografía de Camín resulta bastante complicada a causa de las manipulaciones del autor con sus libros que, más de una vez, reedita con notables ampliaciones y alguna modificación en el título: ¿hasta qué punto, por ejemplo, es el mismo libro o son libros distintos, *Cien sonetos* (1915) y *Cien sonetos y cien más* (1955)? Véase como información al respecto, FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Antonio, *Catálogo del legado de Alfonso Camín*, Biblioteca de Asturias «Ramón Pérez de Ayala», Oviedo, 1987, apartado «Los libros».

(9) Es el mismo caso de Salvador Rueda, contemporáneo de Camín, modernista como él, víctima propicia y acaso complacida de su enorme facilidad versificadora; lo ha comentado recientemente (*ABC Literario*, Madrid, 1-XII-1990, p. V) Miguel García-Posada al reseñar la *Gran antología*, de Rueda (edición de Cristóbal Cuevas, Arguval, Málaga, 1990, tres tomos).

mente prestan valioso acompañamiento los demás, tal como si en este conjunto se cumpliera el apotegma valéryano de que el primer verso lo dan los dioses, corriendo el resto a cargo del poeta.

La facilidad para acumular sin discernir tiene, entre otras consecuencias ingratas, la de que nuestro poeta parece encontrar dificultades a la hora del adecuado remate de la composición, lo que unas veces tendrá como salida (nada más que aparente) la repetición de alguna estrofa precedente sin especial relive para el nuevo empleo —caso de *La moza vaquera*, cuya segunda estrofa («Bienaventurados tus sueños, vaquera (...)») será también por ello la séptima y última del poema—; otras veces se produce, tras la inacabable mención enumerativa, un claro descenso o anti-clímax, casual o no deliberado, que coloca en ese lugar de privilegio elementos —objetos, vocablos, comparaciones— bastante menos relevantes que algunos precedentes; el final de *Credo*, poema definitorio del personal talante caminiano, casi un autorretrato, ejemplo además de atrevida utilización a lo profano y sensual de objetos y hechos sacros, puede servir de ilustración al respecto pues ni su relevancia ni, tampoco, la coherencia guardada entre aquéllos aconseja semejante colocación preferente: «¡Creo en el Viernes Santo de tus grandes ojeras, / y en el escapulario que me aguarda en tu boca!». Un tercer caso de torpeza compositiva lo depara el final de poema consistente en un pegadizo innecesario, cuya presencia diríase inspirada por el deseo de agotar las circunstancias (mayores y menores) de la historia narrada, en abierta oposición al final misterioso o sugerente; ¿para qué (nos preguntamos) los cuatro últimos versos de *El bandolero de estrellas*, poema dignamente representativo del tópico y típico Alfonso Camín, con las prescindibles pregunta y respuesta acerca del escenario de la acción —«—¿Y pasó en Florencia, según vuestra ciencia? ... / —Vano es otro punto que tu mente elija, / porque un bandolero, no siendo en Florencia, no roba una estrella para una sortija»—, que ya había sido indicado, cuando tendría cierre más conveniente una vez noticiada la suerte posterior de los personajes implicados en la historia?

En este y otros muchos casos resulta bien perceptible la profusión de palabras, no pertinente y vacua ya que se emparejan vocablos o se acuñan expresiones por lo común grandilocuentes, que muy poco tienen que ver con el motivo a que se refieren. ¡Cómo reconocer en el cuarteto que sigue, salvo lo de los «cuatro plintos de piedra» —(plinto, por otra parte, es base y no columna, como

el poeta parece significar)— y sin haber recurrido previamente al título del soneto, que su protagonista es el hórreo!:

> Ha mucho más de un siglo de brumas que altanero,
> como el bastión agreste de una leyenda santa,
> sobre sus cuatro plintos de piedra, se levanta
> con el orgullo noble de un soñador austero.

¿No es más cierto que el *bastión agreste* y la *leyenda santa*, el *orgullo noble* y el *soñador austero* aplicados a un hórreo o a una panera nada sustancial de ellos revelan?

Si el poema (como quería Juan Ramón Jiménez) «debe tener una idea presidente», pues así no se convertirá «en un enredo de imágenes, un laberinto de ocurrencias, un amasijo de escapes», el caso de Alfonso Camín resulta, con harta frecuencia, negativo. En una reconstrucción sólo hipotética, pues Camín no hizo revelación alguna respecto de su proceso creador, diríase que nuestro poeta empieza a escribir y, muy pronto, se extravía; prosigue y acumula; repite y vuelve atrás; quiere acabar y no puede; por fin, lo hace pero tramposamente, quiero decir, con las torpezas antes indicadas; ¿hubo a manera de un guión ordenador previo?, ¿se concedió algo a un vigilante y riguroso retoque posterior?

La facilidad caminiana encuentra territorio propicio para su despliegue en el poema no sometido a ninguna norma métrica —número fijo de versos, uso de ciertas estrofas—, lo que ayuda y perjudica al mismo tiempo, ventura y riesgo del poeta —recuérdese que Poe advierte en *Filosofía de la composición* acerca de los poemas extensos, a lo largo de los cuales (de sus muchos versos) es punto menos que imposible mantener la debida tensión poética—. Pero, ¿qué puede suceder cuando se somete de grado a la disciplina de la estrofa cerrada, digamos el soneto? Sabido es que Alfonso Camín era frecuente cultivador de tal estrofa y así lo prueban los libros como *Cien sonetos*, su tercer libro (aumentado en la edición mejicana de 1955 con otro centenar), pero creo que la reducción espacial propia suya no supuso para Camín aprendizaje o ejercicio de contención expresiva, ya que unas veces la serie continuada —caso de los tres compuestos a la muerte de Rubén Darío— ampliaba el espacio disponible y, en otras ocasiones, éste se ganaba con el empleo del dodecasílabo y del alejandrino con preferencia al verso endecasílabo.

No permitiría otra cosa el entendimiento de la estrofa y composición soneto profesado por nuestro poeta y declarado en *El soneto*, que se monta sobre la repetición de la palabra «catorce» casi

verso a verso, palabra acompañada de variadas realidades —«ruiseñores», «mariposas», «resplandores», «rayos de colores», «rosas», «cuerdas (de arpa)», «torres almenadas», «plumas», «espadas»—, vistas sólo en su apariencia o externidad (10).

A diferencia de Rubén, que en parte de su obra —piénsese en *Cantos de vida y esperanza*— había querido y sabido «explorar lo arcano», dando así gravedad y hondura a sus poemas, sugerentes y conmovedores, cargados de inquietante misteriosidad, Camín, que, según confiesa en *Autorretrato*, «por falta de tiempo nunca pudo explorar» el contenido de su existencia, se condena a la corteza de la realidad como rasgo casi exclusivo (predominante, desde luego) de su obra, carente de la efectiva presencia de las íntimas soledades y de las galerías interiores del ser humano (dicho sea con prestigiada terminología). *Autorretrato* se inscribe en la lista de poemas autobiográficos tan dilectos a los poetas modernistas —bien conocidos son los compuestos por Manuel y Antonio Machado, o el mismo Rubén Darío, «Yo soy aquel que ayer no más decía (...)»—, pero el que hace Camín es solamente una suma de desplantes bravucones, falto de cualquier vislumbre de intimidad. Predominio de lo exterior, siempre, de lo cual parece sentirse satisfecho Camín ya tempranamente, puesto que en 1910 calificaba sus versos de «rudos» y los caracterizaba como hijos de un alma (la suya) «que no sabe de ensueños», caracterización que completaba al desearlos fuertes y altivos «cual las rocas» que hacen cara al mar, por el estilo de varones heroicos de nuestra historia grande —Pe-

(10) Copio el texto de *El soneto*:

> Un nido de catorce ruiseñores,
> un bando de catorce mariposas;
> un rosario de cuentas milagrosas
> despidiendo catorce resplandores.
>
> Sol de catorce rayos de colores,
> rosal florido con catorce rosas;
> un arpa de catorce melodiosas
> cuerdas jocundas para hablar de amores.
>
> Florón de aristocrática hidalguía,
> corona de la excelsa poesía
> sobre catorce torres almenadas...
>
> Y es el soneto ante tu faz de espumas,
> ¡regio abanico de catorce plumas
> brillando al sol, como catorce espadas!

(página 151 de *Cien sonetos y cien más*).

layo, el Campeador— y, en definitiva, como el hombre Alfonso Camín era o se quería, de colosalístico modo: «¡Soy el mar de Cantabria, soy la Torre de Hércules; / soy las islas Azores, soy el mar de Colón!»

Tales alusiones —Pelayo, el Cid, Cristóbal Colón— llevan directamente a los poemas de asunto histórico debidos a Alfonso Camín, quizá ocasión idónea para la meditación acerca de hechos y personajes de cierta envergadura. *La raza errante*, *La raza* y *Exodo* son ejemplo de poema histórico, de extensión más bien larga y, a lo que parece, inacabados por inacabables puesto que en ellos el catálogo de nombres y acontecimientos pudiera prolongarse casi indefinidamente, dando entrada en análogas condiciones de sólo mención enumerativa a otros individuos, sucesos y lugares; una prueba más de la apuntada profusión palabrera, que no se atenúa en ninguno de los tres casos por la apelación al propio autor —«*Yo* (subrayo) soy la raza errante que (...)», «*Yo* cautivo (...)», «la España heroica que fue en un tiempo *mía*», respectivamente—; no existe, como eficaz contrapunto, algún matiz introspectivo.

FINAL

Pero Camín —su obra poética— es, también, versos aislados y felices que, de pronto, saltan por sorpresa de entre un conjunto anodino que pudiera —es un peligro cierto— aplastarlos bajo su peso; menos veces son poemas completos —algunos sonetos, por ejemplo— los que destacan bien por su sentimentalidad —suelen tener a Asturias como asunto—, ya por una sonora brillantez —a este particular puede señalarse la *Serenata negra* (del libro *Carey*, 1931)—.

Muestra de la dicha sentimentalidad es el soneto titulado *El retorno a la tierra*:

> Cuando retorno a la quintana, pienso
> en lo que fui y en lo que soy; recorro
> la altiva cumbre, el farallón inmenso,
> el peñascal de donde salta el chorro
>
> fuerte del manantial. El humo denso
> del horno familiar. El abejorro
> en los castaños. El maíz suspenso
> de la panera en la heredad. El corro

de mozas en el baile y en la fuente,
el roble hermano que al terrón se aferra,
y me interroga inexorablemente:

si soy el roble con el viento en guerra,
¿cómo viví con la raíz ausente?
¿Cómo se puede florecer sin tierra?

Diestro manejo de la versificación (endecasílabos en este caso) por el poeta, que ahora se complace en el encabalgamiento —abrupto a veces (entre los versos 1 y 2, 4 y 5, 5 y 6, 6 y 7, 7 y 8); normal, otras (versos 2 y 3, 8 y 9)—; convoca una serie de elemenos domésticos que crean el acento entrañable de la composición, rematada en crescendo por el segundo terceto, donde la identificación de la persona que habla —el poeta— con el roble (su reciedumbre), las interrogaciones y la sugerencia que contiene el término «guerra» resultan pertinentes. Quizá lo sean menos «el abejorro» —poco significativo por sí mismo y, todavía menos, al lado de algunos compañeros— y, también, lo que viene a ser una triple reiteración del mismo (o casi) elemento: «cumbre», «farallón», «peñascal», que poseen análoga naturaleza rocosa.

Le faltó en vida al poeta Alfonso Camín una opinión crítica ajena responsable y orientadora, capaz de compensar el perjuicio causado por los elogios sin mesura de tantos admiradores de ocasión (11); necesitado, además, está Camín de una antología viva de su torrencial obra en verso (12).

(11) Algunos libros de Camín contienen páginas, por él preparadas, que recogen muestras de semejantes ditirambos, al estilo de la siguiente enormidad debida a Luis Astrana Marín: «*Elogio de la negra* vale él solo por centenares de libros de poesías» (Alfonso CAMÍN, *Antología poética*, Renacimiento, Madrid, 1931, p. 16).

(12) Creo no sirven para el caso las dos antologías existentes de la poesía caminiana, prologada la primera (Madrid, 1931) por Luis Astrana Marín y aparecida la segunda —*Antología asturiana (poemas en castellano)*, con prólogo de Federico de Onís, 790 páginas— en México, 1965. Más recientemente, Albino Suárez ha ofrecido una nueva antología: *Poemas*, Caja de Ahorros de Asturias, 1990 (volúmen núm. 11 de la colección «Los Contemporáneos Asturianos»).

ALFONSO CAMIN EN SUS «MEMORIAS» Y EN SU POESIA

MARÍA ELVIRA MUÑIZ MARTÍN

En el cementerio de San Félix, de Porceyo (Gijón), un nicho y una lápida. En ésta, junto a la cruz, la inscripción: «Alfonso Camín Meana, Poeta de Asturias. Roces, 12-8-1890. Porceyo, 12-12-1982». Debajo, unos versos firmados por Rosario.

Dos fechas que comprenden una vida intensa y una copiosa obra literaria con Asturias como tema recurrente. Vida de Alfonso Camín que él mismo recogió en los dos tomos de sus «Memorias», «Entre manzanos» y «Entre palmeras», y de la que fue dejando retazos a través de su obra poética. Textos que, sin ánimo de adentrarnos en pormenores biográficos ni bibliográficos, nos servirán para señalar los rasgos de una controvertida personalidad —humana y literaria— en la que se funden realidad y leyenda.

«Entre manzanos»

La leyenda de Alfonso Camín apuntaba ya «entre manzanos», cuando el chiquillo esmirriado se erigía en capitán de guerrillas, cortejaba a las mozas y, por «caleyes», alzaba su voz en coplas tempranas:

Aquí va Camín de Roces.
Voy de Palo y de cortejo.
Voy de Roces hasta Granda,
voy de Granda hasta Mareo;
voy de Roces a Tremañes
voy de Roces a Porceyo.
¡Soy de San Julián de Roces,
yo el mi pueblo non lo niego!

Su infancia la refiere el poeta en el primer tomo de Memorias, «Entre manzanos» (1): «Vengo a la vida en La Peñuca, uno de los barrios de Roces, Gijón, Asturias, sobre la carretera de Oviedo, a las dos de la mañana del 12 de agosto de 1890, en una casa pobre con división para dos familias, una sola aguada y una senda estrecha, pedregosa, ondulante como cuerda de esparto con muchos nudos, que al fin iba saliendo al camino». «Casuca jornalera» que inspirará el soneto

LA CASA

Esta es la casa en que crecí. En la altura
ni el laurel ni el manzano de «ruiloba»;
pero me huele a tomillar la alcoba,
lleva el esqueje la raíz segura.

Sube la niebla azul por la llanura,
crece en el fondo del juncal la ova;
en el álamo verde el mirlo trova.
Esa canción fue la de mi aventura.

Alegre el cuco rabipinto juega
de rama en rama, y entre canto y vuelo,
lleva el pregón a la heredad paniega.

Ríe una moza entre los tomillares;
me reconoce, se enguirnalda el pelo
y me pregunta «si casé en los mares».

(*Antología Asturiana*)

Paisaje natal añorado desde la lejanía de espacio y tiempo en

EVOCACION

Aldea de mi infancia evocadora;
con sus casales entre los manzanos,
donde la rueca su vellón labora
al leve impulso de unas firmes manos.

Aldea jornalera, antes señora;
hoy tierra de labriegos campechanos;
un tiempo quintas de un Barón, y ahora
antiguos hórreos desbordando granos.

(1) «Entre manzanos» (Niñez por duros caminos). *Revista Norte*. México, 1958. 1.ª edición. Reeditada por el Iltre. Ayuntamiento de Gijón. Gijón, 1979. 336 págs.

Cerca del castañar, los maizales;
cerca del monte, en el azul, los pinos;
la escuela oculta bajo los nogales.

Y ante la alegre carretera blanca,
la iglesia de contornos femeninos,
como una novia a los requiebros franca.

(*Antología Asturiana*, México, 1965)

La ayuda en las faenas caseras, el mal genio del maestro y la rebeldía del alumno interrumpen la asistencia a la escuela. A partir de sus once años, tras una escapatoria de dos meses durante los que ha servido de criado en una casería —«porque quería trabajar y ganarme la vida por mi cuenta»—, «Fonso» compagina el trabajo de picador en la cantera de Contrueces, próxima a la Peñuca, y con agrado, ahora, los estudios en clases nocturnas, con las romerías y esfoyazas. De todo ello da cuenta en «Entre manzanos», recuerdos objetivos, mas sazonados por la emoción y la nostalgia. Y la sensibilidad que capta en todos sus matices la belleza del entorno, envuelve en la misma ternura, más tarde hecha verso, elementos del paisaje y afectos profundos. Paisaje que sintetiza con notas pictóricas —pictoricismo, una cualidad de la lírica de Camín—: «Junto a la cresta de la cumbre, el pino, / y en el blanco recodo del camino / la casa blanca que trasciende a heno...», o «El sol, tras de una montaña mortecino; / el cielo, plomo; la montaña, arisca; / las hojas que arrebata la ventisca / danzan sobre la nieve del camino».

Presencia de la madre —Maximina Meana, «pequeñina y galana como la Virgen de Covadonga»— y del padre —Manuel Camín, «fuerte, áspero y magro, todo fibra y nervios para el trabajo»—: ambos prestan a la poesía del hijo los mejores acentos, como en «Canción de cuna» y «Epístola a mi padre» que transcribimos.

CANCION DE CUNA

Madre la que me acunaba
con amor y con dolor
y para mí se quitaba
de la boca el pan de flor.

Madre que el lecho dejaba,
siendo yo niño mayor,
y en puntillas, me arropaba
con el grueso cobertor.

Madre que el vientre te abriste
para ayudarme a vivir
una infancia amarga y triste.

¡Qué pena al verme partir,
y qué temprano te fuiste
para no verme sufrir!

(*Antología Asturiana*, México, 1965)

EPISTOLA A MI PADRE

Padre, somos dos robles, pero tú eres más fuerte,
más sencillo y romántico, más ingenuo y más grande.
Mañana, cuando el sol de la vida
se esconda en las callejas vecinales,
cuando dé su licor la cosecha,
cuando todo se acabe,
tú serás lo inmortal, lo perpetuo, lo firme;
yo, la aventura inútil sobre remotos mares;
tú has de ser una fuente en la aldea
y yo el seco muñón de una nave,
que hasta después de muerto ignora
hacia qué costa irá a estrellarse.
Padre, somos dos robles, pero mira mi fronda,
ya desgajada por las tempestades.
Lo que en ti son arrugas, son en mí cicatrices.
Sin embargo, las hachas de abordaje
se han mellado en mi cepa, corazón marinero,
y aunque lleven mi esfuerzo y mi sangre,
he de violar todos los horizontes,
sin que en la ruta me detenga nadie.
¡Segura flecha que partió del arco
a engarzar el lucero de la tarde,
para prenderlo en el corpiño dulce
de la que nunca volverá a encontrarme!
Padre: somos dos robles
en el dolor y en el destino iguales.
¡Cuántos vivieron de podar tus ramas
y cuántos se calientan con mis astillas, padre!

(*Antología Asturiana*, México, 1965)

Emigración

La separación se impone. En los primeros años del siglo, ningún horizonte se abre dentro de los límites regionales para un muchacho aldeano; más, si es bravucón y pendenciero, como «Fonso» el de la Peñuca. Aunque su estatura lo desmienta, acaba de

cumplir quince años. Ante él, la disyuntiva: soldado en Marruecos o emigrante en Cuba. Alfonso Camín irá a La Habana. «Mi padre vendió la novilla en la Pola y hasta creo que pidió a un vecino unos pesos.

—Es que embarco al rapaz...

—¿Pronto?

—En cuanto que le arreglemos los papeles.» («Entre manzanos», cap. XXIV).

En septiembre de 1905 es la partida. La despedida; en la gijonesa estación de Langreo («A la estación llegamos perezosos / igual que si a un cadáver / fuéramos tristemente acompañando / y tuviéramos miedo a abandonarle...»), pues en Santander ha de embarcar en el trasatlántico «María Cristina». Los avatares de la travesía, «en unos camarotes carcelarios, malas literas de cuartel hediondo a puerto sucio, a podredumbre sin aire», con varios días de galerna, en circunstancias dramáticas, los refiere en el último capítulo de «Entre manzanos» y en el primero de «Entre palmeras». Los resume

VIACRUCIS

Muchedumbre hacinada en la bodega
del barco de infamantes camarotes.
Igual que iban antaño los galeotes,
vuestra orfandad por el confín navega.

Llegáis a puerto. A comenzar la brega
en la ciudad hedionda de abarrotes;
pensáis: —La madre espumará los potes,
el otro hermano ya estará en la siega.

En Buenos Aires, México o La Habana,
pensáis de nuevo en la feliz quintana;
entre el hoy y el ayer se abre un abismo

y veis, desde las costas y manglares,
que está la inmensidad entre dos mares
y la desolación en uno mismo.

(*Antología Asturiana*, México, 1965)

«Entre palmeras» (2) es título del segundo tomo de las Memorias de Camín. Cuarenta y cinco capítulos que narran la experiencia americana del poeta con enfoque harto subjetivo de los hechos

(2) «Entre palmeras» (Vidas emigrantes). *Revista Norte*. México, 1958. 695 págs.

—tanto de los propios como de los ajenos— y abundantes noticias de la vida literaria y política de Cuba, también de México, entremezclados con fobias, críticas mordaces, admiraciones y gratitudes sinceras, porque «Un amigo es un árbol: ¡cuídalo! / No saques leña de él, recoge el fruto, / sin herir sus raíces, ni retorcer sus gajos (...)». «Un amigo es un árbol. / No lo trueques en leña para tu propio fuego. / ¡Bástate con el fruto que te prodiga al paso!» («Alabastros»). De los nombres entrañables para el poeta, los asturianos Nicolás Rivero, Constantino Cabal, Rafael Suárez Solís, los tres en el «Diario de la Marina».

No menos azarosa que la travesía es la llegada a puerto. Camín, que por haber «entrado en quintas» ha embarcado con el nombre de «José García», es internado en el campamento «Tiscornia» —campamento que, también, conoce Valle Inclán—. De allí le sacarán las diligencias del presidente del Centro Asturiano, mientras el pariente al que va recomendado le consigue trabajo en unos almacenes de tejidos de La Habana.

La primera impresión de Cuba queda reflejada en «Maracas» (México, 1952):

«Cuba: un ron. Un café negro, tres amigos de bachata.
Un cangrejo, un aguacate, un tabaco, una mulata.

.....

Malecón:
un cinturón
que La Habana a la cintura lleva atado y desatado
—del Vedado hasta La Habana, de La Habana hasta el Vedado—,
enseñándole a bailar
la rumba, el danzón al mar,
mientras copia sus vaivenes todo el Golfo alborotado
y La Habana lleva en forma de pañuelo desplegado
todo el cielo que le vino desde el fondo del palmar...

A partir de aquí, en «Entre palmeras», vertiginosa, se sucede la narración de los episodios de una vida desarraigada: «Mi sitio estaba al pie del roble y del castaño, sobre la cumbre y a la vista del mar bravo, en la llanada donde corren las fuentes y van a las fuentes las mozas». Si al principio soporta trabajos, hambre, humillaciones, con el único propósito de enviar unos pesos a la madre, al recibir la noticia de la muerte de ésta «desde entonces ya no fuí el mismo. Cumplía por cumplir, ganaba por ganar, comía por comer». Los soportales coloniales de La Habana vieja, envueltos en olores a salitre, melaza y tasajo («Almacenes, negros, ton-

gas en los muelles comarcanos»), así como los paisajes de palmerales y de bohíos en el interior de la isla, son escenario para las aventuras de Alfonso Camín.

Trabajos muy diversos —de empleado y vendedor ambulante a guerrillero, pasando por bracero en la zafra, mecánico en un ingenio de azúcar, camarero...—; hospital —la «Quinta Covadonga» de los asturianos— adonde le llevan unas rebeldes fiebres palúdicas; cárcel como consecuencia de un episodio sangriento, se van entretejiendo en los primeros años cubanos del que habrá de ser el «Poeta de Asturias»: «Puedo decir que mis primeros años en Cuba —días sin pan, noches sin techo— los pasé en las cárceles, en los hospitales, en los caminos» (cap. XXIII).

Empieza a formarse el poeta

A finales del verano de 1906, Alfonso Camín, sin trabajo, deambula por La Habana. Generosamente, le acogen en la casa de Alvarez-Valdés, ricos comerciantes de Gozón, en tanto le procuran un empleo en «el campo» —en Cuba, todo lo que no es La Habana, es «el campo»—, y en aquel ambiente amable renace el poeta innato que ya improvisara cantares «entre manzanos». Escritos sobre un mostrador, en papel de estraza, pronto circulan por cafés y «bodegas» los primeros poemas de Camín, basados en canciones populares e, incluso, alguno se publica en la prensa:

«Tengo de volver un día
de la ciudad de La Habana,
para casarme contigo
y ayudarte en la labranza.

.....

Llegaré al Musel de noche
mandando un barco pirata».

Los Alvarez-Valdés le proveen de todo lo necesario para el viaje y embarca Alfonso Camín hacia Cauto, donde le espera un trabajo seguro... que pronto abandonaría. En la travesía por el Caribe, y río Cauto arriba, entabla conocimiento con el recién derrocado presidente Estrada Palma, a quien el muchacho asturiano hace compañía en horas amargas. Recuerdo de ese viaje que establece amistad entre dos personas tan desiguales —Camín, desde entonces, hablará con elogio de Estrada, a la vez que con menosprecio de su rival y sucesor, el general Loynaz; menosprecio que se extiende a la hija de éste, la poetisa cubana Dulce María— es el soneto .

NOCHE EN EL CAUTO

Noche en el Cauto, en el vapor «Valeda».
La estrella y el palmar, todo a la mano;
atrás la ronca voz del mar lejano
y el río, que va al mar con voz de seda.

Río arriba el vapor mueve su rueda.
Todos van a dormir. De luto y cano,
solo en el comedor, vela un anciano,
y yo que digo: «En soledad no queda».

Hablamos del pasado y del presente,
toda la noche de profunda calma,
el emigrante astur y el Presidente.

—¡Gracias —me dijo—, gracias, compañero!
Desembarcó en La Punta, Estrada Palma
y yo seguí hasta Cauto Embarcadero.

(«Maracas»)

Litertura, amores, bohemia

Alfonso Camín ha procurado instruirse por su cuenta. Ha hecho acopio de libros, su pequeño tesoro que le acompaña en los desplazamientos. Entre correría y correría, en La Habana ha frecuentado la Academia de San Alejandro, la biblioteca del Centro Asturiano y otras instituciones culturales. Ha leído con avidez y desorden —historia, narrativa, poesía sobre todo— autores clásicos, románticos, modernistas. Espronceda, Bécquer, Núñez de Arce, Bartrina, le apasionan, como la «Historia de la conquista de Nueva España», de B. Díaz del Castillo, y la «Oda al Dos de Mayo», de López García. De los poetas más próximos, lógicamente, los hispanoamericanos: José Martí, Díaz Mirón, J. M. Heredia, Mayol, «Alma Fuerte», J. del Casal... El conocimiento de Rubén Darío, de J. Asunción Silva, de Víctor Hugo y de Lord Byron, vendrá más tarde.

Recogemos estos nombres que, con otros cita Camín, porque todos dejaron su huella en la obra ecléctica del poeta asturiano, quien, con la misma facilidad que se identifica —sin merma de su asturianía— con los pueblos que recorre, asimila y hace suyos léxico, metros, ritmos, formas. De ahí la variedad de su poesía en la que, juntamente, aparece la versificación tradicional con las innovaciones propias del Modernismo, tratando los temas más di-

versos. Temas a los que, en momentos felices, con notas muy personales logra dotar de originalidad.

Desde 1913, la dedicación de Alfonso Camín será la literatura. Ingresa en la plantilla del «Diario Español» y en la de «Diario de la Marina», cuyo director, don Nicolás Rivero, de Villaviciosa, habrá de protegerle siempre y disculpará sus errores («No olvides que el «Diario» es tu casa»).

Residiendo en la villa de Cienfuegos, funda la revista de vida efímera «La Tierrina» (1913), colabora en la prensa local y se relaciona con intelectuales de provincias, llegando a mantener amistad, ya de por vida, con J. M. Carbonell, que habrá de prologar «Entre palmeras»; Agustín Acosta, además de poeta, crítico muy culto y agudo; Regino Boti, Felipe Pichardo Moya, José M.ª Poveda, el poeta mulato y refinado con quien Camín presenta más de una afinidad —por su vida bohemia y por el tratamiento de temas greco-latinos—. Son éstos los poetas que en las décadas de 1910 y 1920 se esfuerzan en hallar una expresión posmodernista para la poesía cubana, antes del advenimiento de los -ismos vanguardistas a Cuba.

Con la ayuda económica de un grupo de amigos, publica Camín su primer poemario, «Adelfas» (Habana, 1913), acogido con encontradas opiniones: las adversas, se dirigen especialmente a la persona del autor. «La publicación de mi libro *Adelfas* cayó como una caja de truenos», escribe, pero añade, «vendido como pan caliente».

El poema que abre el libro y le presta el título, comienza:

> Arbol de las adelfas olorosas,
> árbol de las estrellas venenosas;
> si las halláis amargas,
> no serán culpas mías:
> son el producto de mis noches largas
> sin pan ni hogar y sin calor mis días...

El eco de Bécquer se percibe con claridad en «Jirón de un drama»:

> Me clavó sus miradas,
> se crisparon sus nervios,
> y, como una leona,
> sus fuertes brazos enroscó en mi cuello.
>
> .....

Mas no puedo olvidarla,
que al perderme a lo lejos,
lanzó una carcajada de locura
que hizo temblar mi corazón de miedo.

Y aún más:

Y el huracán sobre mi frente ruge;
de mi pasión ni las cenizas quedan.
Mi amor va hacia los parias
que arrastran en silencio sus cadenas.

De este libro, son, acaso, los mejores poemas el extenso «Axiomas», escéptico, amargo («Vencidos de la vida son los que gimen; / odia siempre la sangre de las contiendas; / pero antes que humillarte, llega hasta el crimen, / y antes que abandonarlas, quema tus tiendas (...) Lánzate como el cóndor a las alturas; / todos han de admirarte si ven que vuelas. / No le cuentes al mundo tus amarguras. / ¡Sólo serás hombre si te rebelas!...»), el titulado «Muerta» («Muerta está la que me dio en su seno ternuras de mujer, mieles de rosas; / lo suficiente para hacerme bueno, / si no hallara después manos viscosas. / ¡Hiel que amargó mi amanecer sereno, / sombras de traición, hierro de esposas...») por su emoción no fingida, y «Mis versos», fechado —uno de los pocos que aparecen con fecha en la obra caminiana— en 1910: «¿Que mis versos son rudos? Son nacidos del alma / que no sabe de ensueños, ni ha vivido en París (...) Versos hijos del alma con que alientan los robles, / hace siglos heridos, y hace siglos en pie...».

Es «Adelfas» ejemplo de libro primerizo sobre el que pesa con exceso el lastre de lecturas recientes; pero en él se advierte ya al futuro poeta fácil, con sentido del ritmo y capacidad comunicativa. Siguen a éste, «Crepúsculos de oro» (Habana, 1914) y «Cien sonetos» (Habana, 1915), más el ambicioso empeño de la fundación de «Apolo» (Habana, 1915), revista poética de publicación mensual en la que agrupa como colaboradores fijos a Salvador Rueda, al luanqués Anselmo Vega; a los cubanos Acosta, Carbonell, Pichardo Moya; al peruano Santos Chocano, prologuista de «Crepúsculo de oro».

Pero la vida inquieta de Alfonso Camín, que se ha autodefinido como «justo, irreflexivo y mujeriego», prosigue, abundante en pendencias y en lances amorosos. Al final del capítulo XXIX de «Entre palmeras» refiere cómo, en gesto romántico, raptó a una

joven cubana, y concluye el relato: «De esta pasión hubo un hijo y una tragedia».

Alfonso Camín es, y seguirá siendo, un bohemio impenitente que, ganando dinero a temporadas, vive «a salto de mata», de alojamientos míseros a cafés habaneros. Sobre su persona crece la leyenda que él cultiva: «Me convertí en una figura popular, con mi chalina y bastón al brazo, un *cocomacaco* de veintiún nudos, que al decir de mis amigos, *pegaba solo*». Y un cigarro puro, regalo siempre de algún amigo. Atuendo al que añadirá una capa cuando viaje a España.

CAFE DE «LAS COLUMNAS»

¡Café de «Las Columnas»,
donde mis musas fueron magníficas alumnas
de una bohemia en soles y en trópicos de estrellas;
en donde mis querellas
se resolvieron siempre con versos y con palos,
una mirada hiriente, unos bigotes ralos
y una breva de «Puch» entre los dientes!
Eran entonces mis lugartenientes
Federico Ibarzábal y Alfonso Roselló.
Aún Ricardo Arenales no era Barba Jacob;
nos decía su «Canción de la Vida Profunda»,
florón de su existencia descalza y vagabunda,
con voz de piedra en honda que da contra el granito,
se multiplica en ecos de angustia y se hace grito;
diciendo como un juez que hace su propio fallo:
—Yo soy «El Hombre que se parecía a un Caballo».
Después iba a sentarse bajo los framboyanes
del Parque, flaco, hambriento, mas altos los afanes;
desterrado de México, de Cuba a Guatemala,
la lira como un *Inri*, y el verso como un ala.
El Golfo mexicano
va echando en oleajes sobre el país cubano
poetas y poetas
y claman en la patria de Juárez las *vendettas*.

(«Maracas»)

España y México

Para ser reconocido como escritor en América se hace imprescindible el refrendo de la crítica española. Por ello, a finales de 1915, Camín viene a España, y, a partir de esa fecha, su vida transcurrirá entre Madrid, Cuba y México.

En el primer viaje, tras detenerse en Asturias, arrastra su bohemia por Madrid, casi mendicante, más que de comida, de reconocimiento. Colabora en algunos diarios y revistas, y publica el libro de poemas «La ruta» (1916). Regresa a Cuba en 1917, pero, huyendo de la justicia, ha de pasar a México.

De la estancia, relativamente sosegada, en la capital azteca, la amistad con los poetas J. J. Tablada y Ramón López Velarde («Domingo en las mañanas. Hace treinta y dos años, / en esta misma mesa de mármol de «La Flor / de México», decía Ramón López Velarde / sus versos y escuchábamos los versos de Ramón»), colaboraciones en «El Excelsior» y «El Universal», dirección de las revistas españolas «Castillos y leones» y «Roja y gualda», documentación para la novela de la revolución mexicana «Entre volcanes» (Madrid, 1928), el banquete que, por su poema «Chapultepec», le ofrece el general Cabrera, un matrimonio, y dos poemarios: «Quosque Tandem?», «Alabastros», ambos de 1920. En este último, en el poema «La herencia», con la semblanza del orfebre renacentista Benvenuto Cellini, el poeta Camín hace la suya propia, estableciendo un paralelismo de personalidades:

El delito me trajo por un mar de armonía,
como a aquellos señores de la rancia hidalguía
que arrastraron grilletes en la cárcel secreta,
y fundaron ciudades en la América un día.
¡Como enorme sarcasmo, fue la cárcel mi meta,
y en mis horas de fiebre,
entre flores y sangre, fue naciendo el poeta,
como antaño el orfebre!
¿Mis delitos? Ser hombre. Despreciar la canalla,
buscar siempre en los huertos del amor, el capullo,
y llevar por la vida, con el odio en batalla,
la verdad en mis labios y en mi frente el orgullo.
Arrastrar los enconos
de los muchos tiranos
que al mirarme temblaron de pavor en sus tronos.
Ser artista y ser hombre,
y cruzarles la frente a los muchos villanos
que ultrajaron mi nombre.
Como el gran Benvenuto, mi señor y maestro,
me fugué del siniestro
calabozo, en las sombras, y gané la distancia...
¡Solamente que luego no encontré en otras partes,
ni las manos pulidas del monarca de Francia,
ni el honor en las artes!
Sólo hallé los rencores taciturnos y viejos,
y los odios, fecundos en sembrar cobardías,
que con fieras pistolas asesinan de lejos.

Durante una nueva permanencia en Madrid, de 1921 a 1924, Camín se relaciona con figuras de las letras, las artes, las ciencias y la política. Producto de esas relaciones es el libro «Hombres de España» (3), en el que recoge entrevistas a Emilio Carrere, Palacio Valdés, Victorio Macho, Ramón y Cajal, Romanones, Concha Espina, Valle Inclán, Melquíades Alvarez, los hermanos González Blanco, Tomás Bretón... Ya es reconocido y elogiado como escritor en España (Algunos elogios nos parecen desmesurados: «De él se hablará tanto como de Rubén Darío», escribía el crítico Alfredo Vicenti). Vargas Vila y Astrana Marín prologan sus libros, respectivamente, «De la Asturias simbólica», tercera edición de 1925, y «Antología poética», de 1930. Pero, consciente de las deficiencias de su formación autodidacta, Camín estudia, amplía su cultura. Se ha comentado que esa formación irregular del poeta fue la causa de que no lo incluyera en su «Antología de la poesía española e hispanoamericana. 1882-1932» Federico de Onís quien, desde Puerto Rico, habría de poner el prólogo a «Entre palmeras», en 1965.

El libro «Apolo y las rosas» (México, 1950) recoge el descubrimiento de Camín, por lecturas y visitas a museos, del mundo de la antigüedad clásica. De ese libro, como muestra, tomamos dos sonetos, clásico y modernista:

LA VENUS DEL DELFIN

(*Museo del Prado*)

La Venus del Delfín salta desnuda
desde la mar hasta el jardín pagano;
sostiene el seno en flor con una mano
y otra la fuente del placer escuda.

El pelo, sol que al despertar saluda,
va de sus sienes hasta el hombro ufano
y, acróbata feliz del Oceáno,
tiene el delfín la austeridad de un Buda.

Ojos de azules lontananzas llenos,
los muslos finos como dos lebreles
y temerosa de encontrar Silenos,

¡sólo el arte inmortal de Praxiteles
pudo esculpir esos redondos senos
con la quietud de dos palomas fieles!

(3) «Hombres de España». (Entrevistas literarias con las principales figuras españolas en el Arte, en la Política y en las Letras. Contiene veintitantas fotografías con los entrevistados hechas expresamente para esta obra). «Renacimiento». Madrid, s/a. Fechada la introducción «Unas palabras» del autor en Madrid, 1.º de diciembre de 1922.

FLORA

Flora, el amor de Céfiro, con flores se enguirnalda,
ríe junto a las fuentes, juega sobre los prados;
sus brazos son al aire dos lirios inviolados
y son sus ojos verdes dos cielos de esmeralda.

Retózanle las flores en la flotante falda,
sus labios son dos frescos claveles encarnados,
sus pechos son dos blancos palomos engallados
y el pelo va entre rosas cubriéndole la espalda.

Descalza entre el rocío danza en el campo Flora,
danzan en su homenaje las bellas danzarinas,
la flauta de Pan mueve la espiga que el sol dora.

Resuena el Sol trompetas, el aire es más sonoro;
¡retozan en sus cauces las aguas cristalinas,
y las palomas vuelan por horizontes de oro!

«Ya con mi casa y mi vida propia en Madrid, hice algunos viajes a México y siempre, aunque fuera de tránsito, desembarqué y pasé unas horas en La Habana», leemos en «Entre palmeras», relato abundante en comentarios, pero parco e impreciso en fechas.

En México, Cuba, Puerto Rico, Sto. Domingo, se cumple el sueño de juventud: «Por donde ahora camino a pie iré mañana en automóvil». Porque en automóvil, agasajado —según refiere—, recorre Camín esos países vendiendo personalmente sus libros entre la colonia asturiana. Libros no adquiridos a la fuerza —son de un compatriota, hay que ayudarle—. Y así, la lectura del poemario «De la Asturias simbólica», de las novelas asturianas «La moza del castañar» y «La Carmona» mitigan nostalgias al otro lado del Atlántico.

Nace la poesía afro-antillana

En el prólogo a «Carey» (Madrid, 1931) y en el capítulo 39 de «Entre palmeras», refiere Camín cómo nació la poesía afro-cubana o afro-antillana, después de que en 1882, y desde Cuba, abordara el tema Rubén Darío en el poema «¿Conocéis a la negra Dominga?» («Es flor de ébano henchida de sol»...).

A comienzos de la década de los años veinte, la literatura de Cuba seguía inspirándose en la europea. Contra esa actitud de los intelectuales todavía jóvenes —entre los que se encontraban Acos-

ta y Poveda— y en favor de una literatura genuinamente criolla, Alfonso Camín sostiene violenta polémica en las páginas del diario «El País», en 1925, con el ensayista y crítico cubano, de formación universitaria y cosmopolita, Jorge Mañach —«Mañitas», le llamaba despectivamente—. Como argumento de su tesis, presentaba Camín la novela alegórica «La conjura de la ciénaga» (1924) del escritor «maldito», cubano, Luis Felipe Rodríguez. Y, como resultado de la polémica, zanjada por el director de «El País» —el español Manuel Aznar—, el poeta asturiano confería dignidad literaria al tema de la negritud, proscrito de las letras cubanas como algo propio de ambientes marginados y degradados.

Por intuición y por sensibilidad, ya el joven Alfonso Camín, hacia 1906, allá en el interior de la isla, en los paisajes del río Cauto, entre fango, palmeras y bohíos, había captado la síntesis estética de elementos raciales, lingüísticos, folclóricos y sociales que habrían de ser el germen de la poesía afro-antillana. Y así fueron surgiendo los poemas «Macorina» («Veinte años y entre palmeras. / Los cuerpos como banderas. / Noche. Guateque. Danzón. / La orquesta marcaba un son / de selva fina y caprina...»), «Elogio de la negra» («Negra, carbón celeste, carne de tamarindo, / que desprecias al negro barbilindo / que está a la puerta de la barbería / multicolor viendo morir el día (...) y guardas corazón y simpatía / para el fuerte emigrante español (...) Negra, vigor mellizo de una raza / hecha de miel, de lujuria y «cachaza»; / mezcla de yuca y de boniato, / de café y de azúcar mulato (...) Negra que al son de los timbales / y de tambores de ritmos ancestrales / sigues tu loca danza trenzada / y entremezclas los crótalos sensuales / con un rumor de selva sagrada»), de «La Negra Panchita» («Come su arroz, su mondongo, / toma diez veces café, / echa por celos bilongo: / Bilongo mató a Mercé...»), o la pincelada de «Malaquita»: «Esta es la negra Panchita / con sus ojos montaraces, / y su faz de malaquita, / sus chancletas locuaces...», poemas todos recogidos en «Carey», como el compuesto en decasílabos, inspirado por la poetisa de color del mismo nombre

DAMASAJOVA

¡Damasajova, Damasajova!
Pelo brillante de ala de chova.
Diana de bronce, verso africano.
Noche y luceros. Carey cubano.

¡Damasajova, Damasajova!
Ebano y luna, cedro y caoba.
Himno insurrecto. Caña y laurel.
Río de sombra. Paila de miel.
¡Damasajova. Damasajova!
La noche misma sombras te roba.
Musa de extraño ritmo diverso,
bajo tus días fluye mi verso.

¡Damasajova, Damasajova!
Lira de virgen, flancos de loba.
Sueñan tus ojos negras panteras
en los desiertos de tus ojeras.

¡Damasajova, Damasajova!
En tu profunda noche se arroba
mi musa, hambrienta de negras rimas:
nieve en remanso sobre tus cimas.

Puente en palmeras en forma de H.
Sobre las noches de la laguna
va tu belleza como azabache
deslumbradora bajo la luna,

y al verte llena de luna antigua,
fiebre y cocuyos mi pasión loba,
grita a las noches de la manigua:
¡Damasajova, Damasajova!

(«Carey»)

Artificios poéticos y vocablos ñáñigos procedentes del folclore, colorido y ritmos que reproducen el balanceo de la danza; ritmos que exigen música, como en los de «Maracas» (México, 1952), «Danzón de María Belén»:

¡Danzón de María Belén
ligera como un venado,
desde Monte hasta el Vedado,
de la calle al terraplén!

¡Pero ten mucho cuidado,
que no es María Centén!
¡Oyelo bien!

De Santiago a Caimanera,
de La Habana a Caibarién,
todo es cintura y cadera
si baila María Belén.
¡Oyelo bien!

La acompaña la palmera
desde Cuba hasta el Petén
y es todo el cuerpo una hoguera
desde la planta a la sien.
¡Oyelo bien!...

en los titulados «Miguel Angel de la Torre» (el poeta negro y bohemio) y «Temple»:

MIGUEL ANGEL DE LA TORRE

Miguel Angel de la Torre,
La Habana, la noche y yo;
un automóvil, dos negras
y una botella de alcohol.
La noche por Palatino,
la noche por Luyanó;
amanecer en el Cerro,
chantaje a la luz del sol.
Miguel Angel de la Torre,
en el medio de un sopor,
abrazado a las dos negras,
parece un Cristo al carbón.
Dicen las negras: —La plata
o armamos un titingó,
que éstos no van al Precinto
con la gente de color.
Cocomacaco. Va en marcha
el automóvil veloz;
una se va de cabeza
y otra de nalga y faldón.

Más tarde, de Reina y Rayo
a la Plaza del Vapor,
cocomacaco, dos negros,
la calle, el cuchillo y yo.

TEMPLE

Si tú sales a bailar,
bailo yo;
pero vuélvete palmar
y bongó.
Sé la caña de cortar
por el pie;
sé el molino de tostar
el café.
Reina negra en Calabar
y en Maisí,

rompe en perlas el collar
sobre mí.
Sé el tabaco que al quemar
da su olor;
tenebrario al alumbrar,
cepa y flor.
Sé venado en el altar,
sé bambú,
entre atar y desatar
el nansú.
Sé la barca sobre el mar,
sé el ciclón;
sé la caña de pescar,
sé el rejón.

En el citado prólogo a «Carey», dice Camín: «...los poetas de las Antillas, blancos y negros, todos a uno, primero en el periódico, después en el libro, comienzan a hacer versos de esa índole, con temas iguales o variados, haciendo baraja revuelta con muchas de mis palabras y no pocas imágenes. El ron de «Macorina» me lo han bebido treinta y dos veces». Añade: «De ese modo, nace lo que ellos han dado en llamar poesía afro-cubana. Mi pretensión no iba hasta ahí». Y, explicando el proceso de esta poesía, el poeta no la reconoce todavía como poesía negra, «pero sí un apunte, un esbozo, una señal, un camino».

Eugenio Florit, Emilio Ballegas, aunque tratándolo ocasionalmente en el conjunto de su obra (recordemos la bellísima «Canción para dormir a un negrito», de Ballegas), darán al tema brillantez; pero será el mulato Nicolás Guillén quien lo recoja en la grandeza de su esencialidad y hondura humanas y lo lleve por cauces sociales.

En resumen: el asturiano Alfonso Camín pudo decir con toda razón y derecho en «*Negro*»

Negro: no olvides mañana
que yo fui el primer pregón
negro en la tierra antillana;
que he recogido tu son
y lo eché como un ciclón
a correr la mar lejana.
Y hoy ya tienes tu canción.

(«Maracas»)

Ultimos años en Madrid. «Los poemas de Rosario»

La última etapa de la vida de Camín en Madrid, comparada con épocas precedentes, de su vida, puede calificarse de sedentaria. Ha viajado por España, se ha compenetrado con paisajes, pueblos, gentes. Ha hecho verso, como siempre, sus vivencias:

MORENA COMO EN CASTILLA

Morena como en Castilla
el buen pan en la alacena;
morena como es morena
la Macarena en Sevilla.

Morena como la arcilla
del jarro de la verbena;
morena como una cena
de besos en La Bombilla.

Morena de ojos gachones
que se lleva en la cintura
todo Madrid en mantones.

¡Morena en soles y en sales,
que por morena fulgura
como una noche en Rosales!

¿ADONDE EL GUADALQUIVIR?

Al pasar la Macarena
dijo el Cristo del Cachorro:
—¡Vaya una cara morena!

Pasó el Cristo del Cachorro
y dijo la Macarena:
—¡Vaya un gitano buen mozo!

La Giralda alzó la voz:
—¡Cuidado con los piropos
estando delante yo!

¿Adónde el Guadalquivir?
—En busca de una gitana
que me diga el porvenir.

Funda, en 1929, la revista «Norte», cuya publicación, interrumpida por la guerra civil, continuará en México, con la editorial en la que irá publicando sus obras; unas, nuevas; otras, reediciones

aumentadas. También, sus «Memorias», de las que anunciaba cuatro tomos: los dos a los que nos venimos refiriendo, más «Entre madroños. Vidas literarias», que recogería sus experiencias madrileñas, y «Entre nopales. Vidas aventureras».

«Los poemas de Rosario» (4) —Rosario Armesto Jurjo, la última compañera en el exilio mexicano y en el cobijo de Porceyo, desde 1967, la que reposa en nicho contiguo al del poeta— asocian el sentimiento amoroso, ahora sereno, a la visión en esbozo de un Madrid risueño que no presiente la próxima tragedia de 1936.

¡Qué hermoso se ve Madrid
todo nevado de almendros!
Va de fiesta el Manzanares
en dirección a Toledo.

De Rosario, sólo alguna escueta referencia en «Entre palmeras»: «Dijo versos Rosario Armesto de Camín». Pero a ella, «Los poemas de Rosario» cuya dedicatoria en la reedición (Gijón, 1977) expresa: «...que ha sido durante más de cuarenta años, mujer, musa, compañera, el todo de mi vida». De esos poemas, *«Canción»*

Tiene tu amor tal aroma,
tan lozana sencillez,
que por la primera vez
vence al tigre la paloma.
Amor con amor se doma,
no se doma con rencor;
en el campo del valor
sólo ha vencido mi orgullo
la paloma con su arrullo
y la mujer con su amor.

Ya con un pie en el estribo

«Pepín» Rivero, sucesor de su padre don Nicolás en la dirección del «Diario de la Marina», en 1937 logrará librar a Camín de una Asturias en guerra, donde su situación es comprometida, y conducirlo a Cuba. Poco después, el poeta se establece en México. Allí permanece por espacio de treinta años, al cabo de los cuales regresa a España. Pero antes del regreso, la despedida de los dos países que amó, que le acogieron, en las décimas «Mexicana», y esta «Ultima canción cubana»:

(4) «Los poemas de Rosario». México, 1944. Utilizamos la edición de Gijón, 1979, con el título: «Poemas a Rosario».

MEXICANA

Lagunera de ojos bellos,
flor del llano entre montañas,
con la tarde en las pestañas
y la noche en los cabellos;
luna en fúlgidos destellos,
sol que en el Nazas rutila;
piel de mango de Manila,
boca de canela y mango;
¡ay, cómo envidia Durango
que hayas nacido en Coahuila!

ULTIMA CANCION CUBANA

Adiós, Cuba, la que vive
tan bella y despreocupada,
que a veces no queda nada
del agua que da su aljibe.
Adiós, reina del Caribe;
adiós, cuerpo de canela;
ya me voy de tu cancela,
como se va el manisero,
como se va el tamalero,
como se va al mar la vela.

Como un círculo, la vida se va cerrando: Alfonso Camín volverá a escuchar el canto de los malvises.

MALVISES

Si florecen los rosales,
si oigo cantar los malvises,
no importan los cielos grises,
ni importan los vendavales.
Si dan moras los zarzales
a la vera del camino,
si el manantial cristalino
salta como un corzo al llano,
¡yo soy feliz con el grano
que va del surco al molino!

(De «Antología Asturiana»)

Diciembre en Porceyo

OTOÑO

En vano, ¡oh viento del otoño!, arrojas
las hojas amarillas al camino;
como el acebo y el laurel y el pino
yo soy en el invierno árbol con hojas.

Doy a los hórreos las mazorcas rojas,
a los toneles el hervor del vino;
soy el alegre pájaro marino
que no admite en sus ámbitos congojas.

Voz, torrente que va de monte a monte,
castaño secular de mi concejo,
velamen y paloma al horizonte;

moza, canción y madrigal bermejo,
¡yo tendré la vejez de Anacreonte
o la del viejo Pan, que nunca es viejo!

(De «Canciones y pequeños poemas»)

Y en los últimos días del otoño de 1981, visitaba yo al poeta en la casa de su hermano Corsino, en Porceyo. La tarde era lluviosa y destemplada. El hombre que había escrito en su «Autorretrato» («Carteles», 1926): «Cómo soy, francamente, no lo sé todavía; / sé que en mí todo canta como el viento en el mar...», se encontraba junto al fuego, plegado en un sillón. ¿Qué quedaba en aquel viejecito friolento, tembloroso, pero plenamente lúcido, del grito, más que deseo, «¡Yo tendré la vejez de Anacreonte / o la del viejo Pan, que nunca es viejo!»?

De nuevo «entre manzanos», no lejos de donde había estado la casa de La Peñuca, Camín fijaba en mí su mirada viva y, con palabras entrecortadas —mucho tenía yo que aguzar el oído a la vez que guardar silencio para no estorbar la evocación—, me hablaba «de allá», de «entre palmeras»: Sí, la calle de Sol, El Malecón... ¡Ah, Santiago y Cienfuegos...! Sí, el Centro Asturiano tenía una gran biblioteca... Buena gente...».

Mientras la conversación —más bien monólogo— discurría, un perro lobo, el mismo que poco antes me había ladrado con fiereza al aparcar el coche a la entrada, mansamente se dejaba acariciar por la mano del poeta que, acaso en aquella cabeza todavía brillante por la lluvia, a través del tiempo acariciaba otra peluda, la del buen «Muley», fiel compañero y cómplice de correrías del chiquillo «Fonso» por la quintana de Roces. A «Muley»:

MI MASTIN

Mi mastín era recio, era humano;
y era noble y hermoso y viril;
la cabeza de mármol romano
y los dientes de blanco marfil

.....

Comprendió que ya nunca oiría
mi voz moza en la noche feliz;
grito azul de la sierra bravía
y sonora canción del maíz.

Me alejé por la fronda. Entre tanto,
él se puso por mí a sollozar;
en los ojos dos perlas de llanto,
más amargas que el llanto del mar...

(De «Antología asturiana»)

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA POESIA DE BANCES CANDAMO

SANTIAGO GARCÍA-CASTAÑÓN

De un tiempo a esta parte, la figura y la obra de Francisco Bances Candamo vienen ocupando la atención de la crítica con una intensidad inusitada. Hasta hace apenas dos décadas el nombre de Bances Candamo sólo aparecía mencionado de pasada en las historias de la litertura y los manuales, y el ya viejo libro de Cuervo-Arango (1) y el artículo de Shaffer Jack (2) eran las únicas referencias críticas con que se contaba. La publicación por Rozas de un enjundioso artículo sobre Bances en 1965 (3) y de una edición del *Teatro de los teatros de los pasados y presentes siglos* por Moir en 1970 (4) inició tímidamente la tarea de recuperación de uno de nuestros escritores malditos desde el siglo XVIII. Ya en la última década han proliferado artículos de desigual calibre (5), coincidentes todos en elogiar la obra tan injustamente olvidada

(1) Francisco CUERVO-ARANGO Y GONZÁLEZ CARVAJAL, *Don Francisco Antonio de Bances y López Candamo. Estudio bio-bibliográfico y crítico* (Madrid: Impr. hijos de M. G. Hernández, 1916).

(2) W[ickersham] SHAFFER JACK, «Bances Cándamo [sic] and the Calderonian Decadents», *PMLA* 44 (1929): 1.079-89.

(3) Juan Manuel ROZAS, «La actitud del teatro y otras cuestiones literarias en Bances Candamo, escritor límite», *Segismundo* 1.2 (1965): 247-73.

(4) Francisco BANCES CANDAMO, *Theatro de los theatros de los passados y presentes siglos*, ed. Duncan Moir (London: Támesis, 1970). Cito por esta edición, abreviando *Teatro*. Modernizo la ortografía, incluido el título, y regularizo la puntuación, la acentuación y el uso de las mayúsculas según los criterios actuales. A cada cita siguen, entre corchetes, la versión (numeración romana) y la página (numeración arábiga).

(5) Para una completa bibliografía sobre este autor véanse mi tesis doctoral (University of Illinois, U.S.A.) y mi edición crítica de la comedia de Bances *Sangre, valor y fortuna*, de próxima publicación.

del más ilustre escritor asturiano del Siglo de Oro. Casi todas las vertientes creativas de Bances Candamo han sido tratadas con más o menos rigor científico por diversos críticos juiciosos y, en general, bienintencionados: su producción dramática (comedias, zarzuelas, autos sacramentales, teatro breve) y sus ideas teóricas sobre el teatro y la poesía han sido objeto de análisis (6). Quedan, no obstante, dos puntos negros cuya realización no se ha emprendido todavía: la publicación de sus obras en ediciones críticas, o cuando menos rigurosamente anotadas, y un análisis en profundidad de su producción poética, de la cual me ocupo, si bien brevemente, en esta ocasión.

La primera edición de las *Obras líricas* (7) de Bances Candamo se publicó en 1720, y parece ser que se agotó rápidamente, constituyendo todo un éxito, como manifiesta Francisco Martínez Abad, autor del prólogo a la segunda edición, de 1729 (8). Ya en 1949 Fernando Gutiérrez se encargó de la tercera y hasta ahora última edición (9). Para ella, Fernando Gutiérrez reprodujo la segunda de 1729. Su tarea se limitó a una breve introducción de diez páginas, sin notas y sin aparato crítico alguno, acaso debido a los criterios

(6) Del *Teatro* hizo Manuel Serrano y Sanz una edición parcial en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3.ª época, 5.2-3 (febrero-marzo 1901): 155-60; 5.4 (abril 1901): 246-50; 5.7 (julio 1901): 485-90; 5.8-9 (agosto-septiembre 1901): 645-53; 5.10 (octubre 1901): 735-42; 5.11 (noviembre 1901): 808-12; 5.12 (diciembre 1901): 927-32; 6.1-2 (enero-febrero 1902): 73-81. Fue editado en su totalidad por Duncan Moir, ed. cit. en nota 4. Sendos fragmentos se incluyeron en Federico SÁNCHEZ ESCRIBANO y Alberto PORQUERAS MAYO, *Preceptiva dramática española del Renacimiento y el Barroco*, 2.ª ed. (Madrid: Gredos, 1972), y en Alberto PORQUERAS MAYO, *La teoría poética en el Manierismo y Barroco españoles* (Barcelona: Puvill, 1989), 403-13.

(7) *Obras lyricas / De Don Francisco / Antonio de Bances Candamo, / Superintendente de Rentas / Reales de Ocaña, San / Clemente, Vbeda, / y Baeça, etc. / Que saca a luz / D. Julián del Río Marín. / Y las Dedica / A la Excma. Señora / Duquesa del Arco, Condesa de / Monte-Nuevo, la Pue- / bla, etc.* (Madrid: A costa de Nicolás Rodríguez Francos, 1720). Hay otra edición de la época (Madrid: A costa de Francisco Martínez Abad, 1729).

(8) No hay razón para no creer las palabras de Martínez Abad: «... ofrezco cumplido a la generosa protección de V. E. en obsequio de la república de las letras, que recibió con indecible ansia la primera vez que vieron la luz pública las elegantes *Obras* de don Francisco Candamo, despareciéndolas de suerte que aún no dejó seguros la ingeniosa codicia de los eruditos los pocos ejemplares que reservó mi curiosidad, esperando que el tiempo los hiciese, por raros, más estimables.» *OL*, 21.

(9) Francisco BANCES CANDAMO, *Obras lyricas*, ed. Fernando Gutiérrez (Barcelona: Selecciones Bibliófilas, 1949) en una colección con tirada muy reducida: sólo trescientos ejemplares para los suscriptores. Toda referencia a poemas de Bances remitirá a esta edición, que citaré abreviadamente *OL;* incluyo entre paréntesis las correspondientes páginas y modernizo la puntuación y la ortografía.

de la colección en que se publicaba, más que a la voluntad del propio editor. El caso es que han transcurrido ya cuatro décadas desde esta edición imperfecta y no demasiado bien conocida, y nadie en este tiempo se ha ocupado de preparar una edición de las *OL* como mandan los cánones.

Es bien cierto que Bances Candamo ha pasado a la historia literaria española como dramaturgo y como teórico del teatro (10). Sin embargo nadie se ha fijado en su condición de poeta, que fue en la que primeramente destacó Bances Candamo, con la que alcanzó sus más tempranos éxitos, y la que, en última instancia, le abrió las puertas de la corte cuando nuestro ingenio contaba poco más de veinte años y aún no había probado fortuna como autor teatral (11). Desde esas fechas y hasta que se estrenó su primera comedia en 1685 (12) Bances a buen seguro puso a prueba sus facultades de poeta, de las que él era consciente y estaba justificadamente orgulloso. Consta documentalmente que participó en diversas academias y que sus composiciones fueron celebradas por los demás ingenios y por el público en general.

Bances Candamo fue ante todo dramaturgo. Pero el teatro de la época era —no lo olvidemos— en verso, y Bances dedica alguna atención a la poesía en su *Teatro*:

> Es sin duda la poesía uno de los más apetecidos númenes que infundió Dios a las almas, si no tuviera el defecto de que sólo le parece bien a cada uno donde él no la ve, que es en sí mismo. Llámole don apetecido porque apenas se hallará hombre que no le desee tener, o no juzgue que le tiene. ¿Cuál hay que no crea que al menos para su gasto (como dicen) escribe bastantes versos, o cuál que no imagine que, si se pusiera a hacerlos, lo consiguiera? Y con todo eso, siendo una habilidad que todos la presumen de sí, raro es el que la estima en otro. [II, 50]

(10) Hasta tal punto *Teatro* ha venido atrayendo la atención de la crítica, que algunos nombres ilustres —Moir, por ejemplo— llegan a anteponer en importancia este tratado inconcluso a toda la producción dramática de Bances Candamo.

(11) El primer poema de Bances que vio la letra impresa fue un soneto laudatorio incluido en los preliminares del *Apólogo membral, discurso jocoserio, moral y político*, de Francisco de Godoy (Sevilla, 1682) cuando Bances todavía no había cumplido los veinte años de edad.

(12) Se trata de *Por su rey y por su dama*, estrenada ante Carlos II, su familia y distinguidos miembros de la corte, en el Real Sitio del Buen Retiro, el día 15 de noviembre del mencionado año.

Estamos en un siglo en que es «de buen tono» escribir poesía. A la legión de ingenios y poetas que pudiéramos denominar «profesionales», debemos añadir un buen número de aficionados o diletanes; entre éstos: estudiantes enamorados, graves eclesiásticos, nobles, títulos —incluyendo grandes de España— y hasta monarcas. Bances Candamo muestra en la cita precedente algo más que escepticismo y viene a arremeter de un modo solapado contra los que él consideraría intrusos de la poesía. Por otro lado, de las palabras de Bances se destila una cierta amargura contra sus compañeros de actividad («siendo una habilidad que todos la presumen de sí, raro es el que la estima en otro»), acaso por haber sufrido en sus propias carnes la zancadilla de algún envidioso.

Se acerca Bances Candamo a la poesía adoptando una actitud neoplatónica al hablar del «divino furor»:

> ... porque (como dice Platón, hablando de las señales de aquel espíritu poético que él llama furor) los que no le tienen apenas, estudiando toda su vida adquieren una facultad; y cualquiera que goza este numen, toca en sus versos especies y fundamentos de todas, y algunos certísimos argumentos de todas las artes. Pronuncian, arrebatados del furor, algunas sentencias y cosas que exceden el humano estudio, y que después de sosegados aun ellos no entienden. [III, 94]

En cuanto al alcance de la poesía, Bances defiende su carácter minoritario y casi íntimo:

> La poesía quiere ser juzgada de pocos, porque a pocos entendimientos fue concedida la licencia de juzgarla. Por eso pintó la docta mitología a las musas en los montes y soledades, porque no como el orador ha de ser el poeta aprobado de la multitud. [III, 81]

Los anteriores pasajes ilustran teóricamente algo que Bances conocía bien en la práctica. Fundiendo los tres, tendríamos una síntesis que bien puede enunciarse del siguiente modo: muchos intentan escribir poesía y llegan a considerarse poetas, pero para recibir este nombre con justicia es necesario recibir el furor poético —hoy diríamos inspiración— o bien suplir su carencia con el estudio y la dedicación constante; en cualquier caso, no todos los que pretenden escribir poesía pueden hacerlo, ni todos los que la juzgan tienen los suficientes conocimientos para ello. Hasta aquí el Bances teórico de la poesía. A partir de ahora el Bances poeta.

El volumen de poesía a que me he referido arriba muestra una producción no demasiado variada, y, en un elevado porcentaje, incidental. Se trata de un volumen que contiene veintisiete sonetos (dos de ellos no son de Bances, sino dirigidos a él), once romances, tres romances heroicos, tres silvas, dos poemas en décimas (seis y cinco décimas, respectivamente), una endecha, un ovillejo y una tirana, además de un fragmento de su extenso poema épico *El César africano*, escrito en octavas reales. Bances Candamo siente una preferencia clara por el soneto, encuadrándose dentro de la tradición de la Edad de Oro, ya destacada por Herrera un siglo atrás:

> Es el soneto la más hermosa composición, y de mayor artificio y gracia de cuantas tiene la poesía italiana y española ... Y en ningún otro género se requiere más pureza y cuidado de lengua, más templanza y decoro, donde es grande culpa cualquier error pequeño; y donde no se permite licencia alguna, ni se consiente algo, que ofenda las orejas, y la brevedad suya no sufre, que sea ociosa, o vana una palabra sola (13).

Bances Candamo no es un poeta prolífico. Si consideramos que el período de su vida literariamente creativo se expandió por espacio de unos veinte años, habrá de convenir en que un volumen de poemas, incluso unido al resto de su no muy abundante producción, es un limitado bagaje creativo. Y sin embargo no es Bances Candamo un *dilettante* de la poesía; no se trata de uno de esos jóvenes que escriben unos versos esporádicamente. Bances demuestra un auténtico espíritu de poeta. Como tal se revela en multitud de pasajes de sus comedias y en bastantes de los poemas de sus *OL*. El soneto era —y sigue siéndolo hoy— la prueba de fuego para cualquier aspirante a los laureles de poeta, y muchos osados componían sonetos:

> La poesía más común que hoy tiene España, y aun toda la cristiandad ... es el soneto. El docto y el indocto, quienquiera, se atreve a poner las manos en el sagrado soneto, sin creer que por ello el que no está ordenado del divino Apolo queda irregular y excomulgado *ipso iure* (14).

(13) Fernando de HERRERA, *Anotaciones a Garcilaso* (Sevilla, 1580). Cito por la útil antología de Alberto PORQUERAS MAYO, *La teoría poética en el Renacimiento y Manierismo españoles* (Barcelona: Puvill, 1986), 105. En adelante citaré abrevidamente *TPRME*.

(14) Francisco CASCALES, *Tablas poéticas* (Murcia, 1617). *TPRME*, 404.

El propio Bances habla en su *Teatro* del «gracioso caso de un cortesano» con relación al soneto (15). En su prurito poético, Bances Candamo cultiva el soneto con particular profusión. Tanto los incluidos en las *OL* como los intercalados en sus comedias demuestran el grado de elaboración y de artificio técnico que de un admirador de la poesía gongorina, como era Bances, cabría esperar. Hay abundancia de imágenes que ya Góngora había convertido en lugares comunes:

> Arrebatado en águila de pino,
> sacro garzón, dichoso Ganimedes,
> que al mar fías, que al viento le concedes
> alas de abeto en pájaro de lino, (16)

Las metáforas de Bances no son, en la mayor parte de los casos, muy originales. El maestro cordobés está presente en todo momento en el universo poético del asturiano. Y Bances luce su habilidad técnica empleando construcciones artificiosas, versos bimembres, paralelismos, antítesis, oxímorons, quiasmos y una marcada tendencia hacia la deixis, sobre todo en los primeros versos de sus poemas, como en el caso del soneto que comienza: «Este florido arroyo caudaloso ...» (17). El empleo de deícticos, sobre todo el demostrativo «este», se repite en Góngora y otros poetas barrocos hasta la saciedad, principalmente en los sonetos, y está muy en consonancia con el espíritu del barroco de destacar los aspectos visuales señalando directamente el objeto u objetos a que se refiere el poeta. Si en su vertiente teórica Bances es original y hasta audaz, anticipando ciertas actitudes más típicas del XVIII que del XVII (18); si en sus comedias, aunque de corte calderoniano, también demuestra trazos muy personales en la constatación y la crítica de la realidad política de su tiempo, en cambio como poeta Bances Candamo demuestra una total sumisión a la estética gongoriana.

La mayor parte de los sonetos de Bances son de temática amorosa. Destaca la ausencia de sonetos de tipo moral o metafísico, tal vez porque sus escasos años y la frivolidad de la vida cortesana no eran las circunstancias más adecuadas para el tema. Hay algunos rasgos humorísticos (sonetos XXI y XXIII) pero en gene-

(15) *Teatro*, 2.ª versión, 49-50; 3.ª versión, 79.

(16) *OL*, soneto VI, p. 65. Nótese el parecido de estos versos con la *Soledad primera*, de Góngora, versos 7-21.

(17) *OL*, soneto XV, «Al arroyo de Torcón», p. 162.

(18) Esta es la idea que sagazmente defiende Juan Manuel Rozas, *op. cit.*, 269.

ral los sonetos tienen el amor como tema principal. No obstante, el tratamiento del tema difiere de los cancioneros amorosos de corte petrarquista: no hay en el poemario de Bances un hilo conductor que dé cohesión al conjunto, falta uniformidad globalizadora, incluso en la propia disposición tipográfica de los poemas. Sí hallamos en diversas ocasiones los tópicos nombres poéticos de Amarili(s), Fili, y el menos poético de Dominga (¿acaso una ironía consciente de Bances?). Sin embargo el tema amoroso, además de servir para expresar más o menos verazmente unos sentimientos sinceros, es el pretexto para entrar en un complejo juego de imágenes y figuras retóricas. Se trata, en definitiva, de demostrar el dominio del poeta sobre la técnica, sobre la propia forma poética. Tal vez sea posible reconstruir la trayectoria sentimental de la vida de Bances Candamo en la corte, aspecto éste muy poco conocido de su biografía, pero parece que no hay que tomarse excesivamente en serio las quejas de amor que vierte en sus poemas. Es, a mi modo de ver, más una literaturización que la expresión honda y sincera de sus sentimientos. El tema amoroso de los sonetos abre múltiples posibilidades que el poeta no desaprovecha, como la utilización de los *topoi* de rigor: *carpe diem*, fuego que hiela-hielo que abrasa, la fugacidad de la rosa, la sensualidad del pie desnudo, la inconstancia de la mujer...

Un interesante núcleo es el constituido por los sonetos XVII y XVIII que presentan una desmitificación del tema del *Beatus ille* horaciano; el primero de ambos es posiblemente el más citado de sus poemas y en él Bances lamenta la ambición desmedida, la envidia y el excesivo interés del agricultor por los bienes materiales, así como la murmuración maledicente en que vive inmerso y en la que participa:

> Los que dicen que es vida sosegada
> vivir en el retiro de una aldea,
> donde ni se pretende ni desea
> ni hay envidia en sayales disfrazados,
>
> vénganse por acá, verán errada
> en la experiencia su mortal idea,
> pues, codicioso, el labrador emplea
> su hacienda por cogerla mejorada.
>
> Desea la cosecha más crecida,
> a su interés madruga siempre atento,
> envidia al otro la haza más florida,

padece el testimonio, el pleito, el cuento;
en fin, no hay buena vida en esta vida,
pues nadie con la suya está contento (19).

Pero no debe entenderse que Bances se inclina por la vida cortesana (cuyas flaquezas y depravaciones él conocía muy bien). Los dos versos finales son una reflexión personal («en fin, no hay buena vida en esta vida, / pues nadie con la suya está contento.»), que demuestra una profunda amargura y un desencanto pesimista muy acorde con el concepto tan barroco de desengaño.

El segundo de estos dos sonetos, no tan conocido, sigue en el mismo tono, pero en él compara el mundo idílico de los pastores literarios, con la agria experiencia cotidiana de la realidad:

Gana me dio, leyendo las extrañas
cosas que los poetas noveleros
cuentan de los pastores y cabreros,
de habitar en sus rústicas cabañas.

Pero, llegando ayer a estas montañas,
ajos les vi comer y no pucheros,
y apenas contra vientos y aguaceros
techos las indultaban de espadañas.

Vilos con una eterna vigilancia,
no les oí canción en mi conciencia
a quien la flauta hiciese consonancia.

¿Esto, dije, es vivir con conveniencia?
¡Ay amigo Fileno, gran distancia
hay desde la noticia a la experiencia! (20).

En este soneto, Bances muestra más sensibilidad hacia la dura vida del campo que en el anterior, con lo cual la controversia entre agricultura y ganadería que procedía ya de la baja Edad Media se repite aquí; el poeta sigue la corriente de tomar partido por el pastor y en contra del agricultor. No existen pruebas documentales sobre la fecha de composición de ambos sonetos, pero todo parece indicar que pertenecen a su período de residencia en alguno de los pueblos del sur donde pasó los últimos años de su vida, en razón de su cargo de administrador de la Real Hacienda. El tono escéptico y hasta amargo que se destila de ambos poemas así lo sugiere.

(19) *OL*, soneto XVII, «Vida de la aldea», págs. 178-79.
(20) *OL*, soneto XVIII, «Vida pastoril», págs. 179-80.

En conclusión, las *Obras líricas* son el fruto de un buen poeta, un poeta que demuestra su dominio de la técnica; dicho en otras palabras, Bances Candamo es un artesano de la poesía, no un artista. Acaso radique aquí su principal defecto como poeta junto con su falta de originalidad, pero en general no ha de tenerse éste por grave defecto en una época en que el concepto de «originalidad» estaba todavía sometido al viejo precepto aristotélico de «imitación» y el virtuosismo técnico era tenido. Ha sido mi propósito en esta ocasión acercarme a algunos aspectos de la poesía de este asturiano, dramaturgo y tratadista del teatro, pero también poeta, vertiente ésta de la cual la crítica parece haberse olvidado. Sólo resta exponer la necesidad imperiosa de que la obra de Francisco Bances Candamo (tanto este volumen de poesía como su producción dramática) sea editada con el rigor que hasta ahora le ha sido negado.

EL MUNDO ANGLOSAJON EN EL ULTIMO PEREZ DE AYALA (1940-1962)

AGUSTÍN COLETES BLANCO

En ocasiones anteriores he estudiado la presencia del mundo anglosajón en la vida de Ramón Pérez de Ayala (Oviedo, 1880-Madrid, 1962), desde el comienzo de tal presencia, durante la adolescencia temprana del futuro escritor, hasta la época coincidente con el final de la guerra civil española (1). Con períodos más intensos que otros, motivados por la comparecencia física del escritor asturiano en el Reino Unido o en los Estados Unidos, el hecho incontestable es que en ningún momento, durante el dilatado espacio vital que se extiende desde 1891 hasta 1939, dejó Ayala de mantenerse en contacto personal y/o intelectual con el mundo anglosajón. Pues bien, se trata ahora de exponer cómo dicho contacto se prolonga hasta el final mismo de la trayectoria vital del escritor; es decir, tanto durante su etapa argentina (1940-1954) como a lo largo de su época postrera en España (1955-1962).

Ayala había regresado de su segunda y definitiva estancia en los Estados Unidos en marzo de 1920; en cuanto al Reino Unido, su última estadía documentada se había producido entre fines de agosto y mediados de septiembre de 1938, y quizás hubo una última «excursión fugaz» a Londres en mayo de 1939 (*CRA*, 252, 255).

---

(1) Agustín COLETES BLANCO, *Gran Bretaña y los Estados Unidos en la vida de Ramón Pérez de Ayala* (Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1982). Me refiero a capítulos más concretos de la vida anglista del escritor en otros lugares, por ejemplo: Introducción, *Crónicas londinenses*, por Ramón Pérez de Ayala, 2.ª ed. (Murcia: Universidad, 1988), «El sentimiento anglófilo de Pérez de Ayala en *Hermann, encadenado*», *Monteagudo* 84 (1984): 9-18, y «Los escritos ingleses de Pérez de Ayala en el período 1936-39: un inédito sobre John Bunyan», *Scripta in Memoriam J. B. Alvarez Buylla* (Oviedo: Universidad, 1987): 143-47.

No volvería a estos países en el transcurso de los últimos veintidós años de su vida; pero sí que van ellos a él. Quiero decir que, independientemente del contacto personal esporádico (físico o epistolar) que se produce ahora con antiguos amigos ingleses o norteamericanos, estos dos pueblos, en especial el primero, siguen estando presentes en la dilatada producción ensayística y periodística de Ayala típica de esta época, y me atrevería incluso a decir que en mayor proporción que nunca. Raro es el escrito de Ayala entre 1940 y 1962 en que no se deslicen especies de cuño anglosajón, que en multitud de ocasiones constituyen su esencia misma. Todo ello tanto en Argentina como en España, referencias espaciotemporales que utilizo para delimitar los dos puntos constituyentes de este trabajo.

1. ARGENTINA (1940-1954)

Exceptuando algunas estancias tempranas en el Perú (Lima), Uruguay (Montevideo) y Chile (Santiago), así como otra, tardía, en Bolivia (Cochabamba y La Paz), y un fugaz viaje a Madrid en julio de 1949, Pérez de Ayala residiría en la República Argentina desde el día 28 de septiembre de 1940 hasta diciembre de 1954. Son casi catorce años en la vida de don Ramón de los que muy poco, casi nada, se sabe (2).

Ayala frecuenta lugares bonaerenses como el Círculo Español, el «Jockey Club», el Círculo de Armas, el Ateneo o la sociedad «Los Amigos del Arte», así como la embajada de España desde la época (1946) de la tan criticada *sine cura* como agregado cultural de la misma. Recibe visitas de españoles como el dramaturgo Jacinto Benavente, el embajador en Río de Janeiro Pedro García Conde, el político y financiero Francisco Cambó, la profesora María de Maeztu o el músico Manuel de Falla, y de argentinos como el escritor Enrique Larreta, el ministro de Instrucción Pública Guillermo Bote o el médico Carlos Bonorino. Reside de modo habitual en Buenos Aires, para frecuentar Mar del Plata cada vez más

(2) Por caer fuera del ámbito específico de este trabajo, obvio los detalles sobre el viaje a la Argentina del escritor, desde Francia y pasando sobre España: véase al respecto por ejemplo (al margen de ciertos testimonios escritos del escritor y sus amigos, que se mencionarán más abajo) Marino GÓMEZ SANTOS, *Españoles sin fronteras* (Barcelona: Planeta, 1983), 162-209. Por otro lado, analizo la evolución ideológica y actividades políticas de Ayala durante el período de la guerra civil (agente oficioso del gobierno de Burgos en Londres) en *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 429-83.

asiduamente en época posterior (3). Su nombre aparece con bastante frecuencia en la correspondencia oficial de la embajada española en Buenos Aires girando en torno a varios asuntos: sus conferencias, su designación como agregado cultural, su jubilación como funcionario, la censura que pesa sobre sus libros (4). Como cabría esperar, las relaciones de Ayala con los círculos de españoles exiliados no son precisamente amistosas, y sufre, con harta frecuencia, descarnados ataques procedentes de éstos desde las páginas del libro o la prensa argentina (5).

Su vida transcurre modesta, pausada y, podemos presumir, escépticamente:

> Cae en cenizas ya la vida vieja.
> No añoro nada, como nada espero.
> Sólo el dolor me exprime herida queja.
> (*OC* II, 276)

Son sentimientos que habrían de multiplicarse a raíz de la doble desgracia familiar de Ayala: el traumatismo de *Peque* (1950) y, sobre todo, la muerte del hijo mayor, Juan (1954).

No hay testimonios expresos que permitan inferir datos concretos sobre la ideología del Ayala pampero. Por cómo vive, sin embargo, por lo que escribe (artículos de temas culturales, intemporales) y, sobre todo, por lo que no escribe, es fácil colegir que de su espíritu va apoderándose, cada vez más hondamente, el cansancio y el escepticismo, si bien esto requeriría seguramente al-

(3) Estos y otros detalles pueden verse y ampliarse mediante consulta de *CRA*, 267-380; cartas a Sebastián Miranda desde Argentina (*Mi segundo libro de recuerdos y añoranzas* (Madrid: Prensa Española, 1975), 300 y ss.), y Jesús Andrés SOLÍS, *Vida de Ramón Pérez de Ayala* (Candás: El Faro, 1979), 163-79.

(4) Puede consultarse esta correspondencia en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), leg. 2.797.

(5) Recordemos sólo uno a modo de ejemplo: «Al pisar suelo libre americano, en abierta misión de servidumbre franquista, el autor de *A.M.D.G.*, con inaudito descaro, se ha apresurado a recordar a los periodistas su condición de áulico y de turiferario del caudillo y la Falange. Tal vez en ese mismo instante se arrepentía de haber declarado, hace algunos años, al ser interrogado por un reportero sobre una posible visita suya a América que 'el Nuevo Mundo no me interesa nada'. Lejos estaba de pensar, entonces, el presumido literato que algún día iba a tener que arribar a estas playas, sin prestigio, en cometido degradante y con la mancha de haber traicionado a su pueblo y a su dignidad de escritor. América puede responderle, y ahora sí con sobrada razón, que un escritor vendido 'no le interesa'» (Margarita NELKEN, *Claridad* (Buenos Aires), 344 (1940): 440).

guna matización (6). Nadie como él mismo, en mi opinión, hubo de sufrir más al solicitar su famosa *sine cura*.

¿Hasta qué punto mantiene encendida la llama de lo inglés en la dilatada y oscura etapa argentina? Los datos que subsisten son pocos, pero suficientes para afirmar, sin temor a equivocación, que la llama anglófila sigue iluminando el corazón y la mente de Ayala. Pero vayamos por partes.

Recuerdos, lugares, personas

Pronto don Ramón ha de desprenderse de gran parte de unas colecciones muy queridas para él: las traducciones inglesas del *Quijote* y sus esferas, mapamundis y grabados antiguos, que había ido adquiriendo en Londres durante la época de la embajada. Francisco Cambó, el político y financiero catalán, pagaría gustoso un elevado precio por todo ello, como bien recuerda Eduardo Pérez de Ayala y Rick.

Algún contacto, esporádico, llega a tener con hombres y mujeres anglosajones. Quizá tratase, en primer lugar, a algunos en el ambiente cosmopolita del Teatro de la Opera. Sabemos, además, que sigue carteándose con algunos de sus amigos ingleses, como sir Robert Vansittart (7). En septiembre de 1944 tiene ocasión de conocer a Isabel Wells, de nacionalidad británica, esposa de su amigo el embajador García Conde. Más adelante, y con motivo de

(6) Se ha venido aludiendo, normalmente en tono de desprecio, a los artículos y escritos culturalistas, intemporales, etc., de un Ayala supuestamente 'au-dessus de la mêlée' a partir de esta época, cosa que creo habría que matizar. Es bien sabido que puede hacerse política, y política comprometida, escribiendo de cualquier cosa; todo depende del cuándo y del cómo. Personalmente creo que Ayala sigue haciendo política en muchos de estos ensayos; claro está que para demostrar esto habría que efectuar un estudio muy detenido y atento de los mismos, estudio que cae fuera del ámbito propio de este artículo. Pondré sólo un ejemplo: en años inmediatamente anteriores había insistido Ayala en la defensa de «un nuevo Locarno», su ideal unionista occidental con unas connotaciones políticas muy precisas (véase *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 468-77). Pues bien, al menos en tres escritos de esta época (los veremos más abajo) sigue defendiendo, bien que con distintos enfoques, este ideal político. Estimo que lo mismo podría decirse de otros muchos ideales suyos. Su escepticismo es grande por esta época; pero creo que no absoluto.

(7) Robert Gilbert Vansittart (1881-1957), hombre importante e influyente en la alta política británica, desempeña el cargo de subsecretario permanente del Foreign Office cuando Ayala llega a Londres como embajador de la II República. Ambos se harían amigos, y tendrían continuos contactos personales hasta 1939. Menciona Vantittart a Ayala en su libro de memorias, *The Mist Procession* (Londres: Hutchinson, 1958), 416.

su visita al Perú, asiste a una comida en la embajada de los Estados Unidos en Lima, lo cual le hace recordar que Londres es uno de los «centros más densos de cultura» (*CRA*, 273). En 1948, a vueltas por enésima vez con el asunto del premio Nobel, tiene ocasión de tratar a un inglés (8):

> Hace cosa de un año, vino por aquí mi amigo Mr. Platt, uno de los directores de la Shell, en Londres, quien me dijo estar enterado de que yo sería el premio Nobel aquel año (o sea, el 47). Le pregunté si podía decirme cómo había llegado él a averiguarlo. Me contestó que lo sabía por Allison Peers, profesor de lengua y literatura castellana en la Universidad de Liverpool. En efecto, yo no fui el premio. Ante este resultado negativo, escribí a Mr. Platt, para que se informase, cerca de Allison Peers, sobre qué era lo que había ocurrido. En su carta de respuesta Mr. Platt me decía (todo con referencia a Allison Peers) lo siguiente: que la Academia Nobel acostumbra cada año solicitar de los profesores de literatura española (fuera de España) su parecer respecto cuál de los escritores españoles debe ser el próximo premio Nobel; que él, año por año, venía diciendo que yo era el primer «escritor creativo» actual... y que además estaba enterado que otros profesores de literatura castellana, ingleses y no ingleses, eran de su misma opinión. En suma, que él estaba certísimo que tarde o temprano se me discerniría el premio Nobel. Y yo pienso, para mí mismo: «perfectamente, con tal que no me lo disciernan *post mortem*» (*CRA*, 301).

Tres años más tarde da cuenta a Acosta de unos viajes que, por lo que se refiere a los dos últimos, no llegaría a realizar:

> En pocos días tendré que ir a Bolivia, adonde llega también, de Europa, la viuda del viejo Patiño, con quien tengo que celebrar conversaciones, sobre la vida íntima de su esposo. Allí, en Bolivia, buscaré dos buenas mantas de vicuña, para Any y Miguelín... Luego tendré que ir a Nueva York. Y hacia junio, a París. De todos mis trotes (vuelos, más bien) te tendré al tanto (*CRA*, 319).

(8) Como es sabido, Ayala estuvo varias veces a punto de conseguir el Nobel de Literatura: véase *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 415-20, y Matica GOULARD DE WESTBERG, «Ramón Pérez de Ayala y el Premio Nobel de Literatura», *Los Cuadernos del Norte* 22 (1983), 50-4. Aporto algún nuevo dato en un trabajo en prensa: «Unamuno en Londres: un discurso inédito de Pérez de Ayala».

La hospitalización de *Peque*, sobrevenida ese mismo año, le da ocasión para tratar a otros dos anglosajones: una monja neozelandesa, Sister Kostka, y un cura irlandés. Con la primera, supervisora del enfermo, «me permito (escribe, *CRA*, 337) algunos atrevimientos (orales), a los cuales replica con viveza e ingenio». Del segundo, que es «una especie de Bing Crosby, en aquella película del cura joven y moderno» (*ibíd.*), narra un par de divertidas anécdotas hospitalarias.

En 1944 el escritor hace un viaje a la Patagonia. Es un viaje muy inglés. Por la noche relee a uno de sus favoritos británicos:

> Durante dilatado viaje a lo largo y ancho de la Patagonia he dedicado estas horas nocturnas, breves y lúcidas, después de acostarse y antes de dormirse, a la relectura de dos novelas de Dickens: *The Pickwick Papers* y *Oliver Twist*. Las había leído de adolescente, allá en Londres (*PFN*, 39).

La ociosidad patagónica le recuerda, por contraste, la agitación de Nueva York. Lo que él llama la «insulación individual dentro de la homogeneidad multitudinosa» característica de las grandes urbes, le recuerda a su favorito Walt Whitman, «vagabundo y solitario, en la multitud», el cual «gustaba de divagar a la ventura, a campo traviesa; pero no gustaba menos de divagar, con su alma solitaria a cuestas, en la urbe árida», traduciendo a continuación unos fragmentos de *Crossing Brooklin Ferry* de esta manera:

> «Agua que abajo corre; tú y yo, cara a cara. Nubes de poniente; sol poniente; vosotros y yo, cara a cara. Multitud de hombres y mujeres vestidos de diario; qué extraños me parecéis. Cientos y cientos que cruzan a bordo, de vuelta a casa, me sois más extraños de lo que presumís. Otros entrarán a bordo y cruzarán de orilla a orilla. Otros mirarán, el agua que abajo corre. Dentro de cincuenta años otros volverán a mirarla; y el sol poniente. Y dentro de cien años otros los mirarán. Y gozarán el mismo espectáculo... Estas cosas, y todas las demás son para mí como lo son y serán para vosotros» (9).

(9) Cito por la versión que aparecería en *ABC*: «Viajes al sur. De la agitación de Nueva York a la ociosidad patagónica» (20-9-59). Traduce Ayala, con ciertas libertades, los versos 1-4, 13-14, 17-19 y 49 de *Crossing Brooklin Ferry* (puede verse el texto de Whitman, entre otros muchos lugares, en Bradley e. a., eds., *The American Tradition in Literature* (Nueva York: Norton, 1967) 2: 87-95. Whitman es uno de los poetas anglosajones favoritos de Ayala: constantemente le cita, traduce, glosa, etc. Véase al respecto mi libro *La huella anglonorteamericana en la novela de Pérez de Ayala* (Murcia; Oviedo: Universidad, 1987), 80-83, etc.

Por último, tiene oportunidad de hablar largo y tendido con unos ingleses y escoceses que le cuentan la historia de la región:

> En mi viaje a la Patagonia, al paso por San Julián tuve la feliz oportunidad de hablar por largo con unos caballeros ingleses y escoceses, ricos hacendados de esa región. Algunos de ellos habían venido hacía cosa de cincuenta años antes. Me contaban que a su llegada, aquellas tierras estaban tan desiertas como en los tiempos de Magallanes... (10).

Y, en fin, saludaría al embajador británico en Buenos Aires, y a no dudar a más ciudadanos ingleses, en la propia embajada del Reino Unido, año de 1953:

> En dos meses no he salido de casa, salvo a la Embajada Británica, un día que me invitó el Embajador, con ocasión de la Coronación (*CRA*, 366).

Ayala, efectivamente, va por la embajada británica con cierta frecuencia. A través precisamente de esta embajada le son enviados a su residencia en Buenos Aires todos los libros (ingleses en su mayoría), cuadros, esferas, mapas, etc., que había adquirido en su etapa de embajador, y de parte de los cuales, como ya vimos, se habría luego de desprender.

Como aspecto que complementa lo anterior, cabe recordar que las referencias a Gran Bretaña o los Estados Unidos son constantes en las cartas que durante estos años escribe al amigo Acosta.

No olvidemos, en primer lugar, el aspecto formal: es curioso constatar que, con bastante más intensidad que en misivas de épocas anteriores, Ayala se complace en intercalar palabras o frases inglesas en las cartas a Acosta (quien a buen seguro conocía el inglés). Vemos, así, entre otros varios casos, los siguientes: «La cara de Josefo, sus ojos singularmente, irradian inteligencia; es un 'broadcasting' de simpatía» (*CRA*, 274); «los dos mejores restaurantes son el 'grill' de Alvear y el del Plaza» (*CRA*, 279); «estoy seguro —'wishful thinkig'— que lo arreglarás todo» (*CRA*, 284); «the wish is the father of the thought» (*CRA*, 289); «mil felicida-

(10) «Viaje a la Patagonia. Ingleses y escoceses, en la Patagonia». Cito igualmente por la versión de *ABC* (6 de diciembre de 1959). (No incluye este trabajo José María Martínez Cachero en la lista de artículos de Ayala en *ABC* entre 1957 y 1962 contenida en su excelente «Noticia de los últimos años (1957-62) de don Ramón Pérez de Ayala», *Pérez de Ayala visto en su centenario. Once estudios críticos sobre el autor y su obra* (Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1981): 445-62.

des por Xmas. and New Year» (*CRA*, 307); «me encontré con una fotografía vuestra, en ese día ¡What a good looking family!» (*CRA*, 325) (11).

Pronto, en 1947, el escritor admite no encontrarse a gusto en Buenos Aires: igual que en Oviedo a principios de siglo, en Londres en 1907, en Madrid poco después, o en Norteamérica a continuación. Da la impresión de que Ayala se ahoga en sus cambios de residencia, y siempre viene a echar de menos las mismas cosas (12). Tiene además, en esta ocasión, una referencia a Norteamérica:

> Lo que hasta cierto punto echo de menos, es la vida espiritual, en el comercio habitual con los pobladores de estas tierras, una atmósfera espiritual respirable; fenómeno homogéneo en todo el nuevo mundo, desde EE.UU. a Magallanes (frente a lo cual hallo compensación conviviendo con los muertos —las grandes mentes de todos los tiempos y lugares—; quizás, quizás también, con los «nonnatos», tratando de escudriñar el futuro; y sobre todo en comunicación, a través de toda clase de libros y revistas, con Europa) (*CRA*, 276).

Adelantemos que una buena parte de esos libros y revistas que le comunican con Europa son, como cabría esperar, ingleses. Pocas fechas después dedica unas líneas —un compendio doctrinal y una anécdota— a un tema curioso: los *quackers* norteamericanos. Un irónico resumen de su doctrina en primer lugar:

> Los cuáqueros pregonan atenerse a una moral severísima, como los puritanos. Consultan a la par la Biblia y el diario de entradas y salidas. Si este último da déficit, es que la Biblia se equivoca o ha sido mal interpretada. Los cuáqueros sostienen que la voluntad de Dios y lo que El tiene dispuesto es incontrastable, pero, al propio tiempo entienden que lo que a ellos les conviene es lo que Dios tiene dispuesto de antemano, y así se quedan con una gran tranquilidad de conciencia (*CRA*, 284).

(11) Son, pues, aplicables a esta correspondencia personal las palabras de José Manuel González Calvo sobre galicismos y anglicismos en el escritor, en el sentido de que «no se advierte una intencionalidad crítica de rechazo o aceptación, claramente discriminatoria» en el uso de los mismos. *La prosa de Ramón Pérez de Ayala* (Salamanca: Universidad, 1979), 157.

(12) Los testimonios son tan abundantes como tajantes: Oviedo equivale a «brutalidad y somnolencia» (1905), Londres a «brutalidad» y «egoísmo» (1907), Madrid es un «pueblo odioso» (1908), los Estados Unidos son «fortaleza máxima y máxima estupidez» (1920), etc., etc. Véase *CRA*, 52, 73, 98, 201 ...

Y una anécdota a renglón seguido:

> Vivían un cuáquero y su cuáquera en una aldea desértica en el Middle West, en cuyos alrededores había acaso indios bravos. El cuáquero tenía que hacer una larga caminata, por cuestión de negocios. Pidió, para el viaje, un rifle a un vecino. La cuáquera le dijo: «¿Por qué llevas un rifle, Samuel? Si la voluntad de Dios es que te maten, de nada servirá el rifle». (Los cuáqueros siempre se tratan de tú.) Y Samuel respondió: «Lo llevo por si acaso la voluntad de Dios es que muera el indio» (*ibíd.*).

Vuelve a insistir, en otra ocasión, sobre la idea de sus vivencias con *los muertos* (es decir, los clásicos). Ahora especifica más:

> Aquí se vive en el limbo (yo vivo con los santos padres del espíritu: griegos, latinos, clásicos castellanos, *ingleses*, franceses, etc., etc.) (*CRA*, 292; el subr. es mío).

La vivencia espiritual con los clásicos ingleses no excluye recuerdos británicos mucho más materiales:

> Juanito me hizo construir un apoyapiés, como los que usan en los clubs ingleses (*CRA*, 296).

A propósito del asunto Nobel, recuerda unos hechos y unos nombres de la época, ya lejana, de la embajada londinense:

> Según me dijo [habla de hechos de los años treinta] Palmsfierne (ministro sueco en Londres) y me confirmó López Olivan, nuestro ministro en Estocolmo, estaba ya decidido darme el premio Nobel aquel año. No se me olvida que habiendo ido de visita oficial a Londres el Príncipe heredero de Suecia, al presentarme a él Palmsfierne, en una recepción del Foreign Office, lo hizo en la siguiente forma: «el premio Nobel de Literatura de este año» (*CRA*, 300) (13).

No es éste el único recuerdo de pasados esplendores londinenses. En una carta pocas fechas posterior rememora, a propósito de una enfermedad, la figura de un egregio amigo inglés:

(13) «Palmsfierne», en realidad el barón Erik Palmstierna, es el ministro sueco en Londres por esa época. Véase más arriba, nota 8.

> Cuando leí sobre la dolencia de mi viejo amigo el rey Jorge, comprendí que era como lo tuyo, por fortuna. Y digo por fortuna (para ti) porque recuerdo que, gracias a la apendicitis del rey Eduardo VII, esa enfermedad, de allí en adelante, dejó de revestir gravedad (*CRA*, 304) (14).

En la misma carta, el recuerdo de la partida desde España hacia el exilio argentino le trae a la mente otra remembranza ya comentada antes que, en cierto modo, tiene que ver con Gran Bretaña:

> Cuando, por último, el barco desatracó, yo respiré, como había respirado al desatracar de Alicante el destroyer inglés, que nos llevaba a Mabel, al Peque y a mí (*CRA*, 305) (15).

Otra faceta distinta se nos muestra en una carta de 1949. Aquí alude Ayala, no sin sorpresa, al éxito académico de sus obras en el extranjero:

> A pesar de que por mi situación, siempre insegura e inquieta, no me ha sido posible publicar nuevos libros (y podría haber publicado más de diez volúmenes con lo que en estos últimos diez años llevo escrito), y cuando lógicamente hubiera podido yo temer que con tan largo silencio mi nombre literario fuese oscureciéndose u olvidándose, es lo cierto que jamás anteriormente, como ahora, he podido advertir —con no floja sorpresa— tanto interés por lo que hace años he escrito. De los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Holanda, etc., etc., me llegan evidentes testimonios (*CRA*, 309).

Tiene razón Ayala, y más aún al colocar a los Estados Unidos e Inglaterra en los dos primeros lugares: si aceptamos como índice significativo del aludido interés las tesis doctorales y *masters*

---

(14) Se refiere Ayala a Jorge V (1865-1936), rey de Gran Bretaña de 1910 a 1936. Pérez de Ayala, efectivamente, había presentado sus credenciales como embajador a Jorge V el día 29 de mayo de 1931, manteniendo a renglón seguido una inusual, por lo prolongada y no protocolaria, charla con el soberano británico. A partir de ese momento sus relaciones con la familia real serían excelentes, de modo especial con el príncipe de Gales, futuro y efímero Eduardo VIII. Véase *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 281-425.

(15) En efecto, y al igual que otros muchos episodios cruciales en la biografía del escritor, la salida de Madrid y de España de los Ayala lleva sello anglosajón, habiendo sido en gran medida posible gracias a sus amistades en el Foreign Office y en la embajada británica en Madrid: *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 430-34.

dissertations que se realizan en ambos países y en torno a Ayala durante esta época, no podremos por menos de corroborar la apreciación del escritor (16). Precisamente por esos días recibe una distinción estadounidense que sin duda habría de agradarle sobremanera. El 12 de noviembre de 1949 su viejo amigo Archibald Huntington le comunica lo siguiente:

> I have the honour to inform you that, at a meeting of the Board of Trustees of the Hispanic Society of America held in New York on November first, nineteen hundred forty-nine, you were awarded the Medal of Arts and Literature of the Society (17).

La medalla, efectivamente, se conserva hoy día en casa del escritor.

En postdata a una carta posterior, del mismo año, muestra Ayala su interés por ver una película inglesa:

> Anuncian aquí el Hamlet de Lawrence Olivier (18). Yo no he ido todavía al cine; pero, pienso ir a ver eso. Vale (*CRA*, 315).

Poco después, Ayala (que según su mujer se parece por esta época, en una foto, al general norteamericano Omar Bradley, *CRA*, 326) recuerda una vez más su época londinense:

> El presidente de la República [de Bolivia] (a quien conocí, como Chargé d'Affaires, en Londres) me puso un telegrama... (*CRA*, 323) (19).

(16) Son las siguientes: Norman L. LAMB, «RPA», MA, Liverpool Univ., 1940; Edith MOORE, «The Sex Element in the Novels of RPA», MA, Univ. of Oklahoma, 1940; J. MCDONNELL, «PA, novelist», Blitt., Oxford Univ., 1947; John E. TOOD, «The Social Ideas of RPA», MA, Stanford Univ., 1949; Jean A. SMITH, «The Poetry of RPA», MA, Univ. of Florida, 1950; Fay C. SCANDRETT, «themes in PA's *novelas poemáticas*», MA, Lousiana State Univ., 1954; K. E. SHAW, «A Critical Study of the Novels of RPA in Relation to Twentieth-Sentury Trends in Fiction», MA, Univ. of Manchester, 1954 (véase Marigold BEST, *Ramón Pérez de Ayala: An Annotated Bibliography of Criticism* (Londres: Grant, 1981), 69-74.

(17) Más datos sobre las relaciones de Ayala con la Hispanic Society of American en *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 162.

(18) El actor, director y productor Lawrence Kerr Olivier (luego barón de Olivier) estaba en ese momento en la cumbre de su genio y fama. Tras haber actuado en «Richard III», «Henry IV, part I» y «Henry IV, part II», dirige y actúa en las versiones cinematográficas de «Henry V» y «Hamlet». Por esta última, la que va a ver Ayala, recibiría un Oscar de la Academia de Hollywood.

(19) Durante su embajada londinense Ayala había cuidado las relaciones con

Y, también lo hace, pero en tono muy distinto, al escribir sobre los problemas y trabas con que se encuentra con respecto a su jubilación:

> A lo que se deduce, mis puestos de Embajador y Director del Museo [del Prado] han sido imaginarios e inexistentes, por haberlos ocupado yo durante la República, circunstancia ésta que no se ha tomado en cuenta para la casi totalidad de los empleados públicos, civiles y militares (*CRA*, 340) (20).

En la misma carta, pide a su amigo que le mande, como documentación para la planeada biografía de Patiño, algunas obras inglesas:

> En mi carta olvidé algo, un favor que quiero que me hagas. Y es que me envíes un libro que tienes en la biblioteca de la rotonda. Se trata de «La conquista de la riqueza», por Richard Lewinshon, Joaquín Gil, editor, Barcelona. Lo necesito, como punto de referencia, para la biografía que me propongo escribir. Leí ese libro hace años, recién publicado... También me gustaría que me enviases —pero, eso por correo ordinario— dos números del «Geographical Magazine», donde se da información de las plantas comestibles y de adorno que fueron de Europa a América, y viceversa, con láminas en colores (*CRA*, 340 s.) (21).

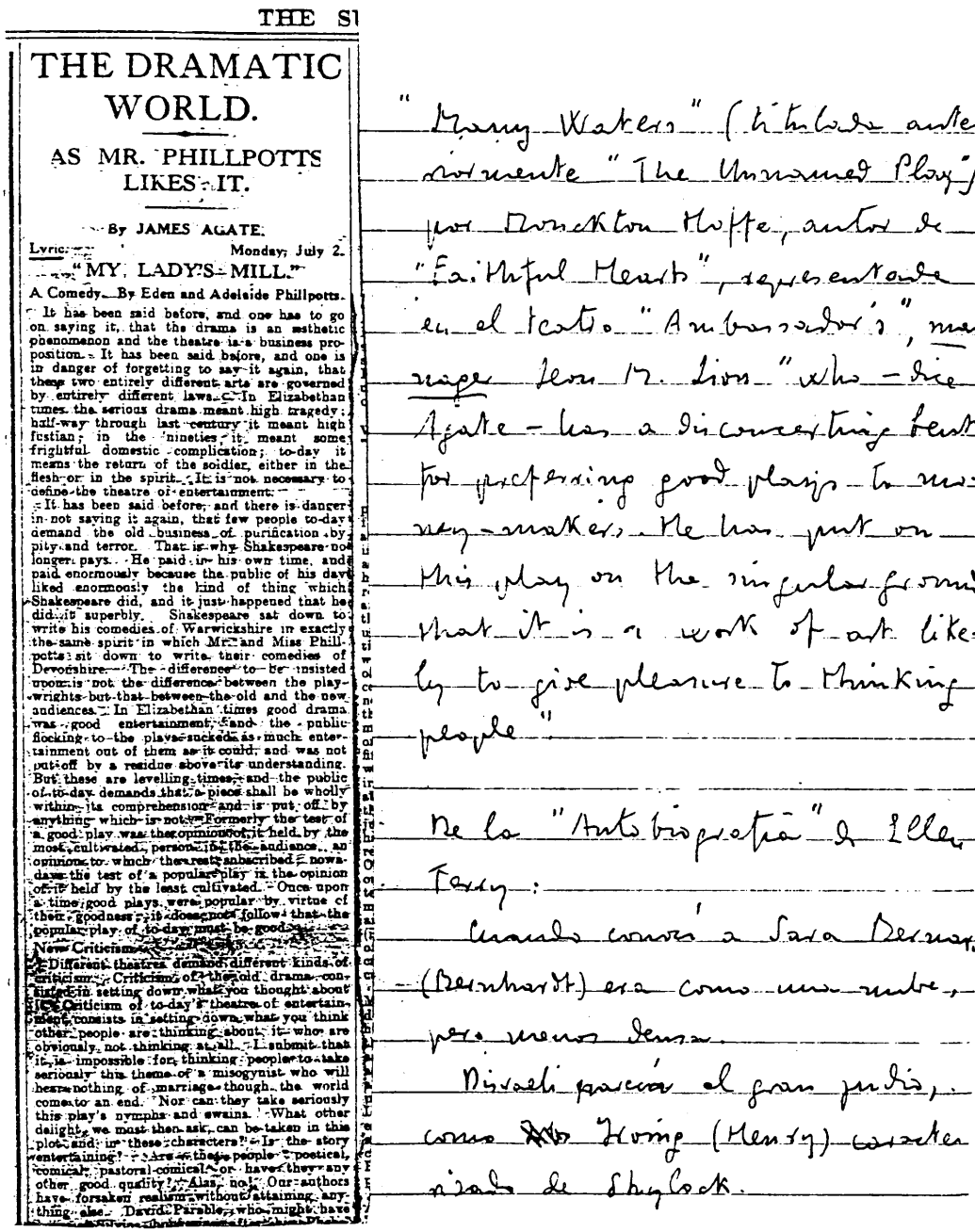
Algo más tarde, en diciembre de 1951, recuerda —una vez más— una de sus anécdotas históricas inglesas favoritas —podemos verla repetida en no menos de seis lugares diferentes en sus escritos—:

---

el cuerpo diplomático hispanoamericano: se hizo famosa, por ejemplo, la gran recepción ofrecida por el embajador español el 16 de marzo de 1933, con el príncipe de Gales y el vicepresidente argentino, Julio Roca, como invitados de honor. Ayala, además, invitaría siempre a dicho cuerpo diplomático acreditado en Londres a las fiestas organizadas con motivo de los sucesivos aniversarios de la República: véase *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 366 y ss. En la carta a Acosta que nos ocupa se refiere Ayala a Mamerto Urriolagoitia, presidente de Bolivia entre 1948 y 1951.

(20) Efectivamente, en el expediente relativo a Ayala del M° de Asuntos Exteriores puede verse un considerable maremágnum burocrático sobre el escritor y sus cargos públicos, situaciones, jubilación, etc. Al final, es más bien su antigua *sine cura* como funcionario del cuerpo técnico del Ministerio de Instrucción Pública lo que permite su reincorporación remunerada (aunque no por mucho tiempo) al «servicio activo» como agregado en la embajada en Buenos Aires. Véase también SOLÍS, *Vida de RPA*, 165-66.

(21) Es ello un botón de muestra de cómo Ayala utiliza profusamente, para su propia documentación y estudio, obras de autores anglosajones: véase mi trabajo «La biblioteca inglesa de Ramón Pérez de Ayala», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 116 (1985): 939-46.



THE SU

THE DRAMATIC WORLD.

AS MR. PHILLPOTTS LIKES IT.

By JAMES AGATE.

Lyric. Monday, July 2.

"MY LADY'S MILL."

A Comedy. By Eden and Adelaide Phillpotts.

It has been said before, and one has to go on saying it, that the drama is an æsthetic phenomenon and the theatre is a business proposition. It has been said before, and one is in danger of forgetting to say it again, that these two entirely different arts are governed by entirely different laws. In Elizabethan times the serious drama meant high tragedy; half-way through last century it meant high fustian; in the nineties it meant some frightful domestic complication; to-day it means the return of the soldier, either in the flesh or in the spirit. It is not necessary to define the theatre of entertainment.

It has been said before, and there is danger in not saying it again, that few people to-day demand the old business of purification by pity and terror. That is why Shakespeare no longer pays. He paid in his own time, and paid enormously because the public of his day liked enormously the kind of thing which Shakespeare did, and it just happened that he did it superbly. Shakespeare sat down to write his comedies of Warwickshire in exactly the same spirit in which Mr. and Miss Phillpotts sit down to write their comedies of Devonshire. The difference to be insisted upon is not the difference between the playwrights but that between the old and the new audiences. In Elizabethan times good drama was good entertainment, and the public flocking to the plays sucked as much entertainment out of them as it could, and was not put off by a residue above its understanding. But these are levelling times, and the public of to-day demands that a piece shall be wholly within its comprehension and is put off by anything which is not. Formerly the test of a good play was the opinion of it held by the most cultivated person in the audience, an opinion to which the rest subscribed; nowadays the test of a popular play is the opinion of it held by the least cultivated. Once upon a time good plays were popular by virtue of their goodness; it does not follow that the popular play of to-day must be good.

New Criticism.

Different theatres demand different kinds of criticism. Criticism of the old drama consisted in setting down what you thought about it. Criticism of to-day's theatre of entertainment consists in setting down what you think other people are thinking about it who are obviously not thinking at all. I submit that it is impossible for thinking people to take seriously this theme of a misogynist who will hear nothing of marriage though the world come to an end. Nor can they take seriously this play's nymphs and swains. What other delight we must then ask, can be taken in this plot and in these characters? Is the story entertaining? Are these people poetical, comical, pastoral-comical, or have they any other good quality? Alas, no! Our authors have forsaken realism without attaining anything else. David Parable, who might have

"Many Waters" (titulada anteriormente "The Unnamed Play") por Monckton Hoffe, autor de "Faithful Hearts", representada en el teatro "Ambassador's", manager Leon M. Lion "who — dice Agate — has a disconcerting bent for preferring good plays to money-makers. He has put on this play on the singular ground that it is a work of art likely to give pleasure to thinking people".

De la "Autobiografía" de Ellen Terry:

Cuando conocí a Sara Bernard (Bernhardt) era como una nube, pero menos densa.

Disraeli parecía el gran judío, como ~~Mr~~ Irving (Henry) caracterizado de Shylock.

Un recorte, comentado, del *Sunday Times* sobre teatro. Página de una libreta de «clippings», de la etapa argentina

> Ciertos males se corrigen por sí mismos con el tiempo. Como por ejemplo, cuando a Pitt, hijo, un diputado le advirtió que era demasiado joven para atreverse a opinar sobre ciertos problemas graves, él respondió: «de ese crimen atroz de ser joven pienso ir corrigiéndome día por día» (*CRA*, 352).

Y, por último, en carta de fecha 10-III-53 (sólo falta año y medio para el final de la etapa argentina), recuerda a un español que tiene algo que ver con Inglaterra: el periodista, cronista de viajes y novelista humorístico Jacinto Miquelarena (1891-1962), de quien escribe:

> Estoy contigo en que lo de Miquelarena está muy bien, en todos los sentidos; de estilo, de gracia espontánea y de juicio justo y bien informado. Aquí, también, en un diario titulado «Clarín», se publican crónicas de él, desde Londres, que leo con deleite y además me orientan.

Tomemos buena nota: el Ayala de 1953 —es decir, de casi 63 años de edad—, lee «con deleite» crónicas periodísticas sobre Inglaterra, que, además, le «orientan» (22). En una carta anterior, había afirmado además:

> Pero, por vicio ingénito de mi idiosincrasia, yo nunca he podido ponerme a hacer nada si antes no sé que ya estoy bien enterado del asunto en cuestión (*CRA*, 339).

En efecto, ya vimos cómo Ayala pide, por ejemplo, libros y revistas —ingleses— para documentarse sobre la nonata biografía de Patiño. No serían los únicos libros ingleses o norteamericanos que pidiera y/o consultara. Varios de los ensayos publicados en *La Prensa* por estos años son sobre temas de divulgación científica, y según sabemos, en estos casos como en muchos otros, Ayala bebe en fuentes bibliográficas principalmente inglesas y norteamericanas. Ya comenté cómo el escritor español vive con los «santos padres del espíritu»... incluyendo a los ingleses. Y, en fin, tenemos el testimonio de Gregorio Marañón Moya, quien nos recuerda que por esta época, como por otras, Ayala comenzaba su jornada devorando «decenas de periódicos, españoles, argentinos, pero sobre todo ingleses» (23).

(22) Lo cual viene a corroborar la tesis fundamental de este trabajo: la anglofilia del escritor, tanto cordial como intelectual, se prolonga prácticamente hasta el final de su vida. Naturalmente también hay que recordar que el propio Ayala había sido corresponsal de prensa en Londres en 1907 y 1908: véase *CL* y *TI*.

(23) Gregorio MARAÑÓN MOYA, «Ramón Pérez de Ayala: poeta, novelista, embajador», *El País*, 11 agosto 1979.

Una parte nada pequeña de la biblioteca inglesa del escritor (libros no sólo de literatura, sino de biología, historia, arte, etc., etc., todos ellos de autores y/o temas ingleses) está compuesta por obras adquiridas en esta época. En la casa del escritor, por otra parte, he tenido ocasión de examinar detenidamente sus cuadernos de trabajo, varios de los cuales están dedicados principalmente a citas o referencias de autores ingleses. Así, en uno de ellos, tomado al azar, pueden verse citas y anotaciones del escritor sobre los siguientes: Goldsmith, Bradley, Dickens, Shakespeare, Coleridge, Bacon y Pope. De este último Ayala traduce una máxima que hubo de llamarle la atención y que se aplicaría a sí mismo en las tres líneas de *El sendero de fuego* citadas al comienzo de este punto:

> La novena bienaventuranza: bienaventurado el que nada espera, porque jamás será burlado. *Pope* (24).

Son aún más interesantes otros cuadernos ingleses que constituyen auténticos depósitos de materias primas con vistas a la elaboración de unos ensayos que, consecuentemente, rezumarán espíritu inglés. Son los que él mismo clasifica, en las portadas, como «Clippings», y constan de artículos de periódicos ingleses —por lo común el *Times Literary Supplement*— que Ayala recorta, pega al papel y comenta y discute con amplias anotaciones marginales. Hay varios de temas misceláneos, y otro enteramente dedicado al teatro. Ofrezco una reproducción fuera de texto de una hoja de estos cuadernos, a modo de ilustración de cuanto vengo diciendo.

Producción literaria

Con todo ello enlazamos con la presencia de lo inglés en la producción literaria contemporánea de Ayala. Don Ramón se dedica, en un principio, a cuidar las ediciones argentinas de sus libros, escribiendo prólogos para algunos (entre ellos, el famoso prefacio a *Troteras y danzaderas*), y a preocuparse por la difícil venta de los mismos (la censura es omnipotente) en España. No es fácil encontrar ecos expresos ingleses (aunque acabo de mostrar uno)

(24) Alexander Pope es otro de los autores ingleses favoritos de Ayala. El escritor asturiano había traducido por dos veces, en 1907 y en 1942, una conocida composición del poeta británico: véase mi artículo «Pérez de Ayala, traductor del inglés», *Cuadernos de Traducción e Interpretación* 7 (1986): 117-36.

y de cualquiera otra literatura en los quintaesenciados sonetos de *El sendero de fuego* (*OC* II, 275 ss.), que en su mayoría escribe por esta época; pero no así, puedo afirmar sin lugar a dudas, en la práctica totalidad de los restantes trabajos de la etapa argentina del escritor, que son ciertamente muchos, y entre los que se encuentran algunos tan importantes, bajo la óptica de este artículo, como el dedicado a T. S. Eliot, la serie que versa sobre la gran tradición novelística inglesa (Richardson, Fielding, Smollet, Scott, Joyce, etc.) o el ensayo que contiene la traducción de la *Ode to Solitude*, de Pope; de todos los cuales me ocupo extensamente en otro trabajo (25).

En primer lugar, podemos citar las referencias anglísticas contenidas en «La imagen y el espejo: primeras relaciones intelectuales de un europeo en América». Se trata de una serie de seis conferencias radiofónicas, totalmente olvidadas, que Ayala pronuncia ante los micrófonos de la bonaerense Radio Splendid y que serían recogidas en *El Diario Español*, de Buenos Aires, entre los días 22 de julio y 7 de agosto de 1942. Son seis extensos ensayos, magníficamente trabados y pletóricos de erudición, buen gusto y sentido común, que abordan la amplia problemática de la presencia cultural europea en América. Pues bien, trae Ayala a colación (entre otras), para reforzar sus teorías o ejemplificar aspectos de las mismas, las siguientes especies de cuño anglístico: Sara Bernhardt representando a Shakespeare; el monólogo de *Hamlet*; los britanos, frente a Roma; el topónimo New England; Beda el Venerable; Lord Bacon: *Novum Organum* y *Meditationes Sacrae. De Heresibus*; el método «trial and error» en los biólogos ingleses; Oscar Wilde, la naturaleza y el arte; Europa, unidad indivisible de cultura integrada por cinco grandes pueblos: Italia, Hispania, Galia, Britania y Germania; Franklin y Edison; el teatro inglés y el español; la nación americana más civilizada, los Estados Unidos; interés norteamericano por la cultura hispánica: Ticknor; la misión del español y el inglés, «magníficas hablas cultas», consiste en «absorber dentro de Europa y derramar por América el contenido y unidad indivisibles de la cultura occidental» (26).

(25) Preparo un estudio largo sobre temas e influencias inglesas en la poesía, cuento y ensayo de Ayala. La bibliografía sobre este último género en el escritor asturiano es aún escasa. La aportación más reciente, sobre un aspecto puntual, es el artículo de José Ramón González, «Ramón Pérez de Ayala, crítico de arte. Algunas notas y un prólogo olvidado», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 134 (1990): 219-32.

(26) He manejado los recortes con las conferencias que se conservan en el M° de Asuntos Exteriores, leg. 2.797. En otro lugar (*Gran Bretaña y los Estados Uni-*

En segundo lugar, tenemos las referencias diseminadas a lo largo de otro ciclo de conferencias pronunciado en esta ocasión en la Universidad de Buenos Aires (1940), bajo los auspicios del Instituto Superior de Cultura del Magisterio y la Institución Cultural Española, y dedicado en exclusividad al mundo clásico grecolatino. En estas charlas, que muchos años más tarde serían publicadas con el título *Viaje entretenido al país del ocio* (27), también encontramos amplias salpicaduras del mundo anglosajón. Valgan las siguientes fichas, a modo de ejemplo no exhaustivo:

«Viático»

> La herencia latina entre los anglosajones. Robinson Crusoe, excepción a la regla de que el hombre no puede vivir solo. *Hombres representativos*, de Emerson. Las teorías psicológicas asociacionistas de pensadores ingleses y escoceses. Hobbes, primer tratadista del estado secular.

«Enfoque binocular. A orillas del Eurotas»

> Londres y el Támesis. Las lenguas anglosajonas. Los antropólogos ingleses «difusionistas». El darwinismo, inculcado en los ingleses. El antropólogo Perry y el arqueólogo Evans, ingleses. El historiador Lord Macaulay. La batalla de Hastings.

«Esparta, casco y cimera»

> El erudito inglés Dr. Y. G. Frazer, editor de *Periegesis*, de Pausanias. Un historiador norteamericano. El *Leviathan*, de Hobbes. Descubrimientos arqueológicos del norteamericano Stillman. El equilibrio de poderes en la Constitución inglesa.

---

dos, 453-77) me he extendido sobre el significado político de las reflexiones ayalinas, que aquí se dan una vez más, sobre los «cinco grandes pueblos» europeos. Por otro lado, la palabra 'relaciones' que se encuentra en el subtítulo de «La imagen y el espejo» podría tratarse de la clásica errata que se repite de modo pertinaz: 'reacciones' sería mucho más adecuado al contexto.

(27) *Viaje entretenido al país del ocio (reflexiones sobre la cultura griega)*, ed. de J. García Mercadal (Madrid: Guadarrama, 1975). Como es habitual en él, Mercadal no da la más mínima información sobre procedencia de los artículos, lo cual hace pensar a Angeles Prado que se trata de trabajos mucho más tardíos en su por otra parte buen estudio de los mismos: «Un libro y un autor. Pérez de Ayala y su *Viaje entretenido*» ..., *Revista de Occidente* 5-6 (marzo-abril 1976): 79 y ss.

«El triángulo inolvidable de la pedagogía»

Atenas, imperio naval, como Inglaterra. La época de los Tudores. Wall Street y la City londinense. Solón y Hobbes. Edgard Allan Poe.

«La guerra del Peloponeso»

El rey-emperador británico en la religión anglicana. España, Francia e Inglaterra, las tres grandes nacionalidades europeas. Romanos y anglosajones. Los Tudores. Hamlet y Yorick. Bacon y Wells sobre los jesuitas.

«El arte del tejedor regio»

El «amable Emerson» y la filosofía de Platón. Carlyle: *Héroes y culto heroico.*

En tercer lugar, los artículos para *La Prensa.* Pocos hay, sean del tema que sean, en los que no aparezca alguna referencia, aunque sea somera, al mundo anglosajón y su cultura. De los 146 artículos que Mac Gregor O'Brien reseña como publicados en este diario entre septiembre de 1940 y enero de 1951 (es decir, durante la etapa bonaerense de Ayala), hay al menos una treintena en que una o varias facetas del mundo anglístico ocupan lugar preponderante o constituyen el alma del artículo (28). Son los siguientes:

«Aves de paso: el cuco y los cucos» (1-IX-40)

El británico, el hombre que más ama la naturaleza. «Toda Inglaterra es como un parque» (29). Su apetencia de esca-

(28) He podido consultar muchos de estos artículos en casa del escritor. Cuando esto no ha sido posible, me valgo de las referencias de McGregor O'BRIEN, *El ideal clásico de Ramón Pérez de Ayala en sus ensayos en* La Prensa *de Buenos Aires* (Oviedo: IDEA, 1981). Habría que añadir algún artículo de *La Prensa* que O'Brien no recoge en su obra (por ejemplo, «Al paño. Sorolla. La playa de Valencia a orillas del Plata», con referencias a Ruskin; «Coloquios. Un vocablo. Los hebreos y los ingleses. Las revoluciones», sobre la psicología inglesa; o «Más sobre los ingleses frente a Italia», sobre varios ensayos del *Times*), así como otros trabajos de cuño inglés publicados en otros periódicos o revistas argentinos (por ejemplo, «Horacio en las filas inglesas», en *Los Anales de Buenos Aires*, sobre los ingleses en la II guerra mundial).

(29) Con estas palabras recuerda Ayala una poesía suya, «Un parque inglés», de 1934, que tuve ocasión de descubrir y publicar por primera vez en *Gran Bretaña y los Estados Unidos*, 337-38. Mucho antes, ya en 1908, había escrito Ayala sobre la «pequeña afectación» característica del campo inglés; véase CL, 152-53.

pe y vagabundeo tiene su origen en el *spleen*, ocasionado a su vez por el confinamiento insular. Los ingleses y el cuco.

«¿Qué sabemos? ¿Qué haremos?» (17-IX-40)

Sobre la obra del filósofo norteamericano, de origen español, George Santayana, *Egotism in German Philosophy*.

«Insinuaciones» (24-IX-40)

Comenta el libro del tratadista inglés Julian Huxley, *Race in Europe*. Razas arias, nórdicas, mediterráneas y semitas. En contra de la jerarquía racial.

«Sobre los poemas heroico-burlescos» (22-XII-40)

Compara *La gatomaquia*, de Lope de Vega, con el *Don Juan*, de Byron.

«San Martín en los Andes: ingleses, franceses y españoles» (23-IV-41)

A propósito del general San Martín, escribe acerca de la «amiganza honda y similitud esencial entre Inglaterra y España, en arte y letras, que son las ventanas del alma de un pueblo».

«El juicio de Paris: Bolívar y San Martín» (20-IV-41)

Democracia en la España visigótica. Inglaterra, el segundo país democrático. En Inglaterra y los Estados Unidos, la libertad está condicionada como consecuencia de la industrialización. Latinoamérica, como Paris, trata de escoger a la mejor de las tres diosas: Inglaterra, Francia y España.

«Ciudades: ciudad-mercado, ciudad-campamento» (12-X-41)

Compara la colonización anglosajona a la griega, y la española a la romana.

«Lord Bacon exprimido» (29-IV-42)

Lograda visión de *The Advancement of Learning* en particular y de la filosofía de Bacon en general, que revela una lectura muy atenta y profunda del pensador inglés.

«Periplo etimológico por las riberas de la antropología: el color en la raza. Los tres grupos europeos» (17-V-42)

La raza no es nada más que la lengua. Diversos fondos raciales (ibérico, escandinavo, celta) en Gran Bretaña. Alemania, Francia, Italia y España, también mescolanzas raciales. Sin embargo son naciones acrisoladas: ahí comienza la historia, cuya conciencia se ilumina con la formación y cristalización de la lengua.

«Periplo etimológico por las riberas de la antropología: Nación y.raza» (14-VI-42)

Las cinco naciones históricas europeas son Italia, España, Francia, Inglaterra y Alemania. Nación es una unidad de historia y lengua. No debe acudirse al prejuicio biológico al hablar de raza. Hay una cultura europea, expresada en diversas lenguas. Bifurcación entre Oriente y Occidente. (Sigue Ayala, como vemos, efectuando diversas variantes sobre su ideal unionista europeo).

«Periplo etimológico por las riberas de la antropología: Los arios y los anglosajones, Disraeli, Churchill y Roosevelt» (12-VII-42)

La raza aria y los anglosajones. Disraeli y Churchill sobre la lengua anglosajona.

«Periplo etimológico por las riberas de la antropología: lengua y raza» (26-VII-42)

Comentario de *La antropología,* obra de sir Edward B. Taylor.

«Periplo: Esa pobre y mudadiza cabeza humana. El español y el inglés, lenguas futuristas» (16-VIII-42)

El fracaso del método antropométrico de Camper, White y Meret. La frase atribuida a Carlos V sobre el español, el inglés y otros idiomas. El inglés de los Estados Unidos: cambios constantes en las expresiones populares.

«Temas y apostillas: sobre los idiomas universales» (20-VI-43).

Sus ideas sobre el arameo y el griego coinciden con las de Arnold Toynbee en *A Study of History.*

«El prerrenacimiento» (5-XII-43)

Glosa el libro de John Addington Symonds, *Renaissance in Italy,* bueno aunque con prejuicios políticos.

«Novelas y novelistas: Entroito a Dickens» (9-IV-44)

Relectura de Dickens en la Patagonia. *Pickwick Papers* y *Oliver Twist.*

«La regla y la excepción en Dickens» (23-IV-44)

Dickens es la excepción a la regla de que una buena novela sólo puede ser escrita por un hombre maduro. Las características humanas y espirituales de Dickens que explican este fenómeno.

«Novelas y novelistas: La lente quijotesca y la visión del mundo en Dickens» (7-V-44)

La infancia de Dickens. La importancia de la «lente de aumento quijotesco» que era su padre. *David Copperfield* y *Little Dorrit.*

«La experiencia humana en Dickens» (4-VII-44)

Más sobre la infancia de Dickens. Chaucer y el Arcipreste de Hita. Dickens, Smollet y Fielding: la influencia de Cervantes.

«Novelas y novelistas: Fielding, eslabón entre Cervantes y Dickens» (18-IV-44)

Se llega a Dickens a través de Fielding, y a Fielding a través de Cervantes. Saintsbury. Los *Viajes de Gulliver.*

«Novelas y novelistas: salto mortal de Richardson a Joyce» (16-VII-44)

Pamela, de Richardson, la primera novela inglesa. *Joseph Andrews,* la primera novela realista inglesa. El trampolín de la forma epistolar en *Pamela* conduce al monólogo interior de Joyce.

«Novelas y novelistas: Desde el embrión de Richardson hasta el rabo romántico por desollar» (30-VII-44)

Richardson, precursor del romanticismo. Walter Scott.

«Las almas discordantes y la patología literaria» (17-XI-44)

Richardson y la introspección psicológica. Proust y Joyce como culminación de esta tendencia.

«Virgilio como razón europea» (25-II-45)

Glosas al discurso pronunciado por T. S. Eliot ante la Sociedad Virgiliana, en Londres. La sólida educación clásica de Eliot, trampolín para su propia revolución poética. Pope y Dickens.

«Estancias, huertos y jardines» (8-VI-45)

Sale lord Bacon a colación a propósito del tema de los jardines.

«Los diálogos con los muertos: Con Pope y Séneca» (13-I-46)

En Inglaterra renace el culto a Horacio. Pope, representante inglés del espíritu y la forma clásica. Traducciones de la *Ode to Solitude*, de Pope.

«El enigma del gorro frigio» (27-X-46)

Inglaterra ejemplifica la forma ideal de gobierno según Aristóteles: la que combina aristocracia, democracia y monarquía.

«Notas explicativas (sobre una traducción de Chenier)» (23-I-49).

Recuerda la traducción de unas quintillas de Calderón por parte de Shelley y la de las coplas de Jorge Manrique por Longfellow. El epistolario de lord Chesterfield a su hijo.

«Rocío de los prados» (6-IX-52)

Anécdota de un profesor norteamericano en una universidad inglesa. Lord Macaulay. Nueva Zelanda. Horace Walpole. Shelley.

«La alta cultura y el genio militar» (18-XII-52)

Lord Bacon y el *Progreso del saber.* Francisco de Francia y Enrique de Inglaterra. Shakespeare.

«Civilización y civilizaciones» (9-VIII-53)

La correspondencia privada de la reina Victoria. El antropólogo W. J. Perry, de Londres. Los «difusionistas» ingleses. Darwin.

«Mecenismo. Más sobre los nuevos ricos» (28-I-54)

La plutocracia norteamericana: Carnegie, Huntington, Rockefeller, Mellon.

«Sobre algunas prendas interiores de vestir» (28-IV-54)

Los «hoses», «stockings», «socks», «trousers» y «breeches», prendas inglesas.

2. ULTIMA ETAPA EN ESPAÑA (1955-1962)

Con la década de los cincuenta se producen dos hechos que aceleran y en realidad motivan la definitiva vuelta a España de Ayala: en diciembre de 1951 se le comunica su cese como agregado honorario de la embajada, lo que supone una merma en sus posibilidades económicas y, sobre todo, en noviembre de 1954 fallece su primogénito Juan, que desde años atrás vivía con su familia en Madrid. Un mes más tarde, el 20 de diciembre en concreto, Ramón y Mabel están de vuelta en España, y para quedar.

Como es habitual, el cambio de residencia no le resulta grato. El 21 de febrero de 1954 escribe a Acosta: «Estoy abrumado, Miguel. Trato de atisbar un resquicio de salida en este laberinto oscuro que es mi vuelta a España. Quizá no he pasado trance de tanta confusión y desaliento, en mi vida, desde la muerte de mi padre» (*CRA*, 384).

Amistades, tertulias, agasajos

En todo caso, la vida externa de Ayala en este período es poco destacada (30). Primero en la calle Lagasca, y luego en Gabriel Lobo, 11, Ayala apenas sale de casa; en el ámbito de la misma, casi

(30) El lector interesado en los detalles puede encontrarlos en la *Vida* del escritor escrita por Solís (*supra*, nota 3), págs. 180 y ss., y, sobre todo, en las adicio-

no se mueve de su habitación y, dentro de ésta, apenas abandona su sillón. Alrededor del mismo sigue habiendo, como siempre, centenares de libros y decenas de periódicos y revistas: no faltan los ingleses y norteamericanos entre unos y otros. En lugar preferente, los clásicos grecolatinos, la Biblia, los Santos Padres... y ciertos favoritos ingleses, como Dickens o Fielding. En la estancia, algunos recuerdos —pocos— de Inglaterra: conserva aún algunas de las esferas y acuarelas adquiridas en Londres, cierto número de ediciones de bibliófilo de Dickens y del *Quijote* en inglés, el retrato que Einstein le dedicara en la época de la embajada, la medalla que otorgara la Hispanic Society...

El ya anciano Ayala se solaza, dentro del mundo de los vivos, con sus nietos y con la tertulia de sus viejos e incondicionales amigos: Sebastián Miranda, Teófilo Hernando, Domingo Ortega, el padre Félix García, Luis Calvo... Este último, según testimonio propio, era su «proveedor habitual» de whisky escocés, que don Ramón recibía como agua de mayo. Hoy los nietos del escritor recuerdan cómo éste, por la época que nos ocupa, hablaba frecuentemente de su amada Inglaterra... Son recuerdos y más recuerdos de un Ayala «ni siquiera viejo, como intemporal, como inexistente» (31). Don Ramón vestía como un anciano *sportsman* inglés:

> Pérez de Ayala, que siempre vistió elegantemente, permanecía en su piso de Gabriel Lobo con un jersey azul de mangas y abierto en pico, con camisa blanca y corbata. Los pantalones eran grises, de franela británica fina. Se calzaba con unos «pumps». Estaba bien afeitado. Tenía el pelo blanco, peinaba a raya y se hallaba bastante delgado (32).

Una de sus escasísimas salidas, quizá la última, fue para asistir a la proyección de una versión cinematográfica de *Guerra y Paz*, de Tolstoi, autor que muchos años atrás había traducido (del inglés) para *El Cuento Semanal* (33).

---

nes de Martínez Cachero a la obra de Constantino Suárez, *Escritores y artistas asturianos. Indice bio-bibliográfico* (Oviedo: IDEA, 1957), 6: 146 y ss. Para todo lo referente a los cinco últimos años de la vida del escritor, véase el estudio del mismo Martínez Cachero citado más arriba, nota 10.

(31) Así le veía GONZÁLEZ RUANO, «De domingo a domingo» (artículo necrológico), *ABC*, 7 agosto 1962.

(32) Miguel PÉREZ FERRERO, *Tertulias y grupos literarios*. Cito por Solís, *Vida*, 188-9.

(33) Más datos sobre esta olvidada traducción en mi artículo citado más arriba, nota 24.

Por esta época pierde una oportunidad de oro de estrechar sus lazos con Inglaterra: traspapela o extravía —rechaza, en suma— la carta de un renombrado editor británico que le proponía la publicación de algunas de sus obras en inglés (34): rechazo atribuible, en suma, a pura desidia y pereza de un escritor («como intemporal, como inexistente») que viene de vuelta de todo y a quien muy poco parecen importarle las cosas de este mundo.

Es entonces cuando recibe un curioso regalo: su viejo amigo el diplomático inglés Robert Grahame, al que había conocido mucho tiempo atrás en Madrid cuando éste estaba destinado como tercer secretario de la embajada de su país, y con el que se carteaba de vez en cuando, le deja heredero, a su muerte, de una valiosa colección de libros ingleses. Se trataba en su mayoría de ejemplares de bibliófilo, con lujosas encuadernaciones. Entre ellos estaba, por ejemplo, la colección completa del afamado y valioso *Comic Almanack*, de George Cruikshank.

Por estos años, su amigo José García Mercadal se enfrenta con la ímproba labor de ofrecer al público los escritos, semiolvidados, de Ayala: van saliendo a la luz, así, recolecciones de viejos y no tan viejos artículos del escritor: *Principios y finales de la novela* y *Divagaciones literarias* en 1958, *El País del futuro* en 1959, *Más divagaciones literarias* en 1960, *Amistades y recuerdos* y *Fábulas y ciudades* en 1961 (35).

El resultado son unas ediciones caóticas, llenas de defectos (malos prólogos, si los hay; omisiones, erratas y repeticiones; ausencia de referencias a las fuentes y las fechas por lo común...) pero que sirven, en fin, para que el público se acerque a la obra olvidada de un autor olvidado. A este público se le va revelando la aún más ignorada faceta anglística del escritor: ahora puede reflexionar sobre los juicios de Ayala acerca de Bernard Shaw, lord Byron o Keats en *Divagaciones literarias*; comprobar su profundo y penetrante conocimiento de la novelística inglesa (desde Fielding y Richardson hasta Joyce, pasando por Dickens y otros) en *Principios y finales de la novela*; deleitarse con su doble, extenso y pormenorizado análisis de los Estados Unidos en *El país del fu-*

(34) José García Mercadal narra el hecho en el Prólogo a *TI*, p. 19. Me he ocupado de las traducciones al inglés de la obra de Ayala en «Traducciones y selecciones de la obra de Pérez de Ayala publicadas en Gran Bretaña y los Estados Unidos», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 111 (1984): 41-53.

(35) Estas recopilaciones fueron respectivamente editadas en Madrid: Taurus; Madrid: Biblioteca Nueva; Madrid: Biblioteca Nueva; Madrid: Biblioteca Nueva; Barcelona: Aedos, y Barcelona: Destino.

turo; o leer sus referencias a la Biblia inglesa, John Dryden, Emerson, el carácter inglés y tantas otras cosas del mundo anglosajón en *Más divagaciones literarias*; así como el relato de su amistad con Cunninghame Graham y varios de sus discursos londinenses en *Amistades y recuerdos*, y, en fin, comprobar que las alusiones anglistas son profusas aun cuando el tema principal sea el mundo clásico, como en *Fábulas y ciudades*. Ya había tenido el público español de los cincuenta oportunidad, además, de leer una nueva edición de *Hermann, encadenado*, el libro por excelencia del Ayala militante aliadófilo, y *Las Máscaras*, con los comentarios ayalinos sobre el teatro de Shaw, Wilde o Shakespeare (36).

Como «un libro singular» (37) es recibido *Principios y finales de la novela*. A propósito de *El país del futuro*, el que sería biógrafo del escritor, Miguel Pérez Ferrero, afirmaba que «hubiera sido lamentable que... se hubieran quedado dispersos y desconocidos», dado que los artículos en él contenidos «no sólo deleitan e ilustran... sino que además apasionan» (38).

La aparición del libro sería la excusa para conceder a Ayala dos galardones literarios: el «Juan Palomo», otorgado por Manuel Halcón, y el más importante premio «Juan March» correspondiente a 1960.

Las declaraciones del propio Ayala, realizadas a raíz de la aparición del libro y la concesión de los mencionados galardones, no pueden por menos de hacernos sonreír:

> —Quiero decirle, D. Ramón, que yo desconocía por completo los ensayos reunidos ahora en *El país del futuro*.
> —Yo también. No he leído ni las pruebas. Mercadal se ha encargado de todo, el hombre. Han quedado bien, ¿no? (39).

No ceja, por cierto, el interés académico de los hispanistas angloamericanos por Ayala: hasta siete trabajos de investigación —entre tesis doctorales y Master's Dissertations— sobre el autor español se presentan por esta época (40).

(36) Obras incluidas, junto con otras del autor, en un tomo de *Obras Selectas* (Barcelona: AHR, 1957), con prólogo de Néstor Luján.

(37) Jesús Villa Pastur, reseña publicada en *Archivum* 8 (1958): 350.

(38) «Ramón Pérez de Ayala y *El país del futuro*», *ABC*, 9 diciembre 1959. Cito por Martínez Cachero, «Noticia», 450.

(39) Carlos Luis ALVAREZ, «El premio 'Juan Palomo' de *Semana* ha sido otorgado a don Ramón Pérez de Ayala», *ABC*, 3 noviembre 1960.

(40) Son las siguientes: Robert L. BANCROFT, «RPA: A Critical Study of his Works», PhD, Columbia Univ., 1957; Ruth F. CAMPBELL, «Ayala's Vision of Spain», PhD, Duke Univ., 1958; Evelyn R. VAUGHN, «Characterization in RPA's Novels»,

El escritor continúa carteándose con el amigo Acosta. Como cabría esperar, alguna referencia anglística se desliza en esta correspondencia. El día 22-XI-56, tras comunicar al amigo que *Peque* ha llegado a Londres por vía aérea, recuerda algo muy antiguo: «Yo prefería lo de antes: el Sudexpreso y el Golden Arrow» (*CRA*, 395): de esa manera había llegado Ayala a Londres, nada menos que cuarenta y nueve años atrás. La carta se cierra con una despedida en inglés: «My love for all» (*CRA*, 396). Igual sucederá en la carta de 1-I-56: «All my love for all» (había escrito líneas atrás que solía beber la ginebra entre horas, «on an empty stomach») (*CRA*, 392 s.), y en la de 13-III-56: «With my love for all» (*CRA*, 397).

Y, en fin, no deja de ser una satisfacción para quien escribe, teniendo en cuenta la orientación de estas líneas, el hecho de que en la última carta que dirige a su amigo, el 9 de agosto de 1956 —seis años justos antes de su muerte—, Ayala realice una terminante afirmación sobre la importancia del inglés en el mundo moderno:

> Sé, por Carmencita, que Josefo está en Inglaterra. Me parece excelente. Hoy, saber inglés es un pasaporte diplomático en todo el mundo (*CRA*, 399).

Los últimos escritos anglistas

En declaraciones publicadas en febrero de 1958, el escritor proclamaba que sus autores más admirados eran, por este orden, «Shakespeare, Cervantes y Goethe». A continuación, la entrevista registra lo siguiente:

> —¿Por qué se limita en sus artículos a escribir exclusivamente de Roma o de Grecia?
>
> —Como para mí es una cosa delicada juzgar el mundo complejo moderno, tengo que apoyarme en el mundo clásico (41).

MA, North Texas State College, 1958; Brother PIZZOLATO, Character Analysis in the Poetic Novels of RPA», MA, Fordham Univ., 1959; Walter A. DOBRIAN, «The Novelistic Art of RPA», PhD, Univ. of Wisconsin, 1960; Breton K. CAMPBELL, «The Literary Theories of RPA», PhD, Univ. of California, 1961, y Frances L. W. WEBER, «The Narrative Perspectivism of RPA», PhD, Univ. of Michigan, 1962. (Best, *Ramón Pérez de Ayala*, 69-74).

(41) Santiago CÓRDOBA, «Entrevista con Ramón Pérez de Ayala», *ABC*, 6 febrero 1962. Muy otras y más sinceras son las razones que Ayala apunta para explicar su actitud literaria en su correspondencia privada: «Tengo materia para publicar varios volúmenes. Si es que aquí, en las circunstancias actuales se puede

Evidentemente, predomina el mundo clásico en los muchos escritos publicados en *ABC* entre 1955 y 1962 y que constituyen, casi en exclusividad, la única aportación literaria del escritor durante la última etapa de su vida. Pero, tras los dedicados al mundo clásico, que ocupan el primer lugar en cuanto a cantidad, y quizá también en calidad, vienen sin duda los referentes al mundo anglosajón que —es grato constatarlo— sigue gozando de la preferencia anímica del veterano escritor (42).

Por otro lado, estos artículos ayalinos de *ABC* a partir de 1955 pueden dividirse en varios grupos. Primero, los que son meros *refritos*, con mínimas adiciones o supresiones, de artículos publicados en fechas anteriores (algunos son incluso de los años 20), normalmente en *La Prensa*. Algunas de las supresiones, por cierto, no se deben a Ayala, sino a la censura contra la que firmaría un manifiesto en 1960, junto con otros 239 intelectuales, como por ejemplo las referencias a ¡Giner de los Ríos! contenidas en un artículo de esta época. Segundo, aquellos que son expansión de artículos anteriores. Es decir, un trabajo primitivo da lugar ahora a una serie de tres o cuatro. Y tercero, los que son enteramente nuevos. De estos últimos, algunos estaban preparados de antemano, desde Argentina, o ya depositados en la redacción de *ABC*, circunstancia a que se alude en las cartas 170 y 174 a Rodríguez-Acosta, y otros, los menos, son escritos por Ayala *hinc et nunc*.

Prescindiendo de los que he clasificado en el primer grupo, en

---

soñar con publicar algo que no sean retóricas ditirámbicas, estupideces o cochinerías» (a continuación falta un párrafo, *censurado* por la familia del escritor). Carta a Acosta de 1 septiembre 1955, *CRA*, 387). Recordemos por otra parte que en una entrevista concedida a Jorge Mañach en 1960 (*Visitas españolas. Lugares, personas*. Madrid: Revista de Occidente) reconocería Ayala expresamente su deuda cultural con la literatura inglesa: Dickens, Bacon, Shakespeare, etc.

(42) A partir de 1955 Ayala recurrirá con frecuencia al procedimiento de volver a publicar en *ABC*, con algunas variantes, muchos de los artículos de *La Prensa*; cosa que no hace en el período 1948-54. Todos los artículos de tema inglés reseñados a continuación (podrían añadirse varios más) están recogidos en *Las terceras de ABC: Ramón Pérez de Ayala*, ed. J. L. Vázquez Dodero (Madrid: Prensa Española, 1976). Hay que señalar que la bibliografía «de» Ayala se convierte en un auténtico maremágnum a partir de esta época, debido a las variaciones, repeticiones, añadidos, cortes, etc., que se producen entre los artículos publicados principalmente en *La Prensa* y *ABC*, pero también en otros lugares como *La Nación*, *Los Anales de Buenos Aires*, *Orientación Española* y *Excelsior* por una parte, y *Arriba* o *Región* por otra. Para colmo, los recopiladores y editores de distintas colecciones de estos artículos no hacen sino aumentar el caos. Con Mercadal a la cabeza, se ignoran casi sistemáticamente fechas y procedencias, para no hablar de variantes. A veces un mismo artículo está recogido en dos, tres o más sitios; mientras que otros, en ocasiones más importantes, han quedado en el olvido.

los que las referencias inglesas son desde luego constantes, puedo dar algún ejemplo de los incluidos en el segundo grupo, hablando siempre de los que ostentan una temática inglesa. Así, los titulados «*Rinconete y Cortadillo* en *Oliver Twist*» (6-V-56) y «Fielding y su Joseph Andrews» (18-V-56) son extensión de los artículos de *La Prensa* «Novelas y novelistas: Cervantes en Dickens» (9-VII-44) y «Novelas y novelistas; Fielding, eslabón entre Cervantes y Dickens», respectivamente. Ambos son inteligentes trabajos de literatura comparada. En el primero, Ayala encuentra similitudes entre ambas obras, la de Cervantes y la de Dickens, en seis puntos diferentes. En el segundo, analiza hasta cinco semejanzas entre *Joseph Andrews* y el *Quijote*; en las obras de Fielding, añade, los españoles percibimos «como un eco de la voz de nuestra misma sangre». En el tercer grupo creo que podrían incluirse, por ejemplo, el titulado «Orden cronológico de los géneros literarios» (21XI-55), ensayo concebido como introducción a Dickens, y «Recuerdos. Sobre literatura española y extranjera» (28-IV-61), en el que Ayala comenta la lista de las «60 mejores novelas» del norteamericano Guillermo Lamont. Sí que son enteramente originales y escritos en Madrid y 1958 los que integran una nueva serie (no recogida en *OC*) sobre *Las Máscaras*, que Ayala escribe a raíz del estreno de *La Celestina* de Luis Escobar en el teatro Eslava. En el segundo artículo de la serie («Las Máscaras. Los teatros nacionales», 16-V-57) expone su teoría de que hay sólo tres teatros nacionales originales, «el griego, el español y el inglés». El teatro español y el inglés, en un sentido religioso, nacen de los misterios, moralidades y autos de la Edad Media; en su materia, de la epopeya nacional: son, pues, teatros nacionales, que nacen del pueblo y luego crean la norma, contrariamente a los que llama teatros «literarios o normativos», en los que el proceso se da a la inversa. No es la única ocasión en que Ayala funde en el mismo crisol a las tres culturas que por esta época (y en realidad durante toda su vida) le apasionan: la griega, la española y la inglesa.

Un dato a la vez anecdótico y significativo, para finalizar: en el último artículo firmado por Ayala que aparece en *ABC*, el titulado «Genio, ingenio y talento» (22-II-62) y que es, por tanto, el último trabajo individual del escritor que se publica en vida del mismo, aparecen referencias a tres literatos ingleses. Critica una sentencia de Oscar Wilde:

> El escritor que en el momento de la producción no haya tenido público, jamás lo tendrá. Eso de Oscar Wilde, de que hay escritores que anticipan respuestas a futuras pregun-

> tas, es una bobada petulante. Para ser el escritor del mañana hay que comenzar por ser el escritor de hoy.

Considera, a continuación, inútil una labor concreta de Bernard Shaw:

> Bernard Shaw (no es que yo le califique como crítico, aunque lo ha sido, y sus piezas de teatro son ante todo obras de crítica) ha querido resucitar en Inglaterra a Samuel Butler; y en Francia le siguió Valéry Larbaud. Inútilmente.

Todo ello se debe, en último extremo, a que pocos son los «inmortales», los escritores que reúnen en sí «duplicada forma de vida; la vida en la opinión pública y la estimación de la minoría selecta y exigente». La lista es la siguiente:

> Estos privilegiados seres son los Homero, los Sófocles, los Virgilio, los Horacio, los Dante, los Cervantes, los *Shakespeare*, los Lope de Vega, los Calderón... (*AR*, el subr. es mío).

* * *

El domingo cinco de agosto de 1962, hacia las siete de la tarde, fallece don Ramón Pérez de Ayala en la clínica de la Concepción, de Madrid. Su capellán, Federico Sopeña, relacionaba el espíritu de sus últimas obras, aquellas en las que voluntariamente se había retrotraído al mundo clásico grecolatino, hispánico y anglosajón, con el espíritu de su propia muerte:

> La época, la edad, muchas cosas, la indudable serenidad suya en estos últimos años, los mismos temas de su ancianidad parecían llevarle, humanamente hablando, a una muerte de estoico, serena, con luz. La gracia, llamada por él, por los suyos, por nosotros, la gracia de la penitencia, de la extremaunción, de la indulgencia plenaria, se ha metido en medio y ha cogido serenidad, coraje, sonrisa, afán de luz, cortesía para hacer de todo esto una hermosa, lúcida, conmovedora, cristianísima muerte (43).

En el entierro (44), el lunes 6 de agosto a las seis de la tarde, la presencia de Cortina Mauri, subsecretario de Asuntos Exteriores, en representación del ministro del ramo, y de Bernardo Mallo, con-

(43) «La 'pietas' de los últimos días», *ABC*, 6 agosto 1962.

(44) «Honda manifestación de duelo en el entierro de RPA», *ABC*, 7 agosto 1962.

sejero de la embajada británica, en representación del embajador, que se encontraba ausente, constituyen un homenaje y reconocimiento a la figura de Pérez de Ayala embajador en Gran Bretaña.

Se había extinguido la vida corporal de Ayala, y comenzaba la vida de la fama. A raíz de su muerte, se suceden los artículos necrológicos más o menos de circunstancias. No pasa el acontecimiento desapercibido, ni mucho menos, en el Reino Unido. El gran diario *The Times*, cuyas páginas habían visto su firma y que se había ocupado de Ayala en más de una ocasión, dedica al escritor desaparecido el siguiente extenso y dignísimo *Obituary*, bajo el título «Don Ramón Pérez de Ayala. A Leading Spanish Writer», que se reproduce a continuación. Con ello doy por terminado este recorrido por el último tramo del sendero vital de Ayala, en lo mucho que —también— dicho tramo tuvo de cordial e intelectualmente anglófilo.

> Don Ramón Pérez de Ayala, one of Spain's foremost novelists, journalists, and poets, whose death in Madrid was reported in later editions of *The Times* yesterday, was 81, writes our Madrid correspondent. He was humanist, and classical scholar, he had always been known for his liberal outlook and often expressed his defence of the written and spoken words.
>
> He was born on August 9, 1880, at Oviedo, the capital of Asturias, and had his early education at a local Jesuit school, later studying law at Oviedo University. Since then his career had been marked by varying fortunes.
>
> He reached full stature as a writer when the anguished soul-searching characteristic of the generation of 1898 had somewhat spent itself, and in the serener atmosphere of a Spain now intellectually alert was more of an artist in the novel than either Unamuno or Baroja. Richly endowed with the Asturian gift for humour and holding art to be independent of moral preoccupations, he was in the true tradition of Spanish literature as a detached observer of the human scene unconcerned to praise or blame. The title of *Troteras y danzaderas* (1913) stems directly from the fourteenth-century satirist, Juan Ruiz, *Belarmino y Apolonio* (1921) is a delightful study of two intellectual cobblers, one an instinctive philosopher in search of understanding, the other a dramatic poet in search of expression. *Tigre Juan* and its sequel *El curandero de su honra* (1926), a modern variant on the old Spanish theme of the point of honour, constitute perhaps his masterpiece. The earlier *Prometeo* (1916) is a collection of three short stories that figure among the finest in modern Spanish letters.

These novels reveal a progressive concern with the play of ideas which gradually predominates over the earlier realism until his characters become symbols charged with Freudian subtlety. They show the author as one of the acutest Spanish minds of his generation. He was also a poet of some distinction again in an intellectual vein, and a critical essayist of note, particularly on dramatic themes. He will have his niche, too, in Spanish letters as a stylist.

In the political sphere Don Ramón Pérez de Ayala was soon playing a prominent role. He supported the establishment of the Republic in April, 1931, though later he expresed his nonconformity with some of that illstarred regime's actions. He was the last of the three eminent intellectuals who signed the famous document entitled *Delenda est Carthago* [*sic*] early in 1931 with its harsh attack on the monarchy of the late king Alfonso XIII which contributed to the latter's downfall.

On the establishment of the Republic in April, 1931, Don Ramón Pérez de Ayala was appointed Spanish Ambassador to the Court of St. James. His addresses to the Foreign Association in London aroused much interest. It was during his first year as Spanish Ambassador that an uproar broke out in a Madrid theatre on the opening night of a dramatic version of one of his early works called *AMDG*. This dealt with life in a Jesuit college and some indignant Roman catholics staged a noisy demonstration. Following the triumph of General Franco's Movement in 1939 and the collapse of the Republic, don Ramón Pérez de Ayala spent some years in South America, specially at Buenos Aires, writing for various newspapers.

In 1949 [*sic*] he returned to Spain and since then had lived a quiet life in Madrid. He did not produce any more the freely written works of the type which made him famous. Hower, he had managed to keep his pen active by confining his writing to erudite articles on the classics and other topics of a non-political nature which regularly appeared in the *ABC* and could not offend the ministry of Information censors. In 1960 he was awarded a literary prize worth about £3,000 by the Juan March Foundation.

From time to time don Ramón Pérez de Ayala joined with other intellectuals, academicians, playwrights, scientists, and Spaniards of different ideological convictions in signing appeals to the authorities on behalf of freedom of expression. He was one of the 240 intellectuals who signed a petition to the Ministers of Information and Education in November, 1960 appealing for an easing in the censorship.

(*The Times*, 6 agosto 1962)

SIGLAS QUE SE UTILIZAN (OBRAS DE PEREZ DE AYALA)

AR *Amistades y recuerdos.* Ed. José García Mercadal. Barcelona: Aedos, 1961.

CL *Crónicas londinenses.* Ed. Agustín Coletes Blanco. 2.ª ed. Murcia: Universidad, 1987.

CRA *50 años de cartas íntimas (1904-1956) a su amigo Miguel Rodríguez Acosta.* Ed. Andrés Amorós. Madrid: Castalia, 1980.

OC II *Obras completas. II. Obras poéticas. Novelas cortas.* Ed. José García Mercadal. Madrid: Aguilar, 1965.

PFN *Principios y finales de la novela.* Madrid: Taurus, 1958.

TI *Tributo a Inglaterra* [y *Ensayos ingleses*]. Ed. José García Mercadal. Madrid: Aguilar, 1963.

EL LENGUAJE TOPONIMICO DE ORIGEN ANIMAL (*ZOOTOPONIMIA*)

JULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ

JUSTIFICACION PREVIA DE ALGUNOS NOMBRES DE LUGAR

Por zootoponimia se viene a entender el estudio de nombres de lugar motivados sobre animales que los frecuentaban de alguna forma: por dónde pasaban, en qué puntos se cazaban mejor, en qué lugares tenía pastos más adecuados... En fin, algunos animales (salvajes, primero; salvajes y domésticos, más tarde) fueron dejando sus nombres en el entorno que nos rodea, por transformado que lo contemplemos hoy.

En cualquier zona asturiana, la lengua atestigua todavía entre los usuarios más arraigados este interesante documento lingüístico acerca de la ecología de nuestros suelos unos cuantos lustros atrás. En el concejo lenense, por ejemplo, se recogen unos cuantos, aunque los animales no hayan dejado tantos nombres como los vegetales, que sin duda abundan más (y por establecer algún tipo de referencia comparativa).

La desigualdad de frecuencias no puede extrañar en el sistema ecológico de mucho tiempo atrás: los animales no ofrecían (aparte, otras razones) la seguridad alimentaria que el mundo vegetal. El recurso al animal para los distintos usos domésticos es relativamente reciente: el ganado vacuno, sin ir más lejos, parece que no se explotaba a la llegada de los romanos.

En principio, el animal cambia frecuentemente de lugares, es menos abundante en especies utilizables por el hombre que las plantas que recubren cualquier zona de montaña, del valle o de la costa. Se puede concluir con J. M. González en este punto que

el reino animal se presta menos que el vegetal a los topónimos: las plantas se asocian al suelo, pero los animales emigran, se mueven, por lo que no sirven como puntos de referencia estable. No obstante, recuerda este autor los topónimos que se asocian a sus moradas, a los parajes que frecuentan para alimentarse, a los puntos estratégicos para su captura... De ahí los nombres para designar algunos puntos del terreno (1).

Una vez más, por tanto, los nombres de lugar sirven de documentación fidedigna para reconstruir la fauna (hoy sin duda muy diezmada) de nuestros montes asturianos: *La Faisanera, Les Melendreres, La Fuente l'Oso, L'Aguilero, El Nial de l'Utre, Los Milanos, Yan del Milán, La Senda las Perdices, Campa'l Melón, Bovias, La Guariza, L'Azorea, L'Aguilero, Campa la Tsiebre, Curuxeo, Porcieles, Val Porquero, Los Choberos, Les Abeyeres, Forcáu l'Osil, Palombierga, Les Palombines, Los Palombinos, El Melendril, Robequeru, Los Gatiles, Monte Gallinar...*, según las zonas regionales.

Esos topónimos del suelo, grabados en asturiano por el recuerdo de los más arraigados (y algunos ya también sobre la cartografía regional), atestiguan la mayor abundancia de animales hoy desaparecidos o sólo estacionales en nuestros montes (el faisán y el *urogallo*, el *melandru* o el melón, las *utres* o los buitres, los *güés* o los bueyes, la *tsibre, llebre, chiebre* o liebre, las *curuxas, la marta...*).

El sistema ecológico animal se fue transformando de forma decreciente en las últimas décadas, pero el sistema lingüístico toponímico permanece aún lo suficiente como para poder recomponer el polícromo puzzle de nuestra fauna de antaño. Quedan los nombres como sellos indelebles de aquella convivencia (pacífica o no) del hombre y del animal disputando los mismos parajes.

Como ejemplo al azar de esa coexistencia en lo que hoy son villas apretadas entre calles, bajos comerciales y pisos sobre pisos, queda en Pola de Lena *El Caleyón de los Chobos*: se trata de una estrecha callejuela (poco más del metro de ancho) cada vez más reducida por los edificios que se van levantando a lo largo de su antiguo trazado. En realidad, del citado *caleyón* hoy sólo se contemplan unos cuarenta metros por los que sólo atajan los niños para no dar la vuelta a la manzana (entre las calles de Marqués de San Feliz, Capitán Escalada, Vicente Regueral y el parque la Iría).

---

(1) J. M. González. *Toponimia...*, págs. 351 y s.

Detengámonos en el zoónimo citado un poco más: el referido a los siempre discutidos y discutibles lobos. Los *chobos*, perseguidos no por lo que podían aprovechar al lugareño, sino más bien por lo que dejarían de dañar, dejaron su eco, entonces sombrío y prolongado, por los cordales de estas montañas del sur asturiano. En Lena, *Pena Chobera* (La Cortina): peñasca del contorno. *Los Choberos* (La Cortina): varias fincas de pradera sobre el río *Foz*, en una zona de arbolado oculta en la hondonada del alto valle. *Fuente Choberos* (La Cortina): manantial entre las fincas citadas. *La Chobetera* (Navidiecho): picacho apuntado sobre el pueblo. *Cuitu Chobos* (Xomezana): finca y pastizal sobre *Braña*, en el valle que linda con tierras de *Zurea*. *El Chobo* (Xomezana): conjunto extenso de fincas en el valle de *Bovias*, sobre un altozano al lado del río. *El Chubín* (Xomezana): finca menor en la zona anterior. *La Mata los Chobos* (Tuíza Baxo): lugar sobre la capilla del poblado; conjunto de *praos y matas*; unos metros más abajo, en *Senriecha*, se conserva todavía *un puzu los chobos*, para su captura en otros tiempos. *Puente los Chobos* (Palacio): lugar junto a la actual carretera. *Puzu los Chobos* (Xomezana): paso estratégico sobre el pueblo, donde hasta hace poco había una *espera* en las cacerías de estas alimañas.

En la región asturiana, los lobos fueron fijando nombres semejantes en no pocos lugares. Hay *La Llobera*, en Siero; *La Lloba*, en Castrillón; en Ponga, *Los Llobiles*, *Canalón de los Llobos*, *Colláu los Llobos* (2). Más allá de las tierras asturianas, en la zona leonesa de Los Oteros, *Los Lobos*, *Los Lobicos*, *Carrelobar* (3); *La Lobada*, en Orense; *Lobado*, en Santander; *Loba Morta*, en Lugo; *Lobeira*, topónimo común a toda Galicia; *La Lobera*, en Sevilla y Avila; *Los Loberos*, en Murcia y Almería; *Llovera*, en Lérida; *Serra de Llops*, en Cataluña. Y en zona riojana abundan *La Loba*, *Los Lobos*, *El Lobo*, *Val de Lobita*, *Loberos*, *Las Loberas*, *La Lobera*, *Peñas de Lobao*, *Cabeza Lobaco*, *Val de Lobache*, *Lobero* (4).

En la toponimia francesa ocurre algo parecido: *Laloubère*, en Los Pirineos, y otros del mismo tipo, con grafías y formas parecidas: *La Loubière*, *La Louvière*, *Louviers*, *Louvie*, *Loubers*, *Loubés*, *Louvaresse*, *Louresse*, *Louptière* (5), documentados en época

(2) Guillermo MAÑANA. *Entre los Beyos...*, p. 206.
(3) MORALA RODRÍGUEZ. *Toponimia...*, p. 574.
(4) GONZÁLEZ BLANCO. *Diccionario...*, p. 306.
(5) DAUZAT. *Dictionnaire...*, p. 380.

medieval en formas que remiten a los lobos (lat. l u p u s), como referentes de los lugares respectivos, aunque sea por motivos diferentes.

Los arraigados usos léxicos asturianos connotan la familiaridad de los lobos en el medio rural que motivó los topónimos citados. En el entorno lenense, unas cuantas voces lo atestiguan: *chobiniego*, 'lugar oscuro, lúgubre, que produce miedo'; *metese en la boca chubu* viene a decir: 'meterse donde luego no se podrá salir'; un *chobíncanu* es 'un trozo muy duro de tierra (un *terrón*), que surge al labrar el suelo mojado, y que luego es muy difícil de romper' (los tractores y retrovatos de hoy desdibujaron la referencia del término); *andar como un chubu*,'dar un aspecto de hambriento, errante, huraño, huidizo, mal vestido'; *chobá* es 'grupo de personas reunidas con intención aviesa'. Neira recoge, además, *chobancos* como sinónimo de los citados *chobíncanos* (6); *tsobazos*, «trozos por donde saltó el arado»; *atsobazar*, «dejar el terreno mal arado, con muchos *tsobazos*» (7).

En todos los usos léxicos lenenses se recoge la asociación creativa popular referida a los lobos: la semejanza de algunas formas en las tierras labradas, las connotaciones de lugares oscuros... Este léxico y designación figurada prueba que los *chobos* debieron ser tiempo atrás (enemigos o no) vecinos obligados del hombre de estos pueblos de montaña del sur de Asturias.

En el conjunto del léxico asturiano existen otras voces parecidas referidas al animal. En zona oriental, *llobizu* es 'olor a lobo' (8). Vigón recoge en Colunga algunos dichos como: *tener una fame com'un llobu*, o *val más dalo al llobu qu'al raposu* (9), con esa nota apreciativa, incluso, del animal si el caso se diera... En Cabranes, *lloba* es una clase de grillo, el grillo cebollero, y *llobatu, llebatu*, 'la cría del lobo' (10). En zona de Sajambre, *llobeto*, 'cría del lobo', también; y *llobacho*, 'travesaño sobre el eje del carro' (11).

En Teverga, *tsobada* es la «matanza de ovejas por parte de los lobos», y también «cuando una vaca penetra en propiedad ajena a pacer», según García Arias (12), junto a *tsobazu*, «trozos de tie-

(6) NEIRA MARTÍNEZ. *El habla...*, p. 227.
(7) NEIRA MARTÍNEZ, ibid.
(8) ALVAREZ FERNÁNDEZ. *El habla...*, p. 214.
(9) VIGÓN. *Vocabulario...*, págs. 280 y s.
(10) CANELLA. *El bable...*, p. 253.
(11) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ. *El habla...*, págs. 299 y s.
(12) GARCÍA ARIAS. *El habla...*, p. 271.

rras que quedan sin remover», y *tsobercu*, 'lobezno' (13). Más hacia el occidente asturiano, *tsubín* es 'lobo pequeño'; *tsobizniego*, «lugar al que tienen mucha querencia los lobos»; *tsubarrón*, 'lobo grande'; *tsubeco*, 'cría del lobo', lo mismo que *tsuberco*, recoge Rodríguez-Castellano (14). En la misma zona añade este autor *tsobazu*, *tsobezu*, «cuña con que se aprieta la telera» en el arado (15); y *tsobo*, «pequeñas matas de hierba que quedan sin cortar cuando el guadañador no es muy escrupuloso en su trabajo» (16). Acevedo recoge también *llobeco*, 'lobezno'; *llobeira*, 'guarida de lobos'; y *llobín*, 'juego de niños' (17).

Todavía el lenguaje toponímico recoge funciones más concretas, en las que los lobos dejaron sus huellas. Por ejemplo, en el generalizado *puzu los chobos*, hoyos verdaderamente artesanos que todavía se conservan a medias entre las retamas, éricas y brezos de cualquier cordal.

Recuerdan los mayores de los pueblos que, en realidad, los *chobos* sólo se cazaban como alimañas que perturbaban la vida de hombres y ganados, pues poco se podía aprovechar que no fuera su piel; pero tampoco ésta servía para mucho, al ser excesivamente áspera y de *serda* muy dura.

Los *pozos de chobos* abundan en los montes, distribuidos en pasos frecuentados por el animal o en lugares estratégicos para dirigirlos y acorralarlos en la huida. Por el valle del Huerna, en el *Monte'l Blime*, se conserva uno que hubo de tener considerable profundidad, a juzgar por el metro cincuenta que todavía conserva, una vez cubierto el fondo con hojas, tierra y malezas desde que no se usa. En *La Pena la Portiecha*, hacia el valle de *Bovias*, sobre *Xomezana*, en una espera de cazadores hubo otro.

Sobre la actual autopista del Huerna, en *La Texera*, bajo *Las Estacas*, recuerdan los de Piñera y Carraluz un pozo de fondo bien empedrado y con las paredes inclinadas hacia dentro (en forma cónica), con el fin de que el animal no pudiera trepar y salir a tierra. La boca se camuflaba con hojarasca y ramaje, y comenzaba la espera.

En otros pueblos recuerdan artificios más sofisticados. En *El Monte'l Xabú*, sobre *Zurea*, y en *Las Chinariegas*, un poco más al sur del pueblo, había otros dos pozos. Aquí, los vecinos coloca-

(13) García Arias, ibid.
(14) Rodríguez-Castellano, *Contribución...*, p. 55.
(15) Rodríguez-Castellano, *op. cit.*, p. 266.
(16) Rodríguez-Castellano, *op. cit.*, p. 251.
(17) Acevedo. *Vocabulario...*, p. 183.

ban un *varal* sobre la boca del pozo, al que ataban un *cebetu* (entramado de varas), con un cabrito vivo sujeto en el medio. Cuando el animal balaba, y lo percibía el lobo desde la altura, descendía hasta el cabrito, se lanzaba sobre el cebo, y con el peso giraba el *cebetu* sobre el *varal*; el lobo se precipitaba, entonces, al vacío del pozo, que podía llegar a los tres metros de profundidad. Con las paredes inclinadas en cono, no podía trepar, ni saltar de nuevo para alcanzar el cabrito, que permanecía vivo, atado al *cebetu* y al *varal*, aunque boca abajo y sobre el pozo. Logrado el objetivo, sólo había que esperar la luz del día para abatir la alimaña y recoger sano y salvo el cabrito.

La costumbre, no por rudimentaria menos tecnificada en su tiempo, no deja de ser remota. Así, Jordá Cerdá, al referirse al Paleolítico inferior y medio, señala que las técnicas de caza ya se empezaron a complicar entonces, pues no se podían cazar animales en simple persecución (18). Describe este autor que el hombre primitivo comenzó, así, a emplear trampas de dos tipos: naturales (conduciendo los animales hacia zonas pantanosas) y artificiales (abatiéndolos, una vez capturados en pozas y fosas); en ambos casos, el animal acorralado quedaba indefenso y sin recursos para atacar en su defensa al hombre perseguidor (19).

De modo que los pozos de lobos suponen ya una técnica cinegética extendida y antigua. Moralejo Laso recoge en los documentos medievales la expresión f o g i u m l u p a l e (20). Según Moralejo, la palabra f o g i u m es una falsa latinización medieval de la voz vulgar f o i o, f o j o, procedentes del latín vg. *f o v e u m, por f o v e a (21), 'hoyo, pozo'; el adjetivo l u p a l e alude precisamente a los pozos preparados para la captura de lobos. Señala Moralejo que estos pozos «parece que estaban constituidos por un pequeño reducto circular y de cierta profundidad, en el que convergían dos largos muros que obligaban al lobo a precipitarse en aquél cuando sus perseguidores lo acorralaban» (22). La misma técnica representan los *fôjos* en Portugal, donde existen, además, los *fôjos de cabrita*, así llamados «porque en él se ponía una cabrita como cebo para engañar al lobo» (23).

(18) JORDÁ CERDÁ. *Historia...*, I, p. 71.
(19) JORDÁ CERDÁ, ibid.
(20) MORALEJO LASO. «Fogium lupale...», págs. 133 y ss.
(21) MORALEJO LASO, ibid.
(22) MORALEJO LASO, ibid.
(23) MORALEJO LASO, ibid.

Como se puede observar, el sistema de estos pozos de lobos en Galicia y Portugal en poco difiere de los *pozos de chobos* descritos más arriba en la zona lenense. El lenguaje toponímico es paralelo en ambas regiones. En Galicia, relaciona Moralejo con este campo de zoónimos los abundantes *Fojo, Foxo, Foxo do Cabrito, Foxo do Librán, Fojovedro, Folloval, Follaval...* (24), lo mismo que otros con la misma base léxica animal: *Lobeira, Solobeira, Lobelos....*, y semejantes (25). Ya en Portugal, añade Diogo Correia *Lobagueira, Loba Farta, Lobo Morto*, aclarando que el lobo fue tiempos atrás fiera temible, puesto que llegaba hasta los mismos caseríos y poblados con gran facilidad (26).

En la región catalana, Moreu Rey recoge nombres de lugares con la misma referencia: *Pla de Llop, Puig dels Llops, Coll de les Lloberes, Llobatera* (27), *al lado de otros catalanes como Llobera, Lloberola* (28), o *Dol de Llops, Gratallops, Vandellós* (29). En el resto peninsular, son frecuentes los del tipo *Lobera* (30), *Lobeznos, Loberos, El Lobillo, Los Lobos, Loboso...*, sin duda referidos a la presencia pasada de lobos en el lugar, zonas de paso, lugares boscosos donde suelen *encamar* y otras motivaciones posibles recogidas en cada lugar concreto.

En la región francesa, las cosas no debieron ser de otro modo, a juzgar por los nombres más arriba ya citados. Dauzat interpreta *Chantelouve* como 'lugar frecuentado por lobos' (31), y *Fosse-Louvain*, como 'trampa para lobos' (32). El lenguaje toponímico sigue recogiendo, por tanto, también en Francia, lo mismo 'los lugares de lobos', que 'los pozos para cazarlos'.

Se puede concluir con Alfredo Noval, aludiendo a la situación pasada de este animal en la región asturiana, que se trata del depredador más poderoso que vive en Asturias, a su vez, zona de España más poblada con estas alimañas (33). Describe este autor cómo la acusada movilidad del lobo le permite efectuar considerables recorridos en pocas horas, lo que hace aumentar todavía la

(24) MORALEJO LASO, ibid.
(25) MORALEJO LASO. «Sobre grafía...», p. 26.
(26) DIOGO CORREIA. *Toponimia...*, v. *Lobeira*.
(27) MOREU REY. *Els noms de lloc*, p. 64.
(28) GRIERA. «Nombres...», t. XXVIII, p. 31.
(29) MONTOLIU. «Dos estudios...», p. 9.
(30) GRACE ALVAREZ. *Topónimos...*, p. 310.
(31) DAUZAT. *Dictionnaire...*, p. 142.
(32) DAUZAT, *op. cit.*, p. 584.
(33) Alfredo NOVAL. *Zoología...*, págs. 27 y s.

impresión de que su número es mucho mayor: están en todas partes; pero añade que es, sobre todo, en las prolongadas nevadas cuando bajan a los caseríos, aldeas, y a los mismos pueblos del valle: cazan, entonces, todo tipo de presas, en particular potros, ganado vacuno menor y lanar (34).

No obstante, en este campo zoonímico como en tantos otros, el lenguaje toponímico se presta a la homonimia, por lo que hay que identificar con tino los referentes concretos de cada voz apostada en el terreno. Por ejemplo, en la zona leonesa de Los Oteros recoge Morala Rodríguez algunos topónimos a separar de este campo (35): *Las Lobas, La Madriz de la Loba, Las Lobatas*, y algún otro dudoso. Para este autor, se trata de topónimos en forma femenina o singular, por lo que no parecen asociables de manera coherente al zoónimo ahora en cuestión (36).

Estos nombres de lugar parecen motivados sobre bases homográficas no siempre identificables, pero sin duda menos imaginativas y forzadas que por referencia al lobo. Recuerda Morala que el nombre de persona *Loba* abunda en la documentación medieval de algunos cartularios leoneses, y que puede tener origen germánico, ya que en latín la forma en femenino tenía connotaciones peyorativas (37). En estos casos, se trataría, más bien, de nombres de antiguos propietarios (posteriormente con artículo incluso, por asociación etimológica popular con el nombre del animal), o, simplemente, podría tratarse de un apodo del dueño de la finca (38). En todo caso, no habría un topónimo de base animal.

En fin, paralela a la científica, sigue la voz popular, en ocasiones un tanto novelada, pero casi siempre próxima a los hechos (*fechorías*) de estos animales del monte. Debajo de todo ello (científico o vulgar) hay su núcleo de verdad.

Algo semejante se podría decir de otros muchos lugares toponímicos de motivación animal: *La Fuente l'Oso, Fuente Choberos, Braña l'Oso...*, son hoy fuentes, brañas o parajes que invitan a la foto y a la tienda de campaña, pero que, tiempo atrás, eran territorio acotado por las preferencias de los animales, con cuyos nombres los lugareños amojonaron el suelo. De ello todavía dan buena cuenta los paisanos de los pueblos que recuerdan las cace-

(34) Alfredo NOVAL, ibid.
(35) MORALA RODRÍGUEZ. *Toponimia...*, págs. 574 y ss.
(36) MORALA RODRÍGUEZ, *op. ct.*, p. 575.
(37) MORALA RODRÍGUEZ, *op. cit.*, p. 576.
(38) MORALA RODRÍGUEZ, ibid.

rías organizadas (*batías*), hechas cada año para equilibrar entonces un poco la proliferación de algunas alimañas más dañinas al ganado.

Resume Hernández Carrasco: «la presencia abundancial de cierto tipo de animales en zonas determinadas actúa también como elemento diferenciador para originar denominaciones toponímicas acordes con la respectiva clase de fauna»... «Por otra parte, interesa destacar el hecho de que alguna especie de fauna, desaparecida actualmente en la geografía regional, queda plasmada en la toponimia» (39).

La zootoponimia recoge otros nombres también. Así, respecto al recurso animal para la alimentación humana en épocas cronológicas más antiguas, se sabe por el geógrafo Estrabón que el animal más empleado a la llegada de los romanos era el de raza cabría. Hablando este autor de la vida y costumbres de los montañeses del norte peninsular, dice que «todos estos habitantes de la montaña son sobrios: no beben sino agua, duermen en el suelo, y llevan cabellos largos al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de cabrón; a Ares sacrifican cabrones, y también cautivos y caballos» (40).

El historiador Plinio, por su parte, habla de la importancia de las abejas en la producción de la miel para la dieta del hombre. Parece ésta una larga tradición que pervive muy arraigada en nuestros pueblos asturianos de montaña sobre todo, retomada hoy entre apicultores más tecnificados que aseguran las cosechas de otoño y primavera.

Dice el citado naturalista Plinio: «[En cierta aldea del Padus —Poo—, cuando reina el hambre ponen sus habitantes las colmenas en barcas y las hacen bajar de noche largo trecho; con el día las abejas salen a libar. Esta operación, repetida en distintos lugares a lo largo del río, da como fruto una grande y rápida cosecha de miel]. En Hispania en casos semejantes se utilizan los mulos para transportar las colmenas» (41).

Las observaciones del naturalista citado confirman que las abejas fueron animales preciados en el recurso alimentario, con los que se emplearon sistemas semejantes en los puntos más dispares del Imperio antiguo. Por ello, se ha de concluir que fueron ex-

(39) HERNÁNDEZ CARRASCO. *Toponimia...*, p. 27.
(40) ESTRABÓN. Cap. III, 3, 7.
(41) PLINIO. *Tratado de Historia*, libro XXI.

plotados con cierta intensidad, lejanos todavía los mecanismos más desnaturalizados de la actualidad que aseguran más cosechas con menos colmenas.

Los topónimos correspondientes salpican el entorno asturiano, designando la abeja misma, el truébano, *los arnos, la planta abeyera...*; en fin, toda una industria en torno a las *abeyas*. De ahí, los nombres de lugar correspondientes: *Les Abeyeres, Pena Beyera, L'Abeyera, Truébano, El Truíbanu, Pena Miel, Arnón, Arniecha, La Pena la Miel, Colmenar, La Melera...* y semejantes (42). Miel, cera para el alumbrado de la casa y de la iglesia, remedios medicinales y otros usos caseros..., eran artículos sin más fuentes inmediatas que las *abeyas*. Por eso abundan los nombres.

Como se acaba de señalar, otras especies animales eran citadas por los historiadores antiguos, dada su incidencia en la economía alimentaria familiar. Es el caso del citado cabrío. De ahí los frecuentes topónimos asturianos del tipo *Pena Cabrera, El Cabril, Los Joyos de la Cabra, Cuá las Cabras, Los Cabríos* (en zona lenense); *La Cabrieta, Cabriles, El Cabritón, Cabril, Roza'l Cabrón, Punta'l Cabritu, Picu Cabrón, El Río las Cabras, Peña les Cabriteres, Collau les Cabres...*, en Turón, Siero, Allande, Aller, Candás, Ibias, Posada de Llanes, Ponga.... En la toponimia de otras lenguas regionales, las formas se ramifican: *Cabreira, Cabreiros, Cabriles, Serrat de Cabres Mortes...*, de zona gallega, catalana...

De los otros animales citados por Plinio, los caballos parece que no abundan, en cambio, en el lenguaje toponímico: quedan en Lena *Vía Cabachos, Braña Cabachos, Vega Cabachos...* y otros en la toponimia peninsular, como *Serra dos Cabalos, Serra de Cavalls, Cueva els Cavalls, Caballigo, El Caballo, Los Caballones, Cabaleiro, Cabalar, Caballar, Caballeriza, Caballusa, Cabaloria, Cabaleriza...* nómina fácil de identificar y extender (en Galicia, Cataluña, La Rioja, Segovia, Alicante, Salamanca...).

Sí abundan, por el contrario, otras muchas especies entre los nombres de lugar, señal de que, en su momento, tenían valor más inmediato entre los habitantes de cada zona concreta. Por no extender las listas (a modo de ejemplo), voy a partir de la zona centro-sur asturiana también (concejos de Lena, Quirós, Aller, Riosa..., sobre todo). Cualquier travesía por el monte, o por cemento y asfalto, ofrece suficientes materiales para asociar topónimos parecidos en cualquier concejo de nuestro entorno regional.

---

(42) Julio CONCEPCIÓN. «Toponimia de las *Abeyas...*», págs. 617 y ss.

Es el caso de los topónimos que recuerdan el ganado porcino (cerdos, puercos, *gochos*), domésticos o salvajes (*xabalinos*), pues todavía hoy los términos se interfieren en varias zonas asturianas, como luego se verá. De ahí topónimos del tipo *Porciles, Prociles, Val Porquero, Las Porqueras, Las Porquerizas, La Chama'l Puircu, Val de Puercos, Cuchu Puircu, Río Porciles, La Porquera...*

Los bueyes, *los güés, los güéis*, fueron empleados hasta no hace muchos años en el transporte de carros y carretas, para el arrastre de maderas, o en aquella incipiente industria del *trasimán*, que compraba en Asturias para vender más allá de los pasos de montaña en tierras leonesas o gallegas. Quedaron topónimos del tipo *Bovias, La Bovia, Cochá los Güeis, Camín de Güeis, La Guariza, Bur de Buey...*

La fauna de nuestro entorno reciente está, pues, suficientemente representada en toponimia: los *palombos y palombas*, las palomas, dejaron *Les Palombes, Columbiecho, La Palombera, Pena Palombera, La Pena Palomina, El Palombar, El Palomar, El Penón de la Pena Palomina, El Palumbar...*

Algo semejante se podría decir del oso, animal seguramente tampoco (y tan poco) enemigo entonces como ahora; pero igualmente buscado por el famoso *unto* empleado en remedios caseros, por su piel, la carne, según algunos... Entre los nombres: *La Fuente l'Oso, El Fabar de l'Oso, la Sienda l'Oso, La Mata l'Oso, La Cueva l'Oso, La Bua l'Oso, Yanas del Oso, Braña l'Oso, Braña l'Osa, Cutsá l'Oso, El Baitsaero l'Oso, La Torga l'Oso, La Capilla l'Osu, Forcau el Osil...*, a lo largo de la geografía asturiana.

Los *corcios, robezos, robizos*, los corzos y rebecos, dejaron *Las Robequeras de Cuandia, La Canga las Robecas, La Fuente las Robequeras, La Fuente las Robecas, Chan del Curciu, El Monte los So Corcios, Robequeru...* en Lena, Aller, Los Beyos....

Completan la fauna toponímica otras especies que sugieren unos bosques, *oxas y mayaos* bastante más animados un tiempo atrás: *La Chiebre, Campa la Chiebre, Los Picos de la Chiebre, Llebredo, Les Chiebres...* (las *chiebres, llebres y llebratos*, las liebres). *La Sienda'l Guetu, La Cueva'l Guetu* (los gatos monteses o *gatu, guetu algaire*), *Curuxeo, El Curuxal, La Curuxa, Quentu la Curuxa, Coruxeo...* (la *curuxa*, la lechuza, tal vez el búo).

El lenguaje toponímico es más escueto en otros representantes de la fauna astur. *Las Meloneras, Campa'l Melón, Las Melendreras, Les Meloneres, La Melona, Fuente'l Melón... (del melón o melandru). La Pena'l Martón* (de la marta). *L'Azorea, L'Azorera, Zurea, El Zuríu...* (de los azores o *ferres*). *La Faisanera* (del fai-

sán, tal vez confundido con el urogallo). *Ranero, La Sapera, El Raneru, Ro Sapero, Braña Sapiega...* (de los sapos, ranas y *xaroncas*). *El Mosquil, La Mosquitera, Los Moscones...* (de algún tipo de moscas más dañinas al ganado, que huye a los *miriaeros*, referentes toponímicos al caso).

La lista se haría larga: sólo algunos más. *L'Utrera, El Nial de l'Utre* (los buitres, *las utres*). *Picu Cuerva, Pena Corvera* (los cuervos). *Las Gavilanceras, Los Gavilanes, El Quentu los Gavilanes... Rau Can, Rau Canín* (antes el perro, que dejó *canilá*, 'mordedura del perro'). *Las Vacás, Las Bizarreras, Las Carneras, La Cuaña los Corderos, La Cordera...* (de innecesaria explicación).

El mosaico de esta fauna regional sólo nos ha llegado completo por el lenguaje toponímico (a su vez, en proceso de fragmentación imprevisible). Hoy no se deja ver *la marta, el gatu algaire, el melandru...* Y se ve raramente *una chiebre, un ferre, las utres, un milán...* La fauna casi se ha tenido que ir, sin más huellas que sus nombres diseñados sobre algún que otro *canturrial*.

En una apreciación estadística por encima, se puede observar que uno de los animales que más topónimos ha dejado es el cerdo. Ello resulta explicable en un entorno asturiano, en el que no se encuentran huellas toponímicas suficientes del aceite ni del olivo. El cerdo proporcionaba, así, la única grasa (*el unto*) destinada a los guisos caseros. La costumbre pervive muy arraigada entre los vaqueros de los puertos y brañas de verano, que prefieren *el unto* al aceite para guisar sobre el *char* de las *cabanas*.

El *unto* (manteca de cerdo, en el lenguaje culinario y comercial) derretido de forma adecuada y conservado en *tarreñas* de barro, aseguraba el único sustituto del aceite al alcance de casi todos. La costumbre de los vaqueros asturianos con el *unto* queda prolongada en el tiempo con los datos que ofrece Estrabón, cuando se refiere a los habitantes de estas montañas: «en lugar de aceite, usan manteca» (43). Y aclara García Bellido en nota correspondiente que «tratándose de pueblos norteños, es lógico, pues el olivo no llega más que hasta el Guadarrama o poco más» (44).

Otra cuestión sería cuantificar el número de cabezas de ganados que podía pastorear una familia (o tribu) por estos valles asturianos más altos a la llegada de los romanos. Los estudiosos de la Asturias prerromana sólo aventuran afirmaciones relativas hasta ahora. J. M. González escribe: «De todos los testimonios adu-

(43) ESTRABÓN. III, 3, 7.

(44) GARCÍA BELLIDO. *España...*, 121, nota 189.

(45) J. M. GONZÁLEZ. *Historia...*, II (p. 136).

cidos, resulta que en la Asturias protohistórica, al menos en los últimos tiempos, los indígenas poseían piaras de cerdos, rebaños de cabras y ovejas, y yeguadas o manadas de caballos, y que, por tanto, la ganadería constituía una ocupación destacada y un factor importante en su economía» (45).

No obstante, hay un desajuste entre la tradición asturiana de las *vacas roxas* (casinas y de los valles) respecto al lenguaje toponímico de estas zonas estudiadas que documente su incidencia en la vida doméstica local. La presencia de *vacas roxas,* bien adaptadas al clima y a los pastos, al calor de las brañas o al rigor de los inviernos en los valles, se traduce, por paradógico contraste, en un silencio bastante notorio de voces toponímicas que aludan a las vacas (sí abundan las referidas a los bueyes). Sólo se encuentran algunas como *Las Vacás, La Bizarrera, La Bezarrera...* El lenguaje toponímico no abunda en este campo léxico.

Su presencia relativa parece, en cambio, confirmada por datos de otro tipo. Francisco Jordá, hablando del Neolítico en la zona oriental asturiana, dice: «con buenas lluvias y excelentes pastos, vivían la cabra y la oveja, el cerdo y la vaca, los primeros animales que se domesticaron, en estado salvaje» (46). De modo que ese ganado vacuno pudo abundar en el monte, pero sin uso doméstico en el poblado.

Por otra parte, esa relativa presencia de vacas podría justificarse con el diseño y distribución de fincas que forman el mosaico rural dibujado en las laderas de cualquier valle. El diseño en el valle no parece elaborado para el ganado y el pasto, sino para el arado y las tierras de labor.

En los valles, hasta más de media ladera de la montaña, las fincas se extienden alargadas en rellanos o zonas alisadas por la reja entre una *suquera* y la inmediata superior. Los contornos de estas fincas, hasta la misma *xebe,* están bien aprovechados, no dejando más espacio al arbolado que una sobria línea de árboles o arbustos (frutales, casi siempre), para contener el terreno pendiente (formar las *suqueras*) y evitar el *argaxu* en los suelos movedizos. En muchos casos, no existen ni arbustos en las lindes. El modulado del terreno siempre se observa mejor desde la ladera contraria, o desde el pueblo de enfrente.

Hasta hace unas décadas, todas estas fincas eran tierras de *semar.* Hoy son prados de pasto, en su mayoría. Pero, como en otro lugar se verá, el lenguaje toponímico las designó con referencia

(46) Francisco JORDÁ. *Historia...*, II, p. 172.

a los sembrados (incluso anteriores a los productos traídos de ultramar), a sistemas de reparto o a las cosechas que más garantías ofrecían al labrador (no se asentaron nombres del ganado vacuno): *La Mortera, La Cortina, Trigueras, El Centenal, Candiales, Escanlares, Arveyales... Las Tercias, Las Quintas...* (No aparecen voces toponímicas relativas a las patatas, el maíz, los tomates... Los nombres ya estaban puestos).

A medida que se asciende por encima de los pueblos hacia la cumbre de la montaña, se aprecia una mayor continuidad del monte, una mayor irregularidad en la forma de las fincas, y una mayor espesura de los árboles entre un prado y el vecino. Más aún, en muchas praderas hay árboles diseminados por el medio, lo que impediría su función como tierra de sembrar. Esos prados no fueron tierras, por lo menos en su totalidad (*borronadas*, en todo caso).

El resultado paisajístico hacia las cumbres suele ser, por tanto, mayor continuidad del monte y del bosque, mayor anchura de los linderos, pequeños *castañeros* o hayedos en la misma pradera, monte bajo, carba, *oxa* en sus contornos inmediatos.

Con esta distribución del entorno, se aprecia una abundancia de antiguas tierras de sembrar, frente a una escasa presencia de *praos* y zonas dedicadas al pasto del ganado mayor. Los pocos *praos* originales (que nunca fueron tierra) parecen encajados en el paisaje a fuerza de fuego y hoz, recortando espacios ganados al bosque, a las carbas, al terreno pendiente y escaso, a los suelos sombríos (*aveseos*) muy poco productivos, al roquedo incluso y a las vaguadas de los regatos más pendientes.

Esos *praos*, desde el principio acotados para el pasto, llevan nombres descriptivos de su situación marginal en el espacio y en el tiempo: *La Cuesta, Los Recuestos, Prau Nuevu, Preu Nuivu, Prao Nuevo..., L'Aveseo, La Carba, Los Gorbizales, El Tacón, El Carrascal, El Monte, La Oxa, El Oxigu....*

El espacio para los pastos, en beneficio de los sembrados, parece, en fin, reducido y de creación tardía. De ahí la descripción paralela en el lenguaje toponímico del valle correspondiente: pocos nombres dedicados al ganado vacuno, y a las vacas sobre todo.

El mismo testimonio de los mayores de hoy confirma el diseño del paisaje: pronto recuerdan los sembrados que se hacían no sólo hacia el valle, sino hasta pocos metros de las cumbres de las cimas altas. Como anécdota curiosa, cabe citar el testimonio de los vecinos de Tuíza y de los vaqueros del *Meicín*, bajo la misma Peña Ubiña: las dos fincas, hoy cercadas de piedra sobre los 1.400 metros de altura (*Braña Chuenga y La Corrá*), las recuerdan sem-

bradas por el verano de *arveyos, patatas, fabas prietas...* Si los pastos eran escasos, los topónimos escaseaban parejos también en este campo.

Del lenguaje toponímico se deduce, en cambio, que el animal salvaje, la alimaña incluso, tenía más utilidad que el vacuno, siempre más o menos controlado por el oteo y la destreza de los lugareños de cada valle. Sus pieles, por ejemplo, eran materia prima imprescindible en la precaria economía familiar de los pueblos de montaña: proporcionaban vestido, calzado, *odres* para el agua y las bebidas, aperos para el ganado, zurrones para el transporte de alimentos, y toda una serie de útiles domésticos que se fabricaban con *cuero, pellejo, correa, pereya o perea,* según los pueblos.

Del cuero, por ejemplo, resultaron las *corizas, coricias, zuecos, abarcas o sandalias,* de uso tradicional antes, y remozado en los tiempos posmodernos con la nueva industria del cuero, las ferias de artesanía, los talleres de empleo y semejantes. Estas *corizas* estarían confeccionadas de cuero en modalidades de poca variedad: con tiras de correa, cerradas, subidas... El zueco llevaría cuero y madera, a todo más, a juzgar por el trabajo citado abundante en datos de este tipo.

La *coriza* debía alternar con la madreña. Fernández Canteli, estudiando las numerosas formas de la madreña en el noroeste hispánico, habla precisamente de estas *corizas* como el sistema prehistórico más rudimentario de aquéllas (47). El cuero habría tenido que ser sustituido por la madera, también abundante en cualquier zona, al ser muy permeable al agua.

Señala el citado autor: «El calzado de cuero cumple muy bien todas estas funciones excepto la del aislamiento, que en un clima húmedo y relativamente frío en invierno, como el del norte de España, es primordial para el campesino. Este tipo de calzado, la abarca o *coricia,* ha sido utilizado en zonas típicas de madreñas, como Asturias central y occidental, si bien en tiempo seco» (48).

Se puede concluir que una forma híbrida de cuero y madera se continúa en los actuales *zocos* gallegos y occidentales asturianos, zuecos perfectamente adaptados a la zona húmeda mediante el recurso a la grasa animal, que palía en parte los efectos negativos de la humedad.

(47) FERNÁNDEZ CANTELI. *La madreña...*, págs. 43, 48 y 56.

(48) FERNÁNDEZ CANTELI. *op. cit.*, p. 48.

Esta primitiva industria del cuero y las corizas, aparte de los topónimos indirectos en la fauna correspondiente, puede estar en la base inmediata de topónimos del tipo *El Puertu la Coriza*, entre Aller y tierras de Pendilla. El lenguaje toponímico recogería la costumbre allerana de usar la voz *cueros* para designar cualquier tipo de pieles de animales (salvajes o domésticos). Otros lugares como *Cuérigos, Corigo, Corigos, La Sierra del Cuera...* podrían tener otros orígenes también.

En fin, concluyendo ya, el lenguaje toponímico de motivación animal, recogido en el entorno asturiano de estas zonas más altas, supone un precioso documental lingüístico al lado de otros. Una vez más, las voces del suelo diseñan estadios ecológicos pretéritos, sin duda más variados, ricos y polícromos de lo que ofrece el silencioso o silenciado monte actual.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ACEVEDO Y HUELVES, B.-FERNÁNDEZ, M. (1932). *Vocabulario del bable de occidente*. Madrid.

ALVAREZ FERNÁNDEZ-CAÑEDO, J. (1963). *El habla y la cultura popular de Cabrales*. C.S.I.C. *R.F.E.*, Anejo LXXVI. Madrid.

ALVAREZ, Grace (1968). *Topónimos en apellidos hispánicos*. Estudios de Hispanofilia. Nueva York.

CANELLADA, M.ª J. (1944). *El bable de Cabranes*. *R.F.E.* Madrid.

CONCEPCIÓN SUÁREZ, J. (1990). «Toponimia de las *abeyas* entre los pueblos de Lena». Rev. *B.I.D.E.A.* núm. 135 (págs. 617-629). Oviedo.

DAUZAT, A.-ROSTAING, Ch. (1978). *Dictionnaire étimologique des noms de lieux en France*. Librairie Guénégaud. París, VI.

FERNÁNDEZ CANTELI, A. (1987). *La madreña: tipología y distribución en el noroeste español*. Ed. Principado de Asturias.

FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, A. R. (1959). *El habla y la cultura popular de Oseja de Sajambre*. I.D.E.A. Oviedo.

GARCÍA ARIAS, J. L. (1974). *El habla de Teberga. Sincronía y diacronía*. Archivum. Oviedo.

GARCÍA BELLIDO, A. (1982, 4.ª ed.). *La España del siglo I de nuestra Era. Según P. Mela y C. Plinio*. Espasa Calpe. Madrid.

GARCÍA BELLIDO, A. (1986, 9.ª ed.). *España y los españoles hace dos mil años. Según la Geografía de Strábon*. Espasa Calpe. Madrid.

GONZÁLEZ BLANCO, A. (1987). *Diccionario de toponimia actual de La Rioja*. Instituto de Estudios Riojanos. Universidad de Murcia.

GONZÁLEZ, J. M. (1959). *Toponimia de una parroquia asturiana*. I.D.E.A. Oviedo.

GONZÁLEZ, J. M. (1978). «Asturias protohistórica». *Historia de Asturias*, t. II. Ayalga. Gijón.

GRIERA, A. (1947). «Nombres de santo y de lugar de la diócesis de Solsona». *B.D.E.*, XXVIII.

HERNÁNDEZ CARRASCO, C. (1978). *Toponimia de la provincia de Murcia.* Universidad de Murcia.

JORDÁ CERDÁ, F. (1978). «Prehistoria». *Historia de Asturias,* I. Ayalga. Oviedo.

MAÑANA VÁZQUEZ, G. (1988). *Entre los Beyos y El Ponga. El Cordal del Collau Zorro.* Caja de Ahorros de Asturias.

MONTOLÍU, M. de (1953). *Dos estudios de toponimia de la provincia de Tarragona.* Tarragona.

MORALA RODRÍGUEZ, J. (1989). *Toponimia de la comarca de Los Oteros (León).* Diputación Provincial de León.

MORALEJO LASO, A. (1952). «*Fogium lupale* y sus actuales derivados gallegos». Rev. *Cuadernos de Estudios Gallegos,* VII, fasc. XXIII (págs. 315-351).

MORALEJO LASO, A. (1976). «Sobre grafía y pronunciación de los topónimos gallegos». Rev. *Verba,* (págs. 11-34).

MOREU REY, E. (1965). *Els noms de lloc.* Barcelona.

NEIRA MARTÍNEZ, J. (1955). *El habla de Lena.* I.D.E.A. Oviedo.

NOVAL, Alfredo (1976). *La fauna salvaje asturiana.* Ayalga. Gijón.

RODRÍGUEZ-CASTELLANO, L. (1957). *Contribución al vocabulario del bable occidental.* I.D.E.A. Oviedo.

STRÁBON (1952). *Geografía de Iberia. Fontes Hispaniae Antiquae.* Barcelona.

VIGÓN, Braulio (1955). *Vocabulario dialectológico del concejo de Colunga.* R.F.E. Anejo LXIII. Madrid.

PANORAMA DE LA ANTROPOLOGIA EN ASTURIAS

ELOY GÓMEZ PELLÓN

I.—INTRODUCCION

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se fue conformando la antropología como disciplina científica y académica, en el marco de lo que aconteció con otras ciencias naturales y sociales, y como consecuencia de un largo proceso que había comenzado mucho tiempo antes. El avance científico producido el siglo pasado aconsejó y propició una parcelación de partida con arreglo a dos campos de estudio que se corresponden con la antropología física y la social o cultural, que es la misma que subsiste en la actualidad, con independencia de que el objeto último de ambas sea el análisis de los principios que rigen la vida de los grupos sociales.

Por tanto, este bifrontalismo no oculta la existencia de una ciencia que genéricamente es conocida bajo la denominación de antropología y cuya génesis efectiva arranca de la época renacentista, entendiendo como comienzo de esta gestación la preocupación empírica, ya que la especulativa se halla en todo momento dentro del dominio de la filosofía. Efectivamente, el descubrimiento de América y la actividad de los descubridores, los misioneros y los viajeros en general, dieron lugar a multitud de observaciones recogidas en forma de crónicas o de simples anotaciones, en las que se contenía la descripción de un mundo distante del europeo, incivilizado e ignorante, que era mirado como ámbito que había de ser sometido y conquistado. Objetivamente, esta forma de abordar la realidad se hallaba lejos de los cauces científicos,

y tan sólo suponía el despertar de una preocupación que se materializaría corriendo el tiempo (1).

Habría de esperarse al racionalismo del siglo XVIII para que, al socaire del estudio de las instituciones humanas, desde una perspectiva que ya en la época se denomina como antropológica, se elaboren importantes construcciones teóricas sobre la sociedad, y que como tal suponían el adelanto de las hipótesis que posteriormente serían verificadas en la medida de lo posible. La diferencia con los siglos anteriores estriba en que comienza a verse la realidad con ojos neutros, y no con el espíritu de superioridad de los siglos precedentes, de suerte que los planteamientos hechos por Rousseau y Montesquieu, en Francia, o por A. Smith y Hume, en Inglaterra, contenían el caldo de cultivo sobre el cual actuaría el intelectualismo decimonónico. Las doctrinas evolucionistas generadas por las experiencias llevadas a cabo por Darwin en el siglo XIX crearían un clima de entusiasmo que no sólo alcanzaría a las ciencias naturales sino también a las sociales (2).

Ahora bien, el reflejo de tan intenso interés por las cuestiones antropológicas, al calor del evolucionismo, fue más inmediato si cabe en la antropología física, bajo cuya denominación fue titular de la cátedra correspondiente P. Broca en la Universidad de París en 1859. Paralelamente, y acogiendo el mismo influjo evolucionista, el pensamiento de Spencer supuso una notable aportación a las ciencias sociales, las cuales en la segunda mitad del siglo XIX irán parcelando su amplio campo de conocimiento, al amparo de la fortaleza de sus métodos y técnicas (3). Una de estas parcelas será ocupada por la antropología social o cultural, que por cierto resultará en principio claramente próxima a la sociología, aunque también nítidamente deslindada de la misma, beneficiándose recíprocamente de los correspondientes avances. De

(1) Sobre los antecedentes de la antropología científica, vid. MERCIER, P, *Historia de la antropología*, Barcelona, 1977 (4.ª ed.), págs. 21-32. También, PALERM, A., *Historia de la etnología: los precursores*, México, 1974. Igualmente, LECLERC, G., *Antropología y colonialismo*, Madrid, 1973.

(2) A propósito, parece acertada la observación de hablar de *spencerismo* o de *evolucionismo sociocultural* mejor que de *darwinismo social*, dado que la teoría de Darwin consistía en verificar lo que los pensadores del siglo XVIII y primeras décadas del XIX suponían. El propio Darwin reconoce en sus obras la deuda contraída con Spencer, contemporáneo suyo y pionero del evolucionismo social. Cf. HARRIS, M., *El desarrollo de la teoría antropológica*, Madrid, 1987 (7.ª ed.) págs. 93 y ss.

(3) Vid. DUVERCER, M., *Métodos de las ciencias sociales*, Barcelona, 1978, págs. 22-29 y 56 y ss. y *pasim*.

otra parte, así como la andadura académica de la antropología física había comenzado en 1859, la de la antropología social lo hará en 1884. Tras incorporarse E. B. Tylor como lector de esta disciplina a la Universidad de Oxford, muy poco tiempo antes de que E. Durkheim asumiera la dirección del Departamento de Ciencias Sociales en la Universidad de Burdeos, en 1887, y donde éste se encargaría de explicar la asignatura de etnología. A propósito, E. B. Tylor es el autor de una obra pionera dentro de la antropología cultural titulada *La cultura primitiva* (1871), donde se define el objeto de esta ciencia con tal concreción que aún hoy se acepta el término «cultura» bajo el «complejo conjunto que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras actitudes y hábitos adquiridos por el hombre en tanto que miembro de una sociedad» (4).

Es preciso señalar que a pesar de los esfuerzos de E. B. Tylor por acotar el concepto referido, la denominación aceptada por la antropología británica fue la de «social», frente a la acuñación norteamericana de antropología cultural, produciéndose así un dualismo conceptual que ha trascendido merced a su inclusión en los respectivos ámbitos académicos de estos países, y subsiguientemente en los de otros países que fueron tomando como modelo una u otra denominación (5). Poco después de que comenzase el nuevo siglo toda universidad que se preciase, de Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia o Alemania, especialmente, contaba con los estudios de antropología social o cultural, y en la mayor parte de las mismas los programas habían adquirido tal importancia que si no habían dado lugar a titulaciones independientes, al menos constituían especialidad en el seno de las ciencias sociales.

II.—LOS ANTECEDENTES DE LA ANTROPOLOGIA EN ASTURIAS

Por tanto, es obvio que la antropología necesitó antes de su advenimiento científico y académico de un largo proceso de maduración, cuya conclusión, por cierto, iba a posibilitar métodos y técnicas de trabajo que con el tiempo se transformarían a la par del progreso disciplinar. Así, es claro que no es posible hablar en sentido estricto de estudios antropológicos de índole científica antes del

(4) TYLOR, E. B., *La cultura primitiva*, Madrid, 1977 (original de 1871).

(5) Cf. KAHN, J. S., *El concepto de cultura: Textos fundamentales*, Barcelona, 1975, págs. 9-27, en cuyo lúcido prólogo se efectúa un repaso conceptual. Los textos que el compilador ha reunido resultan sumamente ilustrativos.

último cuarto del siglo XIX, y tan sólo se puede hacer alusión a meros antecedentes (6), es decir, a los esfuerzos de algunos autores por la elaboración de obras que aunque carentes del rigor necesario contienen abundantes referencias en las que late la preocupación por el estudio de la sociedad y la cultura. De otro lado, es fácil advertir que aún después de la configuración científica de la antropología se siguen produciendo trabajos que poco o nada tienen que ver con la misma, a pesar de centrarse en temas característicamente antropológicos, puesto que son realizados por individuos que desconocen los fundamentos y los avances en este campo de conocimiento. Según más adelante se expresará, en Asturias, como en el resto del Estado español, se prefirió abordar el estudio de la cultura local en el siglo XIX, y posteriormente, desde el punto de vista del folklore, fuera de cualquier sistema disciplinar y tratando de aislar los elementos más pintorescos, en rima por lo general con el espíritu romántico de los autores (7). Este hecho no excluye el interés de la antropología por algunos de los datos aportados por los folkloristas, considerando que la valoración y la interpretación de tales referencias es claramente distinta.

Al hilo de estas observaciones, hay que señalar que en muchas obras referidas al pasado de Asturias se pueden encontrar noticias que contribuyen a la información antropológica, pero que no pasan de ser vagas referencias desprovistas de su contexto. Ni siquiera el Renacimiento fue marco, en el caso asturiano, de obras que ofrecieran un interés relevante en el ámbito de los estudios del hombre, y solamente en el siglo XVI se recogerán una serie de observaciones, a cargo de E. de Salazar (8), que constituyen una evidente reflexión sobre el modo de vida de los lugareños en algunas zonas del Principado, si bien tales anotaciones se recogen en forma privada, para ser leídas en las cartas que escribe el autor, y no se harán públicas hasta que aparezca una edición de las mismas en 1866. También la obra del P. Carvallo (9), escrita a finales

(6) Al respecto, STOCKING, G. W., *Race, culture and evolution. Enssays in the history of anthropology*, Chicago, 1982. Sobre la aparición en el panorama científico de las ciencias sociales, en general, en la segunda mitad del siglo XIX, DUVERGER, *op. cit.*, págs. 18-29.

(7) Al respecto, vid el trabajo de JULIANO, M. D., «Cultura popular», Cuadernos A de Antropología, 6 (monográfico), 1986, donde la autora realiza un minucioso examen del concepto de *folklore*, págs. 3-8.

(8) SALAZAR, E. de, *Cartas de Eugenio de Salazar, vecino y natural de Madrid, escritas a muy particulares amigos suyos*, Madrid, 1866.

(9) CARVALLO, L. A. de, *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, Madrid, 1695. Hay una segunda edición publicada en Oviedo, 1864. Además de una edición facsimilar, Salinas, 1977.

del siglo XVII, *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, contiene noticias inconexas acerca de las costumbres de las gentes asturianas.

Mayor interés tiene el siglo XVIII para conocer los prolegómenos de la antropología en Asturias, sincrónicamente con lo que sucede en toda Europa occidental. El ánimo viajero, por un lado, y el racionalismo ilustrado, por otro, despiertan el interés por temas que hasta entonces habían pasado desapercibidos, y que en ocasiones llegan a ser de detalle, como es la obra de Wurz en 1769 (10) acerca del transporte y del calzado utilizado en Asturias y en Vizcaya. Este gusto por los viajes se halla presente, mejor que en ningún otro lado, en el *Diario* que elabora el autor inglés J. Townsend (11) durante su periplo español de los últimos años del siglo XVIII, mientras desarrolla sus labores de pastor protestante, y que inmediatamente fue publicado de regreso a su país, de suerte que en el mismo se contienen múltiples noticias de su paso por Asturias.

Pero quienes más atraen la atención del estudioso de los antecedentes de la antropología en Asturias, en lo que atañe al siglo XVIII, son el preilustrado P. Feijoo y el ilustrado G. M. de Jovellanos, cuyas obras, además de constituir una avanzadilla en su época, se hallan extraordinariamente impregnadas de reflexiones acerca de la sociedad de su tiempo y también de la más inmediata que era la asturiana. El sabio fraile benedictino, tanto desde la celda del convento de San Vicente de Oviedo como desde su cátedra de Teología de la universidad ovetense, introdujo los aires racionalistas que emanaban de los grandes pensadores de su siglo de nacimiento, el XVII, al mismo tiempo que incorporaba a su propio pensamiento el de los grandes enciclopedistas franceses, y especialmente el de Voltaire, el de P. Bayle y el de otros, como podía esperarse quien poseía tal vez la mejor biblioteca privada del Principado, y de quien recibía puntualmente las obras de la vanguardia francesa y se dejaba seducir por las ideas de los autores más progresistas de aquellos años (12). El *Teatro crítico* (13) y las

(10) WURTZ, *Memoria sobre los antiguos carros de Asturias y Vizcaya...*, 1769. Cf. PÉREZ DE CASTRO, J. L., *Folklore de Asturias*, Oviedo, 1984, p. 12.

(11) TOWSEND, J., *A Journey Through Spain in the years 1786 and 1787*, London, 1792. Existe una primera traducción de CANELLA, F., *Viaje por Asturias*, Oviedo, 1874, a partir de una traducción previa al francés. Se incluye en *Cartafueyos d'Asturies* de este último autor, Oviedo, 1886. Cf. n. 38.

(12) El propio B. G. Feijoo no se recata en destacar su biblioteca en el panorama cultural que el Principado ofrecía en su tiempo, «viviendo en un país apenas hay más libros que los míos...», *Cartas eruditas...*, Madrid, 1760, vol. V, p. 29. La

Cartas eruditas (14), salidas de la pluma de este *novator*, en abierta oposición al clero conservador de su época y a la nobleza, y en medio de la contestación de ambos estamentos, no sólo asumen el pensamiento de la modernidad de manera abstracta sino que descienden a la circunstancia asturiana de la cual es un cualificado conocedor. La miseria de los campesinos asturianos, su deleznable modo de vida, su dependencia servil de los poderosos, la necesidad perentoria de una justicia civil que haga más felices a los pobres y más humildes a los ricos, la calamitosa situación del artesanado ovetense y sus lamentables condiciones de vida, la prepotencia de la nobleza y del alto clero, o la acentuada ignorancia del clero bajo, son algunas de las cuestiones planteadas por el P. Feijoo (15). Mas como cabría pensar de un autor de su época, una de las grandes constantes de su obra es el análisis de las actitudes del pueblo, al amparo del método racional o científico, si bien, y como mérito, no identificando lo popular con lo despreciable, como hicieron otros ilustrados, sino interpretando lo popular como el ámbito que contenía muchas de las claves para entender la organización social.

La segunda mitad del siglo XVIII asturiano se halla iluminada por la personalidad descollante de G. M. de Jovellanos, autor de un destacado conjunto de obras cuyo denominador común es su planteamiento característicamente ilustrado, bien puesto de manifiesto a lo largo de su carrera política. Jovellanos, como antes Feijoo, fue un innovador, un febril impulsor de los ideales progresistas del momento, lo cual se hace patente en su permanente deseo de una sociedad más justa, libre de «estorbos» en su terminología y exenta de las trabas que impone una pesada tradición.

---

noticia concuerda plenamente con la que subraya otro asturiano de su siglo, G. M. Jovellanos, «aquí en Asturias se lee poco...», en la correspondencia que mantiene con el magistral González Posada, contenida en *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. L, Madrid, 1952, p. 185.

(13) FEIJOO, B. G., *Theatro Crítico Universal o discursos varios en todo género de materias...*, Madrid, 1746-1749, 8 vols. Hay ed. de A. Millares Carlo, Madrid, 1923-1925, 3 vols. y sucesivas reimpresiones. Asimismo, en *Obras escogidas*, Madrid, 1952-1961, *Biblioteca de Autores Españoles*, vols. LVI, CXLI, CXLII, CXLIII. También ed. de A. R. Fernández González, Madrid, 1980.

(14) FEIJOO, B. G., *Cartas eruditas y curiosas en que por la mayor parte se continúa el designio del Theatro Crítico Universal...*, Madrid, 1759-1764 (3.ª y 4.ª ed.), 5 vols. Sobre el P. Feijoo y su siglo se celebró un congreso en Oviedo entre el 28 de septiembre y el 5 de octubre de 1964.

(15) Vid. FEIJOO, B. G., *Theatro Crítico Universal...*, Madrid, 1746-1749, volumen VIII, págs. 12, 41-51 y *passim*. También en las *Cartas* se encuentra abundante información.

Si su crítica del comportamiento nobiliario fue permanente, con independencia de su regalismo, también fue un jansenista que se enfrentó a las actitudes clericales. En lo que al objeto de este estudio viene al caso, G. M. de Jovellanos es el autor de unos expresivos *Diarios* (16), en los que fue recogiendo minuciosamente las anotaciones que se derivaban de sus continuos viajes por Asturias —y por otras regiones— y de sus reflexiones sobre los cortos recursos de los campesinos, las labores de la tierra y los cultivos, sobre las gentes de la ciudad o de la mar. De singular interés son sus *Cartas* (17) dirigidas a don Antonio Ponz, en las que se tratan temas tan antropológicos como la costumbre, el derecho consuetudinario o los caracteres de un pueblo marginal como ya entonces era el de los *vaqueiros de alzada* de Asturias, y donde se pueden encontrar algunas breves observaciones sobre las cuestiones del parentèsco. Resulta así evidente la contribución de Feijoo y de Jovellanos a la construcción de las ciencias sociales, cuya sistematización tendría lugar en el siglo posterior, y por supuesto al conocimiento de la diversidad cultural de Asturias.

Merece la pena señalar cómo el énfasis puesto por el P. Feijoo en la utilización del método analítico es aprovechado por G. Casal (18), el médico asturiano del siglo XVIII que establece una relación directa entre la alimentación de los niveles más deprimidos del campesinado del Principado y una enfermedad insistente en la misma como era el *mal de la rosa* o pelagra, de la que fue el descubridor, y por lo cual obtuvo el consiguiente prestigio en los medios científicos europeos. Como más abajo se verá, su mé-

(16) JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, Madrid, 1915. Asimismo, ed. de J. Somoza, Oviedo, 1953-1956, 3 vols. También, Madrid, 1967. Estaba previsto que los *Diarios* formaran el tercer volumen de Jovellanos en *BAE*, la colección de Rivadeneyra, en 1859; sin embargo, sólo se publicaron dos volúmenes, y no el de los *Diarios* escritos entre 1790 1801.

(17) JOVELLANOS, G. M., *Cartas a don Antonio Ponz*, en *Obras publicadas e inéditas* de la *BAE*, vol. L, prólogo de C. Nocedal, págs. 271-311, Madrid, 1859. Parece ser que A. Ponz fue quien primero publicó estas cartas parcialmente en su *Viage de España*, Madrid, 1787 (2.ª es.), vol. XI, fos. 225-239 (vid SOMOZA, J., *Inventario de un jovellanista*, Madrid, 1901, p. 63), mientras que la novena carta, relativa a los *vaqueiros de alzada*, se publicó por vez primera en francés en *Histoire des races mandites de la France et de l'Espagne*, por F. Michel, París, 1874, 2 vols. Una edición sobre las mismas es la de CASO GONZÁLEZ, J., *Cartas del viaje de Asturias*, Gijón, 1981, 2 vols., donde en vol. I, págs. 11-59, se hace un interesante prólogo con referencia a la historia de las *Cartas*..

(18) CASAL, G., *Memorias de la historia natural y médica del Principado de Asturias*, Madrid, 1762. Hay reimpresiones posteriores: Oviedo, 1900; Oviedo, 1959; etcétera.

todo sería perfeccionado por otro médico asturiano, que introduciría en la relación una variable nueva, cual era, precisamente, la del parentesco entre los individuos afectados (19).

Ahora bien, así como en el siglo XVIII asturiano se pueden rastrear los prolegómenos de la antropología en Asturias, no se puede decir lo mismo de la primera mitad del siglo XIX tomada en sentido amplio, y aún habrá que esperar a las últimas décadas de dicho siglo para que ello suceda. Los autores que en la primera mitad del siglo escriben sobre la sociedad asturiana lo hacen, como será norma en los folkloristas posteriores, fijándose en lo que ellos identifican con el pintoresquismo asturiano (20), y desprovistos de todo vínculo con el desarrollo científico que se está produciendo por aquellos años en el mundo europeo. Autores como J. Arias de Miranda (21) o como N. de Caunedo (22), al mismo tiempo que cultivan los géneros literarios de su preferencia, ofrecen descripciones románticas que poco tienen que ver con planteamientos rigurosos, pero a los que cabe atribuir algunas reflexiones aisladas de cierta importancia. Adviértase que en la primera mitad del siglo XIX la capacidad expresiva se amplía en Asturias mediante la introducción de un potente medio de comunicación que es la prensa, palenque en la época de las distintas posturas intelectuales, mediatizadas por la tortuosa evolución política de la centuria. En *El Aristarco*, nacido al calor del Trienio Liberal, se firman algunos trabajos de relativo interés, y lo mismo en *El Nalón*, donde subscriben los dos autores mencionados, el segundo de los cuales se ocupará por parte, y de nuevo, de los *vaqueiros* de las *brañas* asturianas (23). En fin, durante la primera mitad del siglo XIX se irá generando un

(19) Se trata de las investigciones llevadas a cabo en la segunda mitad del siglo XIX por F. García Roel. Cf. n. 67.

(20) En este sentido, los temas tratados en el marco de una atmósfera marcadamente romántica no se hallan incardinados en el discurso científico de la época. El canto permanente a la apacible vida aldeana, donde los conflictos sociales son mero rumor, se traduce en una cierta reiteración de las cuestiones observadas, que además se entienden como representativas del más puro particularismo asturiano.

(21) ARIAS DE MIRANDA, J., «El dialecto asturiano», *Revista de Asturias*, Oviedo, 1858. También «Recuerdos histórico-geográficos del antiguo Principado de Asturias», *Revista de España* núm. 66, págs. 447-473 (Cf. SOMOZA, *Registro asturiano*, núms. 0368 y 0377).

(22) CAUNEDO, N. de, *Album de un viaje por Asturias*, Oviedo, 1858.

(23) ARIAS DE MIRANDA, «Los vaqueros de alzada en Asturias», *Revista de España*, 1870, núm. 15, p. 614 (Registro 0739).

ambiente de tono romántico que se hará más intenso en el período posterior, cuando este fenómeno se haga acompañar de tintes regionalistas.

III.—REGIONALISMO ROMANTICO Y RESURGIMIENTO CULTURAL

A lo largo del siglo XIX, y especialmente desde mediados del mismo, se produce en toda Europa un movimiento social y económico que ha de asociarse a lo que se conoce con el nombre de industrialización, atisbado ya desde tiempo atrás, y que comporta el ascenso de la burguesía y el correspondiente retraimiento en la parcela de poder que aún ocupaba la nobleza. Este proceso es perfectamente reconocible en Asturias, donde a lo largo del siglo se fragua una creciente industrialización que, traducida en la acumulación de capital, permitiría la formación de una burguesía floreciente que inmediatamente penetrará en las instituciones, reduciendo a remedo la rancia influencia nobiliaria que hasta la segunda década de ese mismo siglo se concentrara en la venerable Junta General del Principado (24).

Coincide todo este proceso, según se ha dicho, con una intensa corriente de romanticismo que canta las grandezas de un pasado al que mira, y a cuyo lado se coloca una nobleza que se opone al cambiante mundo que le ha tocado vivir y que desea aprisionar el tiempo que se escapa (25). Por el contrario, la burguesía asimila tan vertiginoso progreso a un desmedido utilitarismo capaz de aumentar imparablemente su riqueza, pero que pronto tomará como modelo de vida el de la nobleza. En el ámbito asturiano, como en el español en general, una burguesía escasamente revolucionaria se avino muy pronto a defender los postulados más tradicionales, explicándose así el escaso o nulo apoyo que la burguesía asturiana prestó al afán empírico de los distintos campos del saber que por entonces configuraban sus cuerpos científicos, y por el contrario se halló sumida en la más absoluta ignorancia de las doctrinas del evolucionismo darwinista que otros burgueses europeos unieron inmediatamente a la idea del progreso que defendían.

(24) Vid. el estudio que J. I. Ruiz de la Peña pone al frente de la edición facsimilar de la *Memoria histórica sobre la Junta General del Principado de Asturias* escrita por J. Caveda y Nava, Oviedo, 1988 (original, Oviedo, 1834), y que aquél titula «José Caveda y Nava y la historiografía sobre la Junta General del Principado de Asturias» (hay tirada aparte).

(25) Cf. JULIANO, M. D., *op. cit.*, págs. 10 y ss.

Así se entiende que en muchas partes de Europa se mostrara gran interés, potenciado por el romanticismo vigente, por el conocimiento de lo que entonces se llamó *folcklore*, o saber popular, nacido como tal en Inglaterra al comenzar el último cuarto del siglo pasado con el ánimo de rescatar del vendaval industrializador el paraíso perdido del pasado, como señala M. D. Juliano (26), si bien prescindiendo del estudio de conjunto en favor de determinados elementos simbólicos y dotados de cierta singularidad. Por tanto, mientras los grandes estados —Estados Unidos y Gran Bretaña— apoyaban abierta y decididamente el rigor de los estudios antropológicos, ocupando su correspondiente parcela científica, mediante los cuales pretendían conocer con mayor precisión las culturas existentes en su territorio, los imperios decadentes, como el español, se refugiaban en el *folcklore*, y más todavía lo hacían las regiones españolas que aspiraban a encontrar en los elementos folklóricos su identidad.

Esta aproximación entre romanticismo y regionalismo se hizo presente en la Asturias de los últimos decenios del siglo XIX, donde sin embargo el renacimiento cultural no tuvo parangón con la *renaixença* catalana, con el *resurximento* gallego o con la exaltación cultural que se produjo en aquellas regiones que poseían patrones más alejados del castellano (27). En Asturias, por ejemplo, se reconoce nítidamente la preferencia que establecen algunos poetas y novelistas neorrománticos por el cultivo del folklore, y de ello son representativos J. Menéndez Pidal (28) en su constancia por recoger las poesías populares, o L. García del Real (29) ocupándose una vez más de los *vaqueiros* asturianos y de las leyendas y tradiciones de transmisión oral. Otros autores de inclinaciones literarias, como J. Caveda y Nava (30, penetran en el examen de

(26) Cf. JULIANO, M. D., *op. cit.*, págs. 10-11.

(27) Es el caso, también, de la *renaixença* valenciana y de la *renaixença* balear. En el País Vasco, sin embargo, no se produjo un verdadero renacimiento cultural. Sobre la *renaixença* catalana, cf. ROVIRA I VIRGILI, A., *Els corrents ideològics de la renaixença catalana*, Barcelona, 1966. Acerca del *resurximiento* gallego, el trabajo clásico de OTERO PEDRAYO, R., *Ensaio histórico sobre la cultura galega*, Vigo, 1982 (original de 1932).

(28) MENÉNDEZ PIDAL, J., *Poesía popular: colección de los viejos romances que se cantan por los sturianos en la danza-prima, esfoyazas y filandones*, Madrid, 1885.

(29) GARCÍA DEL REAL, L., «Bocetos sociales: los vaqueros de Asturias», *Revista de España*, 1870, núm. 15, p. 614 (Registro 0739).

(30) CAVEDA Y NAVA, J., «Recuerdo de la lengua asturiana, frases, locuciones, modismos y cantares de nuestro dialecto», *El Comercio*, 1878. (*Bosquejo*, p. 315). A él se debe la edición de la *Colección de poesías en dialecto asturiano*, Oviedo, 1839. (*Bosquejo*, 313).

la lengua asturiana o bable. En resumidas cuentas, se trata de una actitud similar a la que había conducido a los hermanos Grimm en Alemania a recoger cuentos y poesías populares, o a W. Scott en Inglaterra a hacer lo propio, o por poner un ejemplo más inmediato, a C. Böhl de Faber con la poesía popular andaluza (31). La propia literatura asturiana de las últimas décadas del siglo estará marcada por un intenso costumbrismo de influencia folklórica, sumamente perceptible en la narrativa asturiana de finales de siglo, y singularmente en las obras de Clarín o de Palacio Valdés.

Serán éstas las coordenadas del desarrollo que el folklore adquiere en Asturias en los dos decenios finiseculares, que contemplan la conformación de distintos grupos que pretenden sistematizar los rasgos del saber popular del Principado, y que reunían a personalidades asturianas de diversa procedencia y formación, teniendo como elemento común, entre otros, su efímera existencia en los años ochenta del siglo XIX, con irregulares resultados. Dos de estos grupos, la Sociedad Demológica Asturiana —nacida en torno al Centro de Asturianos en Madrid que se había constituido en 1881 y que adopta tal denominación desde 1882, prolongando su vida un par de años más— y el Folklore Asturiano —que se va desarrollando a partir de 1883 por iniciativa del catedrático de Derecho internacional Aniceto Sela y Sampil (32), y cuya corta vida transcurría en los dos o tres años siguientes—, tienen relación, menor en el primer caso, con el conocido intento del eminente estudioso sevillano A. Machado y Alvarez de crear dentro del territorio del Estado diversas divisiones regionales y locales del folklore español que él mismo promoviera en 1881. Un grupo más, el denominado con el simbólico nombre de La Quintana, y formado a partir de 1881, poseyó un sentido más independiente y no por ello más duradero, si se tiene en cuenta que su ideal se quebraría un lustro más tarde, justificando la frase de J. L. Pérez de Castro de que la institucionalización de los estudios de folklore en Asturias fue nonata (33).

(31) Vid. BÖHL DE FABER, C. (Fernán Caballero), *Cuadernos de costumbres populares andaluzas*, Sevilla, 1852. Igualmente, *Cuentos y poesías andaluzas*, Sevilla, 1859. Cf. RODRÍGUEZ BECERRA, S., «Etnografía y folklore en Andalucía», en A. AGUIRRE BAZTÁN (dir.), *La Antropología Cultural en España*, Barcelona, 1986, págs. 267 y ss.

(32) A propósito, cf. PÉREZ DE CASTRO, J. L., «Don Aniceto Sela como fundador de 'El folklore asturiano'», *RDTP*, 27, 1971, págs. 49-79. Sobre la Sociedad Demológica, cf. PÉREZ DE CASTRO, J. L., *Folklore de Asturias*, págs. 17-26. Esta última tuvo su propio órgano de expresión en *La Ilustración Cantábrica*.

(33) PÉREZ DE CASTRO, J. L., *Folklore de Asturias*, p. 46.

Realmente, el plan de A. Machado y Alvarez no era fácil que saliera adelante en Asturias y en otras partes de España, si se tiene en cuenta la rigurosa formación de este investigador y su visión científica de los estudios sociales consecuente al vínculo que le unía a la ciencia europea de su tiempo. Desde los años setenta había pertenecido a la sección social de la Sociedad Antropológica Sevillana y había sido un fiel seguidor de los avances experimentados en el evolucionismo darwinista, junto a F. de Castro y A. Machado y Núñez, por lo que no es de extrañar que viera en el folklore un medio de llevar a cabo el trabajo antropológico, particularmente sabiendo que mientras impulsaba este tipo de estudios traducía algunas de las obras de E. B. Tylor en nuestro país (34). La formación científico-antropológica de los colaboradores asturianos de A. Machado y Alvarez distaba mucho de la de este jurista andaluz, ya que aquéllos se hallaban más preocupados por el dato aislado que por el estudio global y organizado de la cultura, y todo ello sin merma del interés que para algún aspecto de la antropología puedan tener los trabajos de B. de Acevedo, J. Menéndez Pidal o B. de Unquera (35) —pertenecientes a la Sociedad Demológica Asturiana—, o las iniciativas de A. Sela Sampil desde el folklore asturiano (36).

Dotado de una extraordinaria personalidad, y presentando un carácter marcadamente regionalista, el grupo de La Quintana reunió a destacados estudiosos asturianos, entre los que eran notorios F. Canella, catedrático de Derecho civil de la universidad de Oviedo, el erudito J. Somoza, el folklorista B. Vigón y otros como F. Selgas, C. Miguel Vigil, M. Fuertes Acevedo, R. Jove y Bravo y B. de Acevedo y Huelves, que en su mayoría eran también simpatizantes del intento que paralelamente realizaba la Sociedad Demológica (37). En cualquier caso, y como se ha dicho, a mediados de los años ochenta podían considerarse disueltos estos círcu-

(34) Fue en 1888 cuando A. Machado y Alvarez vertió al castellano la obra de E. B. Tylor *Antropología o introducción al estudio del hombre y de la civilización*. Cf. MORENO NAVARRO, I., «La antropología en Andalucía. Desarrollo histórico y estado actual de las investigaciones», *Ethnica*, 1, 1971, págs. 110-144.

(35) Sobre B. de Acevedo, vid. ns. 75 y 76. Acerca de J. Menéndez Pidal, vid. n. 28.

(36) PÉREZ DE CASTRO, J. L., «Don Aniceto Sela...», págs. 49-79.

(37) Así, en la junta directiva de la Sociedad Demológica se hallaba B. de Acevedo, y entre sus miembros se encontraban J. Somoza, B. Vigón, M. Fuertes Acevedo, F. Canella y otros muchos, que formaban parte por igual de La Quintana. Adviértase que ambas asociaciones conviven en el tiempo.

los culturales, aunque algunos de sus miembros prosiguieran a título particular su actividad investigadora, que en lo que atañe a los orígenes de la antropología en Asturias supuso una actividad nada despreciable, especialmente en lo que concierne a los trabajos de F. Canella en los planos jurídico y dialectológico (38), J. Menéndez Pidal según se precisó más arriba y B. Vigón y los demás citados desde otra perspectiva (39). Y merece la pena reseñar que, coetáneamente, un folklorista residente en Madrid, E. de Olavarría y Huarte —que utilizó el seudónimo de L. Giner Arivau—, ajeno a los grupos señalados y también a Asturias, donde no había estado nunca, produce una obra singular (40) en su técnica —a partir de datos transmitidos oralmente fuera de su ámbito de pertenencia— referida al concejo asturiano de Proaza, y que fue incorporada a la *Biblioteca de Tradiciones Populares* dirigida por A. Machado, gracias a la ayuda editorial del entusiasta gaditano A. Guichot y Sierra, autor de una detallada obra sobre la Historia del Folklore (41).

IV.—LA ESTIMABLE APORTACION DEL KRAUSISMO A LA ANTROPOLOGIA CIENTIFICA Y ACADEMICA EN ASTURIAS

Fuera de estas corrientes regionalistas se produjeron otras obras aisladas en la segunda mitad del siglo XIX en Asturias, algunas de las cuales contienen parcialmente observaciones de carácter an-

(38) Respecto de la extensa y meritoria obra de F. Canella, en lo que aquí concierne vid. *Saber popular (Folk-lore asturiano)*, Oviedo, 1884; *Estudios asturianos (Cartafueyos d'Asturies)*, *op. cit.* Cf. n. 11. Al mismo autor se deben dos obras características de su incansable quehacer, *El libro de Oviedo*, Oviedo, 1888; e *Historia de Llanes y su concejo*, Llanes, 1896.

(39) Sobre B. Vigón, «Cantares populares de Colunga», *Revista de Asturias*, 1880; *Tradiciones populares de Asturias*, Villaviciosa, 1895; *Vocabulario dialectológico del concejo de Colunga*, Villaviciosa, 1896; «Contribución al folk-lore de asturias», *Archivo per la Tradizioni popolari*, VIII, Palermo, 1889; *Juegos y rimas infantiles recogidas en los concejos de Villaviciosa, Colunga y Caravia*, Villaviciosa, 1895. Estos trabajos y algunos otros se hallan compilados en VIGÓN, B., *Asturias. Folklore del mar. Juegos infantiles. Poesía popular. Estudios históricos*, Oviedo, 1980, con un prólogo de A. M. Vigón y una interesante nota editorial.

(40) GINER ARIVAU, L. (seudónimo de E. de Olavarría y Huarte), *Contribución al folk-lore de Asturias. Folk-lore de Proaza*, en *Folk-lore español*, Madrid, 1886, vol. VIII.

(41) GUICHOT Y SIERRA, A., *Noticia histórica del folklore. Orígenes en todos los países hasta 1890 y desarrollo en España hasta 1921*, Sevilla, 1984 (original, Sevilla, 1922).

tropológico, como la debida al teniente fiscal de la Audiencia de Oviedo M. Sangrador y Vitores (42) en 1866. Pero quizá tenga un interés mayor conocer la falta de colaboración con los movimientos organizados de carácter regionalista, que se han reseñado, por parte de destacados intelectuales asturianos de la época, y hasta su oposición. Por supuesto, los estudiosos y eruditos asturianos no miraban la cultura con ojos neutros sino que magnificaban algunos de los elementos de la misma —exaltando la vida y costumbres de la apacible e idílica aldea, ensalzando y mitificando algunos de sus símbolos, etc.—, con evidente, aunque tal vez involuntaria, distorsión, y todo ello dentro de un claro paternalismo, reflejo de la clase social a la que representaban, y que constituye una clara cortapisa al progresismo de la época —incluido el de índole nacionalista que así resultaba mitigado y controlado—, y cuyo efecto supuso con frecuencia un folklorismo alejado de «su más noble acepción antropológica», en palabras de A. Ruiz de la Peña (43), que ha observado en el seno de los movimientos literarios asturianos de la época una falsa apariencia regionalista propiciada por una burguesía que trataba de acallar el hecho diferenciador regional, preocupada, además, por los movimientos sociales que estaba generando la industrialización asturiana.

En este caso, y por contra de todo el panorama reseñado, el embrión de la antropología científica en Asturias se halla estrechamente unido a un grupo de intelectuales, que ejercen como profesores de la universidad de Oviedo y que son ajenos a la tradición romántica asturiana, a pesar de ser asturianos de nacimiento o de adopción. Se trata de un selecto núcleo de profesores salidos de la Institución Libre de Enseñanza y afectos al organicismo krausista, que en el panorama nacional adquirirán una intensa significación y serán conocidos con el nombre del Grupo de Oviedo (44). Estos antiguos y brillantes alumnos de F. Giner de los Ríos, que irán ocupando las cátedras ovetenses, son A. Alvarez-Buylla, en

(42) SANGRADOR Y VITORES, M., *Historia de la Administración de justicia y del antiguo gobierno del Principado de asturias; y colección de sus fueros, cartas pueblas y antiguas ordenanzas*, Oviedo, 1866.

(43) Cf. RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, A., *Introducción a la Literatura Asturiana*, Oviedo, 1981, págs.

(44) Acerca del extraordinario significado que el Grupo de Oviedo posee en el ámbito antropológico, vid GÓMEZ PELLÓN, E., «La contribución del krausismo al desarrollo de la antropología en España»: el caso de la universidad de Oviedo», en *Actas del V Congreso de Antropología* (Granada, 1990, prensa). Sobre el marco genérico del movimiento en Oviedo, cf. el trabajo de GIL CREMADES, J. J., *El reformismo español. Krausismo, escuela histórica, neotomismo*, Barcelona, 1969.

Economía y hacienda (1877); L. Alas, en Elementos del derecho Natural (1881); A. González Posada, en Derecho político español (1883); A. Sela, en Derecho internacional (1887), y R. de Altamira, en Historia del derecho (1897); a los que se unirá por simpatía a pesar de su eclecticismo F. de Aramburu, adscrito a la cátedra de Derecho penal. Representantes de un pensamiento más progresista y afines al ideario socialista, son estos extraordinarios conocedores del desarrollo que se está produciendo en las ciencias sociales y de la floración de algunas de éstas, como la sociología y la antropología en los años finiseculares, aparte de partidarios de un acercamiento de la universidad a la sociedad, a tono con la emergencia de la clase obrera y de acuerdo con las experiencias que en este sentido se estaban llevando a cabo en las universidades europeas, que cuajarían espléndidamente en lo que llamó la Extensión Universitaria de la universidad de Oviedo (45).

Si es cierto que A. Sela sería uno de los colaboradores elegidos por A. Machado, no lo es menos el sentido científico que ambos conferían al proyecto, a pesar de que L. Alas y F. de Aramburu aun así lo consideraron insuficiente, mientras que A. Alvarez-Buylla se mostró ecléctico. (46). El movimiento de Oviedo observó en todo momento con frialdad cualquier entusiasmo por los estudios folklóricos, manteniéndose particularmente alejado del círculo de La Quintana, al que en ocasiones miró con desdén, persuadidos de la necesidad de estudiar rigurosamente la cultura, de acuerdo con las tesis que en Europa y Norteamérica se postulaban por entonces. No en vano A. González Posada, como alma de la Escuela Práctica de Estudios Jurídicos y Sociales creada por los krausistas ovetenses, a imagen de los seminarios de las universidades alemanas, impulsaba los estudios sociológicos y él mismo junto con A. Alvarez-Buylla y A. Sela introducían la técnica de encuesta de La Play (47).

(45) Vid. ALONSO, L., y GARCÍA PRENDES, A., «La Extensión Universitaria de Oviedo (1898-1910)», *BIDEA* 81, 1974 (separata).

(46) Al lado de la condescendencia que A. Alvarez-Buylla mostró hacia el proyecto de A. Sela, y que se hace patente en el fragmento de un epistolario que J. L. Pérez de Castro transcribe en *Folklore de Asturias*, p. 37, tal vez envuelta en una cierta cortesía, parece hallarse la falta de un decidido espíritu de interés por el folklore. En todo caso su aportación al proyecto resultó exigua en el campo de los hechos.

(47) Cf. BUYLLA, A., «El método monográfico de la Universidad de Oviedo», *BILE* 21, 1897, págs. 259 y ss.

Pero lo que todavía es más importante, el Grupo de Oviedo fue partidario de la creación de las facultades de estudios sociales, donde las enseñanzas de carácter jurídico lejos de ser exclusivas se nutrieran del conocimiento de la sociología y de la antropología, y así fue efímeramente recogido por el plan de estudios de García Alix en 1900 (48). Se entiende, por tanto, que el sobresaliente núcleo ovetense fuera el promotor de la revista *La Nueva Ciencia Jurídica (Antropología y Sociología)* creada en 1891, de la que por desgracia solamente aparecerían los dos primeros números, y en la que pusieron su firma a diversos artículos F. de Aramburu, A. Posada, R. de Altamira y otros intelectuales del organicismo krausista, todos los cuales continuarían su experiencia en la *Revista de Derecho y Sociología,* dirigida por A. Posada, y cuya breve existencia se reduciría al primer volumen, donde se insertaban trabajos de A. Sela, G. de Azcárate, etc. Sería, a propósito, la *Biblioteca de Derecho y Ciencias Sociales* la encargada de publicar diversas monografías de estos estudiosos. En fin, la importancia que los autores krausistas confieren a la sociología y a la antropología, y en consecuencia el empuje que proyectan sobre las mismas, está presente en su abundante producción bibliográfica y, por supuesto, en su órgano de difusión preferido que era el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* palenque de las nuevas inquietudes intelectuales y habitual lugar de colaboración de F. Giner, J. Costa, E. Pérez Pujol, G. de Azcárate y todo el Grupo de Oviedo (49).

Uno de los integrantes del movimiento de Oviedo, como es sabido, será R. de Altamira desde que en 1897 ocupó su cátedra de Historia del derecho, y en la que permanecerá cerca de dos décadas, participando en los grandes proyectos de su grupo, siendo en la mayoría elemento destacado (50). Brillante docente e investigador, R. de Altamira fue pionero en la introducción de la antropología científica en la universidad ovetense y acaso en la española. A finales del siglo pasado y comienzos del actual sus alumnos de la Facultad de Derecho, que tenían entre las lecturas obligato-

(48) Las Facultades de Derecho pasaron a denominarse de *Derecho y Ciencias Sociales,* en claro triunfo del ideal krausista, aunque sólo se llevaría a efecto en la Facultad de Derecho de Madrid. Más aún, sería creada la cátedra de «Estudios Superiores de Derecho Penal y Antropología Criminal». Cf. GIL CREMADES, J. J., *op. cit.,* p. 191.

(49) Vid GÓMEZ PELLÓN, E., «La contribución del krausismo...».

(50) Vid. GÓMEZ PELLÓN, E., «Aportación universitaria ovetense a la historiografía jurídica», en *Actas del I Congreso de Bibliografía Asturiana* (prensa).

rias a pensadores tan destacados como H. Spencer, M. Benoit Malon, Schäffle, K. Marx y otros, leían con especial detalle *Primitive culture*, de E. Tylor, siendo particular objeto de comentario en las clases (51) y estableciendo analogías entre su obra y la de Reclús y Jhering. El estudio de la costumbre —fundamentalmente jurídica y económica— había adquirido carta de naturaleza por estos años entre sus discípulos de las aulas ovetenses, donde algunos de los mismos elaboraron trabajos de cierta madurez a pesar de hallarse aún cursando su carrera. Uno de éstos, sumamente apreciado por R. de Altmira, fue C. Valledor, autor de un interesante trabajo —del cual por desgracia sólo se conoce un resumen, aunque amplio— sobre las *Costumbres jurídicas y económicas del municipio de Pola de Allande* (52), en el que se percibe nítidamente la sombra de su maestro.

Los orígenes de la antropología científica en sus vertientes social y biológica —como se verá más adelante— tienen en Asturias raigambre académica, y se mueven en una línea claramente distante de la que representa el folklore, salvo raras excepciones como la de A. Sela. Los conocedores de la antropología, esto es, los krausistas, se hallan estrechamente conectados al desarrollo de las ciencias en Europa, y las abordan desde un supremo esfuerzo que lleva al movimiento de Oviedo a convertirse en traductor de las obras de Summer Maíne, J. Bachofen y otros (53). El escaso aprecio, y hasta el menosprecio, que el movimiento krausista mostró por el folklore acentuará, y hasta enconará, en algunos momentos unas diferencias que se hallan presentes en todo el siglo XX en Asturias.

Después de todo lo dicho, es comprensible que el señalado grupo de profesores ovetenses mostrara su complacencia por los estudios que J. Costa estaba efectuando sobre la costumbre jurídica, y cuyos resultados fueron recogidos en una serie de obras que este autor publicó individual o colectivamente (54), de suerte que

(51) A propósito, Cf. la memoria de las actividades de cátedra que R. de Altamira hace pública en *AUO*, y donde se detallan pormenorizadamente las actividades llevadas a cabo durante el curso.

(52) VALLEDOR, C., «Costumbres jurídicas y económicas del municipio de Pola de Allande», *AUO* 4, 1905, págs. 29-44.

(53) Cf. GÓMEZ PELLÓN, E., «La contribución del krausismo...».

(54) Vid. COSTA, J., *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*, Madrid, 1880; *Materiales para el estudio del Derecho municipal consuetudinario de España*, Madrid, 1885; *La vida del Derecho. Ensayo sobre el Derecho consuetudinario*, Buenos Aires, 1976; *Colectivismo agrario en España. Doctrinas y hechos*, Madrid, 1898, etc., etc. Cf. n. 57 de este mismo trabajo.

algunos de aquellos profesores colaboraron en los proyectos de J. Costa o se animaron a practicar investigaciones paralelas (55). En el fondo de esta inquietud se hallaban, por supuesto, los postulados de Savigny, y su aspiración se concretaba en la idea de que la costumbre, dada su función social, tuviera vigencia jurídica aunque fuera supletoria. La actividad se vio favorecida por el interés de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el conocimiento de estas cuestiones, y en la consecuente convocatoria de estudios que se tradujeron en una aportación al conocimiento del Derecho consuetudinario de Asturias, si bien parcial, por parte de Z. Espejo (56). Por su parte, J. Costa compiló una serie de trabajos sobre las costumbres jurídicas asturianas en el segundo volumen de *Derecho consuetudinario y economía popular de España* (57) que se publicaría en 1902. El tratamiento hipervalorativo que el propio J. Costa y parte de sus colaboradores hacen de algunos elementos aislados, y la comprensión de los mismos como supervivencias de un derecho primitivo, no desmerecen la importancia del material reunido por J. Costa.

El ahínco en el análisis de la costumbre por parte del núcleo krausista de Oviedo se puso de relieve, una vez más, mediante su elogio de la *Información* que en el curso 1901-1902 dirigió la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid (58). La cátedra de Historia del derecho que ostentaba R. de Altamira coadyuvó a la misma con los respectivos y pormenorizados informes de seis de sus alumnos —correspondientes a los once que se enviaron desde Asturias—, siendo uno de ellos el de V. Velarde, de *Usos y costumbres de los pueblos limítrofes a la villa de Salas* (59). La importancia de esta encuesta ha sido puesta de manifiesto modernamente por C. Lisón (60) y por otros investigadores, que han visto en la misma un capítulo de la larga historia de la antropología en España.

(55) Vid. PEDREGAL, M.; PIERNAS HURTADO y otros, «Asturias: Derecho de familia y Derecho municipal...», en J. Costa, *Derecho consuetudinario y Economía popular de España*, Barcelona, 1902, vol. II, págs. 97-131.

(56) ESPEJO, Z., *Costumbres de Derecho y Economía rural*, Madrid, 1980.

(57) COSTA, J., *Derecho consuetudinario y Economía popular...*

(58) Mediante esta *Información*, la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid, utilizando una técnica de encuesta, pretendía reunir un amplio elenco de materiales conducentes al estudio de la costumbre en el ámbito del Estado español, y cuyos resultados aún se conservan parcialmente en el Museo Nacional de Etnología. Cf. n. 60 de este mismo trabajo.

(59) Vid. VELARDE, V., «Usos y costumbres de los pueblos limítrofes a la villa de Salas», *AUO* 4, 1905.

(60) LISÓN TOLOSANA, C., «Una gran encuesta de 1901-1902. (Notas para la Historia de la Antropología Social en España)», en C. Lisón Tolosana, *Antropología Social en España*, Madrid, 1977, págs. 105-179.

V.—LA TEMPRANA INTRODUCCION DE LA ANTROPOLOGIA FISICA

Al contrario de lo que sucedió con la antropología cultural y social, la antropología física se incardinaría pronto en la vida universitaria, gracias a la existencia de un marco institucional previo y muy favorable. Merece la pena recordar que uno de los primeros alumnos de P. Broca en París fue el médico P. González de Velasco, que a su vuelta, en 1865, crea la Sociedad Antropológica Española, con una configuración paralela a la que su maestro había advertido en Francia y a cuya empresa se adherirían muchos naturalistas en aquella época (61). Pero, además, desde 1873 puso en marcha en Madrid el Museo Antropológico que juntamente con la Sociedad Antropológica fueron centros de difusión de las ideas evolucionistas y de la ciencia antropológica en general. El reflejo de este progreso fue la creación de la cátedra de Antropología de la Facultad de Medicina de la universidad de Madrid en 1892 y la posterior dotación de las cátedras homónimas en el resto de las Facultades de medicina, y también en las de ciencias, todas las cuales ganarían notoriedad al ostentar su titularidad personalidades tan destacadas como Olóriz o T. de Aranzadi.

Al mismo tiempo que tenía lugar este movimiento, algunos profesores de la Facultad de ciencias de la universidad de Oviedo que seguían atentamente los avances decimonónicos comenzaron a incluir en sus programas de doctorado y de licenciatura distintos temas de antropología, y a participar en los aspectos empíricos que se derivaban de los mismos. Tal vez el primero fue el catedrático F. de las Barras de Aragón, de origen asturiano aunque nacido en Sevilla, donde como se sabe se vivía un cierto ambiente de cientifismo emanado desde 1871 de la Sociedad Antropológica Sevillana. En el año 1898 publicaba F. de las Barras un breve trabajo sobre los cráneos prehistóricos de Valdediós (62), al que luego seguirían otros de igual carácter antropológico que ensancharían la obra asturiana de quien concluiría su carrera académica en la Facultad de ciencias de la universidad de Madrid (63).

(61) Cf. VERDE CASANOVA, A. M., «La primera sociedad antropológica de España», en *Actas del I Congreso Español de Antropología*, Barcelona, 1980, vol. II, págs. 17-38, donde se hace un detenido estudio acerca de *La Sociedad Antropológica Española* fundada por el doctor Velasco en 1865.

(62) BARRAS DE ARAGÓN, F. de las, «Cráneos históricos de Val de Dios», *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*, febrero de 1898, págs. 42-44.

(63) BARRAS DE ARAGÓN, F. de las, «Cráneo y mandíbula encontrada en la mina de cobre 'El Milagro (Onís)'», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, t. 16, n.º 7, 1916, págs. 331-332.

Pero la expansión de la antropología física en la universidad de Oviedo, y en buena medida de la antropología general, tendría lugar de la mano de su primera cátedra de Biología que con tanto acierto condujera E. de Eguren y Bengoa desde 1923, si bien ya desde 1915 hubiera hecho lo propio en la cátedra de Mineralogía, botánica y zoología. Precisamente, y al mismo tiempo que desempeñaba su función en Oviedo, el profesor Eguren firmaba juntamente con J. M. de Barandiarán un buen número de trabajos de excelente calidad (64). En lo que se refiere a Asturias , en el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural* han quedado algunas de sus muestras del calcolítico asturiano que pueden considerarse modélicas para la época en que fueron escritas (65). A pesar de que aún habría de esperarse varias décadas para que la universidad de Oviedo contara con su primera cátedra de Antropología física, las materias de esta disciplina quedarían incorporadas a los programas universitarios, a la vez que se creaba una inquietud investigadora profundamente fértil que constituiría el anticipo de la implantación de dichos estudios con carácter autónomo.

Paralelamente al desarrollo de la antropología física en la universidad de Oviedo, que hunde sus raíces en el siglo XIX, se producen algunos hechos de interés, de índole extrauniversitaria, que significarán una clara aportación al conocimiento antropológico de Asturias. En la segunda mitad de la centuria pasada un médico e investigador asturiano, F. García Roel, alcanza relieve científico como continuador de los estudios de G. Casal en el siglo XVIII en lo concerniente a la enfermedad de la pelagra y a la modificación de la vieja tesis establecida por éste (66), determinan-

(64) Vid ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, *Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano* (1919); BARANDIARÁN, J. M. de, y EGUREN, E. de, *Exploración de ocho dólmenes de Altzania* (1921); BARANDIARÁN, J. M. de, y EGUREN, E. de, *Los nuevos dólmenes de la sierra de Encía* (1921); BARANDIARÁN, J. M. de, y EGUREN, E. de, *Exploración de 16 dólmenes de la Sierra de Elosúa-Plazertzia* (1922); BARANDIARÁN, J. M. de, y EGUREN, E. de, *Exploración de cuatro dólmenes de Belabiet* (1923); BARANDIARÁN, J. M. de, y EGUREN, E. de, *Exploración de seis dólmenes de la sierra de Urbaza* (1923); BARANDIARÁN, J. M. de, y EGUREN, E. de, *Exploración de la caverna de Santimomiña*, 1.ª (1925). Cf. AGUIRRE BAZTÁN, A., «Etnografía y folklore en el País Vasco y Navarra», en A. AGUIRRE BAZTÁN, *La Antropología cultural en España*, Barcelona, 1986, págs. 107-128.

(65) Vid. EGUREN, E. de, «De la época eneolítica en Asturias», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 1917, t. XVII, págs. 462 y ss. Asimismo, «Elementos étnicos eneolíticos de Asturias. Dos cráneos del Aramo de la colección del conde de la Vega del Sella», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, 1918, t. XVIII, págs 323-327.

(66) Cf. n. 18.

do por el contrario que la característica dominante del mal es la de persistir en el tiempo a través de la endogamia matrimonial de las gentes que habitan determinados lugares, mostrándose en conclusión partidario de una decidida exogamia como medida preventiva (67). La preocupación de F. García Roel por el estudio del parentesco se prolongó extraordinariamente al instituir una fundación, dependiente de la Real Academia de Medicina de Madrid, que estimulaba la investigación en el ámbito de la *topografía médica*. Fue así como la Real Academia de Medicina efectuó diversas convocatorias que, en lo que se refiere a Asturias, surtieron especial efecto en el primer cuarto del siglo XX, cuando algunas investigaciones que tomaron por marco, y a modo de unidad de análisis, determinados concejos asturianos, de forma individual, obtuvieron el galardón que lleva la propia denominación de García Roel y fueron posteriormente publicadas, destacando los trabajos de F. González Valdés (68), F. Pórtola (69), J. Villalaín (70), J. M. Jove (71), V. Fernández (72), E. Junceda y otros (73).

Los estudios realizados por estos investigadores se llevan a cabo desde un ámbito multidisciplinar, aunque la proyección de las ciencias médicas sea dominante. No es de extrañar la evidente influencia antropológica y etnográfica —cuyos autores más sobresalientes en ocasiones citan— en individuos que habían cursado

(67) Vid GARCÍA ROEL, F., *Etiología de la pellagra*, Oviedo, 1880.

(68) GONZÁLEZ VALDÉS, F., *Topografía médica del concejo de Oviedo*, Madrid, 1911.

(69) PÓRTOLA PUYÓS, F., *Topografía médica del concejo de Ponga*, Madrid, 1915. También, *Topografía médica del concejo de Gijón*, Madrid, 1918.

(70) VILLALAÍN, J., *Topografía médica de Avilés*, Madrid, 1913. Igualmente, *Topografía médica del concejo de Luarca*, Madrid, 1915; *Topografía médica del concejo de Corvera de Asturias*, Madrid, 1925; *Topografía médica del concejo de Soto del Barco*, Madrid, 1932. También, VILLALAÍN, J., y FERNÁNDEZ, J., *Topografía médica del concejo de Illas*, Madrid, 1923.

(71) JOVE CANELLA, J. M., *Topografía médica del concejo de San Martín del Rey Aurelio*, Madrid, 1923. Del mismo autor, *Topografía médica del concejo de Langreo*, Madrid, 1925; *Topografía médica de Laviana*, Madrid, s.a. Asimismo, JOVE CANELLA, F., y ALONSO, L., *Topografía médica del término municipal de Sobrescobio*, Madrid, 1932.

(72) FERNÁNDEZ, V., *Topografía médica del concejo de Tapia de Casariego*, Madrid, 1932.

(73) JUNCEDA, E., *Topografía médica del concejo de Navia*, Madrid, 1936. Vid. entre otros trabajos, VILAR FERRÁN, J., *Topografía médica del concejo de Cabrales*, Madrid, 1921; MURGA Y SERRET, J., *Geografía y topografía médica de Mieres*, Madrid, 1944; PÉREZ GÓMEZ, F., *Topografía médica del término municipal de Caso*, Madrid, 1956; ALVAREZ SIERRA, J., *Geografía y topografía médica de Castropol*, Madrid, 1946; JIMÉNEZ HERRERO, F., *Geografía médica de Salas*, Madrid, 1964.

sus estudios en las Facultades de medicina, justamente en aquellas en las que la antropología era una asignatura integrada en los planes de estudio. Las citadas topografías contienen abundante información sobre los caracteres morfológicos de la población, taxonomías, clasificaciones, así como sobre aspectos demográficos, epidemiológicos, etc., y también distintas observaciones sobre la endogamia y la exogamia. Ciertamente, la técnica utilizada para evidenciar los fenómenos es a menudo rudimentaria por la falta de rigor en los muestreos, pero su consulta es aún hoy obligada. Mas no dejan de contener las *topografías médicas* de Asturias, elaboradas en las primeras décadas del presente siglo, datos significativos en torno a los ritos, las creencias y las costumbres, por citar algunas de las preocupaciones antropológicas más conocidas, de todo lo cual se infiere el valor que sus aportaciones suponen para el conocimiento antropológico de Asturias.

VI.—EL LENTO DESARROLLO DE LA ANTROPOLOGIA CULTURAL: LOS PRIMEROS ATISBOS ETNOGRAFICOS

Más arriba se ha explicado cómo los últimos años del siglo XIX comienza a desarrollarse en Asturias incipientemente la antropología, tanto en su vertiente cultural o social como en la biológica, con un claro sentido académico en ambos casos. A su lado existe una corriente, de carácter más popular, identificada con el folklore, dividida en sus líneas de actuación, y que es ajena a las aulas universitarias aunque sea promovida por algunos profesores universitarios. Uno de éstos, F. Canella, liderará al concluir el siglo junto a O. Belmunt una empresa editorial importante que se traducirá en la publicación de la monumental obra *Asturias* (74), en la que se trata de ofrecer una visión panorámica de la historia y las costumbres de los distintos concejos asturianos y cuyos autores son preferentemente individuos ligados a las corrientes folklóricas y, más aún, a la de La Quintana, parte de los cuales habían participado en la elaboración de una serie de monografías referidas a los concejos de Asturias, que vieron la luz casi paralelamente a la edición por entregas de *Asturias*. Entre ellos se encontraba B. de Acevedo, que con pocos años de diferencia, en la última década del siglo, daría a la imprenta un trabajo sobre el

(74) BELLMUNT Y TRAVER, O., y CANELLA SECADES, F., *Asturias*, Gijón, 1895-1900, 3 volúmenes.

concejo de Boal (75) y otro sobre los *vaqueiros de alzada* (76), tema éste que se había convertido en una de las constantes y que, además, se anunciaba como tal en la centuria entrante. Así, en 1914 se publicará una curiosa obra de J. Pérez Ferrería (77), cuya característica es su escaso rigor y la falta de mesura en muchas de sus conclusiones, y que en la parte que aquí interesa contiene algunas observaciones sobre los *vaqueiros de alzada* que, al menos parcialmente, resultan poco acertadas, y menos aún cuando coincide con B. de Acevedo en ofrecer una interpretación racial (78).

Ahora bien, transcurridos algunos años desde que R. de Altamira introdujera en sus explicaciones de cátedra en la universidad de Oviedo el conocimiento teórico de la antropología, antes de que acabe la segunda década del siglo actual se realizará uno de los primeros trabajos de campo con referencia a Asturias, con un contenido esencialmente etnográfico o descriptivo, y en escasa medida etnológico o analítico, aunque considerablemente alejado todavía de las construcciones antropológicas. Se trata de la obra del investigador polaco E. Francowski, *Hórreos y palafitos de la península Ibérica* (79), que resulta del examen de estos graneros aéreos en la parte septentrional de la Península y en la cual a Asturias, como a otras regiones, le dedica un corto número de páginas, por lo que no llega a entrar en detalles sobre la distribución geográfica en el Principado. Se trata, en todo caso, de una clara referencia para el estudio de la antropología en Asturias, en la que ya se halla presente el empleo de una técnica de trabajo y de un método acordes con las posibilidades de la época (80).

Cuando se publica la obra de E. Francowski, en 1918, se están produciendo en Asturias movimientos sociales e intelectuales que van a tener relación con el desarrollo de la antropología. La progresiva proletarización de los núcleos mineros e industriales de

(75) ACEVEDO Y HUELVES, B., *Boal y su concejo*, Oviedo, 1898. El trabajo se halla uncluido en O. Bellmunt y Traver y F. Canella Secades, *op. cit.*, vol. III. Asimismo, Habana, 1921, y Gijón, 1984.

(76) ACEVEDO Y HUELVES, B., *Los vaqueiros de alzada en Asturias*, Oviedo, 1893. Hay edición de Oviedo, 1915, y Gijón, 1985.

(77) PÉREZ FERRERIA, J., *Evolución y organización agraria de Asturias*, Rosario, 1914.

(78) Vid la acertada recensión que J. Uría Ríu hace de la obra en *Boletín del Centro de Estudios Asturianos*, 3, 1924, págs. 77-82.

(79) FRANCOWSKI, E., *Hórreos y palafitos de la Península Ibérica*, Madrid, 1918.

(80) Vid la recensión de J. Uría Ríu en *Boletín del Centro de Estudios Asturianos*, 6, 1925, págs. 75-78.

Asturias ha generado tensiones importantes en los años previos, en forma de huelgas y de conflictos sociales, al mismo tiempo que crece la inmigración castellana. Esta situación irá alimentando, por oposición, la elaboración de las doctrinas regionalistas que se anunciaban desde los años últimos del siglo anterior, conformando una dialéctica de evidente paralelismo con la que acontece en otras regiones del Estado español —Cataluña o el País Vasco— que se encuentran en situación similar, pero frente a las que Asturias muestra enfáticas diferencias, como es, a modo de ejemplo, la inexistencia de un derecho histórico de carácter foral. El *Verdadero regionalismo asturiano* que en 1918 se publica conteniendo el manifiesto de N. de las Alas Pumariño (81), inspirador de la Liga Regionalista Astur constituida en 1916, encuentra clara ascendencia en la *Lliga* catalanista de Cambó, y un regionalismo de signo aún más conservador se manifiesta en la *Doctrina asturianista* que en aquel mismo año de 1918 publican el vizconde de Campo Grande, Ceferino Alonso y José González (82), y cuya semilla, como en el caso anterior, no llegará a prender. Mas en lo que concierne al ámbito que aquí se estudia interesa saber que el proyecto de la Liga de crear un centro de estudios asturianos, al estilo del Instituto de Estudios Catalanes, se materializa en 1920, tras su constitución, de suerte que en 1924 se imprimirá el primer número de su *boletín*, que trimestralmente irá saliendo de la imprenta hasta finales de 1926 (83). Tan corta vida guarda analogía con los muchos planes regionalistas asturianos de la época y con otros posteriores que sucesivamente se ven cercenados.

Uno de los entusiastas de este boletín será J. Uría Ríu, cuya aportación al desarrollo de la antropología en Asturias resultará extraordinaria, hasta el punto de constituirse, acaso, en una de las figuras señeras. Dotado de una excelente formación en las ciencias sociales por sus estudios jurídicos e históricos en las universidades de Oviedo y de Madrid, respectivamente, J. Uría no sólo fue un brillante discípulo de algunos de los intelectuales de la segunda década del siglo, sino también un activo asistente a los seminarios del Centro de Estudios Históricos, a las reuniones del

(81) ALAS PUMARIÑO, N. de las, y la LIGA PRO-ASTURIAS, *Verdadero regionalismo asturiano*, Oviedo, 1918.

(82) CAMPO GRANDE, Vizconde de; ALONSO, C., y GONZÁLEZ, J., *Doctrina asturianista aprobada por la Junta Regionalista del Principado*, 1918.

(83) El *Boletín del Centro de Estudios Asturianos*, que se publicó por entregas trimestrales, dio a la imprenta el primer número coincidiendo con el período enero-marzo de 1924.

Ateneo y al Museo Antropológico, lugar este último donde sería alumno y colaborador de dos distinguidos antropólogos españoles, T. de Aranzadi y L. de Hoyos (84). Al mismo tiempo en Asturias estaba cuajando un ambiente muy favorable hacia las preocupaciones antropológicas, gracias a los estudios arqueológicos que durante la gran guerra desarrollaba el conde de la Vega del Sella, en armonía con los de E. de Eguren, y singularmente debido al establecimiento inicial en Asturias del gran prehistoriador germano H. Obermajer, precisamente acogido a la protección del primero (85). De esta manera, el magisterio recibido en Madrid, el cultivo de la amistad con los investigadores citados y la formación de una inquietud intelectual que va unida en el Principado a la eclosión regionalista, motivarán en J. Uría el desarrollo de una vocación antropológica que permanentemente correrá paralela a su dedicación a la docencia universitaria en el campo de la historia, y más aún en el de la medieval, del cual fue además un consagrado estudioso. Pero, incluso, su constante esfuerzo por integrar los estudios antropológicos en los planes universitarios de la universidad de Oviedo darán temporalmente el resultado apetecido, como se verá más abajo.

J. Uría ralizó una amplia tarea investigadora en la parcela antropológica, tras la que se vislumbra el talante de un atento conocedor de esta ciencia en el orden teórico y en el pragmático, aunque en sentido estricto no fuera un antropólogo. En sus primeros trabajos publicados en el *Boletín del Centro de Estudios Asturianos* (1924-1926) se transparenta una extraordinaria y sorprendente preparación derivada de las lecturas que cita a pie de página y en las que se incluyen las obras de J. Frazer, S. Reinach, A. van Gennep y otros. El tema conductor de su bibliografía antropológica fue sin duda el de los *vaqueiros de alzada* (86) como grupo

(84) Vid. RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, J. I., «Semblanza de un maestro», que sirve de prólogo a la edición de la obra de J. Uría Ríu, *Los vaqueiros de alzada. De caza y etnografía*, Oviedo, 1976, págs. XIII-XLIV, donde se hace un minucioso análisis de la personalidad del eximio historiador asturiano, cf. especialmente, a propósito, p. XVIII.

(85) Vid RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, J. I., *op. cit.*, p. XVI.

(86) Los trabajos etnográficos de J. Uría Ríu se hallan recogidos, según se ha señalado en n. 84, en *Los vaqueiros de alzada. De caza y etnografía*. Los relativos a los *vaqueiros de alzada*, efectivamente, ocupan la mayor parte de la obra: «Algunas supersticiones y leyendas relativas a los animales entre los vaqueiros de alzada en Asturias», págs. 15-22, publicado originalmente en *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 3, 1924; «Sobre una costumbre nupcial entre los vaqueiros de alzada de Asturias, desapareci-

marginal, continuando la vieja línea emprendida por G. M. de Jovellanos en el siglo XVIII, aunque ahora desde una sólida perspectiva amparada en un prolongado trabajo de campo. Otros temas como los de la religiosidad popular, los rituales, la mitología o la literatura oral fueron igualmente objeto de atención (87) y aun el de la antropometría (88), del cual han quedado dos ejemplos que hoy han sido superados sólo parcialmente en sus presupuestos. En fin, los correspondientes estudios fueron publicados desde los años veinte, durante más de medio siglo, en medios de reconocido prestigio.

Promotor del Centro de Estudios Asturianos junto a J. Uría fue A. de Llano, y al igual que aquél, mostraría un intenso interés por el conocimiento de la cultura en Asturias, aunque el resultado fuera muy diferente, dada su falta de formación especializada. A. de Llano realizó un ímprobo trabajo, a partir de 1915, durante veinte años en el ámbito del folklore, lejos de la metodología antropológica, pero con tal minuciosidad que sus observaciones constituyen un valioso material para el análisis antropológico. Ahora bien, una parte del trabajo de A. de Llano está matizada por un cierto ro-

---

da», págs. 23-30, publicada originalmente en *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 7, 1928; «Origen probable de la tradición o leyenda que atribuye ascendencia morisca a los vaqueiros de alzada en Asturias», págs. 31-56, publicado originalmente en *Actas de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 9, 1930; «Tradiciones sobre el origen de la transhumancia de los 'vaqueiros' de Asturias y su interpretación», págs. 57-72, publicado originalmente en *Estudios Geográficos;* «Tradiciones relativas a la vaca como animal conductor», págs. 73-76, publicado originalmente en *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos*, 1, 1957; «Los vaqueiros de alzada en el aspecto social», págs. 77-114, publicado originalmente en Oviedo, 1968 (folleto); «Los vaqueiros de alzada», págs. 115-136, publicado originalmente en *Estudios de Historia Social de España*, 3, 1955. URÍA RÍU, J., y BOBES, C., «La toponimia de 'busto' en el N.O. peninsular», págs. 137-169, publicado originalmente en *Archivum*, 14, 1964.

(87) Vid. al respecto, «Magia, superstición y brujería en la Asturias del pasado». págs. 207-224 (originalmente en *Asturias Semanal*, noviembre, 1969); «Una peregrina endemoniada en la iglesia de San Salvador de Oviedo», págs. 199-206 (originalmente en *Asturias Semanal*, julio, 1969); «Sobre el origen de los sidros, zamarrones, etc», págs. 173-188 (originalmente, *BCEA*, 5, 1925); «Sobre la costumbre de los zamarrones, guirrios, etc.», págs. 189-196 (originalmente, *BCEA*, 8, 1925); «Sobre el origen del nubero», págs. 197-198 (originalmente, *BCEA*, 8, 1925); «Ajusticiamiento y funeral del zorro. Relieves de un capitel gótico de la Catedral de Oviedo», págs. 225-230 (originalmente, *Asturias Semanal*, agosto, 1969); «Algunas trovas asturianas», págs. 231-238 (originalmente, *Asturias Semanal*, abril, 1976). Todos ellos se hallan contenidos en el volumen *Los vaqueiros de alzada. De caza y etnografía.*

manticismo, mientras que otras partes presentan defectos en la técnica utilizada, lo cual no le hace perder su extraordinario valor de conjunto (89). Al lado de A. de Llano, aunque mayoritariamente con posterioridad, llevaría a cabo su obra C. Cabal, que sin embargo agrandó los comprensibles defectos de A. de Llano hasta difuminar el contenido de todos sus trabajos. Una singular construcción literaria esconde los datos y las observaciones reduciendo claramente su posible interés antropológico, más desvirtuados aún por continuas interpretaciones desprovistas del oportuno rigor (90).

Constituye un caso diferente el de otro estudioso, vinculado por generación a los citados, y por amistad más aún a J. Uría, que es E. Martínez Torner. Aunque en modo alguno puede ser considerado un antropólogo, su trabajo posee un neto interés para la antropología ya que su depurada técnica posee carácter etnográfico, y en cierto modo etnológico por las continuas comparaciones que establece, de lo que se deduce el relieve de sus investigaciones. E. Martínez Torner fue un destacado musicólogo y un singular etnomusicólogo, que en lo que atañe a Asturias abordó un desmesurado trabajo de campo en la segunda y en la tercera décadas del siglo actual, que oportunamente analizado dio lugar a una obra modélica, cual es el *Cancionero musical de la lírica popular asturiana* (91), publicado en 1920. El carácter científico de las investi-

(88) URÍA RÍU, J., *Etnografía de los astures*. Discurso leído en la apertura del curso académico de la universidad de Oviedo 1941-1942, Oviedo, 1941; «Datos relativos a la formación antropológica del pueblo asturiano», *El libro de Asturias*. Oviedo, 1970, págs. 38-61. Vid también, «Los cráneos prehistóricos de Valdediós», *Valdediós*, 1958, págs. 12-38.

(89) Sobre la bibliografía de A. de Llano, vid. *El libro de Caravia*, Oviedo, 1919 (hay ed. facsimilar, Oviedo, 1982); *Del folklore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres*, Oviedo, 1921 (hay ediciones posteriores de Oviedo, 1922, y Oviedo, 1977); *Esfoyaza de cantares asturianos*, Oviedo, 1924 (hay edición de Oviedo, 1977, con prólogo de J. I. Ruiz de la Peña); *Cuentos asturianos recogidos de la tradición oral*, Oviedo, 1925 (hay edición de Oviedo, 1977); *Dialectos jergales asturianos. Vocabulario de «la xíriga» y «el bron»*, *Oviedo, 1921; «Vocabulario de 'la tixileira'. Dialecto jergal asturiano»*, *BCEA*, 1, 1924 (enero-marzo); *Bellezas de Asturias de Oriente a Occidente*, Oviedo, 1928 (hay ed. facsimilar de Oviedo, 1977).

(90) Respecto de la bibliografía de C. Cabal, vid *Los cuentos tradicionales asturianos*, Madrid, s./a.; *La mitología asturiana. Los dioses de la muerte*, Madrid, 1925; *La mitología asturiana. Los dioses de la vida*, Madrid, 1925; *La mitología asturiana. El sacerdocio del diablo*, Madrid, 1928. Estas tres últimas obras se hallan recogidas en un solo volumen titulado *La mitología asturiana*, Oviedo, 1972. *Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes. El individuo*, Madrid, 1925; *Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes. La familia, la vivienda, los oficios primitivos*, Madrid, 1931.

(91) MARTÍNEZ TORNER, E., *Cancionero musical de la lírica popular asturiana*, Madrid, 1920. Hay ediciones posteriores, Oviedo, 1971; Oviedo, 1976, con prólogo de M. González Cobas.

gaciones de E. Martínez Torner, sustentado en un preciso trabajo de campo, depara un material excepcional que no se agota en Asturias (92). A este etnomusicólogo se debe una notable aportación a la obra que F. Carreras y Candi compiló en 1931, y que a pesar de su heterogénea calidad supuso un magno esfuerzo (93). Las contribuciones de E. Martínez Torner, por tanto, junto a su marcada proyección regional tuvieron otra suprarregional de indudable interés.

De otra parte, al lado de la obra de J. Uría, la de otro profesor universitario más, desligado del grupo señalado, cuenta con cierta entidad antropológica, aunque sea tangencial. Se trata de la de R. Prieto Bances, titular de la cátedra de Historia del derecho de la universidad de Oviedo desde 1924, antiguo discípulo de R. de Altamira y alumno de la Institución Libre de Enseñanza (94). No es extraño, por tanto, que ciertos temas antropológicos atrajeran la atención de R. Prieto, cuya obra de sello institucional bascula a menudo entre la historia del derecho y la antropología, a través de las cuestiones interdisciplinares que se manifiestan en el estudio de la *casería* como unidad de explotación, en la familia como unidad de producción o en el ordenamiento consuetudinario. Las continuas referencias que introduce al estado de la cuestión de las investigaciones antropológicas revelan esta proyección en su obra.

VII.—LA PERSISTENCIA DE LOS ESTUDIOS ERUDITOS Y EL LENTO DESARROLLO DE LAS INVESTIGACIONES ETNOGRAFICAS Y ETNOLOGICAS

De entre los autores señalados, A. de Llano será el único que no sobreviva a la guerra civil, mientras que E. Martínez Torner partirá hacia el exilio, donde morirá a mediados de los años cincuenta, viendo muy disminuida su producción con respecto a Asturias por razones obvias. En el exilio permanecerá igualmente durante algún tiempo R. Prieto Bances hasta que se reincorpore a la universidad de Santiago, poco antes de retornar definitivamente a la de Oviedo en 1948. Por tanto, dentro de la desgana intelectual de los años cuarenta se va a registrar en Asturias un cierto continuismo en los estudios de folklore y etnología que se per-

(92) MARTÍNEZ TORNER, E., *La lírica hispánica. Relación entre lo popular y lo culto*, Madrid, 1966.

(93) Vid. E. Martínez Torner.

(94) Vid. un análisis de la obra de R. Prieto Bances en E. Gómez Pellón, «Aportación universitaria ovetense a la historiografía jurídica» (prensa).

sonalizará en la actividad de J. Uría (95), cada vez más dedicado al quehacer histórico, y en muy escasa medida en la de E. Martínez Torner y R. Prieto (96). También C. Cabal (97) continuará con su producción, que adolece de los defectos indicados en el apartado anterior y que por estos años toma un carácter enciclopédico o compilatorio. La situación de desaliento que vive Asturias en las dos décadas subsiguientes a la guerra civil ofrece claro parangón con la que tiene lugar en el resto del Estado español, si bien agrandada debido a que en Asturias nunca existió el impulso previo del modernismo gallego o del *noucentisme* catalán, que fueron catalizados por poderosas y duraderas instituciones como el Seminario de Estudios Gallegos o el *Arxiu d'Etnografía* posteriormente integrado en la Asociación Catalana de Antropología.

Los años de la posguerra conocerán los intentos de los medios culturales de las distintas regiones españolas por encontrar el marco adecuado para difundir las investigaciones históricas, sociales o etnológicas en una coyuntura política nada favorable. A nivel nacional, el Instituto Fray Bernardino de Sahagún, dependiente del C.S.I.C., fecundará la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* en 1945, que en medio del declive general iba a ser capaz de atraer inmediatamente el caudal productivo de lingüistas, folkloristas y etnólogos, cuyos trabajos se reparten con los que van insertando en los nuevos órganos de expresión regionales. Uno de éstos, en el caso asturiano, es el *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, dependiente asimismo del C.S.I.C. por medio del Patronato José Quadrado. Todo este panorama se verá tímidamente espoleado por la publicación de algunos estudios de diverso signi-

(95) Cf. notas 86, 87 y 88 del presente trabajo.

(96) Sobre E. Martínez Torner, cf. n. 92; también *Cantos de boda en Asturias*, 1954. Acerca de R. Prieto Bances, cf. n. 94.

(97) CABAL, C., *Diccionario Folklórico de Asturias*, Oviedo, 1951-1984, 6 volúmenes.

(98) J. Caro Baroja publicará *La vida rural en Vera de Bidasoa*, Madrid, 1944; después vendrán *Los pueblos de España. Ensayo de Etnografía*, Barcelona, 1946, y una larga nómina de trabajos, de la mayor parte de los cuales se han efectuado sucesivas ediciones. Sus obras se hallan reunidas en *Estudios Vascos*, San Sebastián, 1973-1981 (10 volúmenes).

(99) Tras la guerra civil, J. M. de Barandiarán publica *Antropología de la población vasca* (1947). Su dilatada contribución a la antropología se halla compilada en *Obras completas*, Bilbao, 1973-1974. A propósito, cf. AZCONA, J., «Notas para una historia de la antropología vasca: Telesforo de Aranzadi y José Miguel de Barandiarán», *Ethnica*, 17, 1981, págs. 63-84. También BARANDIARÁN, L., *José Miguel de Barandiarán. Patriarca de la cultura vasca*, San Sebastián, 1976.

ficado antropológico a cargo de J. Caro Baroja (98), J. M. de Barandiarán (99) y R. Violant y Simorra (100).

Entre 1940 y la década de los años sesenta se sucedieron numerosos artículos en las revistas señaladas sobre temas de folklore asturiano a cargo de individuos que se acercaban al tema desde campos a menudo tangenciales, dando lugar a una nómina de difícil concreción (101). En general, la nota dominante viene dada por una total ausencia de estudios estrictamente antropológicos, por la gran escasez de aportaciones etnográficas o etnológicas, y por la presencia de una diversidad y heterogeneidad de temas de contenido folklórico, o afín al mismo, realizados por estudiosos que no poseen una formación académica y científica especialmente orientada hacia el cultivo de estos temas. Sin embargo, muchos de ellos provenían de parcelas de conocimiento que se sitúan en los campos de las ciencias sociales y humanas, y conscientes de ello hicieron las correspondientes aportaciones con las debidas precauciones metodológicas, hasta el extremo de que los materiales recogidos por los mismos han de considerarse de garantía, siendo susceptibles de futuras interpretaciones. De otra parte, son sumamente frecuentes los trabajos de autores que fascinados por una peculiaridad local o por una sigularidad cualquiera, desconocedores del estado de la cuestión trazado por la ciencia, parten de falsas premisas que conducen a conclusiones marcadamente erróneas.

En todo caso, durante estas décadas centrales del siglo, y aún con posterioridad, se llevaron a cabo en Asturias numerosos trabajos de carácter dialectológico y lexicológico que para el conocimiento antropológico tienen un particular interés, habida cuenta del alto contenido etnográfico que acompaña a muchos de ellos. La razón de esta particularidad se halla en la influencia que sobre los filólogos ejercieron las obras de los sobresalientes representantes de la escuela *Palabras y cosas*, alguno de los cuales había desarrollado su tarea en Asturias décadas atrás. Es el caso de F. Krüger, autor de *El léxico rural del noroeste ibérico* (102) y de una obra de

(100) VIOLANT I SIMORRA, R., *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria*, Madrid, 1949. Hay una ed. facsimilar, Barcelona, 1985 (2 volúmenes).

(101) Vid. una aproximación en PÉREZ DE CASTRO, J. L., *Folklore de Asturias*, págs. 62 y ss.

(102) KRÜGER, F., *El léxico rural del noroeste ibérico*, Madrid, 1947; también, «Contribución a la geografía léxica del N.O. peninsular», *RDTP*, 13, 1957, págs. 3-23. Autor de otros muchos trabajos dialectológicos y especializados, no se da aquí cuenta de los mismos, aunque todos ellos guardan alguna relación con la investigación antropológica.

reconocido significado dentro de la etnología, *Las brañas: contribución a la historia de las construcciones circulares en la zona galaico-astur-portuguesa* (103), además de otras notables aportaciones como *El mobiliario popular en los países románicos* (104). A estos trabajos sucedieron otros muchos, realizados en su mayor parte por lingüistas especializados y sobre todo por profesores universitarios que hicieron de la materia su tema de tesis doctoral. Son muy conocidas las contribuciones de M. J. Canellà (105), L. Rodríguez-Castellano (106), A. Zamora Vicente (107), J. Neira Martínez (108), J. A. Fernández (109), J. Alvarez Fernández-Castañón (110), M. Menéndez-García (111), J. Martínez (112), etc. La tendencia a efectuar este tipo de estudios se ha confirmado en las últimas décadas con las investigaciones de J. L. García Arias (113), C. C. García Valdés (114), A. M. Cano (115) y otros. La tarea descriptiva y analítica de este

(103) KRÜGER, F., «Las brañas: contribución a la historia de las construcciones circulares en la zona galaico-astur-portuguesa», *BIDEA* 7, 1949.

(104) KRÜGER, F., *El mobiliario popular en los países románicos*, Coimbra, 1963. Suplemento III de la *Revista Portuguesa de Filología*.

(105) CANELLADA, M. J., *El bable de Cabranes*, Madrid, 1944.

(106) RODRÍGUEZ CASTELLANO, L., *La variedad dialectal del Alto Aller*, Oviedo, 1952; asimismo, *Aspectos del bable occidental*, Oviedo, 1954; igualmente, *Contribución al vocabulario del bable occidental*, Oviedo, 1954.

(107) ZAMORA VICENTE, A., *Léxico rural asturiano. Palabras y cosas de Libardón (Colunga)*, Granada, 1953.

(108) NEIRA MARTÍNEZ, J., *El habla de Lena*, Oviedo, 1955. También, *El bable: estructura e historia*, Salinas, 1976. Asimismo, *Bables y castellano en Asturias*, Gijón, 1982; *Diccionario de los bables de Asturias*, Oviedo, 1989.

(109) FERNÁNDEZ, J. A., *El habla de Sisterna*, Madrid, 1960.

(110) ALVAREZ FERNÁNDEZ CAÑEDO, J., *El habla y la cultura popular de Cabrales*, Madrid, 1963.

(111) MENÉNDEZ GARCÍA, M., *El Cuarto de los Valles. (Un habla del Occidente asturiano)*, Oviedo, 1963-1965, 2 volúmenes.

(112) MARTÍNEZ ALVAREZ, J., *Bable y castellano en el concejo de Oviedo*, Oviedo, 1968. También han de citarse los trabajos de DÍAZ CASTAÑÓN, C., *El bable del Cabo Peñas*, Oviedo, 1966; SUÁREZ SOLÍS, S., *Aportación al léxico de Luanco*, Gijón, 1983; VALLINA ALONSO, C., *Léxico marinero y Folklore de Luanco*, Gijón, 1983; GONZÁLEZ COBAS, M., *El habla de Luarca*, Luarca, 1964.

(113) GARCÍA ARIAS, J. L., *El habla de Teverga: sincronía y diacronía*, Oviedo, 1975; también, *Bable y regionalismo*, Oviedo, 1975; *Pueblos asturianos: el porqué de sus nombres*, Gijón, 1977; *Rellumos de folklor*, Uvieu, 1981; *Contribución a la gramática histórica de la lengua asturiana y a la caracterización etimológica de su léxico*, Uvieu, 1988.

(114) GARCÍA VALDÉS, C. C., *El habla de Santianes de Pravia*, Oviedo, 1979. De especial interés para el estudio de la religiosidad popular es la obra de esta autora *El teatro en Oviedo (1498-1700)*, Oviedo, 1983.

(115) CANO GONZÁLEZ, A. M., *El habla de Somiedo (Occidente de Asturias)*, Santiago de Compostela, 1981. A. M. Cano es autora, igualmente, de un valioso trabajo titulado *Notas del Folklor somedán*, Uvieu, 1989. Otros trabajos de carácter léxico, CONDE SAINZ, M.V., *El habla de Sobrescobio*, Mieres, 1978.

conjunto de estudiosos posee un notorio valor y su actividad científica debe ser calificada como extremadamente fértil.

Según se ha observado más arriba, ha sido frecuente en los últimos lustros que se efectuaran estudios relativamente próximos a la etnografía desde ámbitos afines, y valga el ejemplo de los referidos a la vivienda realizados por arquitectos, de los que conciernen a la poesía popular llevados a cabo por musicólogos, de los que atañen a aspectos normativos elaborados por juristas, o de los que tocan a la medicina popular efectuados por médicos, que en algunas ocasiones contienen elementos de cierto interés antropológico. Así sucede con los trabajos realizados por J. L. y E. García Fernández (116), por M. González Cobas, I. Quintanal y A. Cea (117), por R. Fernández, F. Tuero Bertrand y F. Inclán (118), y por C. Rico Avello, R. Cangas Fontériz y E. Junceda (119). Sincrónicamente, desde la vertiente del folklore se han producido multitud de trabajos en los últimos años con las características que se han señalado anteriormente, resultando cuantitativamente destacados los que corresponden a la autoría de L. Castañón y J. L. Pérez de Castro (120).

---

(116) Vid. GARCÍA FERNÁNDEZ, E., *Hórreos, paneras y cabazos asturianos*, Oviedo, 1979; GARCÍA FERNÁNDEZ, E. y J. L., *España dibujada: Asturias y Galicia*, Madrid, 1972; GARCÍA FERNÁNDEZ, E. y J. L., y FERNÁNDEZ BERNALDO DE QUIRÓS, C., *El camino real del Puerto la Mesa*, Oviedo, 1976.

(117) Sobre M. GONZÁLEZ COBAS, vid. *De musicología asturiana. La canción tradicional*, Oviedo, 1975; también, *Investigación musicológica y folklore musical de Asturias*, Oviedo, 1982. Respecto de I. QUINTANAL, vid. *Asturias. Canciones*, Oviedo, 1980. Pero, sobre todo, es autora de un denso y encomiable trabajo sobre la figura de Enrique Villaverde, destacado maestro de capilla de la catedral de Oviedo en el siglo XVIII, *Enrique Villaverde. Obra musical*, Oviedo, 1986. La aportación de I. Quintanal había merecido el Premio Nacional de Musicología en 1985. En lo que concierne a A. CEA, vid. *La canción en Llanes*, Salamanca, 1978.

(118) Vid. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, R., *Realidad de la casa asturiana*, Oviedo, 1953. Sobre TUERO BERTRAND, F., *Ordenanzas generales del Principado de Asturias*, Luarca, 1974; también, *Instituciones tradicionales en Asturias*, Gijón, 1976; *La Junta General del Principado de Asturias*, Gijón, 1978. Respecto de F. INCLÁN SUÁREZ, vid. *La casería asturiana. (Historia y perspectivas)*, Oviedo, 1984; *El campo asturiano y el derecho*, Oviedo, 1988.

(119) Sobre RICO-AVELLO, vid. RICO-AVELLO y RICO, C., *El bable y la medicina*, Oviedo, 1964; acerca de CANGAS FONTERIZ, R., «La medicina popular en Ibias», *BIDEA* 40, 1960; respecto de E. JUNCEDA AVELLO, vid. *Etnología e Historia de la Ginecología en Asturias*, Gijón, 1980.

(120) Acerca de la bibliografía de L. CASTAÑÓN, vid. PÉREZ DE CASTRO, J. L., *Folklore de Asturias*, p. 67, n. 108. A ello se añaden otros trabajos como *Mitología asturiana*, Oviedo, 1983; *Diccionario geográfico de Asturias*, Oviedo, 1990, etcétera. Sobre la bibliografía de J. L. Pérez de Castro, vid. *Folklore de Asturias*, p. 67, n. 109.

No han sido los lingüistas los únicos profesores universitarios que se han acercado a los temas etnológicos en Asturias, y en este sentido se ha mencionado la enfática personalidad del historiador J. Uría Ríu. Con una formación múltiple, otro historiador, compañero de claustro del anterior y especializado en la prehistoria y protohistoria de Asturias, cultivó con cierta frecuencia temas relativos a la mitología, las creencias y la religiosidad popular a partir de algunos de sus trabajos de campo. Fue éste J. M. González, en cuya variada obra se descubre una preocupación antropológica, aunque de la misma manera se percibe su desconexión con la antropología científica (121).

Durante estas largas décadas, al tiempo que la antropología estaba adquiriendo un gran peso específico en las universidades de Europa y Norteamérica, donde se hallaban conformados los grandes departamentos y los antropólogos habían elegido las sociedades complejas como objeto de estudio —y el folklore constituye una vaga referencia sin entidad científica y académica—, en Asturias no se lleva a cabo un solo estudio netamente antropológico, por lo que el interés para la antropología reside en las observaciones rigurosas que se efectúan con valor tangencial, y ocasionalmente en alguna aportación proveniente del folklore. Será en los años sesenta cuando la situación comience a ofrecer síntomas de cambio, empezando a estudiarse la cultura como un sistema en el que el análisis de las mentalidades y de los factores ideológicos adquieren una gran importancia, a la que no resulta ajena la evolución política y la influencia del progreso que se está produciendo fuera de España en el seno de las ciencias sociales.

VIII.—LA ANTROPOLOGIA FISICA EN LAS ULTIMAS DECADAS

El magisterio ejercido por E. de Eguren prendería inmediatamente en la universidad de Oviedo, y un discípulo suyo, F. Aragón Escacena, profesor numerario de la Facultad de Ciencias desde 1947, sería más tarde el titular de la cátedra de su maestro (122).

(121) Contiene datos de interés etnológico el artículo de GONZÁLEZ FERNÁNDEZ-VALLES, J. M., «La mitología de las Fuentes de Valduno (Asturias)», *RDTP*, 13, 1957. Cf. también, del mismo autor, «El culto cristiano en los emplazamientos de los castros de Asturias», *Studium Ovetense*, 5, 1977.

(122) Vid. MARTÍNEZ, J. L., y LASTRA, C., «Historia de la enseñanza de las Ciencias Biológicas en la Universidad de Oviedo», *Revista de la Facultad de Ciencias*, 12, 13, 14 (núm. extraordinario), 1978. Igualmente, *La Facultad de Ciencias de la Universidad de Oviedo (Estudio histórico)*, Oviedo, 1984.

La orientación antropológica que dio F. Aragón a sus enseñanzas, heredada por tanto, daría frutos igualmente, y en el año 1962 se convocaba por oposición la primera cátedra de Antropología Física de la universidad de Oviedo que ganaba J. Pons Rosell. Por estos años la antropología física había alcanzado ya un alto nivel en la universidad española y sus contenidos constituían un atractivo para la investigación, de manera que la labor desplegada por muchos profesores se proyectaba sobre la dirección de valiosas tesis doctorales.

En los años que permaneció J. Pons en la universidad de Oviedo realizó una permanente labor de investigación, beneficiada por un intenso trabajo de campo que dio lugar a la publicación de algunos artículos sobre el estudio de los grupos sanguíneos en la población asturiana (123). Un alumno suyo, J. E. Egocheaga Rodríguez, alcanzaría el grado de doctor en la universidad de Oviedo por medio de un trabajo analítico sobre los dermatóglifos en Asturias (124). Dotado de una inmejorable formación científica, proveniente de sus estudios en las ciencias químicas y biológicas, J. E. Egocheaga llegaría a la cátedra de Antropología Física y acometería una densa tarea en el campo dermopapilar que en la actualidad combina con otros campos de investigación (125).

A propósito, algunos de los temas investigados por J. E. Egocheaga, como el de los aspectos dermopapilares, han sido objeto de investigación por parte de un discípulo suyo, P. Gómez (126), que a su vez, como profesor numerario de la asignatura, ha desarrollado una intensa labor. Interesado por las cuestiones morfotipológicas, entre sus observaciones no faltan otras relativas al

(123) PONS, J., «Grupos sanguíneos en asturianos», *Revista de la Facultad de Ciencias*, 2, Oviedo, 1964, págs. 3-7. Asimismo, PONS, J.; TRIGINER, J., y PLANAS, J., «Distribución de los tipos de haptoglobinas en la población asturiana», *Revista de la Facultad de Ciencias*, 8, 1967.

(124) EGOCHEAGA, J. E., *Análisis de los dermatoglifos en Asturias y su relación con otras poblaciones*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Biológicas. Universidad de Oviedo.

(125) Vid. EGOCHEAGA, J. E., «Las líneas dermopapilares en asturias. I. Dermatoglifos dactilares», *Trabajos de Antropología*, C.S.I.C., XVII/I, 1973, págs. 27-50. Igualmente, «Las líneas dermopapilares en asturianos. II. Dermatoglifos palmares», *Suplemento de Ciencias del Instituto de Estudios Asturianos*, 21, 1975, págs. 3-51; «Sensibilidad gustativa a la PTC en estudiantes asturianos», *Suplemento de Ciencias del Instituto de Estudios Asturianos*, 20, 1975, págs. 81-99.

(126) GÓMEZ, P., «Estudio dermopapilar de una población aislada de Asturias», *Suplemento de Ciencias del Instituto de Estudios Asturianos*, 23, 1978.

estudio de los grupos sanguíneos en Asturias (127) o a la antropometría (128). Los trabajos de P. Gómez han rebasado con frecuencia los límites asturianos para situarse en grupos de población de León y Cantabria, preferentemente localizados en zonas de montaña (129). Asimismo, otras tesis doctorales elaboradas bajo la dirección de J. E. Egocheaga, como la llevada a cabo por M. Fernández Rico, han tomado como referencia los aspectos axiológicos a partir de poblaciones escolares de extracción agrícola y ganadera (130).

Por último, y en relación con los hallazgos prehistóricos efectuados en Asturias, se han venido sucediendo distintos trabajos que tratan de abordar el estudio pormenorizado de los restos humanos y cuya autoría se debe a profesores universitarios especializados. Este es el caso de M. D. Garralda, que ha realizado una serie de análisis óseos a partir del resultado de las excavaciones de las cuevas de Tito Bustillo, Los Azules, Mazaculos y Cuartamentero (131).

En el presente, la colaboración entre la antropología física y la social no pasa de ser exigua, acentuando si cabe una separación que es notoria desde el propio nacimiento de la antropología, y

(127) Vid. GÓMEZ, P., *Estudio morfotipológico de los asturianos del S.E.*, Santander, 1977-1978. Asimismo, «Distribución zonal de los grupos sanguíneos A B O en Asturias», *Suplemento de Ciencias del Instituto de Estudios Asturianos*, 25, 1980; «Estudio de la distribución zonal y evolución de las características del sistema sanguíneo Rh en asturias», *Revista de la Facultad de Biología*, 1, Universidad de Oviedo, 1983.

(128) GÓMEZ, P., *Componentes bioantropológicos de los asturianos*, Oviedo, 1983.

(129) GÓMEZ, P., *Bioantropología e influencia geográfica en el N.E. de León*, León, 1977. También, «Estudio de la variación de la estatura e índice cefálico, según las clases de edad, en la población adulta de la región cantábrica de los Picos de Europa, *Revista Altamira*, 41, págs. 342-349, Santander, 1978.

(130) FERNÁNDEZ RICO, M., *Aspectos anxológicos de la población escolar agrícola-ganadera*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Biológicas. Universidad de Oviedo.

(131) Vid. GARRALDA, M. D., «Dientes humanos del magdaleniense de Tito Bustillo (Asturias)», en MOURE ROMANILLO, A., y CANO HERRERA, M., *Excavaciones en la cueva de Tito Bustillo (Asturias). Trabajos de 1975*, Oviedo, 1976, págs. 195-199. De la misma autora, «El esqueleto aziliense en la cueva de Los Azules. I (Cangas de Onís, Oviedo)», en *Actas del I Congreso de Antropología*, Barcelona, 1980. volumen II, págs. 573-580; «Las mandíbulas de Balmori y Mazaculos, II (Asturias). Estudio antropológico», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 102, 1981, págs. 595-603; «El cráneo asturiense de Cuartamentero (Llanes, Oviedo)», *Kobie*, 12, 1982, págs. 7-29. A propósito, vid. MENARD, J., «Las piezas dentarias de la cueva de Cuartamentero (Llanes, Oviedo)», *Kobie*, 12, 1982, págs. 31-32.

conformando una realidad que es patente en la mayor parte de Europa, a diferencia de lo que sucede en Estados Unidos, donde los departamentos universitarios acogen a profesores procedentes de ambos campos. En todo caso, la especialización alcanzada por la antropología física y la social a lo largo del último siglo en sus correspondientes ámbitos ha ido haciendo menos necesaria la convergencia.

IX.—LA CRECIENTE PUJANZA DE LOS ESTUDIOS ANTROPOLOGICOS

Mientras que la enseñanza de la antropología física progresó a buen ritmo en las universidades españolas desde las primeras décadas del siglo, la antropología social siguió un camino bien diferente en principio. Ciertamente, las mismas cátedras de Antropología Física incluyeron en sus programas lecciones de antropología cultural, y no fueron éstas las únicas que se encargaron de estas explicaciones, si se advierte que desde finales del siglo pasado también las cátedras de Derecho Penal integraban en sus programas una serie de temas. No es extraño que las ciencias sociales y jurídicas explicaran los avances científicos de la antropología, en tanto que realmente el objeto último de su conocimiento es el estudio del hombre y de la sociedad. Por cierto, los primeros antropólogos, como algunos de los actuales, proceden del ámbito jurídico, y a ellos está ligado en parte el desarrollo de la ciencia antropológica.

En los años de la posguerra y tras los pioneros estudios etnológicos de J. Caro Baroja y J. M. de Barandiarán, continuados todavía en el presente (132), la investigación en el campo de la an-

(132) La obra de ambos se inicia con anterioridad a la guerra civil. J. M. de BARANDIARÁN crea la Sociedad de Eusko-Folklore en 1921, cuyo órgano de difusión sería el *Anuario de Eusko-Folklore*. La obra investigadora del mismo se intensificará a partir de la publicación de *El hombre primitivo en el País Vasco*, en 1934. Después, en la posguerra publicará *Antropología de la población vasca*, en 1947, y un largo elenco de títulos recogidos en sus *Obras Completas*, Bilbao, 1973-1974. Sobre el significado de su obra, es imprescindible la consulta de AZCONA, J., «Notas para una historia de la antropología vasca: Telesforo de Aranzadi y José Miguel de Barandiarán», *Ethnica*, 17, 1981, págs. 63-84. J. CARO BAROJA publicará su primer trabajo en 1929, justamente en el *Anuario de Eusko-Folklore*, 9, «Algunas notas sobre la casa en la villa de Lesaka». Es en la posguerra cuando comienza publicando *Los pueblos del Norte*, Madrid, 1943; *La vida rural en Vera de Bidasoa*, Madrid, 1944, y una larga serie de títulos. Al respecto, vid GREENWOOD, J., «Julio Caro Baroja: sus obras e ideas», *Ethnica*, 2, Barcelona, 1971. Sobre la antropología en el País Vasco, VALLE, T. del, «Visión general de la antropología vasca», *Ethnica*, 17.

tropología cultural o social produjo en España tan sólo esporádicos resultados, y como norma general a cargo de antropólogos procedentes del exterior, a falta de una formación especializada de los españoles y debido a una desgana intelectual palmaria, mientras que en el campo de la docencia universitaria la ausencia de las cátedras correspondientes determinó una rémora, sólo paliada por la presencia antropológica en los contenidos de las afines, lo cual venía a constituir una prolongación, en cierto modo, de la situación previa.

Tras dos largas décadas de estancamiento, el discurso de los estudios antropológicos iría tomando en España un carácter cambiante. Por una parte, los análisis de índole antropológico a cargo de profesores universitarios formados en el extranjero se intensifican en los años sesenta, dando espléndidos resultados en los trabajos de J. Aceves (133), J. Pitt-Rivers (134), C. Lisón (135), W. Christian (136), S. Tax (137) y otros, y creando un estímulo fructífero entre los investigadores españoles. De otra parte, el conocimiento de la antropología cultural en la universidad es una realidad cada vez más evidente desde finales de la década de los cincuenta, y singularmente debida a la actividad desplegada por las cátedras de Historia de América de la universidad Complutense de Madrid y de la universidad de Sevilla, dirigidas, respectivamente, por los profesores Ballesteros Gaibrois y Alcina Franch. A este interés por el estudio de la antropología se unirían muchos departamentos de prehistoria y arqueología, como herencia de una vieja colaboración en el análisis de los pueblos primitivos y a imagen de lo que sucede en las universidades sajonas y norteamericanas. La creación por parte de la universidad de Navarra de la cátedra de Etnología Vasca en 1963, que recaerá en J. M. de Barandiarán, y la incorporación a la universidad de Barcelona de C. Esteva Fabregat en 1968 marcarán claramente la recepción académica de la antropología social o cultural en España.

(133) ACEVES, J., *Cambio social en un pueblo de España*, Barcelona, 1973.

(134) PITT-RIVERS, J., *Los hombres de la sierra. Ensayo sociológico sobre un pueblo de Andalucía*, Barcelona, 1971. Igualmente, *Antropología del honor o política de los sexos. Ensayo de antropología mediterránea*, Barcelona, 1979.

(135) LISÓN TOLOSANA, C., *Belmonte de los Caballeros*, Oxford, 1966.

(136) CHRISTIAN, W., *Religiosidad popular. Estudio antropológico de un valle español*, Madrid, 1978.

(137) TAX FREEMAN, S., *The pasiegos. Spaniards in No Man's Land*, Chicago, 1979.

Justamente, coincidiendo con este movimiento académico y científico en favor de la antropología social, en el año 1966 iniciaba sus tareas docentes en la universidad de Oviedo R. Valdés del Toro, encargándose específicamente de las explicaciones de la disciplina de etnología y como consecuencia de las gestiones realizadas por un grupo de profesores del claustro ovetense atento a la renovación universitaria que se estaba produciendo, en el que se encontraban E. Benito Ruano y A. Galmés, aparte de J. Uría que, desligado ya de las tareas pedagógicas, coadyuvó excepcionalmente. Por aquellos años, contando con una profunda formación adquirida en la universidad alemana, desplegaba R. Valdés una notable actividad científica en el campo antropológico, a la que no era ajena la traducción de algunas obras de autores extranjeros de singular relieve. Pero, además, R. Valdés venía efectuando desde finales de los años cincuenta un riguroso trabajo de campo en el concejo asturiano de Tapia de Casariego, simultaneado con sus quehaceres docentes en la cátedra de Historia del instituto del mismo lugar. La consecuencia sería una modélica elaboración que daría a conocer años después (138), como fruto de lo que sin duda es el primer trabajo de antropología social llevado a cabo en Asturias de acuerdo con lo que por aquellos años representaba el estado científico de la cuestión, y en buena medida aún hoy. El mérito de este señero trabajo se agranda más todavía conociendo la estrechez de medios materiales con que fue abordado, en la vanguardia de un tipo de investigación desconocido por aquellos años, por contra de la difusión que muestra en el presente (139).

Es así que de la tarea investigadora realizada en Asturias por R. Valdés en los años sesenta han quedado significativos ejemplos, que puede ser un buen exponente su excelente manual de *Antropología* gestado entonces, aparte de otras muchas publicaciones, algunas de las cuales fueron recogidas en *Archivum*, órgano de expresión científica de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Oviedo (140). De su corta y fecunda obra docente (1966-1971)

(138) VALDÉS DEL TORO, R., «Ecología y trabajo, fiestas y dieta en un concejo del occidente astur», en C. LISÓN (ed.), *Temas de antropología española*, Madrid, 1976, págs. 263-345. Igualmente, vid. «Sobre Asturias y la cultura asturiana», *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. VIII, Bilbao, 1988, págs. 313-328.

(139) Por aquel entonces el elenco de monografías antropológicas realizadas en España puede considerarse nulo. Por eso, merece la pena destacar las que modélicamente estaban llevando a efecto J. Aceves, J. Pitt-Rivers, C. Lisón Tolosana, etc. Cf. notas 133, 134 y 135.

(140) VALDÉS DEL TORO, R., *Antropología*, Madrid, 1973, 4 vols. Vid. asimismo, «Dionysos», *Archivum*, 18, 1968, págs. 291-324; «Orfeo», *Archivum*, 19, 1969, págs. 5-48.

en esta universidad han quedado numerosos alumnos, algunos de los cuales se hallan dedicados a la enseñanza de la antropología en la universidad española. Pero, además, quedó un extraordinario fondo bibliográfico, formado íntegramente por él a partir de escasísimos presupuestos, y cuyo elenco de títulos cuenta con escasos paralelismos. Por desgracia, la larga espera que le permitiera acceder a la plaza de profesor numerario no se vio satisfecha y determinó, en última instancia, que aceptara una oferta de la universidad Autónoma de Barcelona, que poco tiempo después le llevaría a alcanzar la cátedra de Antropología Cultural que hoy ocupa en la Facultad de Filosofía y Letras, y que por tanto se convirtió en una de las primeras dentro del Estado español.

Durante el tiempo que permaneció R. Valdés en la universidad de Oviedo lo hizo adscrito al departamento de filosofía, por lo que tras la marcha, y planteada la continuidad de la disciplina de etnología, se hizo cargo de la misma J. M. Gómez Tabanera (141), perteneciente al departamento de prehistoria, que se ocuparía de dichas enseñanzas hasta 1976 en que por razones diversas la plaza fue desdotada, dejándose en consecuencia de explicar la asignatura que desapareció del correspondiente plan de estudios, haciendo de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Oviedo un caso singular en el panorama universitario español. De esta manera se truncaba la prometedora etapa que iniciara R. Valdés diez años antes, definida no sólo por la vanguardia que representaban los contenidos que se explicaban sino también por las líneas de investigación abiertas, de manera que el olvido de la disciplina representaba, por otra parte, una clara contradicción con la implantación que de la misma se estaba haciendo ya en aquellos momentos en las universidades españolas. En todo caso, y como testigo de aquella realidad, el Colegio Universitario de León, dependiente por entonces de la universidad de Oviedo, proseguiría con las explicaciones de la asignatura, que tras convertirse en Facultad de

(141) Sobre J. M. GÓMEZ TABANERA, vid., entre otros trabajos, «El hórreo hispánico y las técnicas de conservación de grano en el N.W. de la Península Ibérica», en *Les tecniques de conservation des grains a long terme*, París, 1980, vol. II, págs. 97-117; «El estudio de las costumbres y tradiciones populares de Asturias y su integración en la investigación antropológica y etnográfica», en *III Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares*, Zaragoza, 1977; «Familia, quintana y casería en Asturias ante la investigación antropológica y etnohistórica», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 86, págs. 133-141; «El estudio del folklore asturiano», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 86, 1975; «Un siglo de folklore asturiano», *Cuadernos del Norte*, 14, 1982.

Filosofía y Letras, y por motivo de la citada herencia, pasaría a contar con el oportuno departamento, convertido más tarde en área de conocimiento, tras la entrada en vigor de la ley de Reforma Universitaria vigente.

Por contra, los estudios antropológicos que tenían a Asturias por objeto de sus investigaciones proseguirían su camino ascendente tras la marcha de R. Valdés. Eran los años en que algunos antropólogos españoles publicaban los resultados de sus pormenorizadas investigaciones, y éste es el caso, a modo de ejemplo, de I. Moreno Navarro (142) y E. Luque Baena (143) con sus trabajos sobre el Aljarafe sevillano (1973) y la Sierra granadina (1972), cuya carrera docente les llevaría a las cátedras universitarias. Pero también eran los años en que estaban dando a conocer su obra algunos antropólogos extranjeros que habían realizado su trabajo de campo en España, como por ejemplo, J. Pitt Rivers (144) y J. Aceves (145). Precisamente, un matrimonio de antropólogos norteamericanos, J. Fernández y R. Lellep, comenzaría al inicio de los años setenta lo que habría de convertirse en una densísima obra que alcanza a múltiples artículos, ponencias y colaboraciones, y cuyos resultados han sido expuestos en diversas universidades extranjeras. Siendo profesor de Antropología J. William Fernández en Dartmounth College, y contando con una selecta formación adquirida al lado de su maestro M. J. Herskovits (146), recogió las primeras observaciones empíricas en Asturias al final de los años sesenta, que corrieron paralelas a las que desde tiempo atrás venía reuniendo acerca de las culturas del Africa oriental y que hoy se hallan reunidas en una serie de monografías de consulta obligada (147). Por lo que respecta a Asturias, desde que en 1974 pu-

(142) MORENO NAVARRO, I., *Propiedades, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía. La estructura social de un pueblo del Aljarafe*, Madrid, 1972.

(143) LUQUE BAENA, E., *Estudio antropológico social de un pueblo del sur*, Madrid, 1972.

(144) Cf. n. 134.

(145) Cf. n. 133.

(146) M. Herskovits llena con su docencia y su investigación, desarrolladas en parte en la North Western University, una parte de la disciplina antropológica de nuestro siglo, inscrita en la herencia de F. Boas. De sus trabajos destacan *El hombre y sus obras*, México, 1954; *Franz Boas*, Nueva York, 1953.

(147) Vid. entre sus numerosos trabajos consecuentes a sus dilatadas investigaciones en el continente africano iniciadas a comienzos de los años sesenta, FERNÁNDEZ, J., *Microcosmogeny and Modernization in African Religions Movements*, Mc. Gill University, 1969; *Protest and Power in Black Africa*, en R. ROTBERG y otros (ed.), Oxford University Press, 1970; *Rededication and Prophetism in Ghana*, en *Cahiers d'Etudes Africaines*, París, 1970, vol. X; *Bwiti: An Etnography of the Religion Imagination in Africa*, Princeton University Press, 1982.

blicara el primer resultado de sus investigaciones, orientadas fundamentalmente al estudio del simbolismo, se han sucedido, según se ha dicho, otras muchas que se hallan recogidas en las más prestigiosas revistas científicas de la materia: *Current Anthropology* (148), *Semiotica* (149), *Critique of Anthropology* (150) y otras muchas más (151) que han contribuido a la formación de su importante obra, *Persuasions and Performances* (152). Mientras tanto, la carrera docente de J. Fernández ha continuado con una larga permanencia en la universidad de Princeton, hasta alcanzar el importante puesto que hoy ocupa en el departamento de antropología de la universidad de Chicago (153).

(148) FERNÁNDEZ, J., «The Mission of Metaphor in Expressive Culture», *Current Anthropology*, vol. 15, 1074, págs. 119-145.

(149) FERNÁNDEZ, J., «Reflections on Looking into Mirrors», *Semiotica*, vol. 30, 1980, págs. 27-39.

(150) FERNÁNDEZ, J., «Fieldwork in Southwesterm Europe», *Critique of Antropoly*, vol. VII, 1987, págs. 83 y ss.

(151) Acerca de la extensa bibliografía de J. Fernández sobre Asturias, aparte de la ya citada, vid. «La poesía en moción: siendo desplazada por burlas y por muerte en el país asturiano», en C. LISÓN (ed.), *Temas de antropología española*, Madrid, 1976, págs. 131-157. Este mismo trabajo se halla recogido, en su versión inglesa, en *New Literary History*, vol. VIII, 1976-1977, págs. 459-483. Del mismo autor, «Syllogisms of Association: Some Modern Extensions of Asturian Dupsong», en R. DORSON, *Folklore in the Modern World*, The hague, 1979, Págs. 183-206; «Convivial attitudes: the Ironic Play of Tropes in an International Kayak Festival in Northern Spain», en *Text, Play, and story: the construction and reconstruction of self and society*, Washington, 1984; «En torno a una vaca ratina (metáforas vivas y la cultura que ello implica)», *Lletres Asturianes*, 13, 1984, págs. 45-53; «Campos léxicos (Desplazamiento semántico y movimiento regionalista)», *Lletres Asturianes*, 18, 1985, págs. 55-69; «Folkloristas as Agents of Nationalism: Lengends Asturian Mountain Villagers Tell Thenselves (and others) about Thenselves and the problem of local, regional and national identity», *New York Folklore*, vol. 11, 1986, págs. 135-147; «Lo común en la comunidad rural en Asturias: diferencias de parecer. Divergencias de lectura», en *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid, 1986, págs. 185-195; «The call to the commons: decline and recommitment in Asturias, Spain», en B. Mc Cay y J. Acheson (eds.), *The question of the comons: the culture and ecology of communal resources*, Tucson, 1988, págs. 266-284; «La territorialidad de las palabras. Meditación del regionalismo en su aspecto léxico», en J. A. FERNÁNDEZ DE ROTA y MONTER, *Lengua y cultura: aproximación desde una semántica antropológica*, La Coruña, 1989, págs. 155-164.

(152) FERNÁNDEZ, J., *Persuasions and performances: the play of tropes in culture*, Bloomington, 1986.

(153) En su amplia carrera docente ha sido profesor asociado en el Dartmounth College entre 1964 y 1969, profesor numerario de la misma institución entre 1969 y 1975, en la universidad de Princeton entre 1975 y 1986, y desde entonces en la universidad de Chicago.

Paralelamente, R. Lellep, cuya extensa formación se inició en su país de origen, en Alemania, ha venido efectuando trabajo de campo en Asturias desde los años sesenta y, más orientada hacia la antropología biológica en general, ha participado junto a su esposo, J. Fernández, en algunos trabajos, de los que es una muestra el que contiene la edición de C. Lisón que se publicó con el título de *Expresiones de la cultura del pueblo* (154) en 1976. Tanto en el caso de R. Lellep como en el de J. Fernández las observaciones de campo han sido recogidas preferentemente en la parte meridional de la zona central asturiana.

También al final de los años sesenta iniciaba su trabajo analítico en Asturias M. Cátedra, tomando por objeto de estudio los *vaqueiros de alzada*, que de esta forma confirmaban el atractivo que habían supuesto durante mucho tiempo, resultando este grupo marginal tratado por vez primera desde el punto de vista puramente antropológico por una antropóloga que haría del tema la materia de su tesis doctoral (155) y también el objetivo de rigurosas investigaciones que han sido permanentemente publicadas por las revistas especializadas (156). Al mismo tiempo, M. Cátedra ha desarrollado sus tareas docentes en la universidad Complutense de Madrid, donde hoy ocupa la plaza de profesora numeraria de antropología social.

(154) Sobre la bibliografía de R. L. Fernández, vid. FERNÁNDEZ, J., y FERNÁNDEZ, R. L., «El escenario de la romería asturiana», en C. LISÓN (ed.), *Expresiones de la cultura del pueblo*, Madrid, 1976, págs. 230-261. Igualmente, «Under One Roof: Household Formation and Cultural Ideals in an Asturian Mountain Village», *Journal of Family History*, vol. 13, 1988, págs. 123-142. Asimismo, FERNÁNDEZ, R. L., «La lactancia materna: progresión de imágenes en su desuso», en M. Kenny y J. M. de Miguel, *La antropología médica en España*, Barcelona, 1980, págs. 295-308.

(155) Esencialmente, el trabajo de campo de M. Cátedra fue llevado a cabo entre 1970 y 1972, y aun en períodos posteriores, financiado por la Fundación Juan March, dando lugar a la correspondiente tesis doctoral defendida en la universidad Complutense de Madrid. Más tarde realizaría los estudios doctorales en la universidad de Pensilvania.

(156) Sobre M. CÁTEDRA TOMÁSA, vid. «Notas sobre un pueblo marginado: los vaqueiros de alzada (Ecología de braña y aldea)», *Revista de Estudios Sociales*, 6, 1972, págs. 139-164. Asimismo, «Notas sobre la envidia; los ojos malos entre los vaqueiros de alzada», en C. LISÓN TOLOSANA, *Temas de Antropología Española*, Madrid, 1976, págs. 9-48; «Qué es ser vaqueiro de alzada», *Revista de Expresiones Actuales de la Cultura del Pueblo*, 41, 1977, págs. 155-182; «Transhumancia: las dos vidas del vaqueiro de alzada», *Revista de Estudios Sociales*, 19, 1977, págs. 119-136; «Vacas y vaqueiros. Modos de vida y cultura en las brañas asturianas», en M. CÁTEDRA y R. SANMARTÍN, *Vaqueros y pescadores. Dos modos de vida*, Madrid, 1979, págs. 13-93; «Evolución de los sistemas ganaderos en España. Las vacas también son buenas para pensar», *Revista de Estudios Agrosociales*, 116, 1981, págs. 221-254.

Casi al mismo tiempo que estos últimos investigadores, al despuntar la década de los setenta comenzaba en Asturias su labor empírica J. L. García, asturiano de nacimiento, en posesión ya por entonces de una sólida formación adquirida en la universidad alemana y dedicado a las tareas docentes en la universidad Complutense de Madrid. Las observaciones de J. L. García en Asturias se centraron desde el primer momento en la montaña del occidente asturiano, y esencialmente en cuestiones relacionadas con la territorialidad y el simbolismo, que se han visto tratados en diferentes estudios, de los cuales constituye un encomiable exponente su *Antropología del territorio* (157). Fruto de su dedicación docente es su contribución al manual de *Antropología* (158), del que en unión de J. L. Cencillo es autor, y desde su cátedra de la universidad Complutense de Madrid ha venido desarrollando un incansable esfuerzo del que Asturias ha resultado especialmente beneficiada.

X.—EL PANORAMA ACTUAL

Todos los investigadores que en las décadas de los años sesenta y setenta habían participado en el estudio antroplógico de Asturias lo han continuado haciendo en la década actual, y a ellos se han unido otros más jóvenes que a partir del magisterio que ha supuesto el trabajo de los anteriores han efectuado distintas aportaciones que hoy permiten un mejor conocimiento de la antropología en la región. Coincide el hecho con la definitiva implantación de la antropología social o cultural en la práctica totalidad de las universidades del Estado español, excluida paradójicamente la universidad de Oviedo, que fuera pionera en la orientación científica. De otra parte, y lamentablemente, la universidad española se situó a la zaga de un proceso que vio cómo entre finales del siglo pasado y las primeras décadas de la nueva centuria la

(157) GARCÍA, J. L., *Antropología del territorio*, Madrid, 1976. A Propósito de su bibliografía sobre Asturias, vid. «Paradigmas y metáforas: análisis semántico del concepto de 'monte' en una comunidad del occidente de Asturias», *Actas del III Congreso de Antropología*, San Sebastián, 1984; «El tiempo cotidiano en Vilanova d'Oscos», en *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. X, Bilbao, 1988, págs. 13-30; «El contexto de la religiosidad popular», en C. ALVAREZ SANTALO y M. J. BUXO (coord.), *La religiosidad popular*, Barcelona, 1989, vol. I, págs. 19-29.; «El discurso del nativo sobre su propia cultura: análisis de un concejo asturiano», *Lletres Asturianes*, 1987.

(158) CENCILLO, L., y GARCÍA, J. L., *Antropología cultural. Factores psíquicos de la cultura*, Madrid, 1976.

antropología adquiría un gran prestigio en las universidades norteamericanas y europeas, con rango de liderazgo frecuentemente entre sus afines. Además la antropología física se ha situado en un puesto de relieve en el panorama del saber científico.

Más atrás se han explicado las líneas de investigación seguidas en la actualidad por J. E. Egocheaga y P. Gómez dentro de la antropología física en Asturias, y la concordancia con su labor docente en la universidad de Oviedo. En el ámbito de la antropología social, y al lado de la persistente y fructífera investigación desarrollada en Asturias por los autores citados en el apartado anterior, han venido destacando desde finales de la centuria pasada los sólidos trabajos realizados por J. López Linage, que desde su ocupación en el Centro Superior de Investigaciones Científicas ha logrado ampliar el campo de estudio, resultando algunos análisis tan notables como el efectuado en la vecina región de Cantabria bajo el título de *Antropología de la ferocidad cotidiana* (159).

Igualmente, en la década pasada comenzó a desarrollar su labor empírica en Asturias A. García, a partir del tema de los *vaqueiros de alzada*, que daría lugar a la correspondiente tesis doctoral leída en la universidad de Oviedo en 1985 y cuya dirección corrió a cargo de J. I. Ruiz de la Peña, catedrático de la universidad de Oviedo. El trabajo de A. García, histórico y antropológico, se convertiría así en el último eslabón de una larga cadena que comenzara con G. M. de Jovellanos dos siglos antes, de suerte que en la obra de aquél, juntamente con la de M. Cátedra, se contienen sendas construcciones científicas de un apreciable valor. Posteriormente, A. García ha proseguido sus investigaciones en el mismo tema y en otros relativos a la familia rural asturiana (160).

A propósito, un profesor de la universidad Complutense de Madrid, J. O. Sánchez Fernández, ha tratado también algunos aspectos de los *vaqueiros de alzada* con gran precisión, y en los últimos años ha estado centrado en el trabajo de campo en el medio

(159) LÓPEZ LINAGE, J., *Antropología de la ferocidad cotidiana: supervivencia y trabajo en una comunidad cántabra*, Madrid, 1978. J. López Linage es autor de una tesis doctoral titulada *Un estudio de cambio social en el Occidente asturiano. 1940-1975*, Universidad Complutense de Madrid, 1982.

(160) Sobre A. GARCÍA MARTÍNEZ, vid. *Los vaqueiros de alzada de Asturias. Un estudio histórico-antropológico*, Oviedo, 1989. Asimismo, «Análisis del sistema de parentesco de los vaqueiros de alzada en Asturias», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 105-106, 1982; «La familia rural asturiana: estructura, funcionamiento y transformaciones», *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. IX, Bilbao, 1988, págs. 181-218; «La sociedad rural asturiana: mujer, matrimonio y familia», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 134, 1990, págs. 389-412.

marino y pesquero de Asturias, y consecuencia de lo cual han sido sucesivos artículos contenidos en diversas publicaciones científicas (161). Es, por otro lado, bien apreciable la tarea de J. O. Sánchez Fernández vertiendo al castellano algunas obras significativas en el panorama de la ciencia antropológica (162).

En la nómina reseñada ha de incluirse, asimismo, la tarea de una serie de estudiosos que han conjugado otras dedicaciones con el quehacer antropológico. A F. J. Fernández Conde, profesor titular de Historia medieval, se debe la dirección de un ambicioso proyecto etnohistórico relativo a los concejos de Quirós y Teverga, en la zona meridional de Asturias, además de la publicación de algunos trabajos específicos (163). De otra parte, R. González-Quevedo es el autor de una tesis doctoral de carácter antropológico cuyo marco geográfico se sitúa al norte de las tierras leonesas, en las proximidades del actual territorio administrativo asturiano (164), a la que se añaden distintos trabajos relativos a la cultura asturiana en los últimos años (165). A esta labor únese la de G. Coma (166) y otros investigadores que, igualmente, comparten su vocación con la actividad profesional.

En torno a la figura de R. Valdés del Toro, ocupando durante años la dirección del Departamento de antropología cultural de la universidad Autónoma de Barcelona, y posteriormente la del Departamento de historia de las sociedades precapitalistas de la misma universidad, ha prendido un largo repertorio de profesores universitarios, entre los que se encuentran algunos asturianos,

(161) Vid. SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J. O., «Estrategias económicas en los vaqueiros de alzada del concejo de Somiedo (Asturias)», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 125, 1988, págs. 189-213; «Modelos procesuales en antropología ecológica y económica», *Agricultura y Sociedad*, 40, 1986, págs. 99-124; «Cambio tecnológico y gestión de recursos marinos en el puerto de Cudillero», *Eres* (revista del Museo Etnológico de Santa Cruz de Tenerife), 2, 1990; «Toma de decisiones en la cría de ganado en Asturias», *Agricultura y Sociedad*, 55, 1990.

(162) E.g., la traducción correspondiente a la obra de M. HARRIS, *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, Madrid, 1980 (Hay sucesivas ediciones).

(163) FERNÁNDEZ CONDE, F. J., «Religiosidad popular asturiana», *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. IX, Bilbao, 1988.

(164) GONZÁLEZ-QUEVEDO, R., *Análisis del cambio social en el Alto Sil*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid, 1985.

(165) Vid. GONZÁLEZ-QUEVEDO, R., «Agricultura y ganadería», en *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. VIII, Bilbao, 1988. También «División sexual del trabajo y toma de decisión», en *Actas del IV Congreso de Antropología* (1987).

(166) Cf. n. 174. Asimismo, COMA GONZÁLEZ, G., «Aproximación etnohistórica a un rito de paso en Asturias. Notas para el estudio del matrimonio», en D. COMAS D'ARGEMIR, *Matrimonio, familia y parentesco*, Actas del IV Congreso de Antropología (1987), Valencia, 1990.

que si bien no han realizado labor de investigación antropológica en Asturias, son autores de una notable obra, y valga el caso de A. González Echevarría (167) y A. Cardín (168).

En el plano etnográfico se han venido desarrollando en los últimos años en Asturias diversas y sucesivas observaciones que han cuajado en distintas publicaciones, dando vida a un tipo de investigaciones que aunque alejadas de las construcciones antropológicas, cuando tienen carácter científico constituyen el punto de partida de éstas. Por múltiples razones —ideológicas, etnocéntricas, etc.—, durante más de un siglo ha sido la investigación de índole etnográfica la dominante en Asturias, al lado de las consideraciones puramente folklóricas, de forma que la tarea descriptiva, lejos de ser un estímulo que posibilitara el salto a la labor analógica o etnológica y, por supuesto, a la antropológica, a menudo se constituía en una rémora de difícil superación. Dicho en otras palabras, la etnografía, lejos de ser un medio, se constituía *per se* en un fin. Ahora bien, en la última década se han realizado algunos trabajos de indudable relieve y dotados de una técnica consecuentemente desarrollada, entre los que se encuentran los llevados a cabo por A. Graña y J. López (169) y otros autores (170),

(167) González Echevarría, A., *Etnografía y comparación. La investigación intelectual en Antropología*, Barcelona, 1990. También, González Echevarría, A., y San Martín, T., «El estudio del parentesco: Una primera aproximación», en *Tres escritos introductorios al estudio del parentesco*, Barcelona, 1983, págs. 5-22.

(168) Cardín, A., *Movimientos religiosos modernos*, Barcelona, 1982; *Tientos etnológicos*, Madrid, 1988; *Lo próximo y lo ajeno: Tientos etnológicos. II*, Barcelona, 1990.

(169) Vid. Graña, A., y López, J., *Hórreos y paneras del concejo de Allande (Asturias). Evolución y motivos decorativos*, Oviedo, 1983; «Los hórreos del concejo de Villaviciosa (Asturias)», *Etnografía Española*, 4, 1984, págs. 55-74; «Aproximación a los estilos decorativos de los hórreos y paneras asturianas», *Astura*, 4, 1985, págs. 55-77; «Dos nuevas vías para el estudio del hórreo asturiano: una hipótesis sobre su origen y una clasificación de sus decoraciones», Anexo a la reimpresión de la obra de E. Francowski, *Hórreos y palafitos de la Península Ibérica*, 1988; «Un molino de marea en la ría del Eo», *Asturias*, 6, 1987; «Las construcciones populares», en *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. VIII, Bilbao, 1987, págs. 73-114.

(170) Vid. e. g. Feito, J. M., *Artesanía popular asturiana*, Gijón, 1977; igualmente, *Artesanía tradicional asturiana*, Oviedo, 1983; Monte Carreño, V., *El azabache en Asturias*, Oviedo, 1984; Martínez Zamora, E., «Instrumentos musicales tradicionales», en *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. IX, Bilbao, 1988, págs. 219-240; Lago Mediante, P., «Mobiliario y ajuar», en *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. VIII, Bilbao, 1987, págs. 115-126; Rodríguez Hevia, V., e Iglesias Cueva, L., «Una muestra del teatro popular: les comedies de los guirrios» *Enciclopedia Temática de Asturias*, vol. IX, Bilbao, 1988, págs. 269-286. Asimismo, Cobo Arias, F.; Cores Rambaud, M., y Zarracina Valcarce, M., *Los hórreos asturianos. Tipologías y decoración*, Oviedo, 1986.

situados en el seno de lo que se viene llamando cultura material, con una clara preferencia por el examen de una singular construcción anexa a la casa de viviendas que es el hórreo, en su manifestación asturiana.

Por último, desde mediados de la década actual el autor del presente artículo ha desarrollado distintos trabajos antropológicos, alternados con la labor docente desempeñada en la Facultad de Derecho de la universidad de Oviedo en este tiempo, y continuada en la actualidad en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Cantabria, que se encuadran fundamentalmente en los campos de la antropología religiosa (171) y jurídica (172), a la que se añade un estudio acerca de la *Vida tradicional y proceso de cambio en un valle del oriente asturiano* (173), que constituyó la primera tesis de antropología social leída en la Facultad de Geografía e Historia de la universidad ovetense en el año 1988, dirigida igualmente por J. I. Ruiz de la Peña —dotado, como su maestro J. Uría Ríu, de una sólida formación humanista y jurídica—, así como otras investigaciones (174). En este caso, la modesta tarea no ha sido ajena a la siembra efectuada desde los años cincuenta por la investigación antropológica en el ámbito hispano en ge-

(171) GÓMEZ PELLÓN, E., «Notas para el estudio etnohistórico del complejo festivo asturiano», en C. ALVAREZ SANTALO y M. J. BUXO (coord.), *La religiosidad popular*, Barcelona, 1989, vol. III, págs. 147-168. Asimismo, «Elementos significativos de las fiestas tradicionales asturianas», *Narria* (Revista del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid), 39-40, 1985.

(172) GÓMEZ PELLÓN, E., «Los concejos abiertos parroquiales asturianos: el caso del oriente asturiano», en *Libro del I Congreso Jurídico de Asturias*, Oviedo, 1987, págs. 457-472; «Un caso de regalismo borbónico: la defensa de la libertad de moda por parte del fiscal Campomanes frente a la pretendida potestad reglamentista de la autoridad eclesiástica», en J. HEUCLIN y M. PACAUT, *Historia de la Iglesia y de las instituciones eclesiásticas. Trabajos en homenaje a Ferrán Vals i Taberner*, Málaga, 1989, págs. 4.183-4.212; «Contribución del krausismo a la historia de la antropología en España: el caso de la Universidad de Oviedo», en *Actas del V Congreso de Antropología*, Granada (en prensa).

(173) GÓMEZ PELLÓN, E., *Vida tradicional y proceso de cambio en un valle del oriente asturiano. Estudio antropológico*. Tesis doctoral. Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Oviedo (1988). Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias (prensa).

(174) GÓMEZ PELLÓN, E., «Consideraciones acerca del conocimiento antropológico de Asturias» (prensa). Ediciones Ediastur; «Antropología de los pueblos del norte de España: Asturias», en *Revista de Antropología*, núm. 0 (prensa). Asimismo, GÓMEZ PELLÓN, E., y COMA GONZÁLEZ, G., *Fiestas de Asturias. Aproximación al panorama festivo asturiano*, Oviedo, 1985; igualmente, *Fiestas y rituales de Asturias. Período estival*, Oviedo, 1986; *Las mascaradas de invierno en Asturias*, Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias (prensa).

neral y asturiano en particular, que han deparado modelos de análisis de extraordinaria entidad, de los cuales en parte se da cuenta en este artículo.

Después de lo dicho hasta aquí, es claro que la región asturiana viene siendo objeto de continuos análisis antropológicos desde que en los años cincuenta comenzaran los primeros, de forma que aun considerando la necesidad de persistir en el estudio, el resultado ha de entenderse satisfactorio. El hecho de que los investigadores sean esencialmente profesores universitarios ha permitido aplicar el conocimiento científico a la realidad regional, con lo cual además de los propósitos inmediatos se han sentado las bases para la construcción de una teoría general, y por supuesto se ha creado el estímulo necesario para que otros investigadores, animados por el estado de la cuestión, tomaran la senda del estudio antropológico. El progresivo avance en la técnica ha alcanzado con intensidad a todo el proceso investigador, desde el trabajo de campo etnográfico hasta la construcción de los resultados y, en resumidas cuentas, la labor realizada en Asturias en el ámbito antropológico es en muchos aspectos loable, particularmente admitiendo la falta de observaciones rigurosas previas.

Al margen de los estudios sistemáticos y organizados de la cultura, continúan produciéndose aproximaciones eruditas a las cuestiones que tradicionalmente han tenido un tratamiento folklórico, y separadamente de cualquier preocupación metodológica o técnica, con el transfondo singular que han venido poseyendo desde su aparición, de preferencia por los elementos más emblemáticos de la cultura, previamente extraídos de su contexto. Al respecto, ha sido su desconexión con el ámbito estrictamente académico la que ha posibilitado desde su aparición el acceso a los mismos de estudiosos de diversa formación y procedencia. En este cuadro se entiende el paternalismo que algunos folkloristas, a título individual o colectivo, han ejercido tradicionalmente sobre la cultura regional asturiana, paralelamente a lo que ha sucedido en otras regiones, y que en buena medida perdura, con independencia del mérito que puedan representar algunos de estos trabajos aisladamente.

En fin, el alto nivel científico alcanzado por la antropología en España en general, y del que se han beneficiado los análisis llevados a cabo en Asturias, se ha visto acompañado en el ámbito académico con una permanente potenciación de su rango, de manera que la disciplina que ya se hallaba presente en un buen número de titulaciones universitarias ha ensanchado su presencia

en los nuevos planes de estudio que en la actualidad se están implantando, reconociéndose así de derecho el interés científico de una parcela de conocimiento que venía teniendo entidad disciplinar en la casi totalidad de las universidades españolas, al mismo tiempo que se confiere a la antropología el carácter que posee desde hace muchas décadas en la mayoría de las universidades europeas y norteamericanas y en las de otras partes del mundo.

DOS PROLOGOS DE RAMON PEREZ DE AYALA
(APORTACION A SU BIBLIOGRAFIA)

MARÍA MARTÍNEZ CACHERO-ROJO

Cuando era ya escritor prestigioso, Ramón Pérez de Ayala prologó unos cuantos libros ajenos, llevado por la amistad, en ciertos casos, y obligado en otros por el compromiso; ignoro por qué no están reunidos todos ellos, cuyo número es más bien reducido, en el correspondiente apartado de las *Obras Completas* (1). José Ramón González ha exhumado en este Boletín (2) el prólogo que Pérez de Ayala puso en ¿1920? (3) a un volumen de la colección «Estrella» dedicado al pintor catalán Miguel Viladrich que contenía, junto al texto ayalino, reproducciones de cuadros suyos; años antes, José M.ª Martínez Cachero hizo otro tanto con el prólogo de Ayala a *La linterna de Diógenes*, libro del periodista peruano Alberto Guillén (4). Pero todavía quedan sin exhumar de donde fueron inicialmente publicados, trabajos suyos de esa naturaleza, labor a la que contribuyo con la presente aportación. (Deben recordarse también los prólogos que Pérez de Ayala puso a alguna de sus obras como la novela corta *Justicia* (5), o el tomo de las poesías completas) (6).

(1) Obras Completas de Ramón Pérez de Ayala, al cuidado de José García Mercadal; tomo segundo: Madrid, Aguilar, 1965. El apartado aludido se llama «Prólogos y críticas de libros».

(2) «Ramón Pérez de Ayala, crítico de arte. Algunas notas y un prólogo olvidado», *BIDEA*, Oviedo, 1990, núm. 134, págs. 219-232.

(3) Indica este año, pero con interrogación, Constantino Suárez, *Escritores y artistas asturianos...*, tomo VI, p. 147. Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1957.

(4) JOSÉ M.ª MARTÍNEZ CACHERO, «Ramón Pérez de Ayala en dos entrevistas de hacia 1920», *BIDEA*, Oviedo, 1975, núm. 86, págs. 407-19.

(5) ANDRÉS AMORÓS, «El prólogo desconocido de *Justicia*, de Pérez de Ayala», *BIDEA*, Oviedo, 1978, núm. 87, págs. 3-11.

(6) Número 244 de la colección Austral, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.

Excepto el caso de *Matiz de vida. Prosas* de Gil Nuño del Robledal, su convecino, libro al que el joven Pérez de Ayala, con el seudónimo de «Raimundo de Peñafort», puso prólogo en 1907 (7), los restantes que conozco datan de época posterior, de los años veinte la mayoría; cerrando la lista figura el compuesto durante su exilio en Buenos Aires para una edición de las novelas cortas de Leopoldo Alas (8). La extensión de tales escritos es, por lo general, la acostumbrada en estos casos, con marcada tendencia a la brevedad, pese a que el prologuista, como es su costumbre, se entregue a la divagación y durante alguna parte de ellos parezca haberse olvidado del objetivo propuesto; en el caso de Luis de Tapia (como se verá en el Apéndice) ocupa buen espacio una divagación acerca de la palabra «ingenio», puesto que Tapia lo tiene; en el caso de Luis Santullano, la convalecencia por la que atraviesa el prologuista le da pie para la divagación. Con todo, el libro comentado hace acto de presencia para el pertinente elogio, nunca tópico y siempre comedido; se ofrecen también algunos datos concretos que informan sobre el autor en cuestión. Se advierten igualmente la amistad, el conocimiento personal entre prologuista y prologado y, en algunos casos, la devoción del primero por el segundo, que —respecto de Cejador (9) y de Clarín— viene avalada por el hecho de que ambos fueron maestros suyos muy queridos. En este breve conjunto encontramos prólogos dedicados a narradores, poetas, periodistas, ensayistas, artistas plásticos, lo cual supone una relativa variedad.

Luis de Tapia (Madrid, 1871-1938) gozó en su tiempo de una gran popularidad gracias a sus ripios diarios en periódicos madrileños como *La Libertad*, donde comentaba festivamente —«amigo soy de burlas y de chanzas», escribe en su autorretrato *En cuerpo y alma*— la actualidad local y nacional, política, pero no sólo política, con intención y gracejo, lo que también hacía a veces en artículos periodísticos de mayor extensión que los ripios; no siempre atacaba Tapia, que también sabía elogiar —así en algunos ripios necrológicos o celebrando determinadas efemérides, para lo cual le ayudaba una considerable capacidad versificadora.

---

(7) Lo exhumó Manuel Fernández Avello en *Recuerdos asturianos de Ramón Pérez de Ayala*, Oviedo, 1980, págs. 33-36.

(8) *Doña Berta, Cuervo, Superchería*, Buenos Aires, colección Hórreo, Emecé, 1943; el prólogo se titula «Clarín y don Leopoldo Alas» (págs. 7-26), fechado en Buenos Aires, Navidad de 1942.

(9) JULIO CEJADOR, *Recuerdos de mi vida*, Madrid, 1927.

El prólogo de Pérez de Ayala se titula «Elogio del ingenio» y abre el librito (ochenta páginas en octavo) de la colección «los Poetas» (núm. 33: 23-III-1929) que ofrece, semana tras semana, los mejores versos del poeta elegido, vivos (como Villaespesa o Felipe Sassone) o difuntos (como Campoamor o Federico Balart). Ayala se había ocupado de Tapia en un artículo publicado bastantes años antes en *Heraldo de Madrid* y repetiría el elogio en 1932 (10), aparte de haberle sacado como protagonista en la novela de 1913 *Troteras y danzaderas*.

Luis Alvarez Santullano nació en Oviedo, 1879, y murió, exiliado republicano, en México, 1952 (11). Pudiera definírsele como un intelectual novecentista, muy activo y autor de una obra genéricamente variada. Ayala, amigo y paisano de Santullano, fue convertido por éste en maestro y guía de su literatura narrativa, puesto que en el estilo de ella se advierte un dejo ayalino, lo que se completa y refuerza con la antropomorfización de algunos objetos, más la relativa abundancia de digresiones culturalistas a las que tan aficionado era Pérez de Ayala.

Otro parecido entre ambos escritores pudiera ser —en la novela *Paxaron o la fatalidad* (1932), prologada por Ayala— la suerte de Paxaron, traicionado por Elvira, su mujer, que le dejará solo, víctima de sí mismo y protector de Patalín, su joven vecino, caso que puede hacer recordar las vicisitudes de Tigre Juan en la novela de este título. Hay en el prólogo (que se ofrece en el Apéndice) una pregunta de Ayala, encarado no sólo con la novela de Santullano, sino también con la total historia de España: «¿Me permite usted que en ese paralelismo y oposición de las dos mitades de su novela haya yo creído advertir un simbolismo español?», formulada en un momento difícil, cuando todavía no estaba clara la situación de la reciente segunda República, de cuyo Parlamento era diputado Pérez de Ayala.

(10) Con unas líneas al frente del libro-homenaje *50 coplas de Luis de Tapia*, Madrid, 1932.

(11) Sobre Alvarez Santullano, vid.: Constantino Suárez, *Escritores y artistas asturianos...*, tomo I, págs. 349-353, Madrid, 1936; y los artículos de Manuel Andújar («Inicial tributo a don Luis A. Santullano, "Carbayón" de nota y pro») y José M.ª Martínez Cachero («Acercamiento a Luis Santullano, novelista») en las páginas centrales del núm. 1 (18-I-1979) de *Revista de Asturias*, suplemento del diario ovetense *Asturias*.

APENDICE

ELOGIO DEL INGENIO

Soy añejo admirador de Luis de Tapia. Mi admiración, además, no ha sido callada y confidencial, sino paladina. Hace años (¡Ay!, bastantes años), publiqué en *Heraldo de Madrid* un artículo apologético y doctrinal —quizás demasiado doctrinal—, acerca de este gran poeta satírico. Y en mi novela *Troteras y Danzaderas* —mundillo de ficción, dentro del cual, con leve, transparente máscara y apenas disimuladas, pulula regular acopio de figuras reales, las más señaladas y conspicuas en nuestra literatura actual— hay cierto personaje, una especie de redivivo Marcial, en quien el lector menos agraciado con instinto policiaco y aptitud para descifrar adivinanzas, echará de ver al punto que se trata de Luis de Tapia, aunque con nombre fingido, como es de rigor en una fingida historia (12). Un poeta satírico español actual, en efecto, ¿quién puede ser sino Luis de Tapia? No recuerdo a ningún otro. Y si lo hubiese, que me perdone el olvido.

Traigo aquí la memoria del tiempo lejano, a fin de acreditar cuán desde largo data mi admiración hacia el feliz ingenio de Luis de Tapia; admiración, de entonces acá, inalterable, como es inalterable su ingenio, y de oro, y de la más pura ley.

Ingenio... Esta noble palabra ha ido descenciendo y mudando de condición en dos siglos de sobaduras y empleo abusivo. Hoy ingenio da a entender preconcebida comicidad, chanza, habilidad o presteza para el chiste, chispa. Pero el ingenio es algo más y algo mejor. La misma voz «ingenio»,

(12) En *Troteras y danzaderas*, Luis de Tapia aparece en dos ocasiones y se le llama Luis Muro, «Afamado por sus versos satíricos, versos nerviosos y garbosos, de picante venustidad en la forma y austero contenido ideal, como maja del Avapiés que estuviera encinta de un hidalgo manchego. Muro había nacido en el propio Madrid, y su traza corporal lo declaraba paladinamente. Aun cuando propendía a inclinar el torso hacia delante, había en las líneas maestras de su cuerpo, y lo mismo en las de su arte, esa aspiración a ponerse de vez en cuando en jarras que se observa en las figuras de Goya; esto es, la aptitud para la braveza. Hablaba con quevedesco conceptismo y dicacidad, y componía retruécanos sin cuento. Su charla y sus versos eran de ordinario tonificantes, como una ducha». Andrés Amorós documenta en su libro *Vida y literatura en «Troteras y danzaderas»* (Madrid, Castalia, 1973, págs. 95-101) la relación literaria y amistosa entre Tapia y Pérez de Ayala.

declara su analogía y consanguinidad con «ingénito». Ingénito quiere decir lo no engendrado, que no se recibe ni se trasmite por herencia, cierto don desacostumbrado y cualidad fuera de lo común, con naturales, con que ya se nace, como por la gracia de Dios. Esa del ingenio es la verdadera realeza, e ingénito es el ingenio, que no la corona; porque en las monarquías hereditarias, el rey no nace rey por la gracia de Dios, antes bien por la gracia de ser hijo de sus padres, y en las electivas, el soberano no nace, se hace, o mejor le hacen, en tanto el ingenio no se hace, sino que nace milagrosamente, sorprendentemente, casi diría escandalosamente, como el mirlo blanco, *rara avis*, la nieve procreada por el azabache. El ingenio nace y renace de sí mismo, sin jamás agotarse. Por eso le cuadra otro parangón ornitológico. A Lope se le calificó de Fénix de los Ingenios. Pero a todo ingenio auténtico, le conviene idéntico calificativo. El curso mortal de un ingenio, es una manera de inmortalidad; un continuo renacimiento, un acto infatigable de creación. El ingenio es la facultad generativa por excelencia. Otra palabra de la familia del ingenio, es generosidad. Generosidad, atributo del ingenio. El ingenio no es, ni sabe ser, avaro de sí propio. Se da, en cada momento, todo él sin reserva, medida ni cálculo; rebosa, superfluye, se desparrama dadivosamente. El derroche hacia fuera, le succiona de las inagotables entrañas nueva y más caudalosa abundancia. Tal es la diferencia que advierto entre el ingenio, según lo entendían nuestros antepasados en las letras, y el seudo ingenio, en la disminuida acepción moderna. Los ingredientes del seudo ingenio, comicidad, chanza, habilidad o presteza para el chiste, chispa, suelen ser circunstancias ocasionales y transitorias de la exuberancia juvenil, y en ocasiones producto trabajoso del aprendizaje, hábito profesional. Pero, muy presto la comicidad amanerada, homogénea, de tranquillo, pierde eficacia hilarante, la chanza se embota, la habilidad y presteza para el chiste, se entorpece y entumece, la chispa se apaga. No así el ingenio, el cual se parece a un hoyo, que cuanta más tierra le quitan, más ancho y profundo es. Del mismo modo el ingenio cuanta más substancia se le saca, en razón equivalente aumenta.

¿Cuántos años, cuántos lustros, cuántas décadas lleva Luis de Tapia poniendo en parturición cotidiana su ingenio ubérrimo? (13). Cada día trae su afán, dice el Espíritu Santo. Cada día trae un poema de Luis de Tapia, como compensación de aquel maldito afán diario que la Biblia nos adjudica. Y estos poemas, ineludibles como la aurora, son, también como ella, frescos, estimulantes; son siempre despertadores de la conciencia y del sentido grave de la vida, como el gorjeo

(13) Desde aquí hasta «la sal que preserva de corrupción» va el fragmento elegido por Pérez de Ayala para contribuir al libro-homenaje de 1932, *50 coplas de Luis de Tapia*.

de los pájaros mañaneros y, también como ellos, alegres en el acento; son siempre oportunos porque se apoyan en la realidad del presente o del pasado próximo, así como en la arquitectura del tiempo cada día se sustenta sobre el día anterior; en suma, son siempre históricos. Sagazmente ha dicho un hombre político que Luis de Tapia, burla burlando, venía desde hace años, poniendo en verso la historia política de España. Y la historia social, porque en la dilatada obra de Luis de Tapia las costumbres contemporáneas están cristalizadas en breves y brilladores granos de sal ática; la sal, que preserva de corrupción. Y la historia literaria, porque apenas hay libro digno de recordación ni silueta de autor notorio que no se hallen empadronados en sus versos (si bien no estoy conforme con la sátira despectiva, y aun injuriosa, que Luis de Tapia ha dedicado a toda tendencia o escuela literaria de propósito renovador (14). Pero, también esto es historia. ¡Curiosa paradoja; su espíritu tan rebelde en lo político y social que por instinto repudia cualquier osadía frente al orden tradicional establecido para las letras y las artes!). Y finalmente, la historia natural; la notación amorosa y musical de la naturaleza física, de los paisajes patrios. ¿Qué otra cosa es la poesía lírica, sino la emoción rítmica del corazón del hombre en contacto con el enigma del mundo; el propio enigma, en resolución? Para Luis de Tapia el mundo exterior existe *sub specie pulchritudinis*, bajo la óptica de la belleza espiritual.

Extensamente, sin pecar de prolijidad, podría estudiarse a Tapia como satírico; como historiador, ya serio, ya humorístico, de su época; como trovador... Por imperativo de espacio, he preferido enfocarlo como ingenio, en la acepción clásica del concepto.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

CARTA-PROLOGO

Mi querido Luis: bajo el sol trasañejo, generoso y exquisitamente embriagador de Toledo, en un fugaz período de convalecencia (15), he leído —no sé si sería más exacto decir, he bebido y he vivido— las galeradas de su novela. En el proceso de la convalecencia nuestra doble y ayuntada personalidad, fisiológica y psíquica, desciende y ahonda, dentro de

(14) En esta misma antología de «Sus mejores versos» hay muestras de esta actitud retardataria: anti-modernista en el poema *La canción del esteta* (págs. 18-19) y anti-vanguardista en *Carnaval «dadaísta»* (págs. 21-23).

(15) Ninguna alusión a esta convalecencia hay, por ejemplo, en el epistolario de Pérez de Ayala a Miguel Rodríguez-Acosta (dado a conocer en 1980 por Andrés Amorós), donde no se incluye ninguna carta correspondiente a 1932, pues se pasa del año 1831 (carta núm. 89) al año 1934 (carta núm. 90).

sí propia, a nutrirse de regenerada energía desde las raíces fundamentales de la vida y abrevarse hasta la saciedad en los hontanares primarios y recónditos de la salud. Una convaleciencia es una especie de adolescencia; esperanza, acidulada de melancolía; atardecer que evoluciona en aurora, sin el nexo intermediario de la noche. Convalecencia y adolescencia son estados de ánimo crepusculares. Durante ellos la realidad se desmaterializa y adopta ingrávida tenuidad; se hace más penetrable y penetrante; así nos disolvemos en ella como ella se infiltra colmadamente en nosotros, aprovechando nuestra actitud transitoria de receptividad perfecta y expectante porosidad. Adolescencia y convalecencia son, de esta suerte, una manera de dulce ebriedad o leve intoxicación alcohólica. La incompatibilidad cronológica del antes y el después, es abolida; el pasado y lo porvenir se insinúan en nuestro horizonte intuitivo, entre celajes exaltados, con una sensación religiosa de presencia, de quietud y perdurabilidad desencarnadas. Ponga usted, pues, querido Luis, de una parte el otoño, el cielo y el sol, exquisitamente embriagadores de Toledo, y de otra esa predisposición fisiológica y psicológica de la convalecencia hacia la susceptibilidad imaginativa y emotiva; ahora añadamos que la mitad primera de su novela se compone de imágenes y emociones, extraídas con vivacidad convincente, del seminario rural y urbano, tan abundante y diverso, de nuestro pueblo natal, allá en la época esperanzada y melancólica de nuestra adolescencia; y finalmente, con estas tres cargas, de tamaña potencialidad, así en lo intelectual como en lo vegetativo, disparadas de consuno hacia el mismo blanco, dígame, en conclusión, si alcanza a presumir que llegue usted a disfrutar para su libro de otro lector favorecido por el acaso propicio con un complejo de circunstancias tan a propósito para convivirlo, comprenderlo y gustarlo. Lo considero dificultosísimo. Sinceramente creo que soy el mejor lector de su novela. Por esta razón quizá, yo sería el peor crítico: desde luego, porque no hallo defectos mayores que ponerle; y después, porque cuanto dijese en su elogio podría sonar egoísta o apasionado. Esto no estorba a que, entre usted y yo, no me recate en comunicarle, con amistosa sobriedad, mi parecer. Me gusta como está escrita la novela, en lenguaje castellano correcto, enjuto, plástico y de sabor contemporáneo, sin lugares comunes clásicos, ni del día (no sé cuáles son los peores). Para calificar su modo de elocución me serviría de dos voces latinas: «ingenuitas» y «suavitas». Claro que esto puede verterse al román paladino: naturalidad y dulzura. Pero bien se da usted cuenta de que no es lo mismo.

En cuanto a la estructura y organización de la novela, sin duda asume caracteres fuera de lo común y usadero. Las dos mitades dijéranse dos miembros independientes y heterogéneos que, aleatoriamente, coinciden en el vértice abrupto del

rápido capítulo final. Mas si se pone atención, desde una perspectiva conveniente y elevada, al punto se echa de ver la topografía de la acción novelesca; cómo aquellas dos mitades son dos caudales de vida cuyas aguas han corrido mezcladas algún tiempo; cómo, luego, se bifurcan, voluntariamente ignorantes entre sí, aunque cada cual saturada de sustancia del otro en su seno, y discurren a lo largo del espacio y del tiempo en ensimismamiento individual, con la confianza ilusoria de un paralelismo inexorable, en el cual se han de mantener apartadas siempre, a pesar del destino, que cautamente las empuja a entrecruzarse de nuevo, ¿con violencia?, ¿mansamente? He aquí el interés patético de la narración. Cualquiera que leyese estas líneas, se figuraría que trato de explicarle lo que usted ha hecho; no ciertamente, sino explicarle cómo lo he entendido yo. Y si usted me responde que he acertado o siquiera conseguido aproximarme a sus intenciones de autor, mi orgullo no será escaso.

No quiero concluir sin algún comentario sucinto acerca de la diferente entidad y contraste estético entre la primera y la segunda mitad de la novela. Aquélla la percibo como la proyección literaria de un trozo de la España provincial y reclusa, tan pronto villana como noble, ya grosera, ya de fina textura; en todo caso henchida de humanidad elemental y señoreada por el pasado, moroso e idéntico a sí mismo. La otra mitad es un sutil análisis de la serie de reacciones modificativas que una joven mentalidad española, sensible y cultivada, va experimentando frente al espectáculo del mundo cosmopolita moderno. Esta segunda parte se desarrolla en una serie de huidizos matices psicológicos, tenues y auténticos como el flujo de la conciencia. ¿Me permite usted que en ese paralelismo y oposición de las dos mitades de su novela haya yo creído advertir un simbolismo español? Hay, en efecto, dos Españas, que discurren en separada trayectoria, aunque cada cual con sustancia de la otra en su seno; la España elemental, hija y madre a la par de una tradición milenaria y venerable, de la cual el pasado tira hacia sí; y la España mental que experimenta y quiere provocar reacciones recíprocas ante el espectáculo, dinámico y creativo, del mundo moderno. La cuestión está en que estas dos Españas, conservándose fieles a sí mismas, se entrecrucen y confundan sin violencia en ancha y fecunda mansedumbre. Pronostico que así será. Entretanto usted y yo, y muchos más, tenemos que arrimar el hombro.

Le abraza su viejo amigo,

AYALA.

30-X-1932.

SEMIOLOGIA DE LA TEMPORALIDAD DRAMATICA EN *LA DAMA DEL ALBA*

JESÚS G. MAESTRO

«La temporalidad más radical lleva la huella de la muerte».
P. RICOEUR, *Tiempo y narración*, 1987, I, 165.

EL TIEMPO DE LA HISTORIA EN *LA DAMA DEL ALBA*

En la obra teatral, el tiempo de la historia no es sino la temporalidad de los hechos acaecidos —sobre los cuales se construye el conflicto dramático— en el orden cronológico en que se suceden, el cual se establece por relación al tiempo cronológico de la trayectoria vital de uno o varios personajes. En el tiempo de la historia dramática es posible la simultaneidad y la sucesividad entre los diferentes episodios y acciones que tienen lugar en el desarrollo del conflicto.

Por el contrario, en el tiempo del discurso sólo es posible la expresión lineal, puesto que la simultaneidad queda vedada en el presente de la representación teatral al exigirse que las acciones se sucedan en un tiempo vital, es decir, unas detrás de otras. Indudablemente, en la acción dramática es posible la simultaneidad, pero no en el tiempo del discurso, sino en el tiempo de la historia, dado que las trayectorias temporales de los diferentes personajes, bien individuales, bien en espacios comunes, pueden ser vividas entre sí en relación de simultaneidad, anterioridad o posterioridad. Veremos, más adelante, algunos ejemplos de ello en *La dama del alba.*

Es posible, aunque ciertamente muy poco frecuente, encontrar obras dramáticas en las que el tiempo de la historia coincida con el tiempo del discurso. Habitualmente, en el teatro, la historia y su temporalidad están tan sólo implícitas y sugeridas en el texto, de modo que lo que se destina a la representación no es la historia enteramente, de su principio a su fin, sino la relación conflictiva de dos o más personajes enfrentados, la tensión que relaciona dos modalidades encontradas, etc. El drama no atiende tanto a la exposición de la historia, concepción más propia de la narrativa, cuanto a la expresión de una intensidad o tensión dramática llevada a situaciones extremas de desequilibrio, para desenlazar el conflicto argumental —salvo en el teatro de evasión, y éste es el caso que nos ocupa—, sin explicaciones textuales.

Las obras dramáticas se explican sólo parcialmente como relatos, de modo que, a diferencia de aquéllas, el relato suele dar cuenta de lo que ocurre después del momento de máxima tensión, porque suele explicar teleológicamente los hechos y quiere exponer las consecuencias de una forma de actuar, a las que no siempre atiende el discurso dramático.

El tiempo de la historia en *La dama del alba* se inicia cuatro años antes de que dé comienzo el tiempo del discurso. Recordemos brevemente el argumento de la obra, es decir, su historia o trama. La acción se inicia cuatro años después de la desaparición de Angélica de la casa de Narcés. La muchacha, que en realidad se fugó con otro hombre sólo tres días después de haber contraído matrimonio con Martín, fue dada por muerta, a pesar de que su cadáver no fue hallado entonces, por sus familiares. La madre de Angélica vive, sin embargo, detenida en el pasado, conservando una imagen candorosa de su hija «muerta», e imponiendo sobre los demás la inalterable presencia de su recuerdo en la casa. La aparición de Adela, joven que intentaba suicidarse en el mismo río donde supuestamente se habría ahogado Angélica, y a propósito de la cual no dejan de presenciarse paralelismos cada vez mayores en relación a la hija desaparecida, tonifica el ambiente hogareño y permite que la familia recobre su primitiva felicidad. A pesar de todo, la presencia de la Peregrina, expresión viva y comprensiva de la muerte, enturbia, acaso más que nadie ante el abuelo, las posibilidades de una vida plenamente dichosa. Sólo al final de la obra es la misma muerte quien restaura la paz en la casa de Narcés, al llevarse consigo a una Adela contrita de sus equivocaciones, para hacerla aparecer en las aguas del río, esce-

nario recurrente de una temporalidad aislada en el pasado, como recién ahogada..., después de cuatro años de ausencia dolorosa.

Observaremos que en esta obra de Alejandro Casona la temporalidad de la historia se crea y se denota en la temporalidad presente del discurso dialogado. Desde el comienzo, el autor demuestra su interés por evitar toda concreción referente al espacio o al tiempo: «En un lugar de las Asturias de España. Sin tiempo». Así reza la acotación inicial, en un intento de desvincular la trama de la obra de posibles implicaciones históricas. No obstante, es posible describir en la sintaxis temporal de *La dama del alba* aspectos relativos al tiempo de su historia, entre los cuales podemos señalar los siguientes.

Sabemos que la acción de *La dama del alba* se inicia concretamente una noche del mes de diciembre (de un año que deliberadamente no ha sido indicado por el dramaturgo) en el que se cumple el cuarto aniversario de la desaparición de Angélica, supuestamente ahogada en el río. Esta información, de la que nunca se habla en las acotaciones, es por el contrario muy frecuentemente reiterada, a lo largo de los cuatro actos de la obra, en los diálogos que mantienen entre sí los diferentes personajes. Hemos registrado seis alusiones a este acontecimiento que, como realidad medible objetivamente, situamos cuatro años antes del comienzo del tiempo del discurso. He aquí los datos (1):

> 1.—MADRE: Hoy no puedo pensar más que en Angélica; es su día. Fue una noche como ésta. Hace cuatro años. (Acto I, p. 39).
>
> 2.—MADRE (*Con reproche*): ¿No se te ha ocurrido pensar que esta noche te necesito más que nunca? ¿Has olvidado qué fecha es hoy? (Habla a Martín, el esposo de Angélica. Acto I, p. 43).
>
> 3.—ADELA: Ella misma me encargó terminarla. ¿Le gusta? Después de cuatro años, los hilos están un poco pálidos. (Habla al abuelo a propósito de un vestido de Angélica, que Adela está rehaciendo para sí. Acto III, p. 72).
>
> 4.—MADRE: Hace cuatro años que no veo arder las hogueras. (Acto III, p. 78).
>
> 5.—ABUELO: ¿No recuerdas una noche de diciembre, en el remanso... hace cuatro años? (*Mostrándole un medallón que saca del pecho*). Mírala aquí. Todavía llevaba en los oídos las canciones de boda, y el gusto del primer amor entre los

(1) Para las citas textuales de *La dama del alba* seguiremos la edición prologada por Mauro Armiño, en Madrid, EDAF, 1982. En adelante sólo indicaremos la página.

labios. ¿Qué has hecho de ella? (Habla a la Peregrina. Acto III, p. 87).

6.—QUICO: Ahí te la traen, más hermosa que nunca... Respetada por cuatro años de agua, coronada de rosas. (Descubren a Angélica recién ahogada en el remanso. Acto IV, al final, p. 114).

La madre de Angélica, personaje a quien corresponde la mitad de estas referencias temporales, es quien más frecuentemente insiste en tal recurrencia cronológica, así como en los hechos entonces acaecidos, que han transcurrido en un tiempo latente o virtual, previo al comienzo de la acción representada en el tiempo del discurso, y que, sin embargo, han condicionado de modo decisivo el desenvolvimiento de las acciones hasta el final mismo del drama. En el Acto I de la obra ya nos hallamos ante un acontecimiento que, acaecido cuatro años antes, condicionará toda la trama argumental posterior que ha sido destinada a la representación.

Siguiendo con el tiempo de la historia, observamos que el Acto I se prolonga desde la noche de un día del mes de diciembre hasta la madrugada del día siguiente, es decir, que apenas se prolonga durante una noche hasta el alba. El Acto II se inicia pocos instantes después, sin que haya transcurrido apenas algún tiempo desde la última caída de telón. Las acotaciones que tienen lugar en el Acto II apenas se prolongan, en el tiempo de la historia, durante algo menos de los tres cuartos de hora. El análisis del tiempo del discurso, que haremos en el apartado siguiente, nos ofrecerá a este respecto datos mucho más precisos, como marco temporal limitado y presente que es, en el que se organizan las unidades del drama.

Tras el tiempo patente de los actos I y II —la representación de hechos acaecidos a lo largo de una madrugada invernal—, sobrevienen siete meses que transcurren como tiempo latente intermediario entre dos partes del drama. De este modo, la acción del Acto III se inicia en el atardecer del 23 de junio, víspera del día de San Juan, y siete meses después de los hechos con que finalizaba el Acto II.

De nuevo, el autor prescinde de las acotaciones para indicar al lector (espectador) el discurrir de este intervalo temporal de siete meses. Las transformaciones derivadas de este lapso de tiempo aparecen indicadas en los diálogos y, en otros casos, son denotadas por la coherencia y construcción del tiempo cronológico en que se inscribe inmanentemente la acción del drama. La información que a este respecto ofrecen las acotaciones es deliberadamente

vaga e imprecisa. Así, en la acotación que encabeza el Acto III leemos: «En el mismo lugar, unos meses después». Sabemos, sin embargo, que Alejandro Casona era sobradamente consciente de que habían transcurrido concretamente siete meses, de modo que la abstracción es deliberada y, como al principio, persigue un único propósito, cual es el de eludir posibles implicaciones históricas.

En diversos momentos se denota conversacionalmente este lapso temporal con precisión sobrada. Ya al final del Acto II (p. 68), la Peregrina dice al abuelo: «Mira la luna; está completamente redonda. Cuando se ponga redonda otras siete veces volveré a esta casa». Por esta razón, en el Acto III, y en dos ocasiones (p. 82), el abuelo recuerda que la luna está «completamente redonda... Es la séptima vez desde que llegaste», le dice a Adela. Y más adelante, añade a la misma interlocutora: «Serán imaginaciones. Si por lo menos pudiera creer que soñé aquel día. Pero no; fue la misma noche que llegaste tú..., hace siete lunas...».

Por otra parte, las abundantes recurrencias temporales a la noche de San Juan nos sitúan concretamente en la madrugada del 24 de junio, siete meses después de iniciada la obra, también en una madrugada, entonces invernal, del mes de diciembre. Así, Dorina dice a Adela a propósito de su hermana desaparecida: «Y cuando llegaba la fiesta de hoy nos contaba esas historias de encantos que siempre ocurren en la mañana de San Juan» (p. 70). Y algo más adelante, también con Adela, el abuelo habla sobre el vestido que perteneció a su nieta: «Angélica misma lo tejió, y bordó el aljófar sobre el terciopelo. Lo estrenó una noche de San Juan, como hoy» (p. 72).

A lo largo de los actos III y IV el tiempo de la historia transcurre patente, sin interrupción alguna hasta el final de la obra. Cronológicamente, se extiende hasta el alba del día 24 de junio, en que concluye la acción dramática. Creemos, en suma, que el tiempo de la historia en *La dama del alba* puede sintetizarse en el siguiente esquema:

1. Cuatro años: tiempo latente de la historia.
[Actos I y II] 2. Una madrugada de diciembre: tiempo patente.
3. Siete meses: tiempo latente de la historia.
[Actos III y IV] 4. Una madrugada de junio: tiempo patente.

* * *

EL TIEMPO DEL DISCURSO EN *LA DAMA DEL ALBA*

Ya hemos dicho que la temporalidad dramática no es sino la temporalidad presente del personaje dramático, es decir, en otras palabras, que el tiempo del discurso se limita en el teatro al tiempo presente del personaje. El tiempo del discurso, que transcurre en un presente convencional y simultáneo a la representación, puede definirse como el marco temporal limitado en el que se organizan las unidades y relaciones discursivas del drama.

Si en el apartado anterior tratábamos de demostrar cómo el tiempo de la historia podía ser más o menos amplio, cómo podía abarcar incluso una trayectoria vital —recuérdese la tragedia *Edipo, rey*—, cómo, en suma, era la temporalidad más heterogénea y multiforme frente al tiempo del discurso o de la representación, a lo largo del presente capítulo analizaremos el tiempo del discurso como tiempo literario que transcurre en presente a través de la forma dialogada, cuyos términos dan indicaciones, directa o indirectamente, del tiempo de la historia. El tiempo del discurso se sitúa, pues, en la representación, mediante la palabra presente de los personajes, y queda, por esta razón, abierto a la temporalidad humana.

Una vez que conocemos el tiempo de la historia en *La dama del alba*, la delimitación del tiempo del discurso se convierte en una labor relativamente fácil. Ya sabemos que la acción destinada a la representación comienza en una noche no concreta del mes de diciembre correspondiente a un año del que nada se precisa. El dramaturgo parece, en principio, hacer abstracción del tiempo y del espacio. Tratemos, no obstante por nuestra parte, de objetivar el tiempo del discurso.

«Es de noche. Luz de quinqué» (p. 37), dice la acotación inicial del Acto I. Con frecuencia, y éste es un ejemplo de ello, el lenguaje de las acotaciones ofrece informaciones diversas que en algunos casos son ratificadas por las palabras del diálogo. Así, algo más adelante, la madre de Angélica, en sucesivas intervenciones, reiterará que la acción dramática que presenciamos transcurre durante la noche, al afirmar, ratificando las palabras de la acotación: «Fue una noche como ésta» (p. 39), «una noche como ésta bien podía quedarse en casa» (p. 40), «¿no se te ha ocurrido pensar que esta noche te necesito más que nunca?» (p. 43), o «no se puede cerrar la puerta de noche a un caminante» (p. 44), etc...

La acción del Acto I transcurre a lo largo de esta madrugada de invierno para concluir a las nueve en punto de la mañana. Es-

ta vez, la información cronológica relativa al tiempo del discurso es ofrecida inicialmente en el lenguaje del diálogo, y sólo después ratificada en la acotación con que finaliza el Acto I. Así, desde la penúltima escena de este primer acto (págs. 51 y ss.) la Peregrina reitera con frecuencia la necesidad de ser despertada antes de las nueve de la mañana: «Cuando ese reloj dé las nueve tengo que estar despierta. Alguien me está esperando en el paso del Rabión» (p. 55). Del reloj —«un viejo reloj de pared»— ya se habla en la acotación inicial, y tal como allí se le sitúa, parece que su esfera estaría en una posición frontal, y por ende visible al espectador.

La última intervención dialogada sobre este aspecto la realiza Dorina, al comunicarle a Telva que «tenemos que despertarla [a la Peregrina] cuando el reloj dé las nueve» (p. 56). La acotación última del Acto I ratifica tales expectativas: «El reloj comienza a dar las nueve. La Peregrina, como sintiendo una llamada, trata de incorporarse con esfuerzo. Deslumbra lejos la luz vivísima de un relámpago. Las manos de la Peregrina resbalan nuevamente y continúa dormida. Fuera aúlla, cobarde y triste, el perro. Con la última campanada del reloj, cae el telón» (p. 56).

En definitiva, unas diez horas aproximadamente constituyen el tiempo cronológico del Acto I. Durante todo este tiempo la acción ha transcurrido linealmente en un único espacio intraescénico, salvo la salida de Martín al paso del Rabión, que se sitúa en un espacio extraescénico en el que transcurren acontecimientos cuya temporalidad es simultánea a los representados en el Acto I, y de los que se dará cuenta, a través del diálogo de los personajes, en el acto siguiente.

El Acto II transcurre, en el mismo escenario anterior, muy pocos instantes después, es decir, que se inicia algo más tarde de las nueve de la mañana: «En el mismo lugar, poco después», dice su acotación inicial. No hay, pues, *blancos*, entre los actos primero y segundo, ya que no ha tenido lugar ninguna acción entre ellos.

Al contrario que en el Acto I, en el Acto II el lenguaje de las acotaciones no ofrece ninguna indicación sobre el tiempo del discurso; en este caso las informaciones proceden exclusivamente de las intervenciones dialógicas de los personajes. Es el abuelo quien, hacia la mitad de su diálogo con la Peregrina, indica la hora lacónicamente: «Las nueve y media» (p. 60). Poco después, estimamos que antes de las diez de la mañana, concluye el tiempo del discurso, para continuar en el Acto III después de un *blanco temporal* de siete meses. Hasta el Acto II, el tiempo del discurso dramático comprende aproximadamente unas once horas. Por otra parte,

también a lo largo del Acto II tienen lugar dos acontecimientos que transcurren, al menos en principio, en una temporalidad simultánea, aunque en espacios escénicos diferentes.

Se trata, de un lado, del diálogo que mantienen el abuelo y la Peregrina, al comienzo del Acto II, que transcurre en un espacio intraescénico y en una temporalidad simultánea al intento de suicidio de Adela, que, por su parte, tiene lugar en las aguas del remanso, espacio extraescénico ya recurrente en la denotación de *muerte*. Estos sucesos, simultáneos al tiempo de la historia, se incorporan en la linealidad del tiempo del discurso mediante la palabra y el diálogo de los personajes.

El Acto III se inicia en el atardecer de un 23 de junio, es decir, siete meses después de la acción representada en el Acto II. Este dato no está indicado explícitamente en ninguna acotación, donde acaso se halla sutilmente sugerido, sino en las palabras del diálogo. La acotación inicial del Acto III apenas nos remite más que a un escenario estival: «El paisaje del fondo, invernal en los primeros actos, tiene ahora el verde maduro del verano».

La acción se inicia al atardecer de este día 23 de junio, víspera de San Juan. Conocemos estos datos porque no sólo se indican en las acotaciones sino que, además, son sistemáticamente ratificados en el lenguaje de los diálogos. Veamos algunos ejemplos.

«Luz de tarde», dice la primera acotación, y apenas algo más adelante, Adela ratifica en su diálogo con Quico: «Pues cierre los ojos, y andando, que ya empieza a caer el sol» (p. 69). Estas indicaciones, referidas al texto espectacular para señalar el atardecer, irán seguidas de otras semejantes para denotar el anochecer. Así, hacia la mitad del Acto III, se lee lo siguiente en una de las acotaciones : «Comienza a declinar la luz» (p. 76). Y sólo algo más adelante, Adela, explícitamente, dice: «Está oscureciendo» (p. 77). Es, pues, fácilmente observable cómo las indicaciones del texto espectacular, señaladas en el lenguaje de las acotaciones, se reiteran con frecuencia en la palabra del diálogo que mantienen los personajes. El texto contiene virtualmente su propia representación.

Sabemos también que el tiempo cronológico del Acto III concluye en torno a las doce de la noche, cuando comienzan a alumbrar las primeras hogueras: «¡Ya van a encender la primera hoguera!», dice Falín anunciando la medianoche. A lo largo del Acto III, el tiempo de la historia y el tiempo del discurso parecen coincidir con bastante precisión. No se desarrollan temporalidades simultáneas en el transcurso lineal de la historia, de modo que la

sucesividad del tiempo del discurso no resulta alterada, al incorporar episodios pretéritos al presente de la representación. Diremos, en suma, que la acción del Acto III transcurre sin espacios temporales en blanco.

De este modo, el Acto IV se inicia en la madrugada del 24 de junio, es decir, en la noche de San Juan, pues cronológicamente ya hemos sobrepasado la medianoche de la jornada anterior, para concluir casi con el amanecer. La acotación inicial del Acto IV, a propósito del tiempo dramático, tan sólo dice lo siguiente: «En el mismo lugar, horas después». Estas palabras nos remiten a la madrugada de San Juan, «horas después» de la medianoche, una vez que la familia «ha cenado ya». En adelante, a lo largo del Acto IV, apenas se hacen más indicaciones temporales; no las creemos muy necesarias, por cierto, ya que la acción transcurre linealmente y sin blancos en un marco temporal concreto y definido por las acotaciones.

Casi al final, una intervención verbal de Telva nos indica que el amanecer está pronto. Esta aclaración presente en el lenguaje del diálogo no será ratificada en ninguna de las cuatro acotaciones siguientes con que finaliza el drama. La última indicación sobre la temporalidad dramática en *La dama del alba*, y en la que coinciden el tiempo de la historia y el tiempo del discurso, puesta en boca de Telva, es el siguiente:

> ABUELO: No sé. Será verdad que es la noche más corta del año, pero yo nunca tuve tanta ansia de ver salir el sol.
> TELVA: Poco va a tardar. Ya está empezando a rayar el alba.

* * *

DE LA PRESENCIA DE INDICADORES TEMPORALES Y LA RECORDACION DEL PASADO

Objetivar y sistematizar, desde el texto teatral, su inscripción en el tiempo, nos exige el estudio de lo textualmente aprehensible. Merced a su construcción temporal, el final de *La dama del alba* excluye la duración indefinida de las luchas y las inquietudes de la *Madre* por Angélica, supuestamente «fallecida» hasta la conclusión de la obra, momento en que tiene lugar la restauración de una nueva vida para la familia de Narcés, al desaparecer las incertidumbres motivadas por la desaparición de la hija mayor.

Comprobaremos que, en muchos casos, la temporalidad está expresada en acontecimientos que tienen lugar fuera de la escena, y que se recuperan en el discurso presente de los personajes mediante sus diálogos y relatos, en unos casos, o mediante sus relaciones individuales con la historia, en otros. Acontecimientos históricos pasados como la desaparición de Angélica, el paso del Rabión que hace Martín en la madrugada inicial del drama, o la intérmina trayectoria vital de la Peregrina, son episodios remitidos a un fuera de escena, es decir, que han tenido lugar en un espacio extraescénico, donde el texto constituye el escenario de su propio espacio referencial.

El origen del conflicto histórico, es decir, la desaparición de Angélica, está propiamente fuera del tiempo de la representación, por más que tales hechos pretéritos revierten al presente del discurso, bien como un paso silencioso o reprimido (el abuelo, Telva, los niños...), bien como pura huella de dolor físico (la madre). Por su parte, desde el punto de vista de la Peregrina, su temporalidad se inscribe en la historia no sólo como proceso, sino como fatalidad irreversible o inmutable. La solución histórica parece estar inscrita desde su inicio en la trayectoria de este personaje. Veremos que su labor, trágica y comprensiva, ciertamente, no depende nunca de la acción de los hombres, ni atiende a su temporalidad, sino que discurre inalterablemente al margen de la mutabilidad humana.

En *La dama del alba* podemos señalar tres historias, o microrrelatos, como prefieren denominarlas autores como Ubersfeld, interpoladas en la temporalidad del discurso dramático en torno a los tres personajes siguientes: Angélica, la Peregrina y Adela.

La historia de Angélica transcurre en una temporalidad latente que no pertenece al tiempo de la representación; es, más precisamente, un tiempo referencial —por su virtualidad— del relato representado. La recordación de la vida de Angélica en el tiempo del discurso se lleva a cabo de forma discontinua, mas sin llegar a dialectizar enteramente cuanto el dramaturgo se propone contar. En el tiempo del discurso, Angélica es *discontinua* o *discretamente* objeto de recordación, para unos, y de incertidumbre, para otros. En tres momentos distintos, y a través de fuentes igualmente diversas, el espectador (lector) de *La dama del alba* accede al conocimiento de la historia de Angélica.

A lo largo del Acto I, varios personajes concurren, ocasionalmente, en diálogos cuyo objeto de conversación, más o menos velado a las veces, es la pérdida de Angélica. Su historia no se nos

revela de repente, sino más bien «gota a gota»; los personajes emiten sobre ella diferentes predicados semánticos de expectación que permiten, al final del Acto I, delimitar, sólo con precisión relativa, las circunstancias de su desaparición.

Inicialmente, el dramaturgo utiliza recurrencias espaciales y temporales, puestas en boca de los personajes del drama, para introducirnos en la historia de Angélica. Es principalmente la *madre,* quien orienta una y otra vez los diálogos hacia su hija como tema de recordación. Observemos algunas de sus intervenciones.

1.—A propósito de la necesidad que tienen los niños, Falín, Andrés y Dorina, de ir a la escuela (p. 38).

MADRE (*Como una obsesión*): ¡No irán! Para ir a la escuela hay que pasar el río... No quiero que mis hijos se acerquen al río.

DORINA: Todos los otros van. Y las chicas también. ¿Por qué no podemos nosotros pasar el río?

MADRE: Ojalá nadie de esta casa se hubiera acercado a él.

2.—Diálogo entre la madre y el abuelo de Angélica (p. 39).

ABUELO: ¿De qué vale mirar hacia atrás? Lo que pasó, pasó y la vida sigue. Tienes una casa que debe volver a ser feliz como antes.

MADRE: Antes era fácil ser feliz. Estaba aquí Angélica; y donde ella ponía la mano todo era alegría.

ABUELO: Te quedan los otros tres. Piensa en ellos.

MADRE: Hoy no puedo pensar más que en Angélica; es su día. Fue una noche como ésta. Hace cuatro años.

3.— De nuevo, una intervención de la madre a propósito del deseo de Martín de subir a la braña y cruzar el Rabión para seleccionar personalmente los novillos (p. 40).

MADRE: ¿Tenía que ser precisamente hoy? Una noche como ésta bien podía quedarse en casa. (...)

MADRE: No es día de hablar alto. Callando se recuerda mejor.

4.—A propósito de las pertenencias de Angélica, inalteradas desde su fuga (p. 41).

MADRE: Ni el sol tiene derecho a entrar en su cuarto. Ese polvo es lo único que me queda de aquel día. (...)

MADRE: ¡Bendita espina! Prefiero cien veces llevarla clavada en la carne, antes que olvidar... como todos vosotros.

5.—Tras recordar el fallecimiento del marido y de los siete hijos de Telva, como consecuencia de un accidente en la mina, la madre de Angélica inicia el siguiente diálogo, con el abuelo y Telva, en que se alude a un futuro incierto como única temporalidad en que será posible la restauración de una vida dichosa que sustituya el dolor presente, consecuencia de un pasado dramático aún no superado (p. 42).

MADRE: No es lo mismo. Los tuyos están bajo tierra, donde crece la yerba y hasta espigas de trigo. La mía está en el agua. ¿Puedes tú besar el agua? ¿Puede nadie abrazarla y echarse a llorar sobre ella? Eso es lo que me muerde en la sangre.

ABUELO: Todo el pueblo la buscó. Los mejores nadadores bajaron hasta las raíces más hondas.

MADRE: No la buscaron bastante. La hubieran encontrado.

ABUELO: Ya ha ocurrido lo mismo otras veces. El remanso no tiene fondo.

TELVA: Dicen que dentro hay un pueblo entero, con su iglesia y todo. Algunas veces, la noche de San Juan, se han oído las campanas debajo del agua.

MADRE: Aunque hubiera un palacio no la quiero en el río donde todo el mundo tira piedras al pasar. La Escritura lo dice: «el hombre es tierra y debe volver a la tierra». Sólo el día en que la encuentren podré yo descansar en paz.

6.—Más adelante, en un diálogo que mantiene con Martín, la madre de Angélica nos ofrece más datos sobre la vida de su hija como esposa del de Narcés (p. 43).

MADRE (*Con reproche*): ¿No se te ha ocurrido pensar que esta noche te necesito más que nunca? ¿Has olvidado qué fecha es hoy?

MARTIN: ¿Hoy?... (*Mira al abuelo y a Telva que vuelve. Los dos bajan la cabeza. Martín comprende y baja la cabeza también.*) Ya.

MADRE: Sé que no te gusta recordar. Pero no te pido que hables. Me bastaría que te sentaras junto a mí, en silencio.

MARTIN (*Esquivo*): El mayoral me espera.

MADRE: ¿Tan importante es este viaje?

MARTIN: Aunque no lo fuera. Vale más sembrar una cosecha nueva que llorar por la que se perdió.

MADRE: Comprendo. Angélica fue tu novia dos años, pero tu mujer sólo tres días. Poco tiempo para querer.

7.—Por último, al final del Acto I, y a propósito de una pregunta muy explícita de la Peregrina a los niños, la identidad de Angélica queda enteramente resuelta para el espectador (p. 51).

PEREGRINA: ¿Quién era Angélica?

> DORINA: La hermana mayor. Todo el pueblo la quería como si fuera suya. Pero una noche se marchó por el río.
> ANDRES: Y desde entonces no se puede hablar fuerte, ni nos dejan jugar.

Más adelante, en el Acto III, vuelve a recuperarse nuevamente la historia de Angélica en el tiempo del discurso. No obstante, en esta ocasión, el relato, desde el punto de vista de Martín, se constituye como la versión verdadera y decisiva de los hechos, presentándose, por otra parte, de forma continua, sin interrupción alguna en el discurso presente, al contrario de lo que sucedía en la exposición anterior.

> MARTIN: Mientras fuimos novios, era eso que todos recuerdan: una ternura fiel, una mirada sin sombra y una risa feliz que penetraba desde lejos como el olor de la yerba segada. Hasta que hizo el viaje para encargar las galas de la boda. Con pocos días hubiera bastado, pero tardó varias semanas. Cuando volvió no era la misma; traía cobardes los ojos, y algo como la arena del agua se le arrastraba en la voz. Al decir el juramento en la iglesia apenas podía respirar; y al poner el anillo las manos le temblaban... tanto, que mi orgullo de hombre se lo agradeció. Ni siquiera me fijé en aquel desconocido que asistía a la ceremonia desde lejos, sacudiéndose con la fusta el polvo de las botas. Durante tres días tuvo fiebre, y mientras me creía dormido la oía llorar en silencio mordiendo la almohada. A la tercera noche, cuando la vi salir hacia el río y corrí detrás, ya era tarde; ella misma desató la barca y cruzó a la otra orilla donde la esperaba aquel hombre con dos caballos... (págs. 91-92).

En el Acto IV y último es la propia Angélica quien resume, muy sumariamente, ante la Peregrina, lo que fueron cuatro años de sufrimiento y equivocaciones tras el abandono del hogar. «He pagado mi culpa —dice— con cuatro años amargos que valen toda una vida» (p. 108), y agrega:

> «No podía más. He sufrido todo lo peor que puede sufrir una mujer. He conocido el abandono y la soledad; la espera humillante en las mesas de mármol y la fatiga triste de las madrugadas sin techo. Me he visto rodar de mano en mano como una moneda sucia. Sólo el orgullo me mantenía de pie. Pero ya lo he perdido también. Estoy vencida y no me da vergüenza gritarlo. ¡Ya no siento más que el ansia animal de descansar en un rincón caliente!...»

De este modo, a través de estas tres perspectivas —la familiar (*madre*), la del esposo abandonado (*Martín*) y la personal (*Angélica misma*)—, se incorpora al presente de la representación, mediante la palabra de diferentes personajes que fueron desde puntos de vista igualmente diversos protagonistas de los mismos hechos, el tiempo latente o referencial de los acontecimientos pretéritos.

Otra de las historias pasadas incorporada al presente de la temporalidad discursiva es la de la Peregrina. En este caso, su paso por el pueblo se recuerda, también de forma discontinua, en dos momentos fundamentales del discurso dramático, correspondientes a los actos I y II. Es el abuelo, figura representativa de la presencia viva del pasado, de la historia consumada, a quien corresponde esta vez inscribir en el espacio y tiempo teatrales a la Peregrina como personaje y como acción dramática.

Inicialmente, en el acto I, el abuelo cree recordar el rostro de la Peregrina, y, a propósito de la pregunta «*¿Cuándo estuvo otras veces en el pueblo?*» (p. 49), se incorpora al presente del diálogo una superficial información sobre tres visitas anteriores que esta dama del alba había hecho a aquella aldea. Más adelante, ya en el Acto II, se da cuenta detalladamente de las consecuencias de cada una de sus visitas (vid. págs. 58-59).

Primera Visita: Muerte del pastor, perdido al cruzar la cañada.

Segunda visita: Muerte del herrero, a quien se le disparó la escopeta.

Tercera visita: Explosión de grisú en la mina, y consiguiente muerte de varios mineros.

A través de un diálogo entre el abuelo y Telva, los dos personajes más veteranos, tiene lugar la presentización del pasado histórico de la Peregrina, cuya temporalidad examinaremos más adelante como testimonio de abstracción e inmutabilidad.

La última historia que trata de incorporarse al presente de la representación transcurre durante un lapso de tiempo latente intermediario entre las dos mitades que constituyen la estructura de la obra que comentamos. Se trata de la historia de Adela, y sus vivencias durante los siete primeros meses de estancia en la casa de Narcés. En tres momentos, e igualmente a través de tres personajes también diferentes (Telva, el abuelo y la madre), se incorporan al presente de la representación vivencias pasadas de Adela.

1.—TELVA: (...) Lo que tú [Adela] has hecho aquí en unos pocos meses no lo habría conseguido yo en dos años. ¡Ahí

es nada! Una casa que vivía a oscuras, y un golpe de viento que abre de pronto todas las ventanas. Eso fuiste tú (p. 74).

2.—ABUELO: ¿Tienes algún motivo de queja?
ADELA: ¿Yo? Sería tentar al cielo. Tengo más de lo que pude soñar nunca. Madre se está vistiendo de fiesta para llevarme al baile; y hace la noche más hermosa del año. (*Desde el umbral del fondo.*) Mire, abuelo: todo el cielo está temblando de estrellas. ¡Y la luna está completamente redonda!
ABUELO: Completamente redonda... (*Mira también el cielo, junto a ella.*) Es la séptima vez desde que llegaste (p. 82).

3.—MADRE (A Adela): Ahora que ya pasó quiero decírtelo para que me perdones aquellos días en que te miraba con rencor, como a una intrusa. Tú lo comprendes, ¿verdad? La primera vez que te sentaste a la mesa frente a mí, tú no sabías que aquél era el sitio de ella... donde nadie había vuelto a sentarse. Yo no vivía más que para recordar, y cada palabra tuya era un silencio de ella que me quitabas. Cada beso que te daban los niños me parecía un beso que le estabas robando a ella... (págs. 101-102).

A través de estos diálogos, el dramaturgo asegura al espectador que los siete meses de vida de Adela en la casa que fuera de Angélica han servido para que, progresivamente, aquélla haya ido ocupando los lugares que dejó la hija natural. Todo parece indicar que la felicidad se ha restaurado nuevamente en la vida familiar de estos personajes. A pesar de todo, el dramaturgo evita toda alusión concreta al pasado de Adela anterior a su llegada a la casa de Narcés. Este es un tiempo que permanecerá latente e irrevelado a todo lo largo de la obra. Sólo una intervención de Adela trata de esclarecer esta temporalidad, evitándola: «(...) Pero hace ya tanto tiempo. Fue un día de vacaciones en casa de una amiga, con sol de campo y rebaños trepando por las montañas. Al caer la tarde se sentaban todos alrededor de los manteles, y hablaban de cosas hermosas y tranquilas... Por la noche las sábanas olían a manzana y las ventanas se llenaban de estrellas. Pero el domingo es un día tan corto. (*Sonríe amarga.*) Es muy triste que en toda una vida sólo se pueda recordar un día de vacaciones... en una casa que no era nuestra» (p. 66).

La historicidad, o tiempo histórico, a propósito del cual ofrecen información los diálogos y acotaciones de la obra, se sitúa, tal y como el dramaturgo ha indicado desde el comienzo, en una atemporalidad nunca precisada. Los nombres de los personajes, los trajes y decorados históricos, la ambientación general de la obra, re-

presentan un período ajeno a toda temporalidad histórica. El conflicto dramático está fuera de la historia en su devenir. Sólo un tiempo histórico abstracto sirve como marco temporal inmanente a los otros indicativos temporales, exigidos por el discurso dramático en el desarrollo simultáneo y sucesivo de la acción.

Del mismo modo, el teatro griego clásico se ajustaba a una visión del mundo de tipo *esencial*, en la que los sujetos actuantes no eran sino seres humanos a quienes se les había liberado de sus circunstancias vitales inmediatas. En tales obras dramáticas, el hombre se configuraba como ser esencialmente representativo de toda la humanidad, y en su figura se encarnaba una conducta vital que podía afectar a todos los hombres.

Análogamente, el teatro de evasión exime a sus protagonistas de las circunstancias vitales más inmediatas, y creemos que esta vez no por razones de esencialidad, sino por un afán de distanciarse del presente histórico concreto, por un imperativo de eludir posibles implicaciones históricas. Trataremos de examinar a continuación los recursos empleados por Alejandro Casona para llevar a cabo en *La dama del alba* la presentización del pasado histórico mediante signos verbales, indiciales o icónicos: la mera indicación o recuerdo del pasado puede realizarse, bien como simple pasado, bien como pasado que actúa sobre el presente, a través de microrrelatos que remiten a un pasado temporal y extraescénico, de microsecuencias informativas que conciernen al pasado del personaje o a sus circunstancias, de figuraciones icónicas del pasado (ambiente envejecido, ruinas...), o de personajes como el viejo o el abuelo, quienes son testimonio de la presencia viva del pasado, de su propia historia consumada.

* * *

DE LA ARQUITECTURA TEMPORAL: CONTINUIDAD Y LATENCIA

El diseño de la temporalidad dramática es nuestro objeto de investigación. Desde el punto de vista de su construcción, la discontinuidad temporal o ruptura de la unidad de tiempo obliga al espectador a dialectizar la totalidad temporal que se propone estudiar, a reflexionar sobre lo vivido en los diferentes intervalos de cada tiempo latente, y a sistematizar, en suma, la naturaleza autónoma del tiempo teatral.

En toda obra dramática la naturaleza temporal actúa por oposición a la unidad de tiempo dramático, sometiéndola a un proce-

so sistemático de discontinuidades, frente a la mímesis de una acción que tiene en sí misma un carácter atemporal o ahistórico, frente al texto neoclásico que se concibe como una unidad sin fisuras o discurso ininterrumpido, y frente a la racionalidad lineal de una historia o trama dramáticas en las que no ocurre nada nuevo, y cuyo movimiento consiste únicamente en la reiteración o repetición de las premisas inscritas en el inicio de la narración dramática.

Con frecuencia, nos encontramos en *La dama del alba* con la dispersión de lugares o escenarios que nos indican no sólo que la acción ha transcurrido en varios espacios, sino que en cada uno de ellos puede existir una recurrencia específica de temporalidades o personajes que nos remiten, a su vez, a soluciones igualmente concretas. Así, por ejemplo, a lo largo de la obra, el río y sus remansos, remiten, inequívocamente «desde hace cuatro años...», a la desaparición de Angélica. La denotación de *muerte* se expresa de nuevo cuando Martín rescata a Adela de aquellas mismas aguas, tras su fracasado intento de suicidio. Recordemos algunas de estas recurrencias espaciales en las que se advierten indicaciones temporales:

1.—Acto I (p. 38).
MADRE (*Como una obsesión*): ¡No irán! Para ir a la escuela hay que pasar el río... No quiero que mis hijos se acerquen al río.
DORINA: Todos los otros van. Y las chicas también. ¿Por qué no podemos nosotros pasar el río?
MADRE: Ojalá nadie de esta casa se hubiera acercado a él.

2.—Acto I (p. 42).
MADRE: No es lo mismo. Los tuyos están bajo tierra, donde crece la yerba y hasta espigas de trigo. La mía está en el agua. ¿Puedes tú besar el agua? ¿Puede nadie abrazarla y echarse a llorar sobre ella? Eso es lo que me muerde en la sangre.

3.—Acto I (p. 44).
TELVA: ¿Quiere ayudarme a desgranar las arvejas? Es como rezar un rosario verde: van resbalando las cuentas entre los dedos... y el pensamiento vuela.
MADRE: ¿A donde vuela el tuyo, Telva?
TELVA: A los siete árboles altos. ¿Y el suyo, ama?
MADRE: El mío está siempre fijo, en el agua.

4.—Acto IV (p. 102).
MADRE: Ya había comprendido la gran lección: que el mismo río que me quitó una hija me devolvía otra, para que mi amor no fuera una locura vacía.

5.—Acto IV (p. 114).
QUICO: Ahí te la traen, más hermosa que nunca... Respetada por cuatro años de agua, coronada de rosas.

Igualmente, el paso del Rabión, donde la Peregrina esperaría a Martín en su primera visita a la casa de Narcés, constituye otra de las recurrencias espaciales con valor temporal, también denotadora de *muerte*.

1.—Acto I (p. 47).
MADRE: No tientes al cielo, hijo. Los caminos están resbaladizos de hielo... y el paso del Rabión es peligroso.

2.—Acto I (p. 48).
PEREGRINA: El Rabión es junto al castaño grande, ¿verdad? Lo quemó un rayo hace cien años, pero allí sigue con el tronco retorcido y las raíces clavadas en la roca.

3.—Acto I (p. 55).
PEREGRINA: Cuando ese reloj dé las nueve tengo que estar despierta. Alguien me está esperando en el paso del Rabión.

Otra de las recurrencias, esta vez de carácter ya plenamente temporal, es la que nos remite a la noche de San Juan, evocada como una valoración estética y folclorística de lo popular, en la que la familia protagonista tratará de estrenar unas horas de felicidad, gracias a la presencia de Adela en un hogar que va sobreponiéndose paulatinamente de la desaparición de Angélica.

En los ejemplos anteriores hemos visto, cómo desde la retórica del tiempo, las recurrencias espaciales pueden presentarse como metáfora de una temporalidad determinada, es decir, cómo lo temporal podía ser figurado a partir de elementos espaciales diversos. Repasemos ahora las referencias a la noche de San Juan, muy próximas todas ellas a la remembranza poética de una Asturias legendaria, convertida en escenario de ensueño y fantasía.

1.—Acto I (p. 42).
TELVA: Dicen que dentro hay un pueblo entero, con su iglesia y todo. Algunas veces, la noche de San Juan, se han oído las campanas debajo del agua.

2.—Acto III (p. 70).
DORINA: Y cuando llegaba la fiesta de hoy nos contaba esas historias de encantos que siempre ocurren en la mañana de San Juan.

3.—Acto III (p. 72).
ABUELO; ¿Cómo había de olvidar? Angélica misma lo tejió, y bordó el aljófar sobre el terciopelo. Lo estrenó una noche de San Juan, como hoy.

4.—Acto III (p. 78).
MADRE: Hace cuatro años que no veo arder las hogueras.

5.—Acto IV (págs. 93-94).
PEREGRINA: Y decían que en el fondo había otro pueblo sumergido, con su iglesia verde tupida de raíces y sus campanas milagrosas, que se oían a veces en la noche de San Juan.

Acaso la aportación más original de la temporalidad dramática ofrecida en *La dama del alba* resida en la presentación de los llamados *tiempos distanciados* —que no exactamente simultáneos—, es decir, de tiempos distintos que concurren paralelamente en la acción dramática, y en los que coexisten, por otra parte, dos visiones de la historia, que no son, en suma, sino dos ideologías diferentes.

De este modo, en *La dama del alba* nos encontramos, de un lado, con la temporalidad de la Peregrina, cuya labor se sitúa, constante, en un tiempo cronológico que es a la vez abstracto e ilimitado, en una trayectoria inacabable, como proceso que es permanente y, paradógicamente, irrepetible. De otro lado, subyace la temporalidad del abuelo, presencia viva del pasado, experiencia sabia de la historia consumada, expresión de la tragedia humana y de su vulnerabilidad frente a la inmutabilidad peregrina de la muerte.

A todo lo largo de la obra, la temporabilidad de la Peregrina se identifica como un proceso inmutable en su devenir, en el que es posible la recurrencia espacial, pero no la temporal, dado que su trayectoria temporal es constante e irrepetible. La inmutabilidad es la característica principal de su labor en el tiempo:

1.—Acto I (p. 55).
PEREGRINA: Cuando ese reloj dé las nueve tengo que estar despierta.

2.—Acto II (p. 61).
PEREGRINA: Pero mi hora nunca pasa del todo, bien lo sabes. Se aplaza, simplemente.

3.—Acto II (p. 63).
PEREGRINA: ¿Comprendes ahora lo amargo de mi destino? Presenciar todos los dolores sin poder llorar... Tener todos los sentimientos de una mujer sin poder usar ninguno... ¡Y estar condenada a matar siempre, siempre, sin poder nunca morir!

4.—Acto II (p. 67).
PEREGRINA: Esa muchacha no me estaba destinada todavía (...) Lo que está en mis libros no se puede evitar.

5.—Acto II (págs. 67-68).
ABUELO: (...) ¿No puedes perdonar una vez siquiera?
PEREGRINA: Imposible. Yo no mando, obedezco.

6.—Acto III (p. 87).
ABUELO: Tenía la esperanza de que te hubieras olvidado de nosotros.
PEREGRINA: Nunca falto a mis promesas. Por mucho que me duela a veces. (...) Yo no puedo elegir. Me limito a obedecer.

7.—Acto IV (p. 105).
ABUELO: ¿Por qué te daba las gracias Adela?... ¿Sabe quién eres?
PEREGRINA: Tardará muchos años en saberlo.

8.—Acto IV, acotación última (p. 115).
Precediendo al cortejo, la Peregrina contempla el cuadro con una sonrisa dulcemente fría y toma su bordón para seguir viaje.

Paralelamente, la inmutabilidad de su destino queda reiterada icónicamente en la inmovilidad de su rostro: «Sin embargo, esa sonrisa quieta..., eso ojos sin color como dos cristales... y esa manera tan extraña de hablar...» (p. 57).

El abuelo y la Peregrina son personajes que representan dos temporalidades distintas, pero que con frecuencia se identifican en la veteranía de su longevidad: «Somos los dos bastante viejos —le dice la Peregrina, tendiéndole la mano— para ser buenos compañeros» (p. 68). Más adelante, a la vuelta de la Peregrina a la aldea, tras siete meses de viaje, es por el abuelo por quien primero pregunta a Adela: «El abuelo estará esperándome. Somos buenos

amigos, y tengo una cita aquí esta noche» (p. 84). En suma, la identidad que busca la Peregrina frente al abuelo es tal, que con frecuencia utiliza la primera persona del plural para hacer referencia a supuestos problemas e incertidumbres comunes: «No sé... hay aquí algo oscuro que a los dos nos importa averiguar» (p. 88).

El tiempo dramático, que es algo que no se ve, puede ser creado no sólo verbalmente, sino también recreado, icónicamente, a través de lo visual, bien mediante recurrencias espaciales, como hemos señalado anteriormente, bien mediante la presentación de personajes que simbolizan la presencia viva de su pasado. La Peregrina y el abuelo, expresiones de dos temporalidades tan distintas como dilatadas, se integran en esta última faceta de la temporalidad dramática, como lo demuestra el diálogo que mantienen Telva y el abuelo poco antes de concluir el Acto I (p. 49).

> ABUELO: Es lo que estoy queriendo recordar desde que llegó. ¿Dónde la he visto otras veces... y cuándo? ¿Usted no se acuerda de mí?
>
> TELVA: ¿Por qué había de fijarse ella? Si fuera mozo y galán, no digo; pero los viejos son todos iguales.
>
> ABUELO: Tuvo que ser aquí: yo no he viajado nunca. ¿Cuándo estuvo otras veces en el pueblo?
>
> PEREGRINA: La última vez era un día de fiesta grande, con gaita y tamboril. Por todos los senderos bajaban parejas a caballo adornadas de ramos verdes; y los manteles de la merienda cubrían todo el campo.
>
> TELVA: La boda de la Mayorazga. ¡Qué rumbo, mi Dios! Soltaron a chorro los toneles de sidra, y todas las aldeas de la contornada se reunieron en el Padrón a bailar la giraldilla.
>
> PEREGRINA: La vi desde lejos. Yo pasaba por el monte.
>
> ABUELO: Eso hace dos años. ¿Y antes?...
>
> PEREGRINA: Recuerdo otra vez, un día de invierno. Caía una nevada tan grande, que todos los caminos se borraron. Parecía una aldea de enanos, con sus caperuzas blancas en las chimeneas y sus barbas de hielo colgando en los tejados.
>
> TELVA: La nevadona. Nunca hubo otra igual.
>
> ABUELO: ¿Y antes... mucho antes...?
>
> PEREGRINA: (*Con un esfuerzo de recuerdo.*) Antes... Hace ya tantos años, que apenas lo recuerdo. Flotaba un humo ácido y espeso, que hacía daño en la garganta. La sirena de la mina aullaba como un perro... Los hombres corrían apretando los puños... Por la noche, todas las puertas estaban abiertas y las mujeres lloraban a gritos dentro de las casas.

A lo largo de este diálogo asistimos a la presentización de un pasado ocasionalmente común para ambos personajes. Lo vivido

en el pasado es objeto de recordación y de investigación por parte del abuelo. Tal como se presentan los hechos, transcurridos en un pretérito fuera de la escena, se configuran a primera vista, como dotados de una referencia textual autónoma. De nuevo, nos encontramos aquí con la discontinuidad temporal como medio de expresión del tiempo del discurso, lo que induce al espectador a componer una relación temporal en la que las lagunas o vacíos del tiempo de la representación adquieren un significado pleno y coherente en el sentido general del tiempo del discurso en que se integran.

La retórica espacio-temporal no es sino el diseño de un funcionamiento del tiempo dramático como elemento determinante en la contextura de la obra, teniendo en cuenta que el tiempo pasado no es representable como tal pasado (no hay *mímesis*), sino que es designado como referente de una temporalidad pretérita y extraescénica: la muerte del pastor abatido por la fuerte nevada, el accidente del herrero a quien se le dispara la escopeta, y la muerte de los mineros, entre los que se hallaban el marido y los hijos de Telva.

El abuelo, desde su vejez, utiliza todas sus capacidades posibles para reflexionar sobre el pasado y los intervalos temporales en que, con anterioridad, la Peregrina había visitado el pueblo: «Creíste que podías engañarme, ¿eh? Soy ya muy viejo y he pensado mucho en ti», le dice al identificarla con la muerte. Más adelante, el abuelo declara con austeridad; «Si fuera por mí te recibiría tranquilo. Tengo setenta años» (p. 68). El abuelo se constituye así como una de las configuraciones icónicas del pasado más eficaces del drama, cuya temporalidad cronológica se encuadra, objetivamente, en un determinado marco temporal donde los límites referenciales, al contrario de lo que sucede con la Peregrina, son asegurados y establecidos por el tiempo del discurso.

La Peregrina, por su parte, representa una acción que transcurre atemporalmente, describiendo una concepción lineal del tiempo absolutamente autónoma a la temporalidad, trágica sin duda, de los demás mortales. El pasado, para la Peregrina, nunca es un tiempo restituible, frente a lo que les sucede a otros personajes inquietados por una zozobra que les impulsa a recuperar una felicidad sepultada ya en el pretérito.

Dado que la temporalidad dramática es una relación de significantes relacionados entre sí en el tiempo del discurso, cada una de estas dos temporalidades —el abuelo y la Peregrina—, que sin llegar a enfrentarse totalmente se delimitan como *distantes*, nos

remiten a dos puntos de vista diferentes en la concepción de la vida humana: frente a la tragedia del hombre vulnerable, el poder inmutable de la muerte comprensiva.

> ABUELO: Por dura que sea la vida, es lo mejor que conozco (...)
> PEREGRINA: No os entiendo. Si os oigo quejaros siempre de la vida, ¿por qué os da tanto miedo dejarla?
> ABUELO: No es por lo que dejamos aquí. Es porque no sabemos lo que hay al otro lado (p.61).

Es posible, además, señalar en *La dama del alba* la existencia de temporalidades simultáneas, aunque éstas no se presenten ciertamente muy acusadas en el tiempo del discurso. Nos referimos a los cuatro años de vida de Angélica fuera de su hogar, presentizados sucintamente en el diálogo que mantiene con la Peregrina en el Acto IV (p. 108).

La temporalidad de Angélica, pretérita y latente, ha transcurrido simultáneamente al tiempo de la historia de otros personajes a cuyas vivencias hemos asistido en presente. En el tiempo de la historia puede residir el pretérito que sólo se hace presente en la representación; de este modo, el pasado se restituye en el tiempo de la representación como presente, al acudir el dramaturgo a signos de otra temporalidad.

Un microrrelato sumamente breve completa una serie de informaciones que sobre Angélica se han emitido a lo largo de la obra. Ahora es ella misma quien describe una situación temporal pretérita que es presentada no como un pasado abolido, sino como un acto presente más de su propia historia. La atribución del presente que, desde el tiempo de la representación, se ofrece a la voz narrativa del personaje que habla, ratifica una vez más la posición del pretérito como tiempo de base en los conflictos dramáticos.

ESTACION COMUN FERROVIARIA DE GIJON: LOS DIVERSOS PROYECTOS

PEDRO FERNÁNDEZ VIAR
MARIANO FOURNEAU MENÉNDEZ
ALFREDO HEVIA MENDIGUREN
ALFREDO VEGA FERNÁNDEZ

Con la inauguración el 29 de enero de 1990 de la estación común de FEVE y cercanías de RENFE se culminaba un largo proceso de 60 años durante el cual se elaboraron distintos proyectos para unificar en una sola las estaciones ferroviarias existentes en Gijón. Pretendemos hacer un pequeño repaso a todo aquel proceso.

LAS ESTACIONES DE GIJON

Cuando en los años treinta empezaron a surgir las primeras ideas de unificación, las estaciones gijonesas eran dos: la de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España (línea Gijón-León) y la de la Compañía del Ferrocarril de Langreo en Asturias (línea Gijón-Laviana).

La primera de ellas estaba situada al final de la calle Marqués de San Esteban, en su confluencia con la carretera del Musel, y ocupaban sus instalaciones un total de 57.800 metros cuadrados. Disponía de dos vías de circulación, servidas por andenes y con un edificio paralelo a las vías de 70 metros de longitud. También estaba dotada de varias vías más para los servicios de mercancías con sus correspondientes muelles, así como una vía para el acceso a la dársena de Fomento. No existían instalaciones de depósitos ni talleres, ya que las instalaciones originalmente habían sido demolidas por falta de espacio y trasladadas a un apartadero situado a 2 kms. de Gijón, La Algodonera (1).

(1) Archivo General de la Administración (A.G.A.). Alcalá de Henares. Sección Obras Públicas. Caja 10.095.

La estación del Ferrocarril de Langreo se levantaba entre las calles de Pedro Duro y Sanz Crespo, ocupando unos 53.000 metros cuadrados. El edificio principal adoptaba la forma de U, si bien sólo la parte derecha del mismo (dirección Laviana) se dedicaba al servicio de viajeros. Este ala contenía la sala de espera, taquilla y telégrafo, oficinas de jefe de estación, jefatura de movimiento y puesto de mando, policía, botiquín y servicios higiénicos. Los trenes efectuaban sus llegadas y salidas por una sola vía bajo una cubierta metálica a dos aguas con linternón que se apoyaba por un lado en el propio edificio y por el otro en dieciséis columnas de fundición. El resto del edificio estaba ocupado por los talleres y almacén. Las instalaciones se complementaban con viviendas, taller de vagones, economato, depósitos de agua y carbón y demás servicios del ferrocarril. También existían las vías de los diferentes ramales: Moreda, Lantero, dársena, Fomento y algunos almacenes particulares en Sanz Crespo (2).

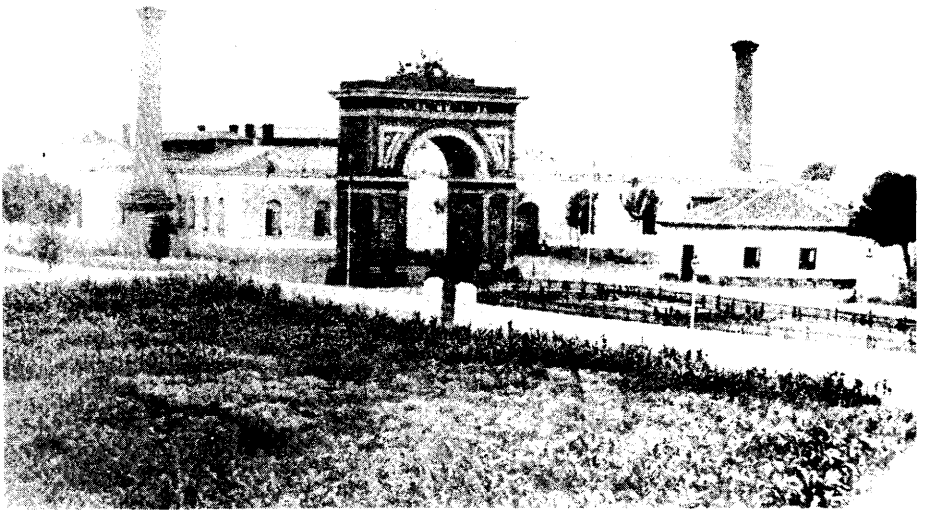
Estas eran las dos estaciones en funcionamiento en Gijón, pero existía una tercera en proyecto, la del Ferrol-Gijón. Para su construcción se habían adquirido y explanado dos parcelas de 23.400 y 19.100 metros cuadrados, respectivamente, separadas y relacionadas entre sí por un pasillo en doble vía de apartadero del Fc. de Langreo a la fábrica de Moreda. En la primera de ellas (lado Ferrol) se había proyectado un haz de 7 vías de clasificación y un muelle de transbordo con el Fc. de Langreo. En la segunda parcela se colocarían 3 vías con dos andenes para el servicio de viajeros y, a continuación, dos vías más de apartadero e instalaciones de mercancías con dos muelles más. Asimismo, se construirían depósitos, cocheras y un edificio de viajeros de 40 metros de longitud (3).

PRIMER INTENTO DE ESTACION COMUN

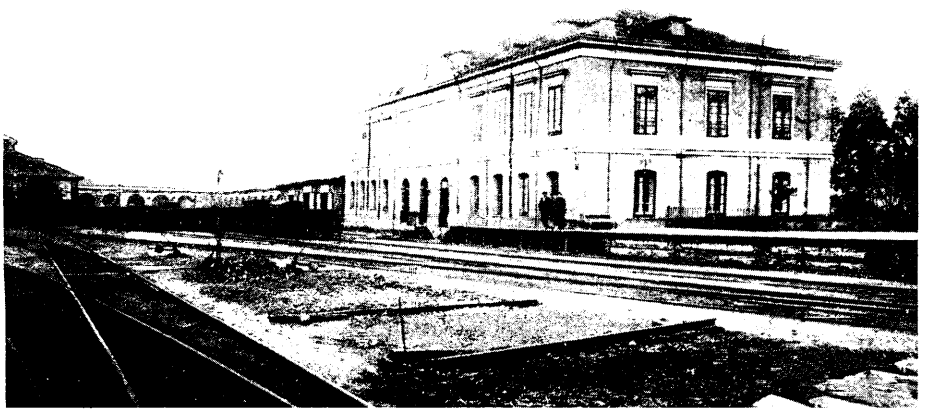
En los años veinte las obras del Fc. Ferrol-Gijón experimentaron un gran impulso dentro del marco general de apoyo a la obra pública que se registraba en España. En la segunda mitad de la década se comenzó el replanteo de la sección de Los Cabos a Gijón, y en ese ámbito el 23 de abril de 1926 se promulgó un real decreto autorizando al Ministerio de Fomento para contratar mediante pública subasta las obras de explanación y fábrica de la

(2) Memorias de la Compañía del Ferrocarril de Langreo en Asturias. Varios ejercicios. Archivo Grupo de Trabajos Ferroviarios (A.G.T.F.).

(3) A.G.A. Sección Obras Públicas. Caja 1178.

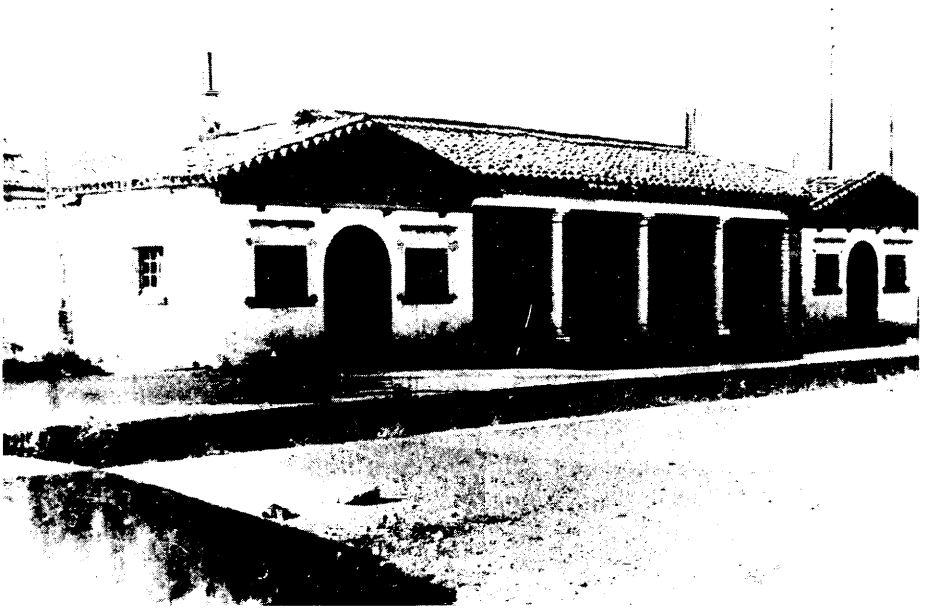


Ferrocarril de Langreo: Vista de los talleres desde El Humedal, así como el arco conmemorativo de la visita de Isabel II. Año 1858.
Archivo: G.T.F.—Autor: Desconocido.



Ferrocarril de Langreo: Antiguas instalaciones. En primer plano, la estación de viajeros. Año 1890.
Archivo: G.T.F.—Autor: Desconocido.

Ferrocarril de Langreo: Edificio del andén de viajeros. Años 50.
Archivo: G.T.F.—Autor: Desconocido.



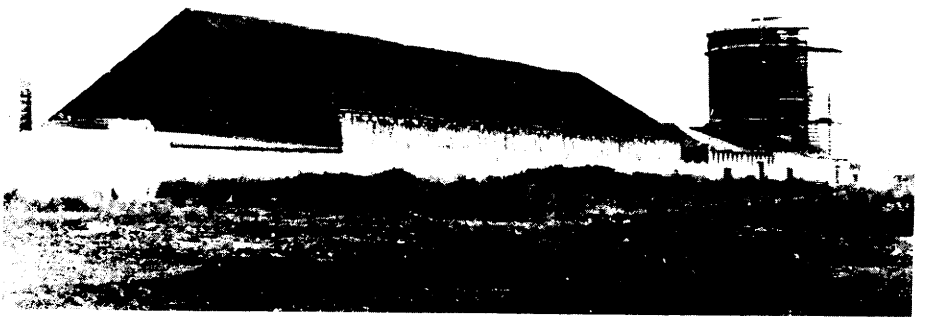
Ferrocarril de Carreño: Estación de Gijón, situada al lado de la del Norte. Finales de los años 60.
Archivo: G.T.F.—Autor: Carlos M.ª de Luis.

Ferrocarril de Carreño: Construcción de la estación en terreno del Ferrocarril de Langreo. Año 1968.
Archivo: G.T.F.—Autor: Desconocido.

Ferrocarril de Carreño: Vista del andén. Año 1969.
Archivo: G.T.F.—Autor: Desconocido.

Ferrocarril del Norte Estación término en Gijón. Año 1963 (25 de febrero).
Archivo: G.T.F.—Autor: Gonzalo Vega Fernández.

Ferrocarril del Norte: Vista del andén. Año 1963 (25 de febrero).
Archivo: G.T.F.—Autor: Gonzalo Vega Fernández.



Vista de los espacios que ocupa la estación de largo recorrido de RENFE. Año 1980.
Archivo: G.T.F.—Autor: Alfredo Hevia Mendiguren.

estación de Gijón del mencionado ferrocarril. Esta, por tanto, habría de ser la tercera estación gijonesa, lindante con la del Norte por su lado S.O. Esta situación de dispersión de los servicios ferroviarios comenzó a preocupar a algunos gijoneses y trajo como consecuencia que el concejal señor González Riera presentase en la sesión municipal del 7 de mayo de 1930 una propuesta para la unificación de las estaciones ferroviarias de Gijón. El consistorio mostró su total conformidad con la idea y acordó celebrar el día 9 del mismo mes una reunión de las fuerzas vivas locales. En ésta, tras debatir la cuestión, se acordó designar a los señores don Manuel González Riera, don Emilio Tuya, don Maximino Miyans y don Gumersindo Riesgo para que, en representación de las instituciones y pueblo de Gijón, acudiesen al Ministerio de Fomento en solicitud de creación de una estación común para los ferrocarriles que llegaban a la villa, apoyando tal comisión el señor alcalde, don Claudio Vereterra, quien envió telegramas en demanda de la estación común a los ministros de Hacienda y Fomento y al presidente del Consejo (4).

El 20 de mayo la comisión dirige una instancia al Ministerio de Fomento en la que expone las razones en las que fundamentaban su petición:

«La situación de la estación del Norte, al final de la calle Marqués de San Esteban (por la cual circulaba el tráfico en dirección al puerto y zona fabril, al que habría que añadir la existencia en el mismo lugar de las vías que se dirigían al muelle local), dificultaba el acceso del público a la misma, y si la futura estación del Ferrol-Gijón se construía en esa misma zona, y aun más alejada del centro, el cúmulo de dificultades para los viajeros que quisieran hacer uso de tal ferrocarril aumentarían considerablemente. Por ello, proponían la unificación del servicio de viajeros de los ferrocarriles del Norte y Ferrol-Gijón en el edificio de la estación del Langro, situada en el centro de la ciudad y con fáciles accesos. El Ferrol-Gijón continuaría en posesión de los terrenos ya adquiridos para todos sus servicios de movimiento, y sólo tendría que facilitársele el modo de llevar sus vías hasta la estación del Langreo, a cambio de contribuir a edificar la nueva estación que sería necesaria con el dinero que se hubiese dedicado a construir la suya propia. Igual proceso se seguiría con Norte, que dejaría su estación para el servicio de mercancías y llevaría sus vías de viajeros al lado de las de Ferrol-Gijón y Langreo, debiendo con-

(4) Diario «La Prensa», días 5, 8 y 10 de mayo de 1930.

tribuir económicamente a la construcción del nuevo edificio. El Ferrocarril de Langreo, por su parte, debería eliminar sus talleres de la situación en que se ubicaban, desplazándolos de la estación a terrenos más retirados sobre su misma línea, si bien no debería aportar nada para el nuevo edificio» (5).

De la anterior exposición podemos deducir que lo que se pretendía no era el eliminar obstáculos al crecimiento físico de la ciudad, sino tan sólo centralizar los servicios de viajeros, aumentando incluso el número de vías en la ciudad. Además, se soslayaba el importante problema que supondría aunar en una sola estación tres anchos distintos de vía (Norte, 1.670 mm.; Langreo, 1.435 mm.; Ferrol-Gijón, 1.000 mm.).

Las compañías de Norte y Langreo se opusieron enérgicamente al proyecto del edil gijonés por considerarlo opuesto a sus intereses, y, finalmente, fue desestimado por orden ministerial de 20 de noviembre de 1930.

UN NUEVO INTENTO

Tras el fracaso anterior, el problema de la estación única volvió a plantearse en 1933. En tal año el alcalde gijonés intentó nuevamente unificar los servicios ferroviarios, para lo que se dirigió otra vez al Ministerio aunque, en esta ocasión, se le habían presentado ya las primeras discrepancias. Efectivamente, en una carta fechada el 25 de abril (6) don Gumersindo Alvarez García exponía al alcalde su proyecto para unificar las estaciones. Este consistía en trasladar las estaciones a los terrenos ocupados por Norte, agregándole los destinados a Ferrol-Gijón, con lo que al pasar allí todas las vías se evitarían dos pasos a nivel: los del Fc. de Langreo en el «Parrochu» y el del ramal a la dársena con Marqués de San Esteban. De esta manera, en la nueva localización habría terreno para cinco vías dobles con sus andenes. Proponía la construcción de la nueva estación con un frente a la calle Marqués de San Esteban y demás calles que llegasen a la plaza de la estación. Los talleres del Ferrol-Gijón deberían situarse en La Braña y los de Langreo en la carretera Vizcaína. Las instalaciones de talleres de Norte se situarían cerca de la fábrica de loza, en el Natahoyo.

En este proyecto se aprecia claramente lo que posteriormente habría de ser una constante: el afán especulativo. Efectivamen-

(5) A.G.A. Sección Obras Públicas. Caja 1.158.

(6) Archivo Municipal de Gijón (A.M.G.). Expedientes Especiales N.° 28-I.

te, lo que se pretendía en este caso no era beneficiar a los usuarios, ya que se alejaban las estaciones del centro, ni liberar a la ciudad de la servidumbre de un excesivo número de vías, ya que éstas aumentaban y cercaban a la ciudad con los talleres propuestos, sino dejar libre el solar de la estación del Ferrocarril de Langreo, situado en pleno centro urbano y bocado apetitoso para inmobiliarias y constructores.

El 25 de agosto de ese mismo año llegó a Gijón el ingeniero de caminos de la Comisaría del Estado en la compañía del Norte, don Mariano de la Hoz, encargado por el Ministerio de Obras Públicas del estudio del posible emplazamiento de la estación única. Aunque no se pronunció oficialmente sobre el tema, en unas declaraciones a la prensa puso de manifiesto que el principal obstáculo era lo elevado de la inversión que sería necesario hacer, la cual no encajaba en los planes del Ministerio. Este último dato sería decisivo para que el proyecto cayese en el olvido y no prosperase (7).

Los sucesos que convulsionaron aquellos años la vida española y la posterior guerra paralizaron durante unos años todo lo relacionado con la estación común.

PROYECTO DE ESTACION COMUN FUERA DEL CASCO URBANO

No sería hasta el año 1941 cuando se resucitase la idea por el entonces alcalde don Paulino Vigón. En ese año se desarrollaban los trabajos preliminares para la redacción de un plan general de urbanización de la ciudad y, dentro de ellos, el 8 de septiembre se redactó un informe dirigido a la Comisión Municipal Permanente en el cual se detallaban los motivos que aconsejaban la construcción de la estación común: la situación de la del Fc. de Langreo entorpecía la circulación de toda la parte de la población situada al sur y suroeste con el puerto local en una longitud de unos 800 metros. El Alcalde también consideraba inapropiada la presencia de talleres y viviendas en la estación, apuntando que tales dependencias tendrán mejor y más amplio emplazamiento «en zonas separadas del casco estrictamente urbano de la población» (8). Además, la estación del Norte impedía todo ensanche de la zona norte de la villa, imposibilitando la prolongación de Marqués de San Esteban. La existencia de una línea de tranvía sobre

(7) Idem.

(8) «A la Comisión Municipal Permanente». Don Paulino Vigón. Gijón, 8-9-1941. A.M.G. E.E. N.° 28-I.

la carretera lindante con la estación por su lado noroeste, único camino de acceso al puerto del Musel, hacía, en opinión del alcalde, imposible la urbanización de la zona sin la previa desaparición de las instalaciones ferroviarias. Si además se construía en terrenos adyacentes a los ocupados por Norte la estación del Ferrol-Gijón, se crearía una cuña infranqueable urbanísticamente con las dos estaciones en una longitud de más de 700 metros. Por último, el alcalde consideraba que las instalaciones de ambos ferrocarriles eran insuficientes para el tráfico a desarrollar y que demandaba la creciente actividad industrial y económica gijonesa. Este informe finalizaba proponiendo que se elevase un escrito al Ministerio de Obras Públicas a fin de que éste ordenase a RENFE, a la Jefatura de Construcción del Fc. Ferrol-Gijón, División Técnica y Administrativa de Ferrocarriles y a la Compañía del Ferrocarril de Langreo que designasen representantes para que, en colaboración con la representación del Ayuntamiento, formular un acta y anteproyecto de las instalaciones de cada línea que pudiesen refundirse en una estación común. Esta propuesta fue aprobada en Comisión Municipal Permanente el 11 de septiembre de 1941 y el 7 de noviembre se solicitó al Ministerio la construcción de la nueva estación.

Es de destacar que, invocando en ambas ocasiones el «bien público», el Ayuntamiento tomaba en 1941 una postura radicalmente distinta de la que había defendido en 1930, ya que en este último año se había intentado centralizar las estaciones en el mismo centro urbano, mientras que en 1941 se intentaba alejarlas del centro.

El 30 de diciembre del mismo año la Jefatura de Estudios y Construcción de Ferrocarriles envió al alcalde de Gijón un anteproyecto de estación común (9) al tiempo que le invitaba a una reunión en Madrid para tratar el tema y redactar el acta definitiva, reunión que tuvo lugar el 7 de julio de 1942. En ella se elaboró el anteproyecto. Formaron parte de la comisión encargada de redactarlo don Francisco Castellón Ortega, como ingeniero jefe de la 4.ª Jefatura de Estudios y Construcción de Ferrocarriles; don José Fernández y García-Mendoza, jefe de Servicio de Estudios y Obras Nuevas de RENFE; don Alberto de Granda y Villar, ingeniero de la 1.ª División Técnica y Administrativa de Ferrocarriles; don Evaristo Lavín Naval, ingeniero de la 4.ª División Téc-

(9) Acta del Anteproyecto de Estación Común en Gijón. Madrid, 7-7-1942. A.M.G. E.E. N.º 28-I.

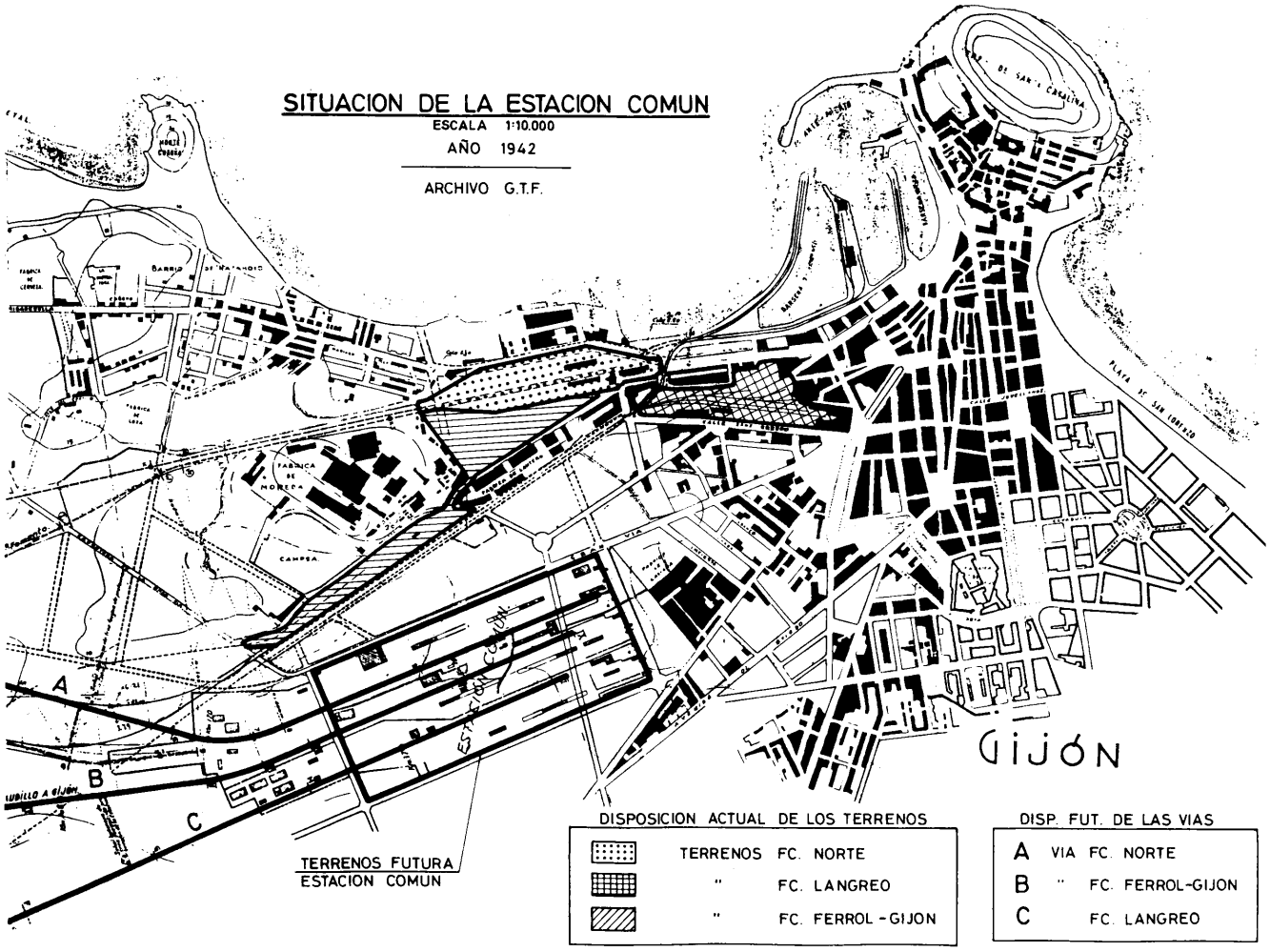
nica y Administrativa de Ferrocarriles; don Ignacio Fernández de la Somera, director gerente del Ferrocarril de Langreo, y don Paulino Vigón, alcalde de Gijón.

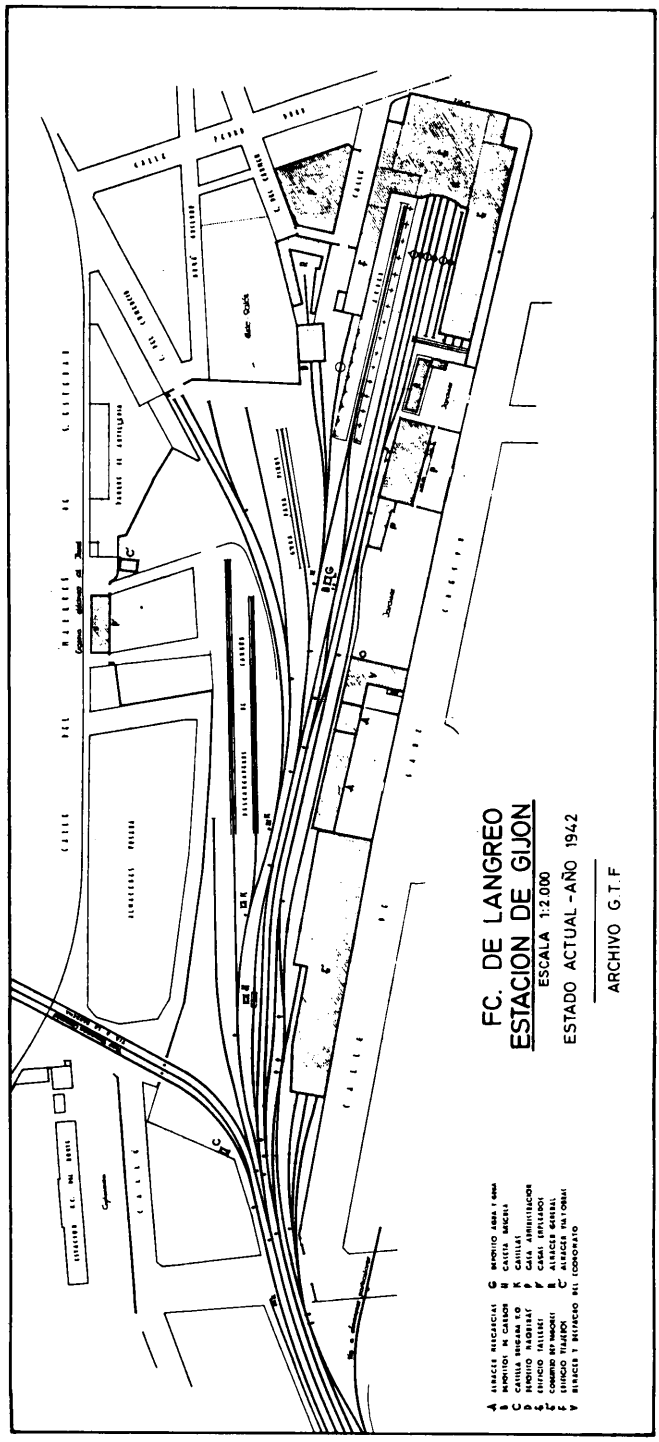
Este anteproyecto comenzaba justificando la necesidad de una estación única que reuniese los servicios de viajeros y mercancías de las dos líneas que por aquel entonces llegaban a Gijón y los de la que estaba proyectada, dejando libres de esta manera los solares que ocupaban y que podrían así ser aprovechados para el ensanche y urbanización de la ciudad. Otra ventaja sería la posibilidad de establecer un servicio combinado de mercancías y viajeros ente los distintos ferrocarriles, lo que favorecería en grado sumo a los usuarios de los mismos. Al ser los tres ferrocarriles de anchos distintos, la estación común no podría tener haces de vías que afectasen a la explotación de unos y otros y debía, por tanto, consistir en estaciones adosadas para cada ferrocarril, con instalaciones adecuadas para el servicio combinado de mercancías de grande y pequeña velocidad.

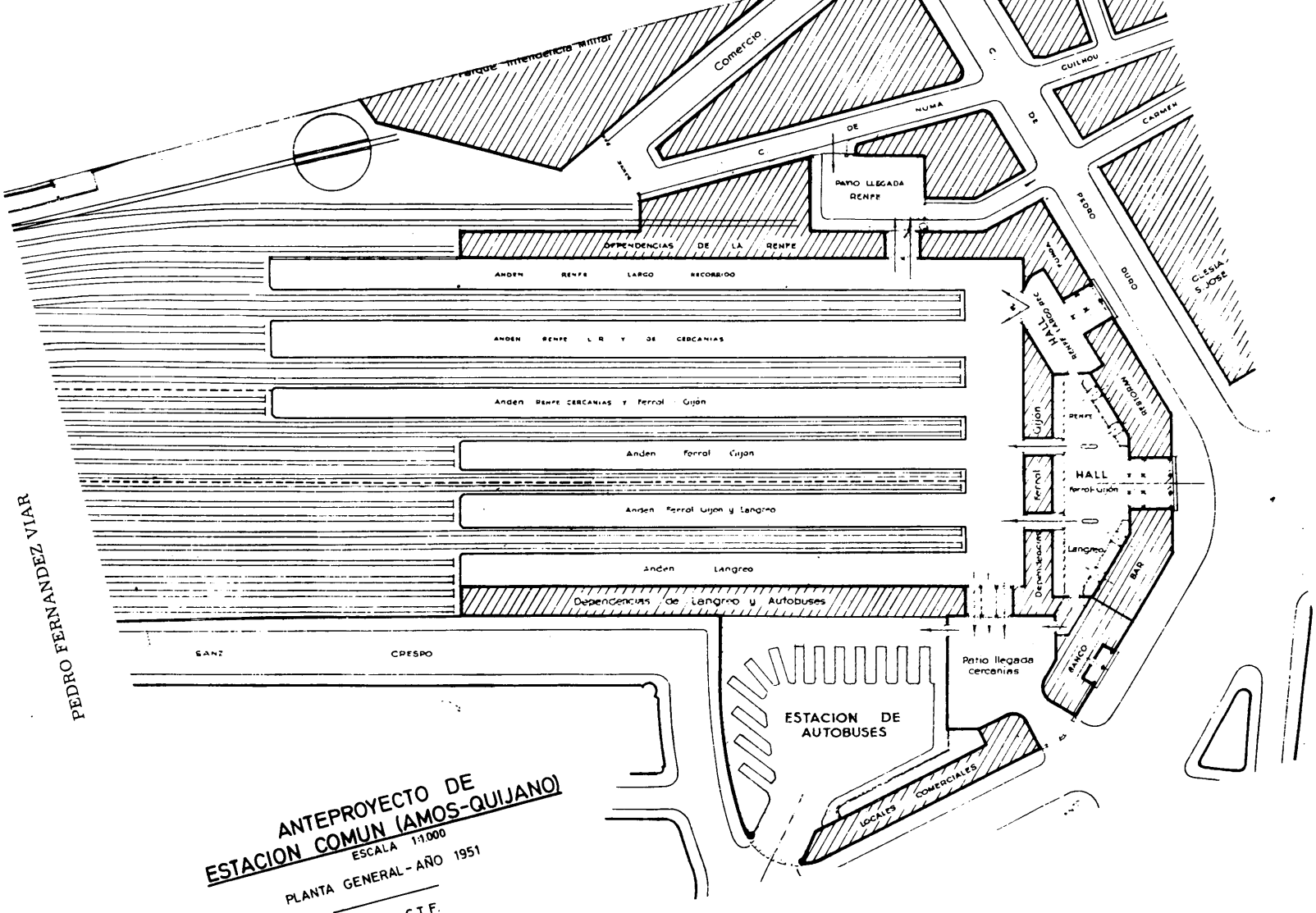
El lugar escogido para ubicar la nueva estación sería una zona situada enfrente de la fábrica de Laviada, en lo que hoy es el polígono de Pumarín, y tendría su fachada principal orientada hacia la actual calle de Carlos Marx, lindando por la derecha con la avenida de Portugal (entonces Gran Vía) y por la izquierda con la calle Magnus Blikstad.

A) INSTALACIONES DE LA LINEA GIJON-LEON EN LA ESTACION COMUN

La nueva línea se separaría de su trayecto en el p.k. 168,020, poco después del cruce con el Ferrol-Gijón, haciendo su entrada en la estación proyectada tras una desviación con un recorrido de 3.082 metros, con lo que aumentaba su trayecto en 162 metros. Para atender el servicio de viajeros se preveía un haz de cinco vías con tres andenes, con los correspondientes escapes entre las vías para apartar las locomotoras de los trenes llegados, además de tres vías muertas para apartar material y otra para el paso de maniobras. Esta vía y las de circulación estarían relacionadas con un carro transbordador a nivel y con la reserva de coches y furgones, formada por un cocherón cubierto con cinco vías interiores. Por la parte superior se hallarían las vías para mercancías, con cuatro muelles de PV y uno de GV, así como una vía muerta paralela al cierre de la estación destinada al cargue de ganado. Las vías de mercancías estarían relacionadas entre sí mediante una batería de placas para el traslado transversal de vagones. Los tres an-


SITUACION DE LA ESTACION COMUN
ESCALA 1:10.000
AÑO 1942
ARCHIVO G.T.F.
GIJÓN
A
B
C
TERRENOS FUTURA ESTACION COMUN
DISPOSICION ACTUAL DE LOS TERRENOS
TERRENOS FC. NORTE
" FC. LANGREO
" FC. FERROL - GIJON
DISP. FUT. DE LAS VIAS
A VIA FC. NORTE
B " FC. FERROL-GIJON
C FC. LANGREO


FC. DE LANGREO
ESTACION DE GIJON
ESCALA 1:2.000
ESTADO ACTUAL - AÑO 1942
ARCHIVO G.T.F



ANTEPROYECTO DE ESTACION COMUN (AMOS-QUIJANO)

ESCALA 1:1.000

PLANTA GENERAL - AÑO 1951

ARCHIVO G.T.F.

860

PROYECTO DE ESTACION COMUN

ESCALA 1:1.250

PLANTA DE DISTRIBUCION DE VIAS

AÑO 1957

ARCHIVO G.T.F.

denes, con ancho de 12 metros el I y II y 7 metros el III, estarían relacionados entre sí por un andén de cabeza del lado del edificio de servicio de 12 metros de ancho y mediante un paso superior de cemento armado con los andenes de las otras dos líneas, al objeto de facilitar a los viajeros el paso de un tren a otro. El edificio principal se colocaría a la cabeza de las vías, perpendicular a éstas, y debía albergar también las oficinas del Ferrol-Gijón. A fin de lograr el espacio necesario para ello, se prolongaba sobre el andén I, que era común a ambas líneas.

La línea Gijón-León contaría con las instalaciones auxiliares y de reparación y mantenimiento de material móvil necesarias. La superficie total a ocupar por esta línea en la estación común sería de 159.950 m^2.

B) INSTALACIONES DE LA LINEA FERROL-GIJON

Las vías de esta línea discurrirían por debajo de las de la anterior y consistirían en tres para salidas, llegadas y apartado, servidas de dos andenes, y una cuarta destinada al paso de maniobras. Estas vías se relacionarían mediante un carro transbordador a nivel con la reserva de coches y vagones, compuesta de cinco vías muertas. Habría tres vías más para los trenes de mercancías y otras cuatro para el servicio local de las mismas, preveyéndose la construcción de cuatro muelles.

También dispondría de instalaciones auxiliares de tracción, reparación de material móvil y Vía y Obras, ocupando el Ferrol-Gijón una superficie total de 100.100 m^2.

C) INSTALACIONES DEL FERROCARRIL DE LANGREO

Contrastando con lo prolijo de las descripciones de las líneas anteriores, lo relativo a este ferrocarril se tocaba en el anteproyecto de manera muy somera. Se limitaba a apuntar que se establecerían tres vías para circulación de trenes, una para maniobras, otras tres para mercancías y cuatro para el servicio local, además de los servicios complementarios precisos como economato, oficinas, viviendas, talleres, etc.

El Ferrocarril de Langreo ocuparía 120.000 m^2.

D) EDIFICIOS DE VIAJEROS

En contra de lo que parecería lógico en un principio, este anteproyecto no preveía la construcción de un solo edificio de viajeros, sino dos, uno para León-Gijón y Ferrol-Gijón y otro para el Langreo, en una muestra más de la soterrada discriminación a que se sometía a este último, quizás al ser el único no estatal implicado. Como justificación a esta separación en el acta se apuntaba que «el tráfico de esta línea es muy reducido y será casi exclusivo para su línea», lo que demuestra la escasa visión de futuro de los autores de tal afirmación.

Edificio del Gijón-León y Ferrol-Gijón

Tendría forma de L y dispondría de planta baja y un piso. El ala mayor tendría una longitud de 90 metros y una anchura de 14 metros, mientras que el otro, perpendicular al anterior, poseería una longitud de 87 metros y una anchura de 12 metros, estando situado sobre el andén I de la línea León-Gijón y el principal de la línea Ferrol-Gijón, comunes a ambas líneas. En ambas partes del edificio se siturían todas las oficinas de los diferentes servicios de las dos líneas. El primero de los lados descrito poseía en su parte posterior un patio de viajeros de 100 metros de largo por 37 de ancho, que, a su vez, estaba separado de la calle por una verja.

Edificio del Ferrocarril de Langreo

Se hallaría situado en el arranque de su andén principal y consistía en una construcción de planta baja y un piso, con una longitud de 55 metros, estando los últimos 15 (lado opuesto a las vías) sobresaliendo 8 metros del resto de la fachada, y una anchura de 12 metros. En la parte sobresaliente se hallarían vestíbulo y oficinas de expendición de billetes y facturación de equipajes, así como la consigna, dedicándose la otra parte en su planta baja a oficinas de los distintos servicios y en su planta superior a dormitorios y comedores para los agentes ferroviarios.

En ninguno de los dos proyectos de edificios se hacía mención alguna al estilo arquitectónico de sus fachadas.

E) VOTO PARTICULAR DEL FERROCARRIL DE LANGREO (10)

Al no estar conforme con el anteproyecto de estación común hasta aquí descrito, el Fc. de Langreo, por medio de su director-gerente don Ignacio Fernández de la Somera, presentó un voto particular que se hizo constar en el acta. En un principio se destacaba la incongruencia que suponía que el Ayuntamiento defendiese en aquella ocasión postulados totalmente opuestos a los esgrimidos en 1930 al tratar el mismo tema. Argumentaba el señor De la Somera que un plan de urbanización debía responder a una necesidad real de la población y no limitarse a ser una serie de líneas trazadas por encima de edificaciones por algún capricho personal. Tras un detallado examen de las medidas de las diferentes calles afectadas y demostrar con ello lo falso de las afirmaciones del alcalde en lo referente a las dificultades para su urbanización, el gerente del Fc. de Langreo apuntaba que si las estaciones dificultaban la urbanización de la zona donde se ubicaban, también habría que aplicar el mismo criterio a la fábrica de Moreda y a la de Lantero, y a las instalaciones de CAMPSA sitas en la misma zona. Si se realizase el traslado sería fácil pensar que, transcurridos unos años, volvería a plantearse el mismo problema y sería necesario de nuevo trasladar las estaciones, transformándose entonces en elementos continuamente movibles.

Estos argumentos del señor De la Somera cobran una irrebatible fuerza con sólo ver cómo está hoy la zona donde debería construirse la estación proyectada por el alcalde, plenamente integrada ya en el casco urbano.

Continuaba el informe del Fc. de Langreo negando que alguna corriente de tráfico combinado pasase por Gijón, dada la menor distancia que existía si dicho tráfico se realizase en las estaciones de empalme ya en servicio en Oviedo y Noreña. En cuanto a los perjuicios que se ocasionarían al Fc. de Langreo si se adoptase el emplazamiento propuesto se podrían resumir en los siguientes:

Viajeros: Al trasladar la estación a las afueras, el público se vería obligado a desplazarse kilómetro y medio más, con el consiguiente aumento de gastos y el peligro derivado de estar situada en descampado la nueva estación.

(10) Voto particular formulado por la representación de la Compañía del Fc. de Langreo en Asturias al acta de la comisión para la estación única de Gijón. Madrid, 7-7-1942. A.M.G. E.E. N.° 28-I.

Mercancías: Igual que en el caso anterior, el traslado del muelle donde se expendía y recibía la mercancía ocasionaría un alto gravamen para el público, sin recibir a cambio compensación alguna.

Carbón para industrias y consumo locales: Dado que los cargos particulares eran de tamaño reducido y no posibilitaban la instalación de básculas, tales instrumentos se colocaban en las estaciones de Musel y Gijón, pesando en esta última todo el carbón destinado al consumo local e industrias gijonesas, así como para los muelles de Fomento y dársena local. Con la nueva disposición de la estación común sería imposible que la misma locomotora que pesaba los vagones los trasladase acto seguido a sus respectivos consignatarios; asimismo, si se trasladaba la estación casi dos kilómetros, la vía de acceso a los muelles tendría que ampliarse en más de tres, lo que exigiría la continua formación de trenes, hecho éste que aumentaría el tiempo de servicio a la dársena y complicaría en gran manera el servicio a Fomento, al carecer los muelles de capacidad para estacionar material. El mismo argumento era aplicable a los ramales de las fábricas de Moreda y Lantero, cuya longitud habría que ampliar en 3 kilómetros.

Por otra parte, el proyectado paso elevado del ferrocarril sobre la calle Marqués de San Esteban significaría volver al trazado original de dicho ferrocarril y que tuvo que ser modificado por los problemas que tal situación ocasionaba a los vecinos.

Finalizaba su alegato el señor De la Somera con una reflexión que no estaría mal que muchos de los altos cargos ferroviarios actuales aplicasen:

«...lo que necesitan los transportes es rapidez, seguridad y comodidad, y no obras de puro lujo, que trastornen los servicios actuales creados en muchos años de trabajo y de convivencia industrial» (11).

F) ELABORACION DEL PROYECTO DE ESTACION COMUN

A pesar de todos los argumentos en contra esgrimidos por el Fc. de Langreo, por orden ministerial de 31 de mayo de 1941 se desestima su voto particular y se aprueba el anteproyecto de estación común de Gijón, siendo la 5.ª Jefatura de Estudios y Construcciones de Ferrocarriles la encargada de desarrollar el proyecto de-

(11) Idem, p. 13.

finitivo, introduciendo alguna modificación con respecto al anteproyecto, principalmente en lo relativo al movimiento de tierras.

Ante la resistencia del Fc. de Langreo a incorporarse a la nueva estación, se optó por buscar una solución en la que se integrasen las otras dos líneas afectadas, dejando el espacio necesario para que el Langreo pudiese ocuparlo si reconsideraba su actitud. Ya se habían llevado a cabo los primeros tanteos cuando surgió un conflicto con un terreno propiedad de «Tabacalera, S.A.» afectado por las expropiaciones y en el que esta empresa había previsto construir una fábrica. Ante la negativa de la empresa tabaquera a dejarse expropiar, se dictó la Orden Ministerial de 8 de marzo de 1950 autorizando a la 5.ª Jefatura para estudiar un nuevo proyecto en el que se eliminase de la nueva estación el terreno en litigio.

ESTACION DEL FERROCARRIL DE CARREÑO

Antes de seguir adelante con los avatares de la estación común es preciso hacer un alto y referirnos a la estación del Fc. de Carreño en Gijón. Este ferrocarril no llegaba propiamente a Gijón, sino que desde Aboño se dirigía al puerto del Musel a través del túnel del Sindicato, desde donde los tranvías gijoneses eran los encargados de acercar los viajeros al centro urbano. Dado que esta situación no era la más favorable ni para el ferrocarril ni para los viajeros, en 1948 el Carreño se planteó la posibilidad de llegar con sus vías hasta el centro del casco urbano. Para ello entró en negociaciones con el Estado a fin de poder tender sus vías sobre la explanación existente entre Aboño y Gijón y destinada al, todavía en construcción, ferrocarril Ferrol-Gijón. Fruto de estas negociaciones fue la firma, el 8 de julio de ese año, de un protocolo entre el Ferrocarril de Carreño, la División de Ferrocarriles de Vía Estrecha, la Explotación de Ferrocarriles por el Estado y la 5.ª Jefatura de Estudios y Construcciones de Ferrocarriles por el cual se autorizaba al Carreño a construir una línea desde Aboño a Gijón aprovechando la explanación y los terrenos del Ferrol-Gijón, y a construir dos estaciones provisionales en Veriña y Gijón, corriendo la conservación de la vía y explanaciones a cuenta del Fc. de Carreño hasta que el Ferrol-Gijón comenzase a prestar servicio; cuando esto ocurriese, se establecería un nuevo acuerdo para que los trenes del Carreño llegasen a Gijón, al tiempo que éste se comprometía a demoler las estaciones provisionales y, si el nuevo ferrocarril fuese eléctrico al igual que el Carreño, a desmontar tam-

bién la línea aérea. Asimismo, el Fc. de Carreño quedaba obligado a dar las máximas facilidades a la 5.ª Jefatura para la construcción del Ferrol-Gijón, no debiendo suponer un obstáculo para ello en ningún momento. Este protocolo fue aprobado por la Dirección General de Ferrocarriles y Transportes por Carretera el 7 de agosto de 1948. Acto seguido comenzaron las obras y en septiembre de 1950 quedó finalizada la estación de Gijón, inaugurándose la nueva línea el 1 de octubre del mismo año. Esta estación ocupaba los terrenos adyacentes con los de RENFE y pertenecientes al Ferrol-Gijón. El edificio de viajeros era una construcción sencilla, de planta baja y con las instalaciones mínimas indispensables, sin ningún tipo de ornato. En su parte central se hallaba la sala de espera y a ambos lados se distribuían las oficinas de circulación y jefe de estación, taquillas y almacén de gran velocidad. Paralelas al edificio se construyeron dos vías de circulación para viajeros, servidas por un andén, y una tercera vía que daba servicio a un muelle descubierto de pequeña velocidad con correspondencia con un patio para camiones (12).

Llama sobremanera la atención el que en ningún momento, en ningún documento de los elaborados sobre la estación común, se hizo referencia a esta nueva estación gijonesa, y se seguía mencionando, curiosamente, a la del Ferrol-Gijón. Suponemos que la supuesta provisionalidad de la estación del Carreño induciría a pensar que este ferrocarril utilizaría las futuras instalaciones del Ferrol-Gijón cuando hubiese lugar a ello sin plantear reclamación alguna por el traslado.

Sin embargo, no deja de extrañarnos el que nadie hubiese protestado por la instalación de una nueva estación que era, precisamente, lo que se pretendía evitar con los proyectos de estación común. De esta manera, Gijón pasó a tener tres estaciones de ferrocarril en vez de la única en estudio en aquellos años.

PROYECTO DE ESTACION COMUN DE DON SEGUNDO DE LOS HEROS

Debido al problema surgido con Tabacalera, y en base a la ya citada O.M. de 8/3/1950, el ingeniero de la 5.ª Jefatura don Segundo de los Heros Sarasúa fue encargado de elaborar un nuevo proyecto de estación común (13), que presentó en mayo de 1951, sin variar el lugar de su emplazamiento.

(12) Memorias de la Compañía del Ferrocarril de Carreño. Ejercicios 1948, 1949, 1950 y 1951. A.G.T.F.

(13) Proyecto de infraestructura de estación común de Gijón. Don Segundo de los Heros Sarasúa. 1951. A.M.G. E.E. N.º 28-II.

Mientras ese proyecto se ultimaba, el Ayuntamiento de Gijón y el Ferrocarril de Langreo se ponían en contacto y elaboraban otro proyecto del que hablaremos más adelante.

La nueva estación proyectada por el señor De los Heros agruparía tanto los servicios de mercancías como los de viajeros, ocupando una superficie de 272.000 metros cuadrados con una anchura máxima de 300 metros y una longitud de 1.200 metros. El proyecto fue enviado a las distintas entidades interesadas para que lo estudiasen y emitiesen el correspondiente informe.

Si bien no hemos podido hallar la contestación de RENFE, ignorando si la hubo, sí hemos estudiado los informes del Fc. de Langreo y del Ayuntamiento de Gijón.

A) INFORME DEL FERROCARRIL DE LANGREO (14)

Este informe, fechado el 22 de noviembre de 1951, comenzaba ratificándose en lo expuesto en su voto particular de 1942, pero dado que éste había sido desestimado en su momento, se limitaba el Fc. de Langreo a exponer nuevos hechos que respaldasen su oposición al proyecto en cuestión.

El Langreo entendía que, si bien sus servicios estaban perfectamente emplazados, necesitaban una cierta modernización para hacer frente al progresivo crecimiento que experimentaban sus diversos tráficos. Para ello se habían redactado ya los proyectos oportunos que alcanzaban los 12 millones de pesetas, siendo estas necesidades pecuniarias las que predisponían a la compañía a ceder el todo o parte de los terrenos que poseía en Gijón, siempre que recibiese a cambio las compensaciones oportunas. Esta modernización se veía facilitada por la ley de 21 de abril de 1949 sobre Fomento de las Ampliaciones y Mejoras de los Ferrocarriles de Vía Estrecha, pudiendo llegar a la unificación de las fechas finales de sus concesiones y a la prórroga del plazo de las mismas. Por tanto, la situación había cambiado sustancialmente con respecto a 1942, ya que entonces los plazos de reversión de los terrenos afectados por la construcción de la estación común eran mucho menores, lo que unido a las plusvalías de los terrenos en los nueve años transcurridos modificaban sustancialmente las condiciones en que se había planteado el anteproyecto de 1942. En vir-

(14) Informe de la Compañía del Fc. de Langreo en Asturias sobre el proyecto de infraestructura de la estación común de Gijón. Gijón, 22-11-1951. A.M.G. E.E. N.º 28-II.

tud de estos cambios el Ferrocarril de Langreo había encargado un nuevo estudio de estación común de acuerdo con las necesidades reales y en el que se llegaba a las siguientes conclusiones:

1.—El aumento de tráfico no debía suponer abandonar las posiciones creadas por el ferrocarril.

2.—La especialización de las estaciones debía de llevarse a cabo de acuerdo con las distintas zonas de la ciudad.

3.—La disposición de las instalaciones debía dar preferencia a los gastos de explotación sobre los de establecimiento.

4.—Las instalaciones deberían servirse de los tres anchos de vía y por carretera.

5.—Las instalaciones previstas habrían de ser necesarias y suficientes.

Por si fueran pocos estos razonamientos para rechazar el proyecto del ingeniero De los Heros, el Fc. de Langreo apuntaba sus numerosas deficiencias: se reducían sus vías de 11 a 7; el carbón de consumo local no podría maniobrarse en los descargaderos proyectados, ocurriendo lo mismo con el tráfico de madera; la superficie de taller para locomotoras se reducía un 25% y no se preveía taller de vagones; no se especificaba si habrían de conservarse los haces de vías del puerto (lo que significaría alargar las maniobras 5 kms.) o si desaparecerían (encareciendo notablemente las tarifas portuarias); tampoco se hacía previsión de almacén de Vía y Obras, de chatarra, edificio de servicios generales, servicio de puerta a puerta, cocheras para camiones y automóviles ni de viviendas para empleados. También se hacían veladas acusaciones de favoritismo hacia el Ferrol-Gijón, ferrocarril al que pertenecía el señor De los Heros. Finalizaba el informe del Fc. de Langreo con las siguientes conclusiones:

— El proyecto De los Heros no estaba de acuerdo con el acta-anteproyecto de 1942. Asimismo, desde entonces se habían producido una serie de variaciones legislativas y técnicas que aconsejaban su profunda revisión.

— De no aceptarse la conclusión anterior era necesario una nueva redacción del proyecto.

— El Ferrocarril de Langreo estaba dispuesto a dar las máximas facilidades para la construcción de la estación común, justipreciando los terrenos que cediesen y comprometiéndose a invertir su importe en el plan de ampliación y mejora.

Por tanto, cabe deducir que en este punto el Langreo ya no se oponía tajantemente a la construcción de la estación única, debiéndose su cambio de actitud a la necesidad de hallar financiación para los capítulos previstos en su plan de ampliación y mejora.

B) INFORME DEL AYUNTAMIENTO DE GIJON (15)

La Corporación municipal emitió su informe con fecha 30 de septiembre de 1952 y en él se oponía frontalmente al proyecto en cuestión, estimando que no reunía ninguna de las condiciones señaladas en las actas aprobadas en 1942. En un nuevo y sorprendente cambio de criterio apuntaba que el emplazamiento señalado (el mismo que el propio Ayuntamiento había patrocinado anteriormente) no era el más apropiado, no debiendo desplazarse la estación de viajeros del casco urbano, lo que suponía el regreso a la postura defendida en 1930. También se decantaba el Consistorio por la separación de los servicios de viajeros y mercancías, relegando a éstos a las afueras. Concluía su informe considerando como mejor emplazamiento para la futura estación común de viajeros el solar ocupado hasta entonces por el Ferrocarril de Langreo, y proponiendo la realización de un nuevo estudio sobre el asunto.

Sorprendentemente, el Ayuntamiento gijonés rebatía sus propios argumentos y se alineaba al lado de las tesis esgrimidas por la Compañía del Ferrocarril de Langreo. Ignoramos si este cambio fue producido por algún estudio del problema o si, por el contrario, fue inducido por agentes extraños, pero de lo que no cabe duda es de la volubilidad del Ayuntamiento en sus planteamientos.

LA JUNTA DE ESTUDIOS Y ENLACES FERROVIARIOS DE GIJON

Una vez recibido el informe del Ferrocarril de Langreo, y en vista de la imposibilidad de llegar a una solución consensuada, la 5.ª Jefatura de Estudios y Construcción de Ferrocarriles propuso el 15 de febrero de 1952 la conveniencia de pasar todo el expediente de estación común de Gijón a la correspondiente Junta de Estudios y enlaces Ferroviarios, constituyéndose ésta el 16 de septiembre de ese año, siendo designados como representantes en ella el señor don José María García Bernardo como alcalde de Gijón, don Saturnino Villaverde Lavandera como ingeniero de la Junta de Obras y Servicios del Puerto de Gijón y el director-gerente del Ferrocarril de Langreo don Carlos Roa Rico (16).

(15) Informe sobre el proyecto de estación común. Gijón, 20-9-1952. A.M.G. E.E. N.º 28-II.

(16) A.M.G. E.E. N.º 28-II.

Tras los estudios preliminares, el 17 de abril de 1953 se reunió en Madrid la Junta, presidida por don Juan Bustamante, quien dio lectura a una «Ponencia sobre el problema ferroviario de Gijón» (17). En ella, tras una prolija exposición de todos los detalles relacionados con el caso, se proponía la introducción de algunas modificaciones en el proyecto de 1943, volviendo a examinar el aspecto económico. Como novedad destacable aparecía la necesidad de que el Estado estudiase el posible rescate de las líneas del Ferrocarril de Langreo para proceder a la reducción de su ancho de vía a 1.000 mm., a fin de limitar a dos los anchos de la estación común. El señor Bustamante apuntaba como sumamente ventajosa la adopción de dicho ancho, ya que permitiría enlazar el Ferrocarril de Langreo con el de Económicos en Noreña, eliminando así los engorrosos cruces a nivel de esa estación. Su informe finalizaba recomendando que, si no se rescataban las líneas del Langreo, se llegase al menos a un acuerdo con el citado ferrocarril a fin de reducir su ancho de vía. Esta opinión del señor Bustamante, aunque en esa ocasión fue soslayada, resultaría profética, ya que lo propuesto por él fue lo llevado a cabo por FEVE en 1981 a fin de conseguir una explotación más racional en sus líneas.

En esta reunión la Junta debatió las dos soluciones posibles: o la propuesta por la 5.ª Jefatura de Estudios y Construcciones (proyecto De los Heros) o la avalada por el Fc. de Langreo y el Ayuntamiento de Gijón (proyecto Amós-Quijano), decidiéndose finalmente por este último y encargando a la oficina central la redacción del proyecto correspondiente.

A) DESCRIPCION DEL PROYECTO AMOS-QUIJANO (18)

En 1950 el Ferrocarril de Langreo y el Ayuntamiento de Gijón iniciaron conversaciones tendentes a llegar a un acuerdo sobre la estación común, a resultas de las cuales se formó una comisión integrada por los ingenieros don Francisco González-Quijano por el Ayuntamiento y don Amós Romero por el Ferrocarril de Langreo. Ambos elaboraron un proyecto de estación común que fue presentado en mayo de 1951 y que recogía los intereses de ambas instituciones.

---

(17) Ponencia sobre el problema ferroviario de Gijón. Junta de Estudios y Enlaces Ferroviarios de Gijón. Gijón, enero de 1953. A.M.G. E.E. N.° 28-II.

(18) Proyecto de estación común realizado por los ingenieros don Amós Romero y don Francisco González Quijano. Gijón, 1951. A.M.G. E.E. N.° 28-II.

En este nuevo modelo, las instalaciones comunes se dividirían en mercancías y viajeros. Las primeras se situarían en la Braña y alcanzarían hasta la fábrica de Moreda, mientras que las segundas ocuparían los terrenos de la estación del Fc. de Langreo.

La línea de RENFE, con vía doble, iría desde Veriña en paralelo a la del Ferrol-Gijón y llegaría a la zona hoy ocupada por el polígono industrial La Mora-Garay, donde estarían los talleres, depósitos, almacenes de GV y PV y demás servicios complementarios que formaban la estación de mercancías, que llegaría hasta la carretera del Musel. Desde ese punto la vía continuaría, por un lado, a la dársena y, por otro, al combinado con el Ferrol-Gijón y a la estación de viajeros.

El Ferrocarril de Langreo modificaría su trazado en lo relativo al ramal de acceso a la dársena y a la propia estación de mercancías, continuando la línea de acceso a la estación de viajeros que ya existía. El ramal de mercancías partiría del km. 35 de la línea general y, tras cruzar las vías de los otros dos ferrocarriles mediante un paso elevado, llegaría a terrenos donde estarían las instalaciones necesarias (en el polígono anteriormente citado en su parte más cercana al barrio de Lloreda) y que constarían de depósitos, talleres de locomotoras y vagones, carpintería, fundición, ajuste, forja, dormitorios, almacén de PV y GV, etc. Estas instalaciones llegaban también hasta la carretera del Musel, desde donde partían sendos ramales a la dársena y al Fomento.

La línea Ferrol-Gijón transcurriría entre las instalaciones ya descritas de RENFE y la línea del Langreo a la estación de viajeros hasta rebasar la ya citada carretera del Musel, donde se dividiría en dos: a la derecha hacia la estación de viajeros y a la izquierda en dirección a los servicios de mercancías, que estarían compuestos por cochera, almacenes y muelles de mercancías, combinado con RENFE y patio para camiones. Estas instalaciones se extenderían hasta la fábrica de Lantero, que servía de cuña para separar las vías que iban a la dársena de las que iban a la estación de viajeros. Entre este punto y el cruce con la calle Marqués de San Esteban se situarían los parques de carbones de RENFE y Langreo, así como el combinado de ambos, servicios éstos que se levantarían sobre los terrenos ocupados hasta entonces por la estación de RENFE.

Para el edificio de viajeros se adoptaba la forma de «U», con la entrada principal orientada hacia la confluencia de las calles Pedro Duro y Alvarez Garaya. El ala derecha de la estación se destinaría a oficinas de RENFE, el cuerpo central para las de Ferrol-Gi-

jón y el ala izquierda para el Ferrocarril de Langreo y autobuses, ya que el proyecto también comprendía la construcción de una estación de autobuses adyacente a la ferroviaria. La cabeza del edificio no adoptaría forma rectilínea, sino poligonal. La primera línea de esta cabecera estaría ocupada por un banco, bar, restaurante y fonda. A continuación se hallaría la sala de espera con las taquillas de cada línea y el paso al andén tras cruzar las dependencias de Ferrol-Gijón. Los andenes serían 6: uno de largo recorrido de RENFE, uno de largo recorrido y cercanías de RENFE, uno mixto de cercanías de RENFE y Ferrol-Gijón, uno para Ferrol-Gijón, uno mixto Ferrol-Gijón y Langreo y uno para el Langreo. RENFE poseería once vías, Ferrol-Gijón siete y el Langreo ocho.

En este proyecto también se contemplaba la construcción de una pasarela peatonal sobre las vías en el denominado «paso del Parrochu».

B) MODIFICACIONES AL PROYECTO AMOS-QUIJANO

Una vez adoptado el acuerdo de llevar a cabo el modelo propuesto por el Langreo y el Ayuntamiento, la Junta de Enlaces comenzó los estudios necesarios y para ello se puso en contacto nuevamente con los ferrocarriles afectados a fin de que alegasen lo que creyesen oportuno. RENFE puso de manifiesto su deseo de evitar que su estación de mercancías quedase encajada entre los otros ferrocarriles, prefiriendo quedar en un extremo al objeto de poder ampliar las instalaciones cuando fuese necesario. El Ferrocarril de Langreo, a su vez, comunicó a la Junta que en la estación de mercancías podría prescindir de toda clase de talleres, dado que tenía pensado trasladarlos a Sotiello. Con todos estos datos, la Junta de Enlaces y Estudios Ferroviarios elaboró un nuevo proyecto que se presentó en la reunión celebrada el 5 de marzo de 1957. En ella, tanto la 5.ª Jefatura, encargada de la construcción del Ferrol-Gijón, como el Ferrocarril de Langreo se mostraron de acuerdo con el proyecto, pero no así RENFE, que reclamó más vías de mercancías y viajeros, ni el Ayuntamiento, que solicitó que no se invadiera la zona al sur de las vías del Langreo al existir en esos terrenos poblados de imposible traslado (19).

(19) Junta de Estudios y Enlaces Ferroviarios. Enlaces ferroviarios de Gijón. Estación común de Gijón. Memoria 1957, págs. 2 y 3. A.M.G. E.E. N.º 28-II.

REDACCION DEL PROYECTO DEFINITIVO

Una vez más, y con los nuevos datos, la Junta de Enlaces procedió a la realización de un nuevo estudio que se sometió a aprobación en reunión celebrada el 28 de mayo de 1957 (20).

En esta ocasión las instalaciones de mercancías de RENFE se colocarían al norte, las del Ferrol-Gijón al sur y las del Langreo entre medio de ambas, situadas todas ellas entre Tremañes y la carretera del Musel.

La estación de RENFE se compondría de un haz de once vías, con los correspondientes muelles y patios de GV y PV con sus respectivas vías, muelles de ganado, instalaciones de material móvil y tracción diesel.

Las instalaciones del Langreo constarían de un haz de siete vías con una longitud de 3.363 metros que enlazarían con otras cuatro vías: dos para los muelles y otras dos para las tolvas de carbón, existiendo entre ambos grupos los patios respectivos.

Las vís del Ferrol-Gijón serían cuatro, con sus respectivos muelles para expediciones y llegadas.

Para el edificio de viajeros se adoptaba también la forma de «U», si bien el ala de servicios destinada a RENFE era sensiblemente más largo que el otro, prescindiéndose de la cabecera poligonal. La estación tendría seis andenes, de 8 metros de anchura, con seis vías de andén para la RENFE (cuatro de ellas de largo recorrido), dos vías de andén para el Ferrol-Gijón y otras dos para el Langreo. Amén de estas vías se dispondrían otras para el apartado y maniobras de los trenes.

En lo que respecta al estilo arquitectónico con el que se habría de construir el edificio nada se decía tampoco en esta ocasión.

La nueva estación común mereció el visto bueno de todos los implicados, acordándose que por la presidencia se elevase a aprobación los planos propuestos a fin de que pudiese definirse el nuevo recinto ferroviario gijonés y sirviese de base a los planes municipales de ordenación urbana de Gijón.

Aunque todos los pronunciamientos favorecían la construcción de la estación común, la aprobación definitiva del proyecto no acababa de llegar. Los informes y contrainformes se sucedían entre los distintos servicios y, si bien carecemos de bases documentales sobre este período, por unos motivos u otros cayó en el olvido nuevamente la estación común.

(20) Idem, págs. 3, 4, 5 y 6.

NUEVA ESTACION DEL FERROCARRIL DE CARREÑO

El panorama de las estaciones gijonesas no sufriría variación alguna hasta 1968. Aprovechando el espacio libre dejado por el incendio en 1961 del edificio de la gerencia del Ferrocarril de Langreo, en los mismos terrenos de la estación, FEVE decidió edificar en ese lugar la estación del Ferrol-Gijón que aún no se había concluido. Dado que dicho ferrocarril estaba aún lejos de finalizarse, se llegó a un nuevo acuerdo con el Ferrocarril de Carreño mediante el cual este último abandonaba sus primitivas instalaciones de Gijón (también propiedad del Ferrol-Gijón) y trasladaba sus dependencia a los terrenos del Fc. de Langreo en la calle Sanz Crespo, donde FEVE construiría la estación del Ferrol-Gijón. A cambio, la empresa estatal podría utilizar el trazado del Carreño entre Aboño y Avilés (abandonando así todas las explanaciones existentes en el valle de Carreño), y esta última sería estación común para ambos ferrocarriles. De este modo, el 12 de agosto de 1968 el Fc. de Carreño inauguraba la nueva estación en Gijón, colindante con la del Fc. de Langreo y formando así una especie de estación común, aunque sin paso directo entre ambas (21).

PROYECTO PALACIOS

La centralización de servicios ferroviarios gijoneses volvió a caer en el baúl de los recuerdos, a pesar de que tal medida hubiese sido mucho más sencilla al integrarse en 1974 el Fc. de Carreño en FEVE y haberlo hecho ya en 1972 el Fc. de Langreo. A pesar de pertenecer los tres ferrocarriles afectados ya al Estado, no se tomó medida alguna para unificar las explotaciones.

En 1979 fue elegido alcalde de Gijón don José Manuel Palacios, quien habría de ser el encargado de rescatar la idea y sacarla definitivamente adelante.

Tras laboriosas negociaciones, en 1983 se firmó un convenio entre el Ayuntamiento y el Ministerio de Obras Públicas (ocupado por don Enrique Barón) por el cual este último se comprometía a construir:

— Una estación de cercanías de RENFE y de FEVE en los terrenos ocupados por las antiguas instalaciones del Fc. de Langreo.

— Una estación de largo recorrido de RENFE sobre la misma línea de acceso a la anterior.

(21) Memorias de la Compañía del Ferrocarril de Carreño. Ejercicios 1967-1968 y 1969. A.G.T.F.

— Una estación de mercancías de RENFE en los terrenos ocupados por las antiguas instalaciones de material móvil de La Algodonera.

A cambio, el Ayuntamiento se comprometía a liberar los terrenos necesarios y colaborar económicamente con la operación.

Tras algún que otro retraso y no pocas polémicas, el 29 de enero de 1990 se inauguraron oficialmente las nuevas estaciones de viajeros, si bien la de FEVE llevaba ya algún tiempo en servicio.

La disposición elegida para el edificio de cercanías fue la de perpendicular a las vías y con forma de «T» con planta baja y un piso. La parte derecha corresponde a RENFE y la izquierda a FEVE, quedando la parte central destinada a sala de espera, taquillas y locales comerciales. La estación cuenta con dos andenes para cada red y uno común a ambas, disponiendo RENFE de 4 vías de andén y FEVE de 5.

La estación de largo recorrido está formada por edificio de planta baja y un piso situado a la derecha de la línea Gijón-León, a 700 metros de la de cercanías y comunicada por un paso elevado con la parte opuesta de las vías donde se sitúa otro edificio, aún vacío, y un apeadero de FEVE.

La estación de mercancías aún no ha sido inaugurada en el momento de escribir este trabajo.

CONCLUSIONES

Tras sesenta años de proyectos e intentos para liberar a Gijón de la servidumbre de un excesivo número de vías, lo que se consiguió no fue exactamente eso, sino tan sólo unificar los servicios de cercanías y desplazar la estación de largo recorrido para liberar los terrenos que ocupaba RENFE en Mariano Pola. A nuestro juicio, parece un poco excesivo el construir una estación exclusivamente para largo recorrido teniendo en cuenta el escaso volumen de tal tráfico en Gijón. Y en cuanto al estilo arquitectónico de la estación de cercanías, mejor no hablar.

De todas maneras, como siempre, el tiempo ha dado la razón a aquel concejal gijonés que en 1930 propuso la centralización de los servicios de viajeros en la estación del Fc. de Langreo.

FUENTES BIBLIOGRAFICAS

— Memorias de la Cía. del Ferrocarril de Langreo en Asturias (Varios ejercicios).
— Memorias de la Cía. del Ferrocarril de Carreño (Varios ejercicios).
— Archivo General de la Administración. Alcalá de Henares. Sección Obras Públicas. Cajas 698, 1.178, 1.158, 1.333 y 10.095.
— Archivo Municipal de Gijón. Expedientes Especiales 28-I y 28-II.
— Archivo del Grupo de Trabajos Ferroviarios.

IN MEMORIAM

RECUERDO DE ALFONSO CAMIN, PAULINO VICENTE, JESUS EVARISTO CASARIEGO Y LUIS SELA SAMPIL

No quiere el Instituto de Estudios Asturianos ni el Boletín, que en 1990 ha cumplido cuarenta y tres años de servicio ininterrumpido al servicio de la cultura asturiana pues el primero de sus números se publicó en julio de 1947, dejar pasar inadvertido el recuerdo de cuatro representantes excepcionales cuyas vidas y obras han supuesto una hermosa prueba de vocación y servicio en favor de esa cultura: Alfonso Camín, Paulino Vicente, Jesus Evaristo Casariego y Luis Sela Sampil.

ALFONSO CAMIN MEANA

Nació en La Peñuca, Roces, Gijón, el 12 de agosto de 1890 y falleció en Porceyo, Gijón, el 12 de diciembre de 1982, a los noventa y tres años de edad.

Pocas vidas tan colmadas de aventuras y versos. Hijo Predilecto y «Poeta de Asturias», es autor de una copiosísima obra y con ocasión de conmemorar el centenario de su nacimiento el Instituto de Estudios Asturianos con la colaboración inestimable del Ayuntamiento gijonés celebró una serie de actos, entre ellos el descubrimiento de una placa en la casa de Porceyo en la que vivió los últimos años de su vida. He aquí el texto grabado: «*A la memoria del ilustre escritor Alfonso Camín (1890-1982). El IDEA y el Ayuntamiento de Gijón, en el centenario de su nacimiento*».

El alcalde gijonés, Vicente Alvarez Areces, dijo el 29 de octubre de 1990 que «Camín había sido el más infatigable de los tra-

bajadores de la cultura, seguramente de toda la historia literaria de Asturias».

Francisco Tuero Bertrand, director del I.D.E.A., manifestó que «Camín había sido el poeta de tres mundos, tres mares y tres cielos, que sigue en pie como un viejo roble astur».

El viejo roble fue evocado por el Cronista Oficial de Gijón, Patricio Aduriz, ese día en una conferencia.

El viajero incansable, poeta fecundo, periodista, reposa, ha hecho verdad los dos últimos versos del poema «Sobre la tierra y el mar»:

irá mi voz resonando
sobre la tierra y el mar.

PAULINO VICENTE

Ovetense de cuerpo y alma, Paulino Vicente nació el 27 de noviembre de 1900 y en Oviedo falleció el 16 de septiembre de 1990, a punto de cumplir los noventa años.

Su gran amigo Ramón Pérez de Ayala escribió que *la pintura de Paulino Vicente se aparta de todo cerebralismo, y es pura raíz; una raíz hincada poderosamente en lo popular astur, entendiendo por popular todo lo que es auténtico...*

Hijo predilecto de Oviedo, académico de Bellas Artes, medalla de plata del Principado de Asturias, ha conocido el triunfo como paisajista, autor de retratos de personalidades ovetenses, asturianas, Europa y América. Familiar y admirado nos contempla ahora desde el busto que se ha dispuesto en uno de los recintos sagrados ovetenses: el Campo de San Francisco.

Hemos elegido unos fragmentos de la conferencia que el 3 de marzo de 1980 en la Galería de Arte de la Caja de Ahorros de Asturias en Oviedo pronunció el poeta y Académico de la Española Gerardo Diego. Son los siguientes:

> Creo que —ahora— lo que me toca a mí en mi intervención no es contar la vida de Paulino Vicente ni tampoco la historia fiel y directa de su pintura sino expresar lo que he sentido ante ella, a la vez que lo que he aprendido disfrutando su amistad. Para lo otro tenéis en vuestras manos no sólo el catálogo con su índice cronológico sino el libro mismo cuya presentación se anuncia.
>
> .....
> .....
>
> El pintor pinta, ¿para dentro o para afuera? La pintura, ¿es un transparente o un espejo? ¿Somos nosotros los que contemplamos la pintura o es ella la que nos está mirando? Todas estas preguntas tienen doble y contradictoria respuesta. Paulino pinta, según la ocasión, ensimismado o enajenado. Pinta lo que ve o sueña ahí fuera y se deja mirar demoradamente de los ojos que le están asaeteando. Esto quiere decir que nuestro predilecto ovetense casi desde sus comienzos es un privilegiado del punto de vista. Recordemos la teoría de

Ortega. Sus dibujos son magistrales por lo mismo que no se fía ni de su sombra porque la sombra la da la hora y él, que conoce sus secretos, prefiere aguardar y quedarse a solas consigo, consigo y con su buena o mala sombra. Como tan temprano en posesión de la maestría dibujística, disimula cuando quiere —y quiere muy a menudo— la procesión que le anda por dentro y supone el tener ya digerido todo el impresionismo, todo el cubismo y el expresionismo que de él por reacción deriva. Su trazo es viril, un tanto grueso de afiladura. Se inclina en planos diagonales, y se lanza sin miedo a tropiezos por su propia caligrafía. A mí me recuerda la caligrafía, doble de letra y notas de música, de Manuel de Falla. Fijémonos en Paulino cuando el retrato le mira, le está mirando. Porque, en resolución, ¿quién mira a quién?, la pintura mira a su pintor, el pintor mira a su pintura. Y a la vez estas contemplaciones se dividen: la pintura mira a su modelo y éste mira a su doble. Y tal es la indiscutible realidad, realidad estética y realidad natural de la trama, tal, la teoría del espejo, del transparente, del platonismo y de la fenomenología. Mas no nos perdamos, no nos extraviemos en el laberinto. Atengámonos a un hombre, Paulino y a su tema, que para mayor eficacia va a ser no un objeto cualquiera sino una figura humana, la que él contempla y a la vez la que a él le está contemplando. Y aún para mejor y más honda reflexión elijamos dos casos contrapuestos en pareja conmovedora y ejemplar. Pertenecen estos cuadros al género de retratos. Uno es el siempre conmovedor que puede figurar en el catálogo y al pie de su marco de tres modos. Por su nombre en identificación documental: Encarnación García de la Vallina; los otros dos no pertenecen al censo, están unidos y los distancia del punto de vista, la relación cordial que los distingue, pero en ambos se presenta la palabra «madre». En el más objetivo y solemne en lenguaje museable, «La madre del pintor». En el íntimo, de corazón, nada más que «mi madre». Y en el catálogo, la suma de los tres títulos, las tres personas de una sola trinidad de una vida.

.....
.....

A un buen pintor, a un buen hijo, cuando pinta a su madre no le importa decir nada. Poner título al retrato es cosa de catalogadores y marchantes. El pinta, se mete dentro del seno materno —el caso del hijo que pinta a su padre es distinto— y deja que los pinceles hablen mientras la madre, casi naturaleza quieta o silenciosa, en ningún caso muerta, calla y —tal que en ella misma mallarmenamente la eternidad la cambia— queda inmóvil, hecha pasmo y ofrecida al amor de su hijo.

No hay que preguntar a nadie quién sea esa anciana. No puede ser sino su madre, la madre del pintor, esto es «mi ma-

dre». En esta exposición hay un contraste entre ella y otra anciana. La madre mira al pintor, no puede hacer otra cosa, le mira incluso con las manos. Es retrato pintado a los 42 ó 43 años. La otra es caso aparte y singular. Es obra de plena juventud que se despacha a su gusto sabiendo que el modelo no le puede mirar porque está o es ciega, es «la cieguina», advierte con ternura el catálogo. Está o es ciega de accidente o de nación. Está «mirando» furtiva, oblicua, con los ojos, con la sumida boca, el peinado como modelado por una caricia hacia atrás, hacia el recuerdo de su vida doliente. Y mira también con el prodigio pictórico de su mano diestra mientras la otra cuenta y reza el rosario. No hay más que una madre. Todas las madres son la madre. Pero no todas son la cieguina. La tela de la ceguera nos distancia de ese otro más allá que es todo lo contrario del más acá, cada día más entrañado en nuestra entraña, con que nos mira de par en par la madre que es siempre única para cada uno de nosotros sus hijos y que para su único hijo —digamos clarinianamente— es toda y sola ella. Y cuando su único hijo es su pintor, éste queda comprometido al devolverla los meses prenatales y de niñez con el compromiso de trocárselos en años de perdurabilidad más allá de la muerte en el limbo del retrato, del diálogo inaudito pero nunca ciego entre el recuerdo y la imagen.

.....
.....

PAULINO VICENTE

No sé si Paulino Vicente
en este boceto al trasluz
se conocerá ambivalente,
real y espectral, cara y cruz.

Oviedo en sus lienzos se duerme
para otra vida natural
y al despertar: «venid a verme»
dirá en otra vida auroral.

Humor e inocencia se igualan
en su amistad de corazon.
(Con su risa «entre buena y mala»
escribía su erasmo Ramón).

Ya está plantado ante la tela
cruda, ya enfurruña el mirar,
ya nos cala, ya nos revela,
ya nos ve en efigie brotar.

He aquí las mozas, los caballos,
y la fesoria y su doncel,

la línea tan pura, los tallos
del dibujo bajo el laurel.

Las viejas casas de Pilares,
todas con alma de azafrán
cuando deja el sol sus soñares
en las fachadas del Fontán.

Paulino me empezó y no quiso
terminarme y bien que era yo.
Desde entonces soy como un piso
con duendes que nadie habitó.

.....
.....

Y ya que hemos aludido al bodegón, recordemos para terminar la atención que siempre Paulino prestó a las naturalezas llamadas con equívoco lamentable muertas. Muertas, ¿por qué? En todo caso está más próximo a la verdad la palabra silenciosas o calladas. En la presente exposición abundan en su forma verdadera, exentas, no recortables de obra más compleja. Y tal atención nos conduce a otra de las maestrías que proviene directamente del principio de nuestro planteamiento, de la raíz misma del dibujo, origen del mismísimo color. Y como todo se relaciona, no hay más que echar una ojeada al catálogo y comprobar que de los cinco apartados en que se distribuyen las 52 obras de que consta, dos de ellos son «Naturaleza en reposo», bien española versión de lo callado, quieto y hasta muerto que han preferido otras lenguas, y la otra sección es «Plantas y Flores». El que no haya visto algunos de estos cuadros desconoce a Paulino aunque admire o posea retratos, tipos humanos e incluso paisajes. Tanta ternura, tanto amor rebosa de ellos que la lengua vuelve a sus niñeces, latines y bables con sus cereces, zapiques, escudielles y manzanes forasteres, sin olvidar a las menudas florines del monte. Cacharros, alfarerías negras, blancas o del color que les dio la gana a ellas de adoptar al enfriarse un rato después de salir del horno. Flores vivientes, vegetalísimas y por vegetales, tan humanas, ya en capullo, ya húmedas de rocío, ya en capa roja, son otras tantas explosiones entrañables de amor a la naturaleza, la siempre viva, la humanísima. Y todo, repito, gracias al dibujo, a la cuadrícula, como un Miguel Angel, como un Mozart, como un buen poeta de verdad.

.....
.....

Pues bien, Paulino Vicente es del linaje de los creyentes y si bien, si bien se los atiende y escucha a sus cuadros, algún día, alguna noche de primavera los oiremos cantar.

GERARDO DIEGO
(De la Real Academia Española de la Lengua)

JESUS EVARISTO CASARIEGO

El hombre intrépido, fue instalado —escribe Emilio Alarcos— en virtud de votos muy mayoritarios en la dirección del I.D.E.A. Así, por espacio de 12 años. Si Alarcos dice que la palabra engolada sin petulancia me anonadó, poco podemos añadir quienes a lo largo de más de cuatro décadas hemos sido vecinos subyugados por esa palabra. Historiador, poeta, asturianista fervoroso, apasionado, novelista, no abdicó nunca de sus esperanzas y convencimientos. Su obra es tan gigantesca como su vida. Casariego, nacido el 7 de noviembre de 1913 en Tineo y fallecido en Luarca el 16 de septiembre de 1990, ha sido un extraordinario ejemplo de fidelidad a España y a Asturias. Su bibliografía ha sido reunida por otro investigador principal: Jose Luis Pérez de Castro.

Para esta ocasión se nos antoja especialmente valiosa esta semblanza llena de sincero reconocimiento del filólogo eminente Emilio Alarcos Llorach. Estas son sus palabras publicadas el día 8 de octubre de 1990 en las páginas del diario ovetense «La Voz de Asturias»:

> Se ha muerto **Casariego**. Hace poco, el grandílocuo señor de la Barcenilla, integérrimo y ecuánime, ha abandonado **«con voluntad placentera»** sus despojos en la tierra marina de Valdés, y, confiado y tranquilo, se ha dejado asumir por el gran misterio de lo Eterno, en quien creía y esperaba. El amigo **Jesús Evaristo**, con espontánea y diferente naturalidad, nos manda graciosamente su recuerdo recio y ejemplar.
>
> Han pasado los días suficientes para que podamos con objetiva sobriedad hacer arqueo imparcial de lo que implica su ausencia. Acallada la emoción dolorosa de su partida —no por esperada menos sorprendente—, es oportuno asomarse al mirador de la memoria y extraer del panorama bullente su persona, única e irrepetible, hilvanando trozos de escenas, restos dispersos de conversaciones, huellas pálidas de hechos.
>
> Yo no quiero, sin embargo, restaurar su persona pública, recopilar los méritos de su larga carrera de publicista, heterogéneo, múltiple, poligráfico. Plumas más precisas han cum-

plido tal cometido. Yo sólo pretendo reavivar lo que había detrás de su persona. Sabido es que *persona* en latín se llamaba la máscara que usaban los actores en el teatro para que el papel representado resonase con eficacia y se personificara adecuadamente. Pero la persona de **Casariego** era todo menos una máscara. Mejor: la máscara era trasunto honesto y fiel de su persona; él siempre desempeñaba el papel de sí mismo, sin dobleces y sin cautelas. De todos modos —máscara o no la persona— los ojos atravesaban la carátula. Ya lo dijo **Cicerón**: *ex persona ardent oculi histrionis*, como si dijéramos, los del actor brillan desde detrás de la careta. En eso pretendo insistir: en cómo la persona, el personaje que fue **Casariego**, estaba traspasado por la autentidicad y la lucidez de su ser profundo.

Yo tardé muchos años en desvelar la honda verdad de **Casariego**. Me veo, por los primeros 40, en la redacción de **El Alcázar**, que a la sazón dirigía **Casariego**. Yo acababa la licenciatura, y unos compañeros de pensión (los hermanos **Peña**, periodistas y carlistas de San Sebastián) me llevaron allí una noche. Empezaba el desmorone del energuménico III Reich, cuyo aparato de propaganda sostenía al parecer el periódico. Yo, en aquellas calendas, era crítico intransigente aunque silencioso de la cosa pública, y, con la discreción que distinguía a los mozuelos de entonces ante quienes nos parecían *mayores* y respetables por su antecedencia en el vivir, me abstuve de todo comentario, pues no comulgaba con la Comunión Tradicionalista y más bien cojeaba moderadamente, es decir, sin pasión, del pie izquierdo. Recuerdo que la avasalladora humanidad de la palabra engolada sin petulancia de **Casariego** me anonadó, y me quedé, observador y mudo, en el rincón de la penumbra marginal, impresionado por la nítida claridad de lo que decía **Casariego**. Preciso en sus críticas, reacio a las imposiciones —y aun imposturas— de los que subvencionaban el diario, él tronaba la verdad. Pero a mí me dejaban perplejo las censuras que exponía **Casariego** cuando intentaba justificarlas en nombre del tradicionalismo monolítico.

Ya por los años 50, lo oí a prudente distancia en las tertulias más o menos universitarias e intelectuales de **Alvabusto**. Allí llegaba **Casariego**, como vendaval incontenido, y, con convencimiento inasequible a la objeción, lanzaba sus parrafadas críticas y contundentes. Lo reconozco; me sentía inerme, indefenso, y procuré pasar inadvertido. Naturalmente, él no podía acordarse del borroso y tácito estudiantillo que visitó una vez la redacción de *El Alcázar*. Pero fue inevitable que al fin un día alguien nos presentase (¿**José María Fernández**?, ¿**Miguel Buylla**? Es igual).

Al cabo, *el cielo vueltas dando*, nos fuimos descubriendo entre palabras suyas y silencios míos. Quiero decir: yo llegué a descubrir los ojos auténticos que brillaban a través de su persona altisonante. Su sinceridad, su bondad sin resqui-

cios, su disposición solidaria, sólo rebelde ante el fraude. Y así fuimos amigos. De verdad. Tan distintos. Tan acordes en cierto estrato profundo.

Pasó la larga procesión de los años autárticos del sultanato. Siguió impertérrito **Casariego,** enhiesto sin declinación en su persona inmarcesible de hidalgo decimonónico y valleinclanesco, si cabe, acentuada desde el riguroso luto perpetuo que se impuso a la muerte de su madre.

Penetramos en la transición y sus volubles y voluptuosas secuelas. Fue instalado con todo merecimiento —y en virtud de la bendición de votos muy mayoritarios— en la dirección del I.D.E.A. Allí siguió hasta el final, desplegando incansable una exclusivísima dedicación a la labor asturianista de la institución.

Algunos no lo entendieron. Los cosechadores oportunistas de la mies ajena, cuidada con tanto mimo y tanto esfuerzo, pusieron cara de circunstancias (propicias al provecho) y dispusieron la hoz —y hasta la segadora mecánica—: había que barrer, en nombre de lo innombrable, lo conseguido. Intrépido, sin desaliento, luchó **Casariego.** En vano. Se transformó —menos mal que no del todo— la Casa de sus afanes. No cedió. Con discreto orgullo, con la satisfacción del deber cumplido, dejó lo que se daba e hizo mutis sin alharacas.

Ahora, ya, definitivamente, tus amigos pensamos, y te decimos: ¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

EMILIO ALARCOS LLORACH
(De la Real Academia Española)

LUIS SELA SAMPIL

El día 1 de diciembre de 1899 nació en Oviedo Luis Sela Sampil, para todos don Luis Sela, hijo de don Aniceto Sela, uno de los egregios miembros del claustro universitario de Oviedo en su Facultad de Derecho. Sela, catedrático de Derecho Internacional Público y Privado, falleció en Oviedo el 23 de octubre de 1990, también tuvo la fortuna de disfrutar de una larga vida que refirió con sosegada entereza a Asturias, la cátedra, a su magisterio a modo de eje de toda su actividad cultural y política. Es, con todo merecimiento, y así lo apunta Manuel F. Avello en su artículo publicado en el diario «La Nueva España» de la capital asturiana del día 26 de octubre de 1990.

Estas que siguen son sus breves y justas reflexiones en torno al maestro de varias generaciones de estudiantes de la Universidad a la que sirvió con entusiasmo:

> La bandera de Europa aparecía a media asta en la vieja torre del caserón de la calle de San Francisco, punto de partida de la Universidad ovetense.
>
> Había muerto don Luis Sela Sampil, catedrático durante cuatro décadas de su Facultad de Derecho, especialista en Derecho internacional, público y privado, decano, y el hombre que hace, asimismo, cuarenta años hablaba en el patio, la calle, la cátedra, de solidaridad, tolerancia, libertad, y cultura sin fronteras, para organizar el llamado Viejo Continente con sentido común, es decir, de lo que los últimos años oímos hablar constantemente y con esperanza.
>
> La Universidad de Oviedo, inteligentemente historiada por Canella y Secades y Santiago Melón Fernández, entre otros estudiosos, ha perdido a uno de sus más leales servidores y solícito estudioso; al hombre que, con sencillez y prudencia, delicadeza y tacto de maestro inteligente, proyectó el rango de docente a la cátedra, la calle, su casa, la tertulia o el paseo, urbano o rural.
>
> Don Luis Sela ha sido ejemplar heredero de aquellos maestros que lo precedieron en el tiempo —entre ellos su padre, don Aniceto Sela—, responsables los últimos años del XIX y primeros del XX, con el broche de oro de los actos conmemorativos del tercer centenario —1608-1908— de la fundación de la Universidad, de la inolvidable Extensión Universitaria.

Los nombres y apellidos se recuerdan con frecuencia: Clarín, Posada, Rafael Altamira, Adolfo A. Buylla, Aniceto Sela, Canella y Secades, Aramburu, Estrada, Rogelio Jove, Díaz Ordóñez, Alvarez Amandi, Serrano Branat, Melquíades Alvarez... Todos esencialmente universitarios y defensores de la extensión y capacitación cultural de los sectores sociales y económicos más desasistidos. Trabajadores infatigables y ciudadanos incorporados a la vida y milagros del pueblo y sus necesidades, sin olvido de la investigación, el estudio, la demostración cotidiana de la cultura como un derecho que asistía a la mayoría...

Don Luis Sela Sampil conciliaba una afición hermosa al alpinismo y la montaña, a los largos paseos por valles y montes astures, con el convencimiento de que su obligación y compromiso con los alumnos, con la gente, tenían que estar presididos por la práctica generosa de la convivencia sosegada y firme a la vez. Por eso, como sus maestros y contemporáneos, hizo de la cátedra una plataforma, y él de portavoz, de una serie de iniciativas que han obtenido repercusiones dignas de reconocimiento en el Instituto de Estudios Asturianos, la empresa editorial Amigos de Asturias, presidiendo la Alianza Francesa, el grupo de montañeros Vetusta, el Instituto Luso-Americano-Español de Derecho Internacional, el impulso del Seminario de Estudios Europeos, porque justo es reconocerle a don Luis Sela Sampil la entereza con que defendió siempre el proyecto de una España cuya posibilidad definitiva de superación de servidumbres, tantas veces nocivas, se cifraba en el cabal entendimiento con Europa, sobremanera cuando, por su asturianísima condición, sabía que actuaba y hablaba desde uno de los enclaves españoles más europeos: Asturias.

Los viejos maestros nos dejan y lo hacen sin estruendo. Su vida ha sido, fundamentalmente, un gesto de desprendimiento y cordura, de bondad tuteladora, con la palabra justa en los labios.

Don Luis Sela nos dejó con el merecido reconocimiento a su vida y obra, haciendo flamear en la vieja torre del caserón universitario de la calle de San Francisco la bandera de Europa a media asta, la de la Europa por él apetecida y en que había depositado sus esperanzas para España, Asturias y su futuro.

MANUEL F. AVELLO
(Cronista oficial de Oviedo)

* * *

El Instituto de Estudios Asturianos recuerda así a cuatro de sus más destacados miembros, a todos los cuales conviene con justicia el rango de grandes amantes de su tierra, de la cultura, de la historia, del arte, de la libertad y la justicia de su pueblo.

INDICE 1900

Número 133

Págs.

La mujer en Jovellanos, por *E. Junceda Avello* 3

La Asturias de Ramón, por *César López Llera* 19

Los regentes de la Audiencia de Asturias en el siglo XVIII, por *Alfonso Menéndez González* 27

El escribano municipal según una información enviada al Consejo de Castilla el año 1626: Requisitos legales para ejercer el oficio, por *Carmen Carrecedo Falagán* 45

Producto agrario y evolución de la población en Asturias, siglos XVI al XIX, por *Baudilio Barreiro Mallón* 73

Médicos, cirujanos, barberos, sangradores y boticarios asturianos en el Catastro del marqués de la Ensenada, por *Juan Granda Juesas* 97

Panorama histórico-lingüístico del occidente de Asturias, por *Perfecto Rodríguez Fernández* 111

Los materiales de superficie del yacimiento paleolítico de La Cabañuca (Peñamellera Baja, Asturias), por *Pablo Arias Cabal y Carlos Pérez Suárez* 125

Espacio y propiedad en un territorio de montaña: La tierra del Privilexu (Teberga), por *Benjamín Alvarez Menéndez, J. María Fernández Hevia, Margarita Fernández Mier y María J. López Calvo* 145

Número 134

Ramon Pérez de Ayala, crítico de arte. Algunas notas y un prólogo olvidado, por *José Ramón González* 219

Los artículos de Armando Palacio Valdés en *ABC*, 1932-1936, por *Brian J. Dendle* 233

Lena: La Pola y los pueblos (Vida de ayer bajo los nombres de hoy), por *Julio Concepción Suárez* 281

La Cofradía de San Pedro fundada por los marineros de Figueras en Barres (Castropol), por *Ramón Platero Fernández-Candaosa* 307

Imaginería de tradición medieval en el concejo de Quirós, por *Alfonso Suárez Saro, Ana Roza Iglesias, Ana María Fernández García, M. Concepción Vallina González y M. Angeles Pérez Cuesta* 339

La sociedad rural asturiana: Mujer, matrimonio y familia, por *Adolfo García Martínez* 389

Santa María del Naranco, bestiario y paraíso, por *Fernando A. Marín Valdés* 413

Número 135

Enfermedad y muerte en Asturias durante el siglo XIX (I): Un ejemplo del área central y zonas periféricas, por *Luis Julio Tascón Fernández* .. 431

Las manifestaciones artístico-culturales de la comunidad benedictina de la Vega, por *Andrés Martínez Vega* 473

Pérez de Ayala, Valle-Inclán y «la emoción del éxtasis», por *Víctor Ouimette* 489

El Privilegio de Páramo: Un «privilegio de hidalguía» a dos aldeas asturianas: Parmu (Páramo) y La Foceicha (Teberga), por *Javier Fernández Conde* 513

Asturias y el comercio con América en el siglo XVIII, por *Alfonso Menéndez González* 541

El yacimiento paleolítico de Santa María del Mar (Castrillón, Asturias). Características geológicas del entorno, por *Manuel Pérez Pérez y Leopoldo González Menéndez* 591

Toponimia de las *abeyas* entre los pueblos de Lena, por *Julio Concepción Suárez* 617

El archivo del conde de Agüera en Entragu (Teberga), por *Margarita Fernández Mier* 631

Número 136

Alfonso Camín, un poeta modernista, por *José María Martínez Cachero*. 671

Alfonso Camín en sus «Memorias» y en su poesía, por *María Elvira Muñiz Martín* ... 683

Algunas consideraciones sobre la poesía de Bances Candamo, por *Santiago García-Castañón* ... 707

El mundo anglosajón en el último Pérez de Ayala (1840-1962), por *Agustín Coletes Blanco* ... 717

El lenguaje toponímico de origen animal (*zootoponimia*), por *Julio Concepción Suárez* ... 751

Panorama de la antropología en Asturias, por *Eloy Gómez Pellón* ... 769

Dos prólogos de Ramón Pérez de Ayala. (Aportación a su bibliografía), por *María Martínez Cachero-Rojo* ... 819

Semiología de la temporalidad dramática en *La dama del alba, por Jesús G. Maestro* ... 827

Estación común ferroviaria de Gijón: Los diversos proyectos, por *Pedro Fernández Viar, Mariano Fourneau Menéndez, Alfredo Hevia Mendiguren y Alfredo Vega Fernández* ... 851

IN MEMORIAM

Recuerdo de Alfonso Camín, Paulino Vicente, Jesús Evaristo Casariego y Luis Sela Sampil 879

Alfonso Camín Meana ... 879

Paulino Vicente ... 881

Jesús Evaristo Casariego ... 885

Luis Sela Sampil ... 889

INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

PRESIDENTE:
ILTMO. SR. D. JORGE FERNANDEZ BUSTILLO

DIRECTOR:
D. FRANCISCO TUERO BERTRAND

DIRECTOR DEL BOLETIN:
D. MANUEL FERNANDEZ AVELLO

PRECIO DE SUSCRIPCION ANUAL

España, 2.000 pesetas. Extranjero, 2.400 pesetas. Número suelto:

España, 500 pesetas. Extranjero, 600 pesetas.

Dirección: **Plaza Porlier.—OVIEDO**

Esta revista no es responsable de las opiniones expuestas por sus colaboradores.

I·D·E·A